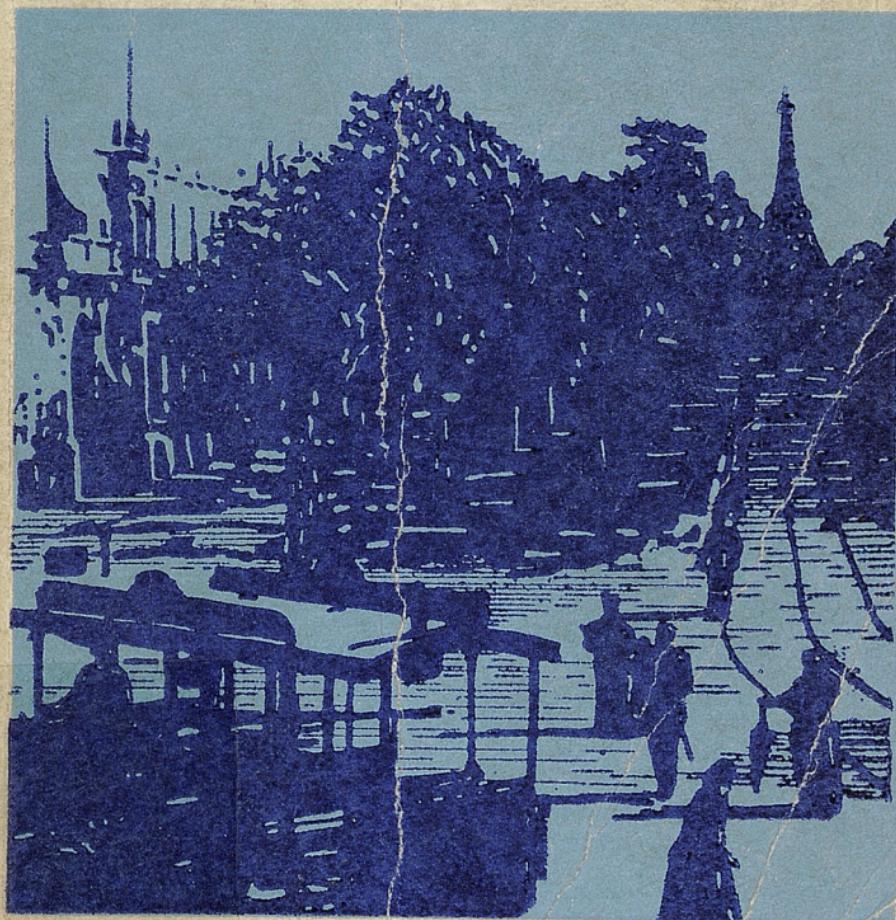


10(102-52)

REMINISCENCIAS

Julio Subercaseaux



biblioteca popular nascimento

BIBLIOTECA NACIONAL



856548

463247

10 (102-52)

REMINISCENCIAS

BIBLIOTECA POPULAR NASCIMENTO
Director: Alfonso Calderón

10(102-52)

JULIO SUBERCASEAUX BROWNE

REMINISCENCIAS

PROLOGO DEL AUTOR



EDITORIAL NASCIMENTO
SANTIAGO 1976 CHILE

06795



BIBLIOTECA NACIONAL
Sección Control

Portada:

GUSTAVO BARRERA

Tiraje: 1.200 ejemplares.

Impreso en los talleres de
la Editorial Nascimento, S. A.

— Arturo Prat 1428 —
Santiago de Chile, 1976

REMINISCENCIAS

PROLOGO

*Quid retribum Dómino pro ómnibus
quae retribuit mihi. (Salmo de David).*

Séame permitido ante todo dar a Dios infinitas gracias por su bondad para conmigo, cual hada bienhechora rodeó mi cuna de todos los dones deseables, y culpa ha sido mía si no he aprovechado tanto derroche de bondad. Continuó después protegiéndome hasta los 37 años, haciéndome ampliamente feliz. A El también le debo ese don escasísimo de la gratitud, preciosa flor de las almas selectas, que ansioso reservo para mis padres, admirables de cariño y generosidad para conmigo; para mi esposa abnegada y bella, inolvidable compañera de 55 años de vida conyugal; para mis hijos que han hecho honor a mi raza, y a la esmeradísima educación que recibieron (alumnos sobresalientes en los Jesuitas y en París), para mis hermanos que mantuvieron la honrosa tradición de la familia y para mis amigos y amigas, leales compañeros en la buena y en la mala fortuna y que, aún ahora, iluminan con su afecto el ocaso de mi vida.

Quisiera también extender mi gratitud a esos abnegados

empleados y servidores que me han acompañado en el curso de la vida, algunos de los cuales jamás me abandonaron.

Os ofrezco la historia de una persona sin importancia y sin ambiciones, que tuvo la dicha de conocer el último tercio del siglo XIX, esa época maravillosa, sin pobrezas ni inquietudes, que nos dio a conocer "la joie de vivre", creando un ambiente incomparable que nos permitió como dice Schopenhauer, "vivir a impulsos de los sentimientos y no de las ideas", procurándonos una existencia plácida, aunque un tanto pagana y un bienestar tranquilo, exento de penas y complicaciones.

Y como sin ideas no hay enseñanza, no espero instruirlos con este libro; quiero a lo sumo, entreteneros, procurando buscar en mi memoria los medios de hacerlo, aunque los años y las penas hayan borrado de mi imaginación los brillantes colores que otrora la adornaron. Para la historia, pueden llevar estas páginas un pequeño aporte, recordando la vida social y aristocrática de aquellos tiempos, tanto en Chile como en Europa y, a la vez, dando a conocer más de cerca a algunos personajes con los cuales he tenido la suerte de encontrarme. En la vida de los pueblos, la mayoría de las veces las circunstancias hacen a los grandes hombres, y muchos de ellos han pasado a la historia debido únicamente al momento preciso en que les tocó actuar. Por lo demás, creo que la leyenda y las pasiones han tenido más influencia en el relato de los hechos pasados que la imparcialidad de los historiadores, que no deben pertenecer a ninguna época y a ningún país.

INTRODUCCION

Soy un cocktail de razas; un octavo de sangre francesa y tres octavos de sangre chilena por mi padre; un cuarto de sangre inglesa y un cuarto de sangre peruana por mi madre. De la familia francesa, que tuvo que pasar por la Revolución y aun por las Guerras de Religión, pues una parte de ella era hugonote, no tengo sino noticias vagas; el primer documento oficial que poseo es la fe de bautismo fechada en Dax, de Bernard, hijo de Pierre Subercaseaux y de Annencie de Tavasson (1613). Sé que mi bisabuelo Francisco, que vino a Chile alrededor de 1750, era oficial de la Real Marina Francesa, en tiempo de Luis XV y que era también oriundo de Dax. Por parientes que viven en Francia he sabido que nuestra familia era muy antigua y ocupaba la misma situación social que nosotros, "petite noblesse et bonne bourgeoisie"; y que tuvieron una situación culminante en el siglo XVI, en la corte del rey de Bearn. Antonio I de Borbón, padre de Enrique IV.

Más tarde tuve ocasión (hace como cincuenta años), de conocer a un pariente en Francia, Achille de Subercaseaux, que había sido amigo de mi tío Ramón; poseía una viña cerca de Burdeos, clasificada de "Troisième Crù", que se llamaba Chateau Lagrange y casi se arruinó con la epidemia de peste filoxera, que arruinó también a otra pariente nuestra, la mar-

quesa de Turgot. Un papel interesante que me dieron ellos es una declaración de la ciudad de Dax, datada de 1701, donde los Subercaseaux se habían distinguido en la iglesia, la magistratura y el ejército desde 1550, dándonos patente de ilustración, generosidad y altruismo. Ultimamente en 1928, vi en los Eyquiems, cerca de Tauriac, su pequeña propiedad de campo del siglo XVIII, cuya casa fue edificada por Louis, el arquitecto del teatro de Burdeos, al último Subercaseaux, Guy, con sus hijos André, Bertrand y Claude. Su hermano, Pierre de Subercaseaux, capitán de Coraceros, había muerto gloriosamente en Verdum, durante la guerra de 1914, recibiendo, en el campo de batalla, la Cruz de Guerra y la Legión de Honor.

Nuestra parte chilena viene del matrimonio de don Francisco Subercaseaux, el que vino a Chile, donde hizo fortuna en las minas de plata, con doña Manuela Mercado y Corvalán, de la Serena, hija del general don Ventura Martín del Mercado y cuyas hermanas se casaron también con hombres ricos, don Francisco Ignacio Ossa y el genovés don Pedro León Gallo. Con este entroncamiento, entramos en parentesco con las más conocidas familias del norte de Chile, los Aguirre, los Pastenes, etc.

Por el matrimonio de mi abuelo don Ramón Subercaseaux y Mercado, con doña Magdalena Vicuña y Aguirre, nos relacionamos con importantes familias de Santiago.

Con mi matrimonio con Marta Aldunate Echeverría completamos a tal punto nuestros parentescos, que mis hijos son parientes de casi todo Chile, salvo con la familia Errázuriz, con la cual se han entroncado varias veces, sin embargo, otras ramas de nuestra familia.

En la familia Browne, buena familia inglesa, y de las más

antiguas, ya que tenemos marcas de sus caballos antes de la invasión normanda, tuvimos la desgracia de nacer de los menores; por la ley inglesa los mayores se llevaban todos los honores y para los otros, parientes pobres, le reservaban todos los órdenes sagradas, y por eso cuento entre mis antepasados varios rectores de seminarios y obispos protestantes los que, unidos a mi tradición hugonote, me han dejado un fondo de religiosidad, felizmente católico, pero con cierta simpatía por la iglesia disidente. Por suerte, mis abuelos no llegaron a ser simples curas, los que al principio del siglo XVIII estaban tan despreciados que, según las memorias de Lord Melbourne, las muchachas preferían casarse con un butler (mayordomo) antes que con un clergyman (cura). Uno de mis bisabuelos tuvo sin embargo la feliz idea de entrar en el comercio, y obtuvo en la Compañía de Indias un buen puesto, ya que el año 1800 ganaba £ 2.000, sueldo considerable en aquella época. Su hijo, mi abuelo, fue enviado al Perú, donde casó, a establecer la gran firma inglesa de Huth, Crunning y Cía., al mismo tiempo que se fundaba otra gran firma inglesa: la Casa Gibbs. Después se trasladó a Valparaíso, a fundar otra agencia similar. Allí se radicó definitivamente hasta su muerte, y ahí nacieron todos sus hijos, salvo la mayor, mi tía Mariana que nació en el Perú.

La cuota peruana de Aliaga figura entre las primeras familias de aquel país. Habla mucho de ella en sus Tradiciones, Ricardo Palma y tiene la particularidad de conservar hasta ahora el solar que regaló a su fundador el conquistador don Gerónimo de Aliaga, don Francisco Pizarro, al trazar la ciudad de Lima.

En cuanto a mis padres —por los cuales profeso el más

profundo cariño y la más inolvidable gratitud—, creo lo mejor para describirlos, reproducir dos artículos que publicó la prensa santiaguina cuando tuve la inmensa desgracia de perderlos.

Cuando murió mi padre, el 30 de agosto de 1921, decía un diario de Santiago: "No alcanzó a vivir su último día; se "fue ayer con el alba y fue para él la de la eternidad y al cesar "de latir ese corazón generoso octogenario, la sociedad chile- "na ha perdido quizás al más representativo de sus hildagos.

"Era don Francisco Subercaseaux Vicuña el hijo primo- "génito del caracterizado patriota y acaudalado hombre de "negocios, el senador don Ramón Subercaseaux y Mercado y "de la hermosa dama, doña Magdalena Vicuña y Aguirre, de "preclara estirpe, hija de nuestros primeros presidentes, don "Francisco Ramón Vicuña y Larrain.

"Las nobles y austeras virtudes que plasmaron nuestra "vida republicana presidieron su infancia. Le estaba reservado "encarnar toda una era de tradiciones sociales que en la hora "de morir entrega a los suyos embellecidos con el esplendor "de su vida toda pundonor y toda distinción.

"A la muerte de sus padres así como supo hacer honor a "sus esperanzas y a su nombre, confió al trabajo inteligente y "tesonero su cuantioso patrimonio y en pocos años logró acre- "centarle en numerosas empresas en que ejercitó su espíritu "de iniciativa y su actividad incomparables.

"Se unió más tarde en matrimonio a una de las más bellas mujeres de su tiempo, doña Juana Browne y Aliaga, hija del gerente británico de la casa Huth, de Valparaíso, y de "una ilustre dama limeña.

"No fue por cierto el empeño de atesorar fortuna el que

"consumió todas sus energías y todo su interés. El aspecto
"eminente de su existencia fue la del hombre atento a todas
"las manifestaciones más nobles de la vida. El arte tuvo pa-
"ra él un protector generoso y consciente. Un claro talento y
"un buen gusto innato lo impulsaron hacia el ejercicio de los
"más puros deleites del espíritu. Temperamento de selección,
"vivió siempre en una continua ansia de ilustración y per-
"faccionamiento intelectual y artístico.

"La mitad de su existencia transcurrió en Francia, la tie-
"rra nativa de su prosapia. Como en Santiago, su suntuosa re-
"sidencia de París era un rendez-vous selecto en donde pla-
"cía a los chilenos ir a saborear, bajo su hospitalidad, los re-
"cuerdos queridos y comunes de la patria distante. Era su
"mismo hogar solariego trasplantado a la capital francesa con
"todos sus encantos y todas las generosidades que le hacían
"entre nosotros el centro más atrayente de la sociedad.

"En las postrimerías de su vida, un gran golpe del desti-
"no abatió súbitamente su fortuna. Gruesos capitales que ha-
"bía asociado al fomento de la economía nacional en la explo-
"tación de las pampas salitreras de Antofagasta, fueron en-
"vueltos en uno de esos "craks" que periódicamente pertur-
"baban el mundo de los negocios. Pudo entonces como no ha-
"sido raro contemplarlo entre nosotros, haberse acogido al ex-
"pediente nivelador de algún resquicio de los códigos; pero la
"rectitud ingénita de su alma le indicaba terminantemente el
"camino que debía seguir y no vaciló en entregar cuánto po-
"seía en bienes para responder a la difícil situación creada.
"Conservó empero el brillo de su reputación de hombre de
"honor.

"Ni afectó este derrumbe las energías de su espíritu. Tu-

"vo una sonrisa de gran señor para saludar a la adversidad
"que le arrebataba el fruto de 50 años de labor y se dio con
"más animoso empeño que nunca a la reconstrucción de su
"fortuna; y la entereza con que casi al término de su existen-
"cia emprendió de nuevo el camino de esfuerzo que a muchos
"atemoriza en plena juventud, dio la medida de su magnífi-
"co carácter. Algun tiempo más tarde había logrado rebacer
"parte de su patrimonio; no era ciertamente el propio bienes-
"tar que lo había impulsado a esta improba labor de sus úl-
"timos años. El porvenir de los suyos fue siempre y habría
"de ser hasta el instante postrero, la preocupación culminan-
"te de su vida.

"El domingo último, al recibir los auxilios de la Religión,
"se incorporó en el lecho para pedir a sus hijos que cuidaren
"de que sus funerales fueran sencillos y humildes. Y advir-
"tiendo la mortal congoja que agobiaba a todos los animó,
"tuvo un rasgo jovial, como para despejar esa atmósfera de
"tristeza que producía la proximidad de lo irremediable; que-
"rían que se hicieran poner muchos asientos en la mesa del
"almuerzo, para que así pudieran quedar bajo su techo todos
"los amigos que vinieran a preguntar por el estado de su
"salud.

"Y en víspera misma de su muerte, tuvo aún otro gesto
"que había de revelar hasta la última hora su constante preo-
"cupación por los suyos. Hizo venir hasta su lecho al viejo
"jardinero de Pirque para indicarle dónde debía plantar las úl-
"timas acacias que debían dar flores y sombra sobre las pie-
"zas de sus nietezuelos.

"Y en este generoso pensar en los demás se extinguió su
"último aliento. La sociedad que lo admiró y lo quiso y lo ve-

"neraba ya como una inapreciable reliquia, se inclina hoy sobre sus despojos, evocando toda la fecunda existencia de este caballero ejemplar que no fue un político, ni buscó en la vida pública, ni en cualquier otra actividad méritos agregadizos que ofrecer a la admiración de las gentes, pero cuyo recuerdo perdurará en la sociedad chilena como el noble y generoso amigo y el de un gran señor".

El cuatro de marzo de 1927, moría mi madre y también en la prensa de Santiago encuentro las siguientes líneas.

"UNA GRAN SEÑORA. Ni podríamos dejar perderse en la fosa común del olvido el nombre de una gran dama muerta recientemente que fue durante más de medio siglo, orgullo y ejemplo de nuestra sociedad chilena.

"La señora Juana Browne de Subercaseaux descendía por linea materna de la ilustre familia de los Aliaga radicada en Lima, la cual a decir del tradicionalista Ricardo Palma, era del más puro linaje español de cuantos vinieron al Virreinato.

"Poseía la señora Browne el conjunto de excelsas cualidades que hacen respetable y duradera una aristocracia. Un amplio y generoso espíritu sentido de justicia y de equidad, serenidad y elevación de criterio, rectitud inflexible, severidad con ella misma al propio tiempo que una gran bondad de alma, un no sé qué de piadosa indulgencia para juzgar a los demás.

"Vivió la mitad de su vida en el más alto pedestal que puede deparar la fortuna y los halagos sociales, en un ambiente refinado como el de París y ahí fue un valioso exponente de la cultura y de la distinción de la sociedad chilena.

"Tenía en alto grado esa sencillez de buen tono y esa na-

turalidad sin afectación que es patrimonio de lo que tienen tras de sí muchas generaciones.

"Cristiana de verdad, había en ella una lógica armonía entre sus acciones y sus creencias, generosa con los que necesitaban amparo, verídica y sincera, sin boato y sin ostentación, ella era el tipo de la gran dama cristiana que hace calladamente mucho bien y cumple con la máxima de Cristo "que ignore una mano lo que hace la otra".

"Transcurrió su vida en un ambiente de plena felicidad que le dio un esposo incomparable y cuando en la vejez llegaron sus días de tristeza, al quedar sin la luz de amor y de alegría que vivificaba su hogar, tuvo la entereza de ánimo para no desmayar y continuó, mientras las fuerzas físicas le acompañaron, haciendo todo el bien a los suyos y a los que ella amparaba, buscando en la felicidad de los otros una fuerza para sostener su espíritu.

"Su fisonomía moral, bella y pura como las líneas de su físico, se conservarán por mucho tiempo en nuestra sociedad, como una de esas severas y nobles figuras de damas romanas que la escultura antigua nos ha dejado y que encarnan por sus virtudes el tipo acabado de una aristocracia.

"Esta Gran Señora cuyo recuerdo evocamos hoy afectuosamente, será siempre un ejemplo de lo que debe ser una clase social para conservar su prestigio y su autoridad.

"Dignas de toda veneración las mujeres que como ella hacen la jornada de la vida, sembrando las flores del bien y que al morir tienen entre sus manos el Crucifijo, símbolo de todos los sacrificios y en la cabecera de su lecho la imagen de la Inmaculada, símbolo de todas las abnegaciones".

CAPITULO PRIMERO

MI INFANCIA FELIZ

Vine al mundo el sábado 12 de febrero de 1870, a las 8 de la mañana; era el aniversario de la fundación de Santiago y de la batalla de Chacabuco. Parece que las grandes efemérides han marcado las etapas de mi vida, pues me comprometí el 18 de septiembre y me casé el 4 de julio, el día de los Estados Unidos. Mi abuela paterna doña Magdalena Vicuña y Aguirre, que parece llevaba el pandero en aquella época, quiso, según tradición de la familia, ponerme el nombre del santo del calendario que figuraba en el día de mi nacimiento; felizmente se equivocó de página y tomó el 12 de abril por el 12 de febrero; era San Julio; de otra manera me habría llamado Eulalio. Ninguno de los dos nombres figuraba entre los de mis antepasados. No me pusieron el nombre de mi padre porque lo llevaba mi hermanito mayor que acababa de morir.

Por las cartas de esa época que he leído, parece que fui bien recibido, porque pasaba a ser el mayorazgo, ya que mis dos hermanitos mayores habían muerto y además porque les llamaba la atención, entre criollos, el tipo de "guagua" inglesa de ojos azules y de pelo rubio casi blanco. Fui bautizado en el

Sagrario y mis padrinos fueron mi tía Mariana Browne de Ossa y don Ruperto Ovalle Vicuña, primo de mi padre.

He tratado de reconstituir por cartas y por recuerdos los más remotos posibles mi primera infancia; mi mamá tuvo que dejarme a los 6 meses de nacido para ir a Valparaíso a cuidar a su padre que murió en septiembre de aquel año. Supe por sus cartas, cómo hacían los preparativos para el acontecimiento, como se juntaban las gallinas para el caldo sustancioso de la madre; la forma cómo eligieron mi mama. Parece era bonita, pero picada de viruela, dientes hermosos que era lo único que se exigía entonces a las amas para que tuvieran un buen caudal de leche. Se llamaba Francisca Romo de Vial y era viuda reciente del jefe de estación de Santiago; nos acompañó durante toda la vida. También conocí a la matrona que asistió a mi nacimiento, la Góngora, muy conocida en Santiago a la que vi muchas veces después en casa de mis tíos y en la mía, pues los niños llegaban allí sin cesar. No se usaban entonces los uniformes blancos de ahora ni los zapatos y medias del mismo color. A lo sumo, un chal y un par de chanclas.

Nací en la calle Morandé, esquina de Huérfanos, en una casa de altos que mi abuela Vicuña había edificado a los pies de la suya y que colindaba con la de su amigo el general Blanco Encalada, que venía a visitarla todos los días; era muy sordo y muy elegante.

Ya a los tres años, comencé a darme cuenta de la vida y a desarrollar mi espíritu de investigación. Pude así reconstituir la pieza de mi mamá, donde había nacido; era de seda y cortinaje amarillo, con los muebles de ébano; resaltaba una copia de la Virgen de la Silla, de Rafael; se veía una pro-

fusión de objetos de plata, recuerdo de las ricas minas de Arqueros de mi abuelo. La pieza era totalmente alfombrada pues entonces no se usaba parquet y para barrerla se desparramaban hojas mojadas de té; diseminadas en el suelo había siempre muchas fichas de concha y perla con el monograma del Club de la Unión que mi papá nos prestaba para entretenernos y que venían en unas cajas escocesas. La pieza, que recibía mucho sol, daba a una “loggia” sobre el jardín del segundo patio de la casa de mi abuela y como estaba cubierta con enredaderas de la pluma y madreselvas, el perfume, era delicioso; tal vez por eso y porque la gente usaba entonces muchas esencias y que me lavaban mucho con unos exquisitos jabones de almendra y de lechugas de Guerlain y de Lubin, mi primera sensación fue la del olfato; a estos perfumes se agregaban el de las frutillas y melones que venían del comedor, el sahumerio de los braseros, la alhucema de los roperos y los más plebeyos, de la albahaca y del agua Florida que usaba mi mama.

Vino en seguida el sentido del oído, que recibía las más variadas sensaciones. Al acostarme oía “la Rurrupata” y otros cantos de cuna como:

Duérmete niñito
Dúérmete por Dios
Por los capachitos
De San Juan de Dios.

O bien:

Señora Santa Ana
¿Por qué llora el niño?



Por una manzana
Que se le ha perdido.

El canto de los zorzales, de las diucas y de los chincoles me despertaban por la mañana a lo que seguía la diana del Regimiento de Cazadores que estaba en las cercanías y el alegre repiqueteo de las campanas de los innumerables conventos e iglesias que nos rodeaban. Hasta las argentinas campanillitas de las Carmelitas llegaban a nuestros oídos, y las mamas cantaban:

[Las monjas del Carmen no tienen fustán
Tarán, tan tan, tarán, tan tan.]

A las nueve y media, el grave esquilón de la Catedral anunciaba al público el momento de alzar en la Misa Mayor, y después resonaba por todos los ámbitos de la ciudad el pregón de los campesinos que a caballo traían sus árguenas repletar de frutillas, guindas, damascos y toda clase de frutas y legumbres envueltas en alfalfa recién segada, a lo que respondían los gritos de los vendedores de ají limeño, piñas del Ecuador, chancaca de Paita y cocos de Panamá.

A las diez comenzaban las melodías del piano a oírse en los bajos pues mis tíos eran muy músicas y poco después el piano o el armonium de mi mamá resonaba a su vuelta de misa. Me parecía más alegre la música de abajo que era, según supe después, música de baile o trozos de ópera, mientras que la música de mi mamá era puramente clásica. En la tarde, fuera de la campana de la Catedral que llamaba a Escuela de Cristo, o a pescado, que así la llamaban porque era

la hora en que llegaba este artículo a la capital o de las terribles campanadas anunciando incendio que el Cuerpo de Bomberos hacía sonar muy a menudo, no se oía sino el pito de los pacos o el cantar de los organillos que tocaban aires de la Traviata o de las óperas de Rossini y Donizetti o bien los conocidos valses de Ardití: "Parla" e "Il Bacio".

Ya iba yo creciendo y el sentido de la vista y el gusto comenzaron a aparecer, este último poco desarrollado, pues no tenía apetito y mi mamá era muy estricta en la alimentación; por eso era una lucha hacerme comer y tenía que venir el cochero con un paraguas para lograr que almorzara. El menú, casi invariable, fuera del té del desayuno era la dieta de ave, el arroz con jugo de carne y las compotas. Fruta cruda no probé hasta la edad de razón a pesar de la abundancia que mandaban casi diariamente del fundo.

Poco a poco comencé a gozar del sentido de la vista, la cordillera, los árboles, la decoración de las casas, el adorno de los altares, las lámparas, los cristales, los servicios de porcelana, los muebles, los objetos de plata y por fin la fisonomía y los trajes de mi mamá; era bonita y estaba siempre vestida de gris, blanco o negro, tal vez de medio luto. Sus trajes eran vaporosos por la mañana y usaba aderezo de turquesa o de coral; en la tarde amatista y topacio; brillante en la noche. No se ponía perlas, porque traían mala suerte.

Recuerdo en mi más tierna infancia haber visto la bata larga de encajes con que me bautizaron con una gran faja de raso celeste, colores que durante tres años llevé, por mandar a la Virgen. Ya a los tres años me interesaba la ropa; veía que en invierno me vestían más elegante con trajes escoceses y marinero, traídos de Europa, mientras que en verano sólo

usaba trajes de brin muy planchados, hechos por una costurera llamada Almaida Beutel que después volví a ver en París.

Debía tener alrededor de cuatro años cuando ya me di cuenta cabal de la vida; era completamente feliz, con la ventaja, que los niños tienen, que el porvenir no existe para ellos. Me levantaba a las ocho; venía el "tub" y la fricción de agua de colonia; mi mama, la Panchita, me limpiaba mucho los dientes y los dedos de los pies lo que no dejaba de molestar-me bastante; después me entregaba a mi mamá que de manto y pollera negra me llevaba a misa de nueve a la Catedral; ya sabía rezar. Me llamaba la atención una lámpara de plata que había en el Altar Mayor y que encendían para la misa y los santos de bullo dorados que estaban en la cornisa y que representaban a los doce apóstoles. Nunca pude descifrar las letras de la inscripción que tenían debajo, y por eso advirtió mi mamá que yo era algo miope, mas nunca me llevaron donde el oculista. Volvíamos a casa por el centro y muchas señoras nos sujetaban en el camino.

A las diez estábamos en casa, y mi mamá me enseñaba a leer en inglés, apuntando las letras con un crochet. Me tenía en la falda y me hacía saltar, encantado, sobre sus rodillas, cantando una tonada inglesa que decía: "And then it comes a trotting horse, etc."

Mi papá almorzaba a las diez y cuarto para ir al Banco y a mí me mandaba a la Alameda hasta las once. Yo recuerdo el frugal almuerzo de mi padre, sin vino y con una gran tetera de té al lado. Siempre lo acompañaba algún amigo y una vez un caballero muy dije, me preguntó en tiempo de la Guerra Russo-Turca, de 1877, si era ruso o turco. Yo le contesté que era ruso; "qué gracia, me dijo, cuando eres tan rucio". Supe

después que ese caballero era don Aníbal Pinto, Presidente de la República. Parece increíble la sencillez y la grandeza de alma de nuestros gobernantes de aquella época. Don Aníbal tenía el pelo blanco, y nuestro tío Januario Ovalle que era muy gracioso y le ponía sobrenombres a todos, le llamaba “cebolla cocida”; a mi mamita Magdalena, “escaparate antiguo”; a mi tío Nemesio Vicuña, “el Santo Padre”, y a mi papá, que era flaco y muy alto, “el zancudo”. Posteriormente revisando correspondencia, me encontré con una carta de don Aníbal a mi padre en que ese gran mandatario de un país rico y victorioso en la Guerra del Perú, le pedía prórroga por un documento de 5.000 pesos que tenía en el Banco Mobiliario. ¡Qué dignidad y qué autoridad espartanas!

Nuestra casa, sin ser suntuosa, nos agradaba. A la entrada estaba la pieza del mozo de mesa Miguel Meneses, que nos llamaba la atención por el Nacimiento precioso que tenía, y que tomaba proporciones colosales para la novena de Navidad. La escalera, que era redonda, nos gustaba, pues nos permitía, cuando no nos vigilaban, deslizarnos por el pasamanos con toda velocidad. La rambla terminaba por una hermosa verilla de cristal blanco y azul que nos fascinaba y también a los ladrones que se la robaban dos o tres veces al año. Los salones, que eran dorados y donde poco entrábamos, eran de Lampas amarillo, con las sillas capitonnées; en el chico había un piano donde mi mamá le tocaba a mi papá en las noches que no salían; a mi papá le gustaban las óperas, la *Traviata*, el *Trovador*, *Lucrecia Borgia*, *Lucía*, *El baile de máscaras*, *Norma*, etc. Mi mamá era partidaria de la música clásica, y tenía un hermano, Carlos Browne, que era gran músico, que residía en Valparaíso, casado con doña Virginia Sarratea.

Aunque era yo muy chico, pues no debía tener más de cuatro años, aprovechando la ausencia de mi abuela que estaba en Europa, nos arrancábamos a su casa de los bajos por una escalera del interior llena de carbón y plagada de ratones. Ahí todo nos entretenía, desde la cocina inmensa repleta de golosinas hasta las cocheras con sus arneses y coches, donde nos metíamos por largo rato a jugar. El patio era enorme y tenía un gallinero lleno de pollos, pavos, pichones y gallinas. Ahí se lavaba todo el día y había un sitio para un hombre que venía a hacer panales o azucarillos blancos y rosados que se ofrecían a las visitas con un vaso de agua de la gran destiladera de piedra que había en un rincón obscuro del patio.

Antes de pasar al segundo patio, entrábamos a una despensa muy grande que parecía un almacén por su olor peculiar a yerba mate, café y cominos. Ahí había de todo en abundancia, muchos jamones colgados, cajas de galletas, panes de azúcar en forma de conos, sacos de café, arroz, frejoles, garbanzos, cajones de vino, barriles de oporto y jerez, conservas, dulces en almíbar y de membrillo, quesos mantecosos y con ají, aceite importado, etc.

Seguíamos por un ancho pasadizo y llegábamos al jardín, no muy grande, pero plantado de flores y yerbas tan olorosas que perfumaban toda la casa; fuera de los azahares que daban un naranjo y un limonero, había cedrón, toronjil, malva de olor, albahaca, jazmines del cabo, margaritas, juncos, nardos y narcisos, resedá, dafne y diamelos, fuera de los claveles y las rosas. Las únicas flores sin perfume que había era una profusión de camelias blancas, coloradas y de ambos colores; aun tenía un lúcumo, un chirimoyo y un níspero, cuyo sabroso fruto nos gustaba comer, a pesar de la poca comida que en-

cerraba su pulpa, siendo hasta cierto punto justificada la letrilla popular que dice:

Quien níspberos come y bebe cerveza,
Quien espárragos chupa y besa una vieja
No come ni bebe ni chupa ni besa.

Si a este cuadro encantador se le agrega el perfume embriagador de las enredaderas de jazmín, madreselva y pluma que subían por los pilares, uno casi se creía en el Paraíso Terrenal. El jardín estaba rodeado de anchos corredores de piso de mármol y las paredes pintadas, según la moda de entonces, al estilo pompeyano cuyos tonos policromados nos encantaban y gozábamos viendo pintar a los señores Bestetti y Soza, que eran los artistas más reputados para este género de trabajo.

A este patio daba el oratorio, donde había Misa una vez por semana; tenía una gran caja de música de Ginebra que tocaba piezas muy alegres y poco apropiadas para el Santuario; después descubrí entre sus trozos la *Donna e Mobile*, de *Rigoletto*; había también un gran retrato al óleo del tío de mi abuela, don Manuel Vicuña y Larraín, primer arzobispo de Santiago.

En seguida venía el repostero con todas las golosinas que se iban a usar en el día, y un comedor inmenso de jacarandá, donde siempre había 16 asientos puestos. Ciento que vivían ahí dos de mis primas Larraín Subercaseaux y la familia de mi tío José Agustín Salas Errázuriz. En un rincón del patio estaba la pieza del ama de llaves donde nos encantaba ir, pues nos tenía caramelos, hojarascas, ulpo y aloja y nos contaba

cuentos que por lo que he podido recordar eran de procedencia francesa: la Caperucita Roja, los doce pares de Francia, Carlomagno, Rolando, Blanca Nieves, Los Caballeros de la mesa redonda, etc. Después entrábamos a los salones que eran cuatro; el del centro, el verde, nos fascinaba por su suntuosidad, sus techos, puertas, lámparas y su alfombra. Más tarde supe que de noche se llenaba, pues la tertulia se hacía después de comer. Uno de ellos, donde mi mamita estaba de día, era para la familia, las monjas y los sacerdotes; de ahí recuerdo a la madre Eulalia de la caridad, a don Mariano Casanova, don Blas Cañas, el padre Delaunay y don Miguel León Prado. A las cuatro llegaba a verla el almirante Blanco Encalada, era muy sordo y tenía la vanidad de parecerse al duque de Wellington. Mi mamita me contó que todos los veranos mandaba a la chacra sus caballos cocheros para reponerlos y engordarlos, pero llegaban más flacos que nunca. Averiguando la cosa, resulta que mis tíos y mi padre los utilizaban para hacer carreras a la chilena.

Los otros tres salones eran ocupados por mis tíos y sus admiradores; el otro por mi tío Melchor Concha, entonces presidente de la Cámara de Diputados, y el otro por mi tío Benjamín Vicuña Mackenna que acababa de ser Intendente de Santiago y candidato a la presidencia de la República.

De los salones se pasaba al primer patio, que daba a la calle Huérfanos, separado de ella por un amplio zaguán que cerraba una reja de fierro. El patio era todo de mármol con graderías, adornado de estatuas también de mármol, de los Conquistadores; ahí aprendimos los nombres de Hernán Cortés, Francisco Pizarro, Diego de Almagro, Hernando de Magallanes, Balboa, etc. Este patio tenía la particularidad que no

podíamos verlo sino después de las nueve de la mañana, pues mi abuela arrendaba los altillos de la fachada a un señor Barros que llamábamos el Pichingo y tenía costumbre de tomar baños de sol enteramente desnudo. El tocaba una campanilla antes de las nueve para presentarse en traje de Adán, y todo tráfico quedaba suspendido en el primer patio.

Ahí poco permanecíamos pues nos abalanzábamos ávidos al zaguán, donde estaba la covacha del portero, el cojo Juan Mery, antiguo marinero y aventurero, que había recorrido los mares del Caribe y había combatido en la Guerra de Secesión de los Estados Unidos; su conversación me llenaba de interés, contándonos las maravillas de la región tropical y sus proezas que hacíanme más tarde recordar las novelas de Salgari. Recuerdo que fumaba siempre cachimba y tenía una botella de ron al lado. Nos hablaba mucho de Cuba y nos enseñó la canción "la Paloma", de Iradier: "Cuando salí de La Habana, válgame Dios, etc."

Agotada esta conversación, tenía otro tema para divertirnos, el del mulato Alejo, que mi abuelo había tomado para el entretenimiento de los niños. Ahí aprendimos todas las travessuras y pegatas inimaginables.

Mi abuelo Ramón que era senador y amigo de don Manuel Montt chocó con él y se unió, con su cuñado Pedro Félix Vicuña, en la oposición. Era costumbre que el Presidente fuese a caballo a la Pampa a revistar las tropas el diecinueve de septiembre y a su encuentro enviaron al mestizo Alejo montado en un burro, de frac, colero y banda tricolor. Se lo llevaron, por supuesto, al calabozo. Otra vez había un señor Zañartu, misántropo y de mal genio, que tenía un paíco para él solo y sus anteojos en el Teatro Municipal; mi papá y mis

tíos enviaron a Alejo el dieciocho de septiembre, vestido de gran toilette a acompañarlo, con un telescopio; dicen que la algarazara fue indescriptible. A mis tíos las llevaron a un dentista a hacerles unas tapaduras y entonces emprendieron tarea de arreglarle la dentadura a Alejo, haciéndoles tapaduras con un barreno, un clavo, un martillo y papel de plata de las cajas de té.

El vecino de la casa de mi abuela era don Pedro Felipe Iñiguez, quien se quejaba amargamente de sus malvados sobrinos; tenía este caballero una reja muy bonita, que apreciaba mucho, a la entrada de su casa; un día el mayordomo del fundo llegó y amarró su mula en la reja; mis tíos le ataron un paquete de cohetes en la cola y el animal arrancó con reja y todo por la calle Huérfanos. Otra vez vino un médico a verlo en un caballo blanco, pues entonces los facultativos cabalgaban. Mientras atendía al enfermo, los chiquillos Subercaseaux pintaron al caballo de overo y el doctor no pudo encontrar su animal. Otra vez a don Pedro Felipe, que medía sus visitas al sastre, le mandaron hacer un traje de paño verde con vivos lacres.

Pero donde quedan más huellas de sus travesuras, fue en Valparaíso, donde contaron con el concurso de su primo Hermenegildo Vicuña, a quien le oí después narrar sus proezas. Una vez a un míster Polka, martillero de la Aduana, lo lacearon mientras remataba su mercadería encaramado sobre unos enormes cajones y lo tiraron al suelo, quebrándose una pierna. Otra vez se les ocurrió para imitar las cacerías de los ingleses, formar una jauría de perros en la casa que tenían en la plaza de La Victoria, y atrapaban los quiltros que encontraban en la calle. Tropezaron entonces con el problema de la alimenta-

ción y para ello no trepidaron en mandar a Hermenegildo a robárselo metódicamente los asados del vecindario hasta que tuvo que descubrirse el pastel y se mandó a todos los chiquillos de pupilos a los Padres Franceses. De estos cuentos hay miles, algunos casi inverosímiles.

El salón de mis tíos daba a la calle Morandé y he oído decir que era de una animación extraordinaria. Una noche de verano con las ventanas abiertas se pusieron a bailar "Can Can", con los marinos del l'Astree, un buque de guerra francés y con sus amigos chilenos, entre los cuales estaba don Ramón Barros Luco, que ya figuraba en la política chilena. La gente se apiñaba en la calle para celebrarlos y reírse.

Acababa por entonces de dejar la Presidencia de la República el suegro de mi tío Antonio Subercaseaux, don José Joaquín Pérez. Lo recuerdo perfectamente. Una vez que fui a su casa a la calle de las Monjitas, estaba leyendo una novela de Paul de Kock. Era muy occurrente y cuenta de él, que durante su presidencia, una comisión de parlamentarios fue a abogar por la libertad de imprenta; "¿qué más quieren?", les replicó, desplegando un diario de caricaturas en que lo representaban con una cabeza de burro, rodeado de una sarta de impropios". El joven político Julio Bañados Espinoza le preguntó otra vez, "señor Presidente, ¿es muy difícil el arte de gobernar a los pueblos?" "Oui Musiu", le replicó don José Joaquín. Dicen que otra vez, durante la Guerra contra España, le fueron a proponer la compra de un submarino para hundir a la escuadra española; le alabaron mucho la seguridad del barco y le invitaron para probarlo. "¿Y si se chinga?", preguntó él. Se chingó en efecto, y los inventores se ahogaron en la bahía de Valparaíso.

Ya íbamos alcanzando la edad de la razón y comenzaban las primeras tentativas de independencia y travesuras. Ya los días de Santo de las mamas nos arrancábamos a sus cuartos a comer causeo, joh horror nuestro régimen tan estricto de alimentación!, chancho arrollado, regado con la chicha baya y un licor amarillo que llamaban mistela de apio. En seguida nos deleitábamos con las canciones en la vihuela, donde todas terminaban con una estrofa de “Cogollito de Alhelí”. Recuerdo una sobre mi tío don Benjamín Vicuña Mackenna que era candidato a la presidencia, y que decía:

En el fondo de la mar
Suspiraba una ballena
Y en su suspiro decía
Viva Vicuña Mackenna

Ya en la tarde estábamos con indigestión; llegaba el médico, un viejecito muy bondadoso, el doctor Schneider, que nos recetaba invariablemente aceite de Palma Christi, sentencia que cumplía mi mamá con gran energía, apretándonos las narices para que lo tragáramos en seguida para devolvernos el apetito, nos daban agua en unas copas de madera, de Quassia Amara.

Todavía no teníamos amigos por temor de los contagios; sólo recuerdo la casa de misiá Tránsito García de la Huerta, donde íbamos a jugar con Renato y Gabriela Sánchez.

Cuando no llovía me llevaban al Tajamar, “Al pan de la gente”, donde todo Santiago iba a tomar chocolate, y la noche del Dieciocho nos sacaban a ver las “luminarias”, que adornaban las casas y los edificios públicos; eran todas de gas

de alumbrado y en casi todas ellas figuraba el lema: "Dios y Patria".

Solía mi mamá llevarnos a casa de unas amigas, las señoras Douster, que nos daban riquísimos dulces de alcayota, duraznos de la Virgen y tomates; tenían una quinta muy linda y muy grande y preciosas magnolias y árboles raros, frente al Hospital San Borja, que una de ellas, casada con don Manuel Tocornal, había heredado en compañía de sus hermanas, de su abuelo, que era un distinguido y rico español, llamado Villavicencio y cuyo nombre lleva una calle de ese barrio.

Las hijas del señor Douster, que era belga y que sin embargo fue Cónsul de Holanda en Valparaíso, eran muy amigas de las Browne, y como una de ellas se había casado con un Tocornal, padre del distinguido diplomático y gran amigo mío, Juan Enrique, sirvieron de contacto para que mi papá y mi mamá se conocieran, pues don Joaquín Tocornal muy ligado con mi abuelo Ramón, había sido el tutor de mi papá, y el consejero de mi mamita, cuando enviudó. Fue en un baile en 1866 en casa de don Manuel Antonio Tocornal, el dandy y gran político de la época, Bandera al llegar a Agustinas, que mi papá y mi mamá se comprometieron. Ahora nuestros nietos Germán Lamarca Subercaseaux y Magda Claro Tocornal se han casado y sellado así una amistad de más de un siglo. Todavía se conserva una carta del tatarabuelo de Germán, don Bartolomeo Browne de la tatarabuela de Magda.

El señor Douster debía ser muy original, pues una vez organizó una expedición a Tahití, para pescar perlas y estuvo a punto de ser comido asado por los canacas.

A pesar de nuestro aislamiento éramos unos barrabases y se nos notificó la próxima entrada al colegio. Una de nuestras

distracciones favoritas era atrapar ratones en una trampa y después soltarlos, con cohetes atados en la cola. Así se metían despavoridos a las cuevas y no sé cómo no le prendimos fuego a las casas.

En las tardes nos llevaban en coche americano o de trompa a la Alameda o al parque, volvíamos a las cinco a casa a comer. El domingo nuestros padres salían en Caleche, con cochero y librea muy elegantes, a las carreras o al parque; a nosotros no nos llevaban pues la educación inglesa no permitía juntar a los niños con los grandes.

La vuelta a la casa, sobre todo en invierno, era triste, porque los sirvientes con sus cuentos terroríficos nos infundían pavor y nos hacían cobardes; los dos temas invariables eran los salteadores y las ánimas.

Mis padres nos veían a la hora de comida y nos acostábamos a las siete. Entonces con dos piteos de los "pacos" con sus pitos de hueso y su Ave María Purísima, al marcar las horas y el tiempo, comenzábamos a temblar por los ladrones que entonces abundaban en Santiago. Después nos quedábamos dormidos y nos despertábamos espantados a medianoche, creyendo oír las ánimas subir por la escalera, lanzando piedras y gemidos. Sólo al amanecer nos volvía la tranquilidad a pesar de tener a mi lado el catre de mi mamá.

Por la mañana estábamos felices mirando los grandes cuadros al óleo que nos rodeaban; había uno de la familia Subercaseaux con la familia Vicuña, en que figuraba mucha gente y que jamás he vuelto a ver. Ya tenía un poco el culto de la belleza, pues recuerdo haber roto a escobazos el retrato de mi bisabuela, doña Manuela Mercado, que era horrorosa por lo

menos en el retrato y este movimiento de indignación contra la fealdad me valió un buen encierro y fuertes coscachos.

Llegamos al año 1875, y desde los 5 años, se precisan más los recuerdos, pues fue el año de la Exposición en la Quinta Normal. Mi memoria, aún en pañales, recuerda lo mucho que en casa se hablaba de ella; lo que más me entusiasmó fue un tréncito a vapor que nos llevaba por toda la Quinta Normal y la primera locomotora que se usó en Chile, en el ferrocarril de Caldera a Copiapó, el primero que se construyó en Sudamérica; su chimenea parecía un enorme embudo. Había muchas máquinas agrícolas y colecciones de diversa índole que yo no comprendía; nos mandaron varias veces a visitarla a mi hermano Fernando y a mí en compañía de mi mama Panchita con quien salíamos siempre; recuerdo que le daban dos pesos fuertes que eran de plata del tamaño de un reloj. Antes de ir a la Exposición pasábamos a una pastelería en la calle Ahumada al llegar a la Plaza a tomar helados, de preferencia de canela y frutilla; costaba cinco centavos la copa y nos daban media docena de pasteles por un veinte. Subíamos después a los carritos urbanos, que por la calle Compañía nos llevaban a la Quinta, se pagaba con fichas coloradas de cinco centavos abajo y negras de dos y medio centavos, arriba; al entrar el cobrador tocaba una campanilla anotando en su tablero el pasajero que entraba. Nos gustaba subir a los carritos para ver los números que llevaban en su testera, pues todos eran de distintas formas y colores, sobre todo en Valparaíso.

Ibamos generalmente a Misa de diez los domingos a la Iglesia de las Agustinas, y a la salida en un patio con naranjos que había al costado, pintado de celeste, nos juntábamos con los niñitos Renato y Gabriela Sánchez García de la Huerta,

que vivían al frente y cuya casa frequentábamos a menudo. Después solían mandarnos a la Alameda a ver formados los batallones cívicos que después se dirigían a ejercitarse en la Pampa. Recuerdo que eran tres batallones que usaban pantalones blancos; el número uno tenía pompón blanco en el morrión, el dos, colorado y el tres azul; los jóvenes de la mejor sociedad constituían la oficialidad; mi tío Antonio Subercaseaux era comandante del batallón número tres. Las niñas les hacían muchas fiestas y en las noches iban a lucir sus galas al Teatro Municipal.

Cuando íbamos a Valparaíso nos gustaba mucho ir a la estación de Bellavista a ver maniobrar los trenes de carga, que movilizaban los bultos del malecón. Ahí aprendimos los nombres de todas las locomotoras; las diez primeras todas inglesas, tenían las chimeneas negras con un borde de bronce; las otras eran todas negras. Sus maquinistas, de buena facha, hablaban inglés. Recuerdo los nombres de las diez primeras locomotoras, la número uno se llamaba Empresa; la número dos, Vencedora; la número tres, Obstáculo; la cuatro, Adelante; la cinco, Recompensa, y después, Porvenir, Valparaíso, Quillota, Aconcagua y Santiago. Más tarde, mi tío Benjamín Vi-cuña Mackenna, me dijo que esos nombres correspondían a la siguiente frase: "La empresa vencedora de los obstáculos, en adelante, recompensa el porvenir de Valparaíso, Quillota, Aconcagua y Santiago".

o o o

Ya comenzaba a darme cuenta cabal de la vida y mi memoria adquirió la fidelidad que conserva hasta ahora. Con la

exactitud británica de mi mamá, nos trasladábamos a Valparaíso en la primera semana de enero; el tren salía a las ocho de la mañana de la estación Alameda; sus carros de pasajeros se componían de compartimientos cerrados de ocho personas de los cuales mi mamá siempre hacía reservar uno con anticipación. El trayecto, salvo la laguna de Batuco, nos parecía monótono hasta Montenegro; ahí había vendedores de queso de cabra y de brevas primorosas. Después venía la cuesta del Tabón con sus dos túneles y el puente de los Maquis y por fin llegábamos a las diez y cuarto a almorzar a Llay-Llay. Nos sentábamos en la mesa del conductor del tren, amigo de mi papá, el hombre más comadrero del mundo; así estábamos seguros de no perder el tren y siempre nos entusiasmaban los panqueques acaramelados que nos daban; en seguida menudeaban las estaciones donde había mucha vegetación y numerosos vendedores: la Calera con sus pejerreyes recostados en una canasta de mimbre y sus dulces de La Ligua; Quillota con sus camarones de río y sus primorosos ramos de flores tan olorosos y tan sistemáticamente arreglados, donde predominaban, junto con los nomeolvides y las fucsias, los claveles, resedá, las margaritas y el heliotropo; por fin llegábamos a Limache lleno de sauces llorones, después de haber penetrado por el socavón de San Pedro, donde rezábamos un Credo durante su trayecto. El camino volvía a ponerse monótono hasta Viña del Mar, donde gran parte de la familia que ahí veraneaba nos esperaba en la estación para saludarnos. Seguimos a Valparaíso, maravillados con la vista del mar, solitario antes del túnel de Punta Gruesa que había sido abierto en forma de circunferencia, y lleno de buques después de su salida; estos eran sobre todo de vela y de todas las naciones.

Liegábamos a la estación de Barón y más tarde a la de Bellavista, donde un coche nos esperaba para llevarnos a nuestra casa que estaba en la calle de la Planchada (hoy Serrano), cerca de la plaza y que pertenece en la actualidad a la familia de don Guillermo Rivera. Daba también por el fondo a la calle Cochrane, en formación porque hasta ahí llegaba el mar, que veíamos desde el comedor y nuestro "nursery".

La casa tenía una escalera monumental que se prolongaba por una ancha galería con claraboya, sobre la cual daban casi todos los dormitorios, que eran bastante oscuros salvo la recepción, el dormitorio de mi mamá, el nursery y el repostero, que daban a la calle. Arriba en la terraza, también con techo de vidrio, estaban la cocina y la servidumbre; esa parte era muy alegre y ahí jugábamos. La vista del mar no nos cansaba nunca; al frente estaba la capitánía del puerto y en el mástil se izaba la bandera del vapor que entraba a la bahía, generalmente el blanco con lacre de la Cía. Sudamericana de Vapores y el azul con blanco de la Pacific Steam, ambos con orla azul o lacre si venían del sur. También allí subían unas pelotas negras, cuando había temporal. Gozábamos viendo llegar y fondear los vapores de hélice o con ruedas o paletas y el entusiasmo era indescriptible cuando anclaba un buque de guerra extranjero, lo que era frecuente, pues saludaba a la plaza con 21 cañonazos, que eran contestados por el fuerte de San Antonio, que se encontraba donde está ahora la Escuela Naval. También gozábamos los días de Fiestas Patrias con el empavesado completo y las salvas de los buques de la Escuadra. Nos entretenía asimismo el faro del muelle de pasajeros que teníamos al frente y que encendían al entrar la noche y que se componía de siete colores distintos. Todo nos llamaba la atención;

veíamos que el juego de porcelana de Santiago era verde y el de Valparaíso rosado y que los duraznos que nos daban en compota para el almuerzo eran blancos en el puerto y amarillos en la capital.

La calle de la Planchada, donde vivíamos, era muy animada, tenía mucho comercio y se encendía de noche. Al frente de nuestra casa se hallaba el Club de la Unión, donde mi mamá mandaba a buscar a mi papá. Recuerdo que en esa casa se jugaba rocambor en la noche, y mi mamá tocaba música clásica con mi tío Carlos Browne, acompañada de una orquesta formada por los principales jefes de las casas de comercio de Valparaíso. A las ocho había retreta en la plaza de la Independencia que estaba al lado.

En esa época hubo en la Filarmónica un baile de fantasía y todas las familias se reunieron en casa para ver los disfraces; entre ellos estaba mi papá, mi mamá, mi tía Sofía, mi tío Enrique Browne, de pescador con mi tía Juanita Vicuña Correa, su mujer, chiquita pero preciosa; también estaba su hermana no menos hermosa que acababa de casarse con el señor Vial Bello y que fue después madre de mi nuera Mercedes Vial Vicuña.

Ese año de 1875 me moría de ganas de saber leer y en nuestros paseos matinales al Jardín Abadie (hoy Parque Municipal), solía, para darme facha, comprar el diario y aparentar leerlo sentado en algún banco, hasta que una persona me pilló, viendo que lo estaba leyendo al revés. Nuestra vida era muy metódica; íbamos, respirando el olor a alquitrán y a gas que llenaba la ciudad, al Jardín de Abadie donde me llamaban la atención dos plantas que no conocía en Santiago: los pimientos, con su semilla colorada y un arbusto de flor mul-

ticolor que supe más tarde que se llamaba lantana. De regreso pasábamos donde la señora Hucke en la plaza del Orden y comprábamos pan de leche para el té. Tres veces por semana este paseo cambiaba porque íbamos a los almacenes fiscales a tomar baños de mar. No había playa sino unas cabinas construidas sobre pilotes con una escalera y cordeles. El agua era muy clara; verde esmeralda, pero se veían muchas jibias o aguas malas como las llamaban. Al principio nos bañábamos con mi mamá y otras señoras que usaban trajes que parecían camisa de dormir; no se veía el fondo del mar. Más tarde nos dejaban ir a los baños de hombres con el mozo de mesa que nadaba muy bien y nos llevaba al apa hacia afuera; esto nos encantaba. A la salida del baño pedíamos tortilla de rescoldo. En la tarde íbamos a la estación de Bellavista a ver maniobrar los trenes o a Playa Ancha, hoy camino de las Torpederas, a recoger entre los peñascos conchas y caracoles.

Los sábados veíamos a mi abuela Aliaga que vivía en la calle Prat esquina de Urriola con mi tío Enrique Browne, tipo acabado del inglés victoriano, con su barba rubia, y mi tía Juanita Vicuña Correa. Mi tío había sido educado en Alemania y era aficionado en sus momentos de ocio, a la ciencia y a la mecánica; tenía unas máquinas a vapor y unos trencitos que nos entusiasmaban. Mi abuela, que estaba algo trastornada, nos llenaba de dulces, que le llegaban del Perú sobre todo la mazamorra morada, las nueces de nogal y las barritas de incienso. Recuerdo que un día en que por milagro habían salido todos, se derrumbó el cerro, que estaba detrás de la casa y la sepultó, perdiéndose una parte de la platería de la familia Aliaga y los preciosos servicios de cristalería y porcelana, que mi abuelo Browne había traído de Inglaterra; pude

juzgar después de la calidad de los cristales, pues de un servicio para 36 personas le habían regalado la tercera parte a mi mamá de quien yo lo heredé y que me robaron en un viaje a Europa.

Recuerdo a mi tío Carlos Browne, más bajo que mi tío Enrique, que nos llevaba en lancha a visitar los buques de guerra y a su mujer doña Virginia de Sarratea. También íbamos los sábados a saludar a nuestros primos Bourchier, que vivían en la calle O'Higgins, cerca de la plaza del Orden (hoy Aníbal Pinto), o a los primos Bennett en el Cerro Alegre.

Yo era amigo de Jorge Bourchier, con quien fui íntimo después y con Jimmy Bennett. Las dos casas eran netamente inglesas. Mi tío Plunkett Bourchier, gran señor con una larga barba rubia, era presidente del Sporting Club y del Club Inglés, pero empedernido jugador. Su familia era de buena procedencia, pues con su hijo George fuimos a Dives, en Normandía a ver en su iglesia el nombre de los normandos, que invadieron Inglaterra y entre ellos figuraba Plunkett Bourchier; la mujer de Cromwell era también Bourchier. Mi tía Sofía Browne, su mujer, era encantadora y buenamoza. En cuanto al tío Bennett era tan escocés que jamás aprendió el español; su abuela era hermana del famoso financista Law y tenía un precioso retrato de ella hecho por el célebre pintor inglés Gainsborough.

En ese año o el anterior, hubo en la primavera la fiesta de las Escuelas que tuvo gran resonancia. De ella recuerdo sólo los arcos de triunfo que se levantaron en la ciudad, las salvas, el embanderamiento de edificios y buques y un magnífico desfile que pasó frente a casa. Vi muchos destacamentos de los buques de guerra extranjeros que había en la bahía,

ingleses, franceses, alemanes y austriacos; me llamó la atención la banda de música de los marinos ingleses, con sus chaquetas coloradas y galones de oro.

Era Intendente don Juan Francisco Echaurren, un gran Intendente y filántropo, pero temido por los pobres, pues quería que la ciudad estuviera limpia y se llevaban presos a los que arrojaban basuras y papeles a la calle. El instituyó unos servicios higiénicos en el malecón, sobre el mar, para el pueblo; eran pintados de colorado; los llamaban chaurrinas; eran prácticos, pero reñidos con la estética.

Don Francisco dejó su fortuna a la Beneficencia y su mausoleo en el cementerio de Santiago se distingue porque dice: "Dormitorio del dueño de casa".

Me gustaba mucho ir al Cerro Alegre porque, relajada la vigilancia, y en compañía de otros chiquillos entre los cuales el más diablo era Edgar Howe, hacíamos la de San Quintín. Un poco más tarde nos pusimos a fumar y a marearnos, guiados no por la calidad del tabaco sino por el envoltorio del cigarrillo que era blanco, amarillo o chocolate y de hoja o pita. Después nos deslizábamos cerro abajo hasta los techos de las casas del plano; muchas veces nos sacaron por las claraboyas del hotel Aubry que daba a la calle Prat.

Otras veces hacíamos fechorías en las casas del mismo cerro, quebrando vidrios y hasta prendiéndoles fuego, lo que trajo la supresión de las visitas al cerro. Recuerdo que nos mandaban al fotógrafo de la Cruz de Reyes donde había mucho olor a éter, y cuya máquina envuelta en un paño negro nos infundía terror. Tampoco debo olvidar el 12 de febrero, se celebraba con gran pompa el día de mi cumpleaños, había gran orquesta que me enseñó la melodía del Danubio Azul,

y unas once muy suculentas, pues había que corresponder a los espléndidos regalos que nos traían, vapores, trenes, linternas mágicas, casi todo de la casa Busmeister de la Plaza del Orden.

Recuerdo que hubo ese año dos grandes fiestas en Valparaíso, una de las escuelas siendo Intendente don Francisco Echaurren, y la inauguración con gran pompa en la plazuela de la Aduana siendo Presidente don Aníbal Pinto, de la estatua de Wheelwright el yanqui más progresista que haya venido a Chile, pues a él se le debe el ferrocarril de Caldera a Copiapó, la primera línea de vapores, el telégrafo, el gas, el aprovechamiento de las minas de carbón y no sé cuantas otras cosas más. Había sido un antiguo capitán de la marina mercante de tal actividad, que cuando se acercaba su fin dijo: now I must sleep.

Muchos datos oí de este gran hombre a don Mateo Clark, que era su amigo a la vez que el de casa y de su vida aventurera; había naufragado, quisieron asesinarlo en Chile, escapó de una emboscada en el Perú, y del vómito negro en Panamá.

El domingo, cuando tenía diez años, íbamos a pasar la tarde a casa de mi amigo John Fischer de mi misma edad, cuyo padre don Germán, jefe de la casa de Viorwerk, ocupaba una quinta preciosa y muy extensa arriba del Cerro Alegre, una parte de la cual es ocupada hoy por el Hospital Aleman.

Un landau desvencijado nos iba a buscar a las doce y después de un largo viaje llegábamos a la quinta donde se juntaban numerosos niños. Había en el parque toda clase de atracciones, columpios, croquet, palitroque, etc. y en el interior tí-

teres y linterna mágica. Todo terminaba con unas magníficas once, y de la cual recuerdo un vino tinto que nos servían a profusión con canela, azúcar y clavo de olor.

Había entre las chiquillas una niñita que me encantó con unos ojos color oro y pelo rubio. Nos columpiamos juntos y nos paseábamos de la mano; nos sonreímos y no nos decíamos nada. Fue mi primer amor; se llamaba Clara Rosemberg; después sólo vine a saber de ella hace un año cuando murió en un fundo cerca de Valdivia. Los domingos íbamos a misa a la Matriz, la iglesia colonial, y después veíamos evolucionar al único batallón que había en Valparaíso, y cuyo cuartel estaba al lado de la iglesia, los navales, cuyo uniforme negro con vivos blancos nos llamaba la atención, pues estábamos acostumbrados a los pantalones colorados de las tropas de Santiago. Llegaban muchos buques de guerra extranjeros y los uniformes de su tripulación, con las banderas de los consulados, que eran numerosos, daban cierto aspecto pintoresco a la ciudad.

En 1877 entramos en Santiago al Colegio Mixto, de Lucía Soto, en Agustinas esquina de Claras. Poco recuerdo de él; estaban ahí mis primas Emiliana y Elena Concha y Jorge Barceló Lira que fue más tarde el jefe tan admirado de la Escuela Militar. Las clases estaban en los altos y había que atravesar un gran patio de naranjos. Sólo recuerdo que aprendí a leer de veras y a satisfacer mi pasión de recorrer los diarios; todas las mañanas iba al cuarto de mi papá a leer el Ferrocarril, de boca, recostado sobre la alfombra. No recuerdo haber sido un alumno sobresaliente, pero jamás me castigaron, llegábamos al colegio a las diez y salíamos a las cuatro; llevábamos

en nuestro bolso la merienda, sandwiches de carne, huevos duros y cake; en el colegio nos daban agua o leche.

Ese año de 1877 también recuerdo el baile de fantasía de mi tío Claudio Vicuña, cuando estrenó el palacio de la Alhambra, que se encuentra en la calle Compañía y que hacía cuatro años había comprado a don Francisco Ignacio Ossa. Mi tío Claudio era el hombre más elegante de Chile; lo llamaban el príncipe chileno, usaba siempre guantes gris perla y era muy galante con las damas. Un día le dijo a mi mujer: "eres hermosa como una palmera que nada puede doblegar sino el peso de tu belleza".

Como mis padres me mimaban mucho, se les ocurrió llevarme al baile disfrazado de Fígaro, traje de terciopelo negro, linda faja de seda carmesí, camisa de batista y capa española; mi mamá iba elegantísima toda de blanco, de novia de la Edad Media, con franjas de terciopelo blanco y muchas perlas, un gorro puntiagudo, sostenido por un hilo de brillantes; mi tío Ramón Subercaseaux llevaba también un traje de novio “Incroyable”, también de blanco; mi papá de frac con pantalón corto y mi tía Lucía Subercaseaux, la dueña de casa, de Noche con un vestido negro sombreado de lunas y estrellas de brillantes.

Parece que me regalonearon mucho en la fiesta y me dieron mucho champagne, al punto que me llevaron a casa completamente dormido; perduró este recuerdo como un cuento de Las Mil y una Noches en palacios encantados rodeado de reinas, hadas, hechiceras, princesas y guerreros.

Ya en 1877, a los 7 años, comencé a interesarme por la conversación de los grandes, y me di cuenta que mi papá había hecho buenos negocios, pues se recibían muchas visitas

y a cada rato llegaban cajones de Europa, conteniendo muebles y trajes.

Supe un día que íbamos a edificar una gran casa con jardín y que con tal objeto se había comprado un gran terreno en el corazón mismo de la ciudad; nos llevaron a verlo; se estaba demoliendo y se encontraba en la calle Agustinas esquina de Ahumada, donde está ahora el Banco de Chile; era enorme, sesenta metros por sesenta y cinco, alrededor de cuatro mil metros y teníamos de vecinos por un lado al obispo don Joaquín Larraín Gendarillas y por el otro a mi tía Manuela Subercaseaux de Vicuña, quien habitaba Agustinas esquina de Estado, con la pastelería Camino en la esquina.

A fines de año fue el gran acontecimiento del traslado a la nueva casa; ésta cuyo piso bajo estaba ocupado en su mayor parte por grandes tiendas, tenía una entrada muy espaciosa con una gran escalera doble toda barnizada y con el departamento del mayordomo, Miguel Meneses, a la entrada. Se llegaba arriba a la recepción, que constaba de tres salones, de lampas amarillo, profusamente dorados, según el gusto de mi papá; un gran comedor colorado, un escritorio azul, que era la pieza de estar con su chimenea y el boudoir de mi mamá; además, en el ala de la calle Ahumada, había un enorme billar con cuarto de fumar anexo. Los dormitorios eran incontables pues había seis piezas de alojados, pero cosa curiosa, detalle característico de la época, no había sino un solo baño, barnizado como el repostero y despensa. Una gran galería, con vista al jardín, rodeaba toda la casa; tenía vidrios azules lisos y otros blancos de muselina. Había profusión de cuadros en todos los aposentos, como era la moda de esa época.

Bajando al jardín, nos encontrábamos con un patio cu-

biero para nuestros juegos, y dos jardines separados por un conservatorio y unas portadas romanas cubiertas de yedra y rodeadas de enormes plantas de camelias; el primer jardín había sido dibujado primorosamente por un alsaciano, Monsieur Renner, que se quedó después en Chile; contenía una hermosa pila, un lago con sus puentes y cascadas, ideal para jugar con nuestros buques y estaba todo cubierto por un telón que se corría por las tardes en los días de calor y que hacía que el ambiente, cuando regaban a esa hora, se impregnase de una fragancia tropical exquisita. Una gruta llena de juegos de agua ocultos, unía el jardín con el conservatorio que era de grandes proporciones, saturado del perfume del almizcle y de las orquídeas.

El jardín de atrás era más descuidado; había ahí un parrón y un gallinero y se destinaba a cultivar flores. Cada uno de nosotros tenía un pedazo de terreno para cultivar y en el fondo había una puerta que comunicaba con el Banco Mobiliario, de que era dueño mi papá, y le permitía pasar de la casa al Banco sin salir a la calle. Este jardín no me era simpático por los frecuentes anegamientos producidos por los tacones de la acequia que pasaba al fondo del predio y que llenaba esa parte de cáscaras de sandía y otros desperdicios peores.

Por cada vapor llegaban muebles para la casa; recuerdo unas preciosas alfombras de Aubusson para los tres salones, por lo menos de siete metros por seis. Los muebles de comedor eran estilo Enrique II, de nogal tallado, con treinta y seis sillas de cuero colorado. Las decoraciones de los techos de la recepción eran de cartón piedra y se atornillaban sobre el estuco.

El año 1878 hicieron mis padres un viaje al Perú, mi ma-

má para ver a sus parientes y mi papá para atender a sus negocios, que supe después fueron muy provechosos; se trataba de adquirir los certificados salitreros que emitió el Gobierno del Perú, siendo presidente don Manuel Pardo, en pago de las oficinas salitreras, cuando se decretó el estanco del salitre. Estaban depreciados, baja que se acentuó mucho más cuando vino la guerra y la ocupación de Tarapacá, pues no se sabía si el Gobierno de Chile los iba a reconocer. El representante de mi papá era por entonces el diplomático chileno don Joaquín Godoy quien siendo ministro durante la guerra en el Perú, descubrió el tratado secreto que tenía con Bolivia, cuando nos seguía engañando su plenipotenciario en Chile.

Quien le cruzó el camino a mi papá y le impidió ganar mucho más fue el coronel North, el rey del salitre, que vio también el mismo negocio; había llegado a Chile de simple calderero y ya se codeaba con los soberanos.

Durante la ausencia de mis padres, tuve un accidente que casi me costó la vida. Estaban limpiando uno de los espejos de los salones, cuando quise bajar un enorme candelabro de bronce, casi de mi tamaño. El candelabro me aplastó y me hizo una profunda herida en la frente, donde la sangre brotaba a borbotones; corrí hacia los cuartos y la huella del reguero de sangre quedó estampado en los pasadizos. Sané bastante ligero, pero he conservado hasta ahora la cicatriz que me parte en dos la frente, sobre la nariz.

En esa época nos sacaban mucho más fuera de Santiago; unos quince días de la Semana Santa los pasábamos en la chacra de mi tía Mariana Browne de Ossa en Ñuñoa, donde gozábamos a morir, pues nos tenían unos mampatitos preciosos para salir a pasear todas las mañanas hasta el confín de la cha-

cra con Macul; el mío se llamaba Nero. Además había un gran baño de natación con vaporcitos de cuerda y de vapor y una laguna con su isla al medio llena de patos; ahí aprendimos a remar. Mi tía, como todos los Ossa, vivía entonces espléndidamente; recuerdo a su cuñada, doña Carmela Ossa de Dávila que tenía los dos fundos más hermosos en los alrededores de Santiago, el de La Reina y La Dehesa.

En la primavera íbamos a la chacra Subercaseaux con mi abuela Magdalena Vícuña. Lo que más recuerdo de esa época encantadora era la belleza del parque lleno de rosas, a la vera de todos los caminos, que sumaban más de un kilómetro; había unas rosas amarillo encendido que mi abuelo Subercaseaux había hecho venir de China; tenían olor a té y eran las únicas en Chile. Todos los caminos tenían una moldura de fresas blancas por un lado y coloradas por el otro, así que a cada rato íbamos a llenar canastillos de esa preciosa fruta. El trinar de los pájaros al amanecer, que los había en abundancia, es un grato recuerdo que no se olvida. La casa era muy bonita, traída por mi abuelo Subercaseaux, de los Estados Unidos; estaba abajo y en los altos rodeada por un corredor muy ancho con baldosas de escoria metálica que producían un ruido y un olor peculiarísimo. Estaban las paredes pintadas de azul claro y por los pilares de fierro de los corredores subían enredaderas de multiflor, plumbago, madreselva, jazmines y pluma.

Venían en la tarde, dada la cercanía de Santiago, muchos invitados a comer a las seis y ya me permitían sentarme a la mesa, porque me encantaba poder oír las conversaciones. De lo que más hablaban era del oro de Paraff, un señor que prometía fabricar oro que embaucó a la gente más sesuda de

Santiago; su ayudante para producir el oro, llevaba polvo del metal en las uñas; los grandes caballeros, muchos de ellos allegados al gobierno, perdieron mucho dinero y el señor Paraff su libertad.

El punto negro para nosotros era, al llegar la noche, el susto de los salteos que con suma frecuencia se sucedían en ese barrio; mi mamita Magdalena buscó un hombre que le merecía toda su confianza y que le debía muchos favores; lo colocaba bien armado al pie de la escalera para que montara guardia en toda la noche. En realidad nunca pasó nada en la chacra, pero después se supo que el hombre de confianza era el jefe de los bandoleros.

Dos hechos marcan ese año mis recuerdos: la entrada al colegio de hombres de Magdalena Moffat, llamada "la gringa", reputado el mejor colegio de Santiago y la visita a Chile del primo de mi mamá, don Manuel Pardo y Lavalle que había sido Presidente del Perú y que se alojó en casa.

El colegio de la gringa estaba situado en Agustinas al llegar a la actual calle San Martín. Era un edificio angosto con gran fondo; al final había un patio enorme. La educación debía ser buena, pues me saqué tres coloradas en todos los exámenes que di en el Instituto Nacional hasta terminar los once años, época que me fui a Europa; di Historia Sagrada, Historia Antigua y Griega, Catecismo, Historia Romana, Aritmética y Gramática. El único examinador que recuerdo y que frecuenté mucho más tarde, fue el eminentе hombre público don Luis Barros Borgoño. Recuerdo que al ir al Instituto Nacional a dar exámenes, por las mañanas, tomábamos un gran vaso de leche al pie de las vacas que había amarradas entonces en la Alameda.

La gringa era severa; al hacer la clase tenía al lado de un vaso de agua opalina que supe después era ajenjo. Existía todavía el proverbio “que la letra con sangre entra”, y se usaba el guante: yo sólo lo recibí una vez y me indigné; hubo una revolución en mi ser. En la tarde a los malos alumnos se les castigaba con azotes. Mi hermano Fernando, que entró junto conmigo al colegio y que era muy original, se creyó caballo hasta los cinco años, queriendo permanecer amarrado al catre, sólo aguantó un día, pues su profesora llamada Margarita le quiso pegar y él le barrió la cara con una escoba, lo que le valió la expulsión inmediata del colegio.

Mis amigos de entonces eran los Pereira Iñiguez, parientes míos, sobre todo Carlos que murió poco después, los Eyzaguirre Herzl, especialmente Ramón, Alberto Bascuñán Montes cuya linda letra me daba envidia, gran colecciónista de plumas de escribir. Alberto Lagarrigue, Francisco Rivas Viña, Julio Salas Ochagavía, Miguel Morel, etc.; en una clase superior estaba Ricardo Salas Edwards que era un alumno sobresaliente. Los que más frequentábamos eran los Eyzaguirre, donde íbamos a pasar los domingos en su casa llena de flores y de golosinas, situada en la calle de Bretón; eran todos buenos mozos comenzando por sus hermanas Marta e Irene. En aquella época recibí una lección contra mi petulancia infantil; un compañero de colegio Garín más tarde llamado el Marqués Garín, me la quitó con una soberbia cachetina. Recuerdo que los días de lluvia me llenaban de alegría porque no había colegio, pues faltaban los medios de locomoción para trasladarnos al colegio y sobraban allá las goteras en el local para estudiar.

El segundo recuerdo, como decía, fue la llegada del primo de mi mamá, don Manuel Pardo y Lavalle, que hace poco había sido Presidente del Perú, desde 1872 a 1876, Ministro de Hacienda y gran administrador, y que vino por algún tiempo a alojarse¹ en nuestra nueva casa. Lo recuerdo perfectamente; me parece que lo estoy viendo con su bigote muy bien arreglado y su perita, buen mozo de 44 años de edad, un poco gordo y muy bien vestido; aún recuerdo su corbata Lavallière, azul con puntos blancos. Hablaba más claro que los chilenos y pronunciaba mejor; tenía fuera de nuestra familia, algunos parientes aquí, los Pardo Correa, Margarita Aliaga, esposa del Ministro de Brasil, Dapponte Ribeyro, y numerosísimos amigos. He encontrado varias cartas de él a mi mamá y no resisto a publicar un extracto de su última, del 12 de noviembre de 1878, cuando había regresado a Lima y era Presidente del Senado; él había vuelto a su patria por el insistente llamado de los amigos políticos, contra la opinión de su mujer, doña Mariana Barreda, que se oponía a su regreso, pues había recibido muchos anónimos amenazándolo de muerte. Aún estaba caliente la sangre de Balta y los Gutiérrez. Su partido era sin embargo el Partido Civilista, el más poderoso del Perú. El presidente, su sucesor el general Prado, acababa de reconciliarse con él. Pues después de haber sido muy amigos, cortaron sus relaciones por haber “elegido el general Prado como su Ministro del Interior, a un señor Arenas contendor derrotado en la elección de don Manuel Pardo”. Le oí referir más tarde a mi tío Benjamín Vicuña, que fue su más íntimo amigo, que cuando el general Prado tuvo el tacto de consultar a Pardo, éste le

contestó: "¿por qué no van a preguntar a uno que van a ahorrar qué le parece la horca?"

Al saber estos temores mi mamita Magdalena lo despidió, poniéndole un escapulario de la Virgen del Carmen.

Antes de entregar al lector el extracto de la carta en referencia, quiero llamar la atención hacia dos puntos; uno de ellos es que la carta era del 12 de noviembre y don Manuel Pardo fue asesinado el 18, seis días después, cuando entrando al Senado, un soldado del batallón Zepita, que formaba calle, le disparó un balazo por la espalda, y en segundo término ver que un político peruano que estaba en primeras aguas pensaba volver a veranear en Chile en febrero cuando dos meses después, en abril, estallaba la guerra entre Chile y Perú. He aquí la carta en referencia:

Lima, 12 de noviembre de 1878.

Señora doña Juana Browne de Subercaseaux.

Mi querida Juana.....

.....
y hoy te vuelvo a escribir y para que no me acuses de hacerlo sin necesidad, es para decirte que te he enviado, dirigido a tu esposo, en el vapor pasado y por intermedio de Alfredo Lyon, de Valparaíso, un cajón contenido literatura (otra cosa sin objeto y agradable), dentro de él encontrarás dos paquetes, el uno que agradecería enviaras a Ambrosio Montt, y el otro, destinado a ti, contenido ocho volúmenes de las Memorias, de la duquesa de Abrantes que tú y tu hermana Mariana me manifestaron deseos de conocer; faltan nueve tomos más de

esta obra que irán en una segunda remesa. Te servirán para que reemplaces con ventaja la conversación que he tenido el gusto de darte algunas noches y que yo no he reemplazado con la misma suerte, pues en vez de la duquesa de Abrantes se ha apoderado de mí, en mi casa la dominante, ingrata y odiosa política.

Quizás el único servicio que me deba sea de permitirme cultivar por dos o tres meses mis agradables relaciones de Chile, pues aunque Mariana empieza a encontrar dificultades para ir con la familia a disfrutar del veraneo de Viña del Mar, yo necesito, debo y deseo ausentarme de Lima después de la clausura del Congreso que tendrá lugar en febrero y sólo dejaría de ir a pasar el verano en Chile en caso de que el arrendatario de la hacienda me la entregara.

Recibe mil expresiones afectuosas de Mariana, da un beso en mi nombre a tus preciosos hijos, recuérdame a tus hermanas y a tu suegra, cree siempre en el inolvidable cariño de tu affmo. Manuel Prado.

Tampoco puedo olvidar nuestras idas a tomar once a las cocheras que teníamos en la calle del Peumo. Era un sitio muy grande con sauces y árboles frutales y ahí vivía el cochero, Ramón Aravena y su familia; tenía un gallinero espacioso y una vaca; ahí nos daban leche o candial acompañados de hallullas y pan de huevo que hacían ahí exquisitos. Todas las mañanas el coche llegaba a la casa con un tarro de leche, una canasta de huevos y un cesto de aves; no era pues de extrañarse que mi mamá diera para la plaza sólo \$ 2, comiendo muy bien, pues las legumbres, los corderos y las frutas venían de Pirque. Entonces se cocinaba con grasa que era de

muy buena calidad y sólo se empleaba la mantequilla para las salsas, el desayuno y el té. De ahí la fama de la cocina chilena y su superioridad sobre la cocina española, pues jamás entró la manteca. El aceite Betus, que es marca francesa, se usaba para los guisos fríos, mayonesa y ensaladas. La única nación que usa mantequilla, y es donde se come mejor es Francia. Al doctor Philippi le oía decir que no había nada más sabroso que la grasa y que no era más nociva que el aceite o la manteca.

En las cocheras, aprovechábamos una acequia a tajo abierto, hacíamos carreras de salto cayendo a menudo en el agua sucia; también montábamos los caballos cocheros o encumbrábamos volantines que habíamos hecho nosotros mismos con los papeles multicolores que se vendían en los despachos juntos con los cohete y los guatapiques.

Durante las once, las viejas, que eran más antiguas y que venía de La Ligua, nos contaban para entretenernos, las malidades de la Quintrala, y las otras más modernas de las crueldades de San Bruno y de Los Talaveras, durante la Reconquista junto con las hazañas de Manuel Rodríguez. Todo terminaba con los cuentos de brujas que salían de día y en la noche regresaban al Cementerio donde habitaban; felizmente nunca nos llevaron ahí.

[Es curioso que los niños chilenos no se hayan criado más pusilánimes con este sistema de terror que les inculcaban las conversaciones de los sirvientes, ánimas, salteos, brujos y las penas del infierno. Yo no vine a encontrar la calma, sino cuando nos fuimos a Europa.]

El viaje al fundo era bastante pesado; al amanecer salía una carreta con el equipaje, los almofreces y algunos sirvientes.

A la una nos venían a buscar uno o dos coches de viaje que se detenían en la calle Jofré, en la posada de Salinas y entraban a una calle lúgubre llamada el Callejón del Traro, para agregarle dos postillones. Como a las cinco, llegábamos al puente de San Ramón que se acababa de inaugurar sobre el río Maipo y en seguida nos refrescábamos del calor del viaje entrando a las hermosas alamedas que daban sombra a los caminos polvorientos de fundo.

Recuerdo haber pasado una vez por el antiguo puente de cimbra que había hacia la cordillera; se desenganchaban los caballos y pasaban separadamente coche, bestias y pasajeros. Después hacíamos un alto en el lindo jardín sin casa que tenía mi papá en su hijuela de majadas de Pirque, donde el mayordomo Domingo Soto siempre nos tenía leche, flores y fruta. Llegábamos a Santa Rita cuando la campanillita de la capilla llamaba a los fieles a rezar el rosario.

Mi tío Domingo Concha presidía la comida en un comedor con cierta melancolía y miraba al huerto, el menú era casi siempre igual, sopa de fideos muy sustanciosa con una zanahoria partida en cada plato, puchero con prietas, ave asada, mazamorrón con miel de palma y compota. Se veía en una botella de greda muy frías la exquisita agua de la vertiente, en el almuerzo cazuela, empanadas o huevos y asados con sus fritos de postre, además una gran fuente de brevas exquisitas.

Hacíamos paseos interminables a caballo por los cerros y una vez un capataz nos mostró un banco de piedra partido por un rayo y nos dijo que ahí el diablo se había sentado con el patrón don Ramón, mi abuelo; otras veces íbamos hacia el Clarillo donde abundaban lindas truchas y pejerreyes que no nos dejaban comer por temor a las espinas.

Nuestra vida social comenzó a ensancharse entonces y comenzamos a conocer a los primos.

Desde luego la casa de mi tío Melchor Concha y Toro y de mi tía Emiliana Subercaseaux en Agustinas esquina de Bandera; a esta familia nos unió toda la vida la más estrecha amistad. La edad de los primos no coincidía, pero Carlos y Daniel Concha fueron después mis más íntimos amigos; eran grandes señores en su juventud; Emiliana y Elena eran un poquito mayores que yo y tanto mi papá como mi tío Melchor desploraban que Elena no fuese un poco menor para casarla conmigo. Enrique, precursor de los socialcristianos, de gran valor, a quien quería como a un hermano, se casó con mi hermana Josefina y Sofía, una encantadora chiquilla que la muerte arrebató en la flor de su juventud estaba casi comprometida con mi hermano Benjamín. Al que más frecuentábamos en esa casa era a mi primo Francisco Larraín Subercaseaux que vivía ahí y que era de mi edad.

Mi tío Melchor, a pesar de su alta situación, era el hombre más modesto y cariñoso del mundo. Volviendo de clases, lo sacábamos de su estudio para que nos tocara la campanita de su reloj de bolsillo; murió muy joven, a los cincuenta años lo mismo que sus tres hijos y la línea masculina se extinguíó en esa rama pues murieron todos los hijos hombres de sus propios hijos. Mi tía Emiliana era muy alta, atrayente e inteligentísima, digna compañera de su esposo. Mi tío Domingo Concha, hermano de mi tío Melchor, casado con Cristina Subercaseaux nos ofrecía hospitalidad todos los veranos en Pirque, donde era arrendatario del fundo Santa Rita, de mi abuela. De muy buena figura, era el hombre de mejores maneras que he conocido, decíamos nosotros que saludaba hasta a los faroles; su

limpieza era proverbial y todo brillaba como espejo por todas partes. Muy agradables recuerdos tengo de mis primos; Dominguito que me enseñaba a montar a caballo y era un gran jinete, y de Lucía, buenamoza, siempre estudiando piano y que se casó más tarde con mi excelente amigo Joaquín Prieto Hurtado, compañero de política, de tenis y de natación. Esa casa de Pirque tenía muchos encantos, con su capillita del tiempo de los jesuitas y su viejo capellán español don Martín Manero, que llamaba a misa con su campanita trizada. Al lado de la casa había un enorme patio de naranjos y limoneros que la embalsamaba con su olor a azahares, y por delante su jardín a la rústica lleno de trinitarias, espino dulce y rosas. Enormes sauces protegían con su sombra a un batallón de caballos siempre ensillados, en el fondo estaba el huerto muy extenso, a la antigua, con infinidad de parrones y árboles frutales y ahí brotaba una preciosa vertiente que lo recorría con sus aguas cristalinas cuyo lecho estaba tapizado de berros y plantas olorosas, y había un gran baño de natación.

Ya que hablamos de esta familia, quiero recordar la conducta admirable de mi tío Melchor y de sus hermanas con sus padres, don Melchor de Santiago Concha y su esposa doña Damiana de Toro. Con los años habían disminuido su fortuna en tal forma que no podían sostener su gran tren de vida en la casa solariega de Huérfanos esquina de San Antonio, pero sus hijos se arreglaron para que siguieran los viejos viviendo en la misma forma hasta su muerte sin que jamás supieran que habían perdido su fortuna. Las comidas en esa casa eran famosas por la abundancia de sus guisos y su calidad, creo que para la comida había seis guisos y seis postres.

La casa de mi tía Manuela, casada con don Nemesio Vi-

cuña, hermano de mi tío Benjamín, y que era nuestra vecina, la frecuentábamos bastante. Era ella tan cariñosa, tan simpática y tan divertida. La edad de sus hijos no coincidía con la nuestra; después fuimos amigos de Ramón y de su mujer Manuelita Herboso, padres del profesor Vicuña y, hasta ahora de Santiago, compañero excelente, causeur y escritor admirable. Al lado del torbellino de mi tía, su marido parecía muy tranquilo, muy recto, muy abnegado y ponderado. Januario Ovalle que le ponía sobrenombe a todos, le llamaba “el buey manso o el Santo Padre”, como a mi abuela la apodaba el escaparate antiguo.

Ahí vivían las primas Marta y Josefina Larraín Subercaseaux y ahí conocí a sus diversos amigos, Ernesto Zorrilla, Alberto Barros, Santiago Riesco, y al doctor Marcial Guzmán Zorondo, nuestro querido y fiel amigo de toda la vida.

Me gustaba mucho ir a la quinta de mi tío Benjamín Vicuña y de mi tía Victoria en el camino de Cintura; ambos eran tan entretenidos y espirituales. Los dichos de mi tía Victoria, la regalona de mi abuelo, que la llevaba chiquita al Senado, han circulado por todo Santiago. Cuando murió mi tío, fue a confortarla con sus palabras el arzobispo don Mariano Casanova y tuvo la mala ocurrencia de comparar a mi tío con San José. ¿Cómo puede decir, don Mariano, semejante barbaridad, comparar a Benjamín con ese carpintero ordinario? Veo también su casa en la calle Bohn, en Viña donde, entre el olor a floripondio, nos atraían el loro y el mono que tenían. Su hija Blanca era lindísima, pero nunca hizo caso a mis pretensiones y fueron las primeras “calabazas” que recibí. La familia de mi tío Claudio Vicuña Guerrero pasaba largas temporadas en Bucalemu, así que poco los conocí; después fui muy

amigo de sus hijos Julio y Augusto y de su encantadora hija María Cristiana, que fue más tarde mi consuegra.

Mi tía Anita, casada con José Agustín Salas Errázuriz, vivía en casa de mi abuelo, pero sus hijos eran menores que yo; nos fuimos a Europa y los perdimos de vista. Supe que Eugenio era sobresaliente; en seguida nos ligó gran intimidad a Teresa con su marido Francisco Hunneus, uno de los hombres más dinámicos, inteligentes y leales que he conocido. Su familia es extraordinariamente artística. Mi tío José Agustín, buen financista, fue primer gerente del Banco Mobiliario; era gemelo del padre de Eduardo Salas Undurraga y costaba reconocerlos pues se vestían de idéntica manera, chaqueta de moletón azul con cuello de terciopelo negro, corbatita negra delgada y cuello bajo; usaban el bigote en forma idéntica.

A los Mackenna los veíamos poco, porque pasaban largas temporadas en San Juan. Mi tía Carmela era muy delicada, a la vez que muy música. Mi tío Alberto cultivaba buenas relaciones con mis padres; he leído sus cartas que aunque muy lacónicas, eran muy noticiosas. No olvidaré las temporadas que pasamos, ya casados, en San Juan de Pirque y desde entonces data nuestra amistad con mis primos Julia, Carmela, Alberto y Manuel; eran traviesos, divertidos con un don especial para escribir y para la música. Más tarde contaré algunas de las barbaridades.

Poco frecuentábamos la casa de mi tío Antonio Subercaseaux; lo recuerdo buenmozo y simpático, político y escritor. Su mujer, mi tía Gertrudis era baja, bonita, de facciones menudas y muy calmosa; era hija del Presidente don José Joaquín Pérez. Con sus hijos intimé más tarde en el Banco Mo-

biliario; dos de ellos, Antonio y Guillermo fueron Ministros de Hacienda y este último presidente del Banco Central.

Los menores, Gonzalo y Juan Eduardo, eran muy alegres y graciosos, ambos casados con mujeres interesantísimas, Inés Zañartu y Ximena Morla. Juan Eduardo era el continuador de las travesuras de los Subercaseaux. No sé qué representación oficial o comercial tenía en Mendoza cuando inauguraron ahí, con gran pompa, la estatua de San Martín; al descorrer el velo de la estatua, se encontraron que el prócer tenía la cabeza adornada con un utensilio íntimo que le había colocado Juan Eduardo. Se supo quién era el autor y Juan Eduardo tuvo que abandonar el país, en medio de la indignación general. María Virginia Subercaseaux Pérez, la única hija, es casada con mi excelente amigo Hernán Prieto Vial, presidente del Banco de Chile en la actualidad.

Mi tío Ramón Subercaseaux contrajo matrimonio con mi tía Amalia Errázuriz, cuando tenía yo 9 años. Más tarde nuestras familias vivieron en mucha intimididad en París, donde habitábamos la misma casa en 7 rue de Tilsitt, sobre la plaza del Arco de Triunfo. Era un hogar cultísimo y refinado; mi tía Amalia, muy música, tocaba piano casi todas las noches con mi mamá; escribía admirablemente, don que heredó su hija Blanca. Mi tío Ramón, cuya conversación nos encantaba por su originalidad e ingenio, era ante todo artista. Fue pintor bastante bueno por afición, cuyo talento heredó su hijo Pedro, el benedictino, pero ante todo connaisseur en pintura; él presintió el genio de Sargent, de Dagnan Bouveret, de Lynch. A estos dos últimos les compró de antemano el cuadro que iba a obtener la medalla en el Salón Anual de París, antes que les fuera otorgada. "La Virgen", de Dagnan la vendió, con con-

siderable ganancia, al Museo de Dresden; fue también diplomático, en cuya carrera lo siguió su hijo Luis, actual embajador de Chile en el Vaticano, Ministro de Estado y gran urbanista; él y mi tío Benjamín Vicuña eran los hombres más entretenidos que he conocido. Otro de sus hijos, Juan Subercaseaux, muerto trágicamente en un accidente de automóvil, fue arzobispo de La Serena y cosa curiosa hay en Burdeos, en la catedral de Saint Severin una estatua de mármol de un canónigo llamado Jean de Subercaseaux.

Repasada la familia Subercaseaux, sólo me queda mencionar al único pariente materno que tenía en Santiago, a mi tía Mariana Browne de Ossa, que vivía en la calle Compañía y cuyo hijo Lucho, mayor que yo, pero con quien cultivamos después muy estrecha amistad, sólo veía el día de su santo el 21 de junio. Nos daban unas once colosales seguidas de una función de títeres; sus amigos íntimos eran Luis Covarrubias y Juan Enrique Tocornal. Los Browne y los Dousther estaban unidos por una antigua amistad. Los títeres nos entretenían mucho, pero al final de la función cuando comenzaba a oscurecerse, salía un fantasma envuelto en una sábana blanca que nos llenaba de pavor.

Lucho Ossa, como hijo único de viuda opulenta, era sumamente mimado y cada vez que íbamos a su casa, nos gustaba ver su caja de alhajas llenas de relojes, prendedores, colleras, botones de camisas, de esmeraldas, granates, amatistas, zafiros y no sé cuántas piedras más.

Mi tía era una persona cultísima, tenía muchas relaciones y recibía mucho y por eso el tercer patio tenía un altillo enrejado lleno de pavos, cuyos gritos continuos le daban a la casa un suculento aspecto. Según Januario Ovalle, los pavos decían

"junio y julio", porque era la época en que más los degoflaban.

Mi tía Elena Browne aún no se había casado; después conté entre mis buenos amigos a su hijo José Luis Santa María, culto, buenmozo y distinguido.

La única pariente más lejana que quedaba era la tía Margarita Aliaga, gorda y simpática, esposa del Ministro del Brasil, señor Dapponte Ribeyro, un señor de genio adusto. Solíamos ver a sus hijos, que vivían en los altos de la casa de don Ventura Blanco en Agustinas casi al llegar al cerro y cuyos azulejos del zaguán con sus rayas negras en un fondo verde nilo nos fascinaban.

Y así llegamos a 1879. Nos trasladamos a principios de enero, como siempre, a Valparaíso a estrenar una casa que mi papá había edificado en un terreno ganado al mar entre las calles Cochrane y Blanco. La casa no era oscura, como la anterior y tenía también vista al mar. Desgraciadamente mis padres renovaron la tentativa de enviarnos unas horas al Colegio, para refrescar nuestros conocimientos en inglés y para que los dejáramos tranquilos. El año anterior nos habían mandado a un colegio en el Cerro Alegre, pero duramos poco por la dificultad de la locomoción; esta vez nos enviaron donde una miss Freeborn en una calle detrás de la iglesia del Espíritu Santo. Ibamos a las diez y media y regresábamos a las tres de la tarde; no tengo el menor recuerdo de mis compañeros de allá.

Ese año tuve la suerte de ser admitido a comer en la mesa cuando había gente de confianza. Los comensales habituales eran don Guillermo Adelsdorfer, el doctor Von Schroeders que llamábamos la "pildoora" por su manera de pronunciar



esta palabra; don Nicolás Linnich, jefe de la casa Huth, Gubler, Ulrich, y una que otra persona más. Yo hacía, con mis preguntas, desviar la conversación hacia la guerra franco-prusiana de 1870 que algunos de estos caballeros habían hecho y me encantaban sus relatos sobre la batalla de Gravelotte, de San Privas, la carga de los coraceros en Reichoffen y la rendición de Sedán. Uno de los presentes había visto al Emperador después de la rendición; estaba tan enfermo que apenas podía andar por los terribles dolores que tenía a la vejiga y tan demacrado que tenía que pintarse la cara para que la tropa no se desalentara por su aspecto.

Agregaban que la desorganización del ejército francés era tan grande que en la primera proclama del Emperador sólo conocía la posición del ejército alemán por los informes que daba el corresponsal del *Times*, de Londres. Para mí todo era un desencanto, pues había oído a mis padres las maravillas del Segundo Imperio, como lo referiré más tarde, pero me quedaron grabados los nombres de Bismarck, von Moltke, Mac-Mahon, el traidor Bazaine y el ministro de la guerra, el general Leboeuf, quien había dicho que no le faltaba ni un botón en las polainas de sus soldados. La sobremesa tenía lugar en el comedor y los caballeros fumaban magníficos puros.

Poco a poco fue cambiando el giro de la conversación, pues ya soplaban vientos de dificultades de Chile con Bolivia. Estábamos bien informados porque teníamos alojado en casa a Alejandro Reyes, que había sido Ministro de Hacienda y era además comensal habitual don Eulogio Altamirano, a la sazón Intendente de Valparaíso. Ahí sabíamos todos los chismes de la Armada y las dificultades que tuvieron para embarcarse algunos marinos: A Arturo Prat, le hicieron la guerra

sus mismos compañeros, porque era abogado además de mariño; a un gran amigo de casa, Patricio Lynch también le pusieron la proa, porque era jugador... de rocambor.

Oía hablar entonces que, contra los tratados, el gobierno de Bolivia había establecido un impuesto sobre el salitre y como la única salitrera que había era la Compañía de Antofagasta, que era chilena, ésta se rehusó a pagar el impuesto por ilegal y entonces el gobierno de Bolivia resolvió sacar a remate sus propiedades, el 14 de febrero. En vista de esto, nuestro gobierno denunció el tratado y mandó tomar posesión de Antofagasta el día del remate. Nuestro Ejército decían que era sumamente reducido, con sólo sus cuadros algo aguerridos por las guerras de Arauco; apenas llegaba a 2.000 hombres. La Marina no estaba mejor; casi todos los buques estaban en desarme por economía. Los blindados tenían los fondos sucios y las corbetas se encontraban sin caldero; sólo la **Magallanes** podía prestar servicios. Todo esto lo veía yo y lo leía en **El Mercurio**. Por este diario supe que el 12 de febrero se iba a embarcar la expedición y tempranito me llevó mi mamá Panchita a ver las tropas. Encontré mucha gente en la explanada y los soldados en espera con sus fusiles armados en pabellón. Estaban embarcando los caballos de Cazadores y las mulas de Artillería en grandes lanchones. La tropa no era muy numerosa y vi el Segundo, Tercero y Cuarto de Línea con sus uniformes corrientes. La bahía estaba llena de transportes de la Compañía Sudamericana, escoltados por los navíos de guerra, **O'Higgins**, el **Abtao** y la **Magallanes**. Supe que don Emilio Sotomayor mandaba las fuerzas y que a los dos días las tropas chilenas habían ocupado Antofagasta sin encontrar resistencia y que se había declarado la guerra entre Chile y Bolivia, con

gran entusiasmo de los chiquillos que íbamos cada día al muelle a ver embarcar reclutas destinados a engrosar los cuadros de los regimientos.

Después no recuerdo más hasta la llegada del Plenipotenciario peruano Lavalle que decían que venía como agente oficioso para hacer la paz. Estuvo en casa, pero no volvió más, porque se susurraba que sólo venía a ganar tiempo para que el Perú se armara. Y así sucedió, porque se descurbió el tratado secreto ofensivo y defensivo que ligaba el Perú a Bolivia, y el 5 de abril, Chile declaró también la guerra al Perú. Decíase también que la Argentina estaba contra nosotros, así que el cuadrillazo era en regla; más tarde supe que el doctor Rawson había defendido a Chile en el Congreso argentino.

Al llegar a Santiago, en marzo de 1879 volvimos al colegio de la Gringa. La opinión pública, encabezada por mi tío Benjamín Vicuña, tomaba activa ingerencia en la prosecución de la guerra pues decían que don Aníbal Pinto deseaba la paz. Recuerdo entonces el nombre de don Rafael Sotomayor, de don José Francisco Vergara y de don Domingo Santa María que fueron mandados al norte para asesorar al general Justo Arteaga, jefe del ejército y al almirante Williams Rebolledo, jefe de la Armada y que hubo muchas peloteras. Entre tanto el espíritu bélico animaba a los muchachos; se acabaron los volantines que encumbrábamos desde nuestra casa y desde el tejado del obispo Larraín Gandarillas, que varias veces protestó y jugábamos a los soldaditos de plomo que eran preciosos, de los cuales alcancé a reunir como mil, traídos de Francia y de Alemania, y a los buques de guerra que hacíamos evolucionar en la laguna del jardín.

Ya todo comenzaba a interesarme en la vida, y se comen-

zaron a desarrollar mis aficiones por la cocina. Tenía mi papá un buen cocinero que había hecho enseñar por Alexandre D'Huique, el gran "chef" de entonces; se llamaba Carlos Jorquera y había imitado a su maestro hasta en su tenida, pues usaba bigotes a la imperial, comó en el segundo imperio.

Ahí vi cómo clarificaban las sopas, con cáscaras de huevo y las jaleas con el saco de franela. Se usaba todavía los guisos del Segundo Imperio: consomme aux profiterolles, suprèmes de volailles, Pudding Nesselrode, Ponche a la romana. También me gustaba ver la bodega de vinos y ahí aprendí los nombres de Margaux, Laffitte, Pichon-Longueville y Mouton Rotchild Yquem y Veuve Clicquot, que es lo que más se consumía. Debían ser muy baratos pues se servían todos los días. Nos encantaba que nos dieran champagne cuando llegábamos a los postres, pues la moda era del champagne dulce. Recuerdo que uno de los comensales más asiduos era don Zenón Freire, entonces Intendente de Santiago; le gustaba el jerez, que vaciaban en una botella de cristal que ponían a su lado y era del mismo color de sus patillas.

A mi padre le gustaba mucho tener gente a comer, entre los comensales habituales recuerdo a don Juan Antonio González, muy elegante; Ruperto Ovalle, Teodoro Sánchez, gerente del Banco Mobiliario, Patricio Calderón, el festivo Máximo Ossa, que llamaban el chambeco, Carlos María Lamarca, también muy bien vestido, Ruperto Vergara y uno que otro miembro de la familia; llamábame la atención el perfume idéntico de todos los caballeros: olor a cigarro habano y agua de colonia imperial de Guerlain; las señoras usaban en gran mayoría White Rose, de Atkinson.

Todo parecía muy tranquilo cuando se produjo un gran

alboroto después del 21 de mayo. El vapor de la carrera anunciaba desde Antofagasta, pues no había telegrafiado más allá, las primeras noticias del combate de Iquique. Se sabía que pocos días antes había zarpado el grueso de la Escuadra al Callao, al mando del Almirante Williams Rebolledo para destruir la flota peruana, dejando en Iquique dos unidades pequeñas, la **Esméralda** y la **Covadonga**.

La Escuadra chilena, al llegar al Callao, se encontró que los buques peruanos habían salido rumbo al sur, llevando al Presidente de la República y a cuatro mil soldados para reforzar la guarnición de Arica. Sabiendo los peruanos que había en Iquique una presa fácil, fueron el **Huáscar** y la **Independencia** a atacarlos.

Recuerdo esa noche que era triste y lloviznaba; a las seis comenzaron a llegar las primeras noticias que leían desde los balcones de la Moneda; nosotros arrancamos hacia allí después de haber acabado de comer a las seis y media: los primeros telegramas fueron escuchados con orgullo y desaliento, pues sólo hablaban del hundimiento de la **Esméralda**, del abordaje de Prat y del heroísmo de los marinos chilenos; pero poco después llegaron más noticias y entonces el pesimismo se transformó en entusiasmo delirante. Se supo que la **Covadonga**, mandada por Condell, se había escapado, después de haber echado a pique a la poderosa fragata **Independencia** que había encallado en su persecución.

Hubo después un compás de espera pues Chile vio que el Perú tenía en el **Huáscar** y en la **Unión** buques más veloces que los suyos, y mandó limpiar los fondos de los blindados para darles mayor andar, lo que aprovecharon los peruanos para enseñorearse de los mares; saquearon muchos buques,

llegaron hasta Coquimbo y casi amenazaron a Valparaíso; en esa época apresaron al transporte Rímac con el escuadrón Carabineros de Yungay, al mando de un íntimo amigo de casa, el comandante don Manuel Bulnes. La única baja que tuvieron los peruanos fue la de un civil periodista llamado Cucalón que se cayó al mar; desde entonces los militares llaman cucalones a los civiles.

En mayo habíamos tenido, el día 13, la tétrica procesión del Señor de Mayo, que pasaba frente a casa con el anda del Cristo de la Agonía de la Quintrala, cuyo rostro nos infundía pavor. Sólo recuerdo los afanes de don Macario Ossa por mantener el orden, llevando una esclavina y una vela en la mano y nosotros le gritábamos:

**Macario esclavina. Macario velón.
Macario camina,
Por la procesión.**

Llegaron entonces los meses de junio y julio, aquellos de los Santos, y con las fiestas perdimos el hilo de la guerra. Comenzaban éstas con el primero de junio, fecha de la apertura del Congreso y después de ver desfilar al Presidente y a las tropas llegaban a casa casi todos los miembros del cuerpo diplomático que iban a visitar a mi mamá con sus vistosos uniformes; recuerdo al barón d'Avril, Ministro de Francia, al Conde de Samminatelli, de Italia, Sir Horace Humboldt, de Inglaterra, Dapponte Ribeyro, del Brasil, don José Arrieta, del Uruguay y no sé cuántos más.

En los días de Santos que eran numerosísimos, esos dos meses, pues en la familia contábamos con Magdalena, Antonio,

Luis, Ana, Mariana, Manuel, Emiliana, Cristina, Juana, Carmela y Lucía, los regalos eran casi idénticos. Venía primero una bandeja con algún tejido hecho por la señora, perfumado de alhucena y rodeado de camelias; después otra bandeja con limas, plátanos, manzanas, lúcumas, naranjas y piñas, rodeadas de violetas y alicantes y después las transparentes jaleas con olor a clavo de olor y teniendo en el interior violetas o azahares y por fin los castillos, acompañados de las pastas de las monjas, amarillas con huevo molle o blancas con almendras y de la coronillas abetunadas con los grandes y esponjosos bizcochuelos rectangulares espolvoreados de azúcar.

La indigestión era casi permanente en la gente menuda y el Palma Cristi corría a raudales con las náuseas y llantos consecuentes.

Pasadas las fiestas, volvíamos a nuestras tareas colegiales y las señoras a sus obras de caridad, todo en vista de la guerra. Mi abuela Magdalena Vicuña organizó un Hospital de Sangre en una casa que tenía en la calle Castro al llegar al Cuartel de Artillería y puso a su cabeza al simpático amigo de la casa, al doctor Rodolfo Valdivieso; en los momentos de ocio nos tenían enrollando vendas y haciendo hilachas para las heridas, además organizaron rifas en el Pasaje Matte y conciertos en varias partes; recuerdo uno en el Patrocinio de San José, donde cantó la niña de mejor voz de Santiago llamada Nieves Fernández. También nos ocupaban en arreglar los boletos de las rifas.

Al llegar la primavera nuestros blindados, con los fondos limpios, acorralaron al **Huáscar**, el 8 de octubre; el **Cochrane**, uno de ellos, iba mandado por un amigo de casa, don Juan

José Latorre, que tenía un hermano combatiendo en las filas peruanas.

Despejados los mares, pues sólo le quedaba a la flota peruana la veloz **Unión** y los inútiles monitores **Manco Cápac** y **Atahualpa**, fondeado en la bahía de Arica, pudo pensarse entonces en dar mayor impulso a la guerra.

Mandaba el ejército después de la renuncia del general Arteaga, el general don Erasmo Escala que desgraciadamente no se avenía muy bien con el Ministro de la Guerra en Campaña, don Rafael Sotomayor, gran figura en la contienda.

Vino entonces la Campaña de Tarapacá que se inició con el desembarco y la toma de Pisagua, la batalla de Dolores que dispersó una parte del ejército peruano y el desastre de Tarapacá, donde murió heroicamente el coronel don Eleuterio Ramírez, a la cabeza de su regimiento, Segundo de Línea y terminó por la ocupación de Iquique y de todas las salitreras que componían la provincia de Tarapacá. Ya Chile tenía la llave de la riqueza.

Vino, después de muchas vacilaciones, la expedición a Moquegua, con desembarco en Pacocha donde el general Baquedano se distinguió en la batalla de los Angeles. El pleito del general Escala con el Ministro de la Guerra y su renuncia, el nombramiento del general don Manuel Baquedano como jefe del Ejército y la muerte repentina en la misma campaña del Ministro de la Guerra don Rafael Sotomayor, fueron los episodios más importantes.

Esto ya nos lleva al año 1880. Pasamos el final del año anterior en la chacra Subercaseaux, y ahí, acompañado de mis compañeros Rafael Pero y Samuel Greene, comenzamos a formar un batallón con los chiquillos de la localidad. Un carpin-

tero, el maestro Allendes nos fabricó cien fusiles de palo a un peso cincuenta cada uno y nos costó un triunfo conseguir el dinero; creo que cada uno lo sacaba de su casa como podía, yo sabía dónde mi mamá guardaba la plata para la plaza, en billetes de cinco pesos que era el gasto diario y yo solía meter la mano allí en la cómoda para completar el armamento.

En Valparaíso volvimos a llevar la vida de siempre, yendo nuevamente al colegio de miss Freeborn; recuerdo un terrible incendio que hubo frente a nuestra casa por la calle Cochrane y cómo los bomberos inundaban de agua nuestra fachada que amenazaba arder por lo angosto de la calle. Tengo en mi mente el salvamento de un diplomático ecuatoriano, que sacaron los bomberos por una ventana semiasfixiado; se llamaba Piedrahita, era amigo de casa y solía usar un lenguaje pintoresco y en verso; recuerdo que le dijo al sirviente un día para pedirle que cerrara la ventana:

Cierra esa puerta volante
para que no entre el céfiro constipante.

* * *

Mi abuela Magdalena pasó una temporada en el puerto, en su casa de la calle del teatro con alguna de mis tías y la señora Rosalía Necochea de Lindsay; iban mucho unas niñas descendientes de la familia Carrera, que habían sido dueñas de la hacienda de Viña del Mar; todavía recuerdo a un francés, Mr. Brochon casado con una de ellas; se hacía mucha música y aún resuenan en mi oído los ecos melodiosos de la *Traviata*.

y del **Barbero de Sevilla**, las óperas más de moda en aquella época.

Mi abuela, que me regaloneaba mucho, me enseñaba en el piano aires antiguos que cantaba en la guitarra mi bisabuelo don Francisco Ramón Vicuña; todavía toco en el piano una canción boliviana muy bonita que se llama "Ven a mis brazos mi amor" y "El último pensamiento", de Weber.

Asimismo me enseñaba los antiguos bailes "la Resbalosa" y el "Cuando", que me lo cantaba con estas palabras.

"Cuando será aquel día
y aquella feliz mañana
que nos traigan a los dos
el chocolate a la cama".

Yo me entretenía mucho con ella; sus cartas eran sumamente noticiosas y bien escritas, de las cuales conservo una buena cantidad; era de una naturaleza muy activa y de porte imponente y agradable; vivió hasta los 96 años y sin el terremoto habría llegado a los cien; su abuela, doña Antonia Boza e Irarrázabal llegó a los ciento dos años.

A menudo nos llevaban a Viña del Mar, a la calle de la Montaña, cuando mi abuela se trasladó a su casa de allí, con su jardín oloroso, su arboleda frondosa y su pozo con molino de viento. Todo el lado sur de esa calle era de la familia Vicuña o Iñiguez, todos parientes. Ahí estaban los Salas Subercaseaux, los Pereira Iñiguez, los Concha Subercaseaux, mi abuela, Enrique De Putrón, Aníbal Zañartu, Fernando Alamos y dando vuelta por la calle Quillota, Domingo Concha. En la calle Bohn, nombre del primer jefe de estación de Viña, vivían mis

tías Manuela y Victoria; en la de Alvarez, mi tío Antonio Súbercaseaux. Todas las mañanas íbamos en pandilla sobre una carreta tirada con bueyes a los baños de Caleta Abarca valiéndonos con gran imprudencia del corte que se había trazado para el ferrocarril que felizmente tenía muy poco movimiento. El baño que decían era bueno consistía en una playa desierta, sin una cabina, así es que había que desvestirse al aire libre; a los chiquillos los desnudaban ante todos, pero, a las niñas se tomaban medidas, tendiendo una sábana y haciéndonos dar vuelta en sentido opuesto. Mi tía Manuela, que mandaba la expedición, retaba a menudo y pellizcaba a mi primo Enrique Morandé Vicuña por infringir las órdenes impartidas; después del baño nos repartían bollos y sustancias de Chillán.

En Valparaíso no sucedió nada importante; nos llevaron varias veces a Las Zorras cuyo paisaje era muy pintoresco, pero no recuerdo qué casa visitábamos. Mis padres iban a menudo al teatro donde daban zarzuelas españolas u operetas francesas. Recuerdo porque nos solían llevar al teatro **Los diamantes de la corona**, **Zampa**, **Le dominó noir**, **La dama blanca** y **La Marselesa** donde había un coro de muchachos que cantábamos siempre:

**Los hombres de mañana, vamos aquí,
los de hoy nos dan ejemplo para morir.**

Las noches en casa eran entretenidas, porque iba gente; mi papá en un salón jugaba Rocambor con sus amigos, y en otro mi mamá hacía música con los aficionados, encabezados por mi tío Carlos Browne, tocando piano a cuatro manos o tríos con violín, contrabajo o flauta. Ahí aprendí a conocer

los principales autores clásicos, sobre todo Beethoven y Haydn, en sus Sinfonías; también tocaban a Mendelsohn. A las diez traían una enorme bandeja de té.

Para regresar a Santiago por el tren de ocho había que levantarse a las seis y media de la mañana, pues salían los trenes de la estación de Barón, luego, un poco más tarde, al salir de la estación de Bellavista.

Regresados a Santiago, nos llevaron a los baños de Cauquenes que arrendaba un alemán, amigo de papá, don Carlos Hesse, reputado muy buen hotelero. Sólo me acuerdo del tren que nos llevó a Los Lirios, con chimenea enorme, en forma de un embudo y carros sin divisiones, caminos polvorrientos, un puente de cimbra, una sonajera de piedras que al fondo de la quebrada arrastraba el río Cachapoal, y unas tinas de baño de mármol monumentales, a las cuales se llegaba por un vestíbulo inmenso iluminado por vidrios azul y blanco. Había jardines muy sombríos con un lago al fondo, rodeado de eucaliptos y muchas fucsias y enredaderas de flor de la pasión, no solamente blancas, que conocía, sino coloradas y azules; recuerdo que encontramos en los baños a dos familias inglesas de jefes de casas de comercio de Valparaíso, los Hammond, simpáticos, cuya señora cantaba muy bien y los Brice Miller; el marido era taciturno y mal educado y ella muy donosa; estaba también ahí una parte de la familia Edwards y don Eduardo Mac Clure, quien me enseñó a disparar con una carabina que casi me botó con su culatazo.

Vuelto a la capital y al colegio, supe que los negocios de mi papá habían mejorado aún, que el Gobierno de Chile había declarado válidos los certificados salitreros emitidos por el Perú, lo que afianzaba la inversión y que había adquirido ca-

si la totalidad del Banco Mobiliario y para rememorar este hecho, el Banco había emitido billetes de a peso con mi retrato.

Entonces se comenzó a hablar del viaje a Europa y mi mentalidad cambió completamente al oír referir las maravillas del Viejo Mundo.

Mis padres habían estado en Europa, sin conocerse, entre los años 1864 y 1866 y era la época más brillante del Segundo Imperio en Francia; mi mamá estaba en Inglaterra con mi tía Sofía donde unas parientes, los Coward y mi papá, con los jóvenes Antúnez, habían ido a Europa al cuidado de don Mariano Casanova que fue arzobispo de Santiago. Tocó la casualidad de encontrarse en París y asistir a las mismas fiestas, ella pilotada por el Ministro del Perú y él introducido por el Ministro de Chile don Javier Rosales que tenía una gran situación en la corte, situación que compartían varios chilenos entre ellos el Almirante Blanco Encalada, Luis Cousiño, Florencio Blanco, muy buenmozo, concuñado del duque de Moiny, Ruperto Vergara y otros.

Se hablaba del lujo de la corte, de los suntuosos bailes en las Tullerías, la soberbia entrada con soldado de los "Cent Gardes", la Guardia del Emperador, en cada peldaño de la escalera por ambos lados, con sus trajes azules y pantalón blanco con botas; y corazas y casco dorado y penacho rojo. Me hablaban de la emperatriz muy hermosa con su tez color camelia, sus recepciones en el castillo de Compiègne y la revista de las tropas victoriosas de Italia en la Place Vendome, donde el emperador tenía para revistarlas al príncipe Napoleón, su hijo de tierna edad montado en su caballo en la delantera de su silla; mi papá guardaba su traje de corte con calzón corto blanco con franja de oro y espada al cinto. Cuando iba Ruperto Ver-

gara a comer a casa, se reanudaba la conversación; se trató un día de música de esa época y se habló del estreno de la *Belle Hélène*, de Offenbach en el Teatro de Varietés, al cual habían asistido los dos. Todo el centro del Teatro era el palco imperial, al cual habían sido convidados ocho reyes y otros tantos príncipes; entre ellos estaban el rey de Prusia y Bismarck. Entonces mi mamá se sentaba al piano y nos tocaba recuerdos de la época. Comenzaba por la Marcha Imperial "Partan pour la Syrie", compuesto por la reina Hortensia y seguía con las operetas de moda de esa época, todas lindas, *La Fille de Madame Angot*, de Lecocq y la serie de Offenbach, *La Belle Hélène*, *Barbe Blue*, *La Grand Duchesse de Gerolstein*, *Orphe, aux Enfers*, *la Vie Parisiense*, etc.

Mientras se contaban anécdotas de esa época, yo revisaba los álbumes que habían traído y ahí conocí a los personajes, al duque de Morny, medio hermano del emperador, su brazo derecho y que en sus armas había tenido la osadía de poner una hortensia, al fiel Persigny, a Waleski, a Gramont que declaró la guerra a Prusia siendo ministro de Relaciones Exteriores, a la Emperatriz, a su hermana la duquesa de Alba, a la princesa Metternich, muy fea, a miss Howard, su querida, que financió el Coup d'Etat, a su prima, la princesa Mathilde, su primer amor, a la condesa Castiglione muy bonita, que utilizó Cavour para conseguir la ayuda de Napoleón con el objeto de lograr la unidad de Italia, a muchos Mariscales, Mac Mahon, Canrobert y a un sinnúmero de artistas entre ellas, a Hortense Scheiner, la heroína de las piezas de Offenbach. Este entusiasmo me continuó en París como lo referiré más tarde.

Entretanto las operaciones de guerra continuaban con actividad gracias al general Baquedano y a la menor intromisión

sión del poder civil; pronto se supo el gran triunfo de la Batalla de Tacna que concluyó con el Ejército boliviano y el brillante asalto al Morro de Arica por el general Lagos y su Cuarto de Línea; ahí murió heroicamente el defensor peruano, coronel Bolognesi y cayó prisionero el futuro Presidente argentino, don Roque Sáenz Peña.

Pronto comenzaron a llegar a Chile los prisioneros y fue nuestra patria tan humanitaria que en lugar de mandarlos a campos de concentración, como se estila ahora, los colocó como empleados y sirvientes entre las diversas familias de la capital. Nosotros tomamos dos: se llamaban Manuel Polo y Andrés Portocarrero. Los chiquillos aprovechamos inmediatamente sus conocimientos militares para instruir a nuestro batallón que constaba ya con doscientas plazas y sus fusiles de palo correspondiente, así es que nuestros soldados infantiles tenían instrucción militar peruana.

Desgraciadamente nuestro ímpetu bélico se vio paralizado por un accidente que sucedió. Para imitar la toma de Arica, minamos con pólvora el cerrito que hay en la chacra alrededor de la laguna y al encender una mina, estalló, quemando la cara al capitán de una compañía, Samuel Greene. Esto bastó para que nuestros padres tomaran cartas en el asunto y se disolvió el regimiento Subercaseaux, con la condición que le pagaran cien pesos al carpintero, por saldo de armamento. Y era una lástima por que ya teníamos a los soldados calzados con alpargatas y con su uniforme de brin amarillo con vivos lacer.

De ese año no recuerdo sino que me llevaron por primera vez al Teatro Municipal al palco N° 22 de mi abuela en segunda fila la que estaba entonces de moda. Recuerdo que daban

La Africana y como tenía buen oído, retuve algunos trozos de la ópera, El Septimino, del segundo acto, el aria del Manzanillero y la Marcha de los Bramines. El palco estaba lejos del proscenio y como yo era un poco corto de vista, no alcanzaba a ver el rostro de los artistas.

El Teatro me pareció muy grande y muy bonito. Todavía comentaba la venida, dos o tres años antes, de la Ristori, la famosa trágica italiana, hoy marquesa del Grillo, que después de haberse retirado de las tablas, tuvo que hacer una gira por América, porque se había arruinado.

Ese año tuve el primer dolor de mi vida. Era el 4 de agosto, día de Santo Domingo y estaba comiendo en casa de mi tío Domingo Concha y Toro, en Compañía al lado de la casa del General Bulnes, cuando me acometieron escalofríos y un dolor de cabeza terrible. Resultó alfombrilla y estuve una semana en cama; es la única enfermedad que recuerdo de mi niñez. Ese año se abrió un nuevo horizonte a mis entretenimientos pues mi tío Melchor Concha, que estaba abonado a todas las funciones de la ópera, donde tenía el palco B, al lado del proscenio, pasaba a buscarme a menudo con sus hijos, para llevarme al Municipal. Entonces oí de Verdi, mi autor preferido aún ahora, **La Traviata**, **El Trovador**, **El Baile de Máscaras** y **La Fuerza del Destino**; **Lucía** y **Lucrecia Borgia**, de Donizetti; **La Sonámbula**, de Bellini; y el **Barbero de Sevilla**, de Rossini; recuerdo la soprano Ricci, al tenor Bertini y a otra cantante menos joven, pero muy bonita que llamaban Alhaiza. Una noche había varios caballeros en el palco, quienes viendo la avidez con que miraba los artistas me llevaron para conocerlos y comer bizcochuelos, al palco Municipal que tenía a continuación un comedor para tomar té, con un ven-

tanal que daba al proscenio y de donde se podía contemplar los bastidores. Del ventanal salía una escalera de madera que bajaba al mismo entablado. Yo tenía diez años y miraba embelesado por la ventana, cuando un regidor amigo de casa me bajó donde los artistas; yo iba con la boca abierta y tropecé primero con la hermosa Alhaiza que cantaba la *Traviata* y que estaba aún con el traje de baile del primer acto; en lugar de darme la mano, me tomó los cachetes y me los besó, diciéndome algo del “bambino amoroso”; después llegaron varios otros artistas que me hicieron la misma recepción, de manera que volví al palco Municipal todo despeinado, lleno de polvos de arroz y bastante ruborizado; ahí todos se rieron de mi aventura y decían “no hay como ser niño para lograr todo esto”.

Yo no le dije palabra, pero mi mamá lo supo y en adelante no fui al Municipal sino con ella.

La guerra seguía su marcha triunfante y Chile tenía sobre las armas cuarenta y dos mil soldados, de los cuales veinte y siete mil formaban el cuerpo expedicionario.

Di buenos exámenes y nos fuimos a Valparaíso, como de costumbre, esperando el resultado de la expedición a Lima, Ejército que acababa de desembarcar en Pisco y Lurín después de muchas peloteras entre los militares y el Ministro de Guerra, don José Francisco Vergara. A fines de enero recibimos, con inmenso júbilo, la noticia de los triunfos de Chorrillos y Miraflores, con la ocupación de Lima, donde quedó como jefe don Patricio Lynch que lo hizo muy bien. Ya consideramos la guerra ganada y no nos ocupamos más de ella. Sin embargo, para atender a los heridos, la familia dio una gran fiesta de caridad en el Gran Hotel de Viña del Mar. Ahí los niños re-

presentamos "La Cenicienta"; mi prima Elena Concha hacía de Cenicienta muy bien, Emiliana Concha de una de las hermanas; otra prima, Blanca Vicuña, de hada; yo de príncipe, bastante regular, aunque un poco pavo. Todavía recuerdo mi traje de gros celeste, gorro con pluma blanca y muchas perlitas por todas partes; sé que también representaban los niños Morandé, Concha, Larraín y Dávila y no sé cuántos más de la familia. El éxito fue grande y sacaron mucho dinero. Entonces me tocó alojarme en casa de mi abuela que estaba perfumada de flores y llena de frutos sabrosos, de uva, ciruelas y peras de mil variedades exquisitas todas. A mi prima Blanca Vicuña le quise regalar fruta y soltó la carcajada; fueron las primeras calabazas de mi vida. Quedamos unos días más en Valparaíso y mi último recuerdo fue triste, pues me tocó presenciar el entierro de un bombero cuyo cuartel estaba muy cerca de casa. Lo llevaron al cementerio cerca de las ocho de la noche y todos los bomberos que lo acompañaban llevaban antorchas, dentro de un silencio sepulcral; este recuerdo perduró mucho en mi cerebro, cuando me acordaba de Valparaíso.

Ya sabía que se comenzaba a hablar de paz y en la casa de don José Manuel Balmaceda se reunieron con el Ministro americano, don Jovino Novoa y don Luis Aldunate, tres brillantes adalides de nuestra causa.

El muchacho que llevaba el pandero de las travesuras era Enrique Valdés Vergara que debía perecer más tarde ahogado en el hundimiento del **Blanco**, durante la revolución del 91; al señor Bernstein, dueño de la refinería de Viña del Mar, lo tenía loco con sus bromas.

Postergamos nuestro regreso a Santiago para presenciar la vuelta de una parte del Ejército Vencedor que fue recibido en

Valparaíso con un entusiasmo delirante. Desde el día anterior en que supimos que había llegado a Quintero, para preparar su desembarco, el convoy compuesto de siete mil quinientos hombres, comenzamos a recorrer la ciudad para ver los arcos de triunfo, que se habían levantado en el recorrido del desfile; éste partía de la plaza Wheelwright y seguía por las calles Aduana, Planchada, Prat, Del Cabo, Plaza del Orden, San Juan de Dios, Plaza y calle De la Victoria hasta Las Delicias; había más de veinte arcos algunos muy bonitos, el de los jornaleros, el de la Marina en la Plaza Echaurren, del Club de la Unión, de la Municipalidad y el de la Compañía Sud Americana de Vapores, ambos en la plaza de la Independencia, el del Comercio, el de los bomberos, el del Club Alemán, el de los Mercaderes, el de los Padres Franciscanos, etc.

Al día siguiente, estábamos despiertos al amanecer y cuando salimos a las primeras salvas, sirenas de los buques y repicar de las campanas, encontramos la ciudad toda embanderada, llena de gente y la bahía con sus buques surtos con gran empavesado, cubiertas de embarcaciones de todas clases, mientras tanto seguía desembarcando la tropa y tomaba colocación desde la plaza Wheelwright, hacia "Las Torpederas", a las once y media bajó a tierra desde el Itata, el general en jefe que fue recibido en el muelle por los Ministros de Guerra, Relaciones y Hacienda, y se dirigieron a la Intendencia a abrazar al Presidente Pinto y a su esposa doña Delfina Cruz.

Un poco antes de las dos de la tarde comenzó el desfile que presenciamos desde la casa de mi abuela Aliaga, en la calle del Cabo (hoy Esmeralda). A la cabeza de él venía el general Baquedano en tenida de campaña rodeado de otros generales y coroneles y les seguían los regimientos de artillería

de Marina, parte del Chacabuco, Atacama, Coquimbo, Chillán, Colchagua, Navales, Valdivia, Quillota, y Melipilla, al mando de don Vicente Balmaceda; no venía ningún Cuerpo de Línea ni Caballería, habían quedado en el Campo de Operaciones.

En la plaza de la Intendencia se había detenido el desfile para oír la bienvenida del Intendente de la provincia don Tomás Eastman y el discurso del Ministro de la Guerra don Manuel García de la Huerta y después bajo una lluvia de flores la columna siguió su marcha triunfal hasta la Alameda de las Delicias. Hubo un solemne Te Deum donde habló magníficamente don Mariano Casanova, gobernador eclesiástico de Valparaíso; era la época que la Iglesia lucía tres grandes joyas en la oratoria, don Mariano, don Ramón Angel Jara y don Salvador Donoso. Al día siguiente hubo un gran banquete al general en jefe don Manuel Baquedano y a las personalidades del Ejército y de la Armada en el salón de la Filarmónica. Entretanto, con loco entusiasmo mío, habían comido en casa el día del desfile, el coronel don Patricio Lynch, que de marino había pasado a soldado, cuando en víspera de la batalla de Chorrillos, le dieron el mando de la primera división, donde hizo prodigios de valor, en reemplazo del general Villagrán que había sido destituido. Asistían también don Eulogio Altamirano que llegaba del Norte en compañía de don Domingo Santa María, el coronel don Domingo de Toro Herrera, jefe del Chacabuco, cuyas huestes fueron más tarde los héroes de la Concepción, el Almirante Latorre, el coronel don Manuel Bulnes, mi tío Antonio Subercaseaux y no sé cuántos más; siento no tener memoria para recordar lo que se dijo en aquella reunión y las anécdotas que se contaron.

Emprendimos sin tardanza viaje a Santiago para volver a

ver las tropas, cuando entraron a la capital; la Alameda estaba llena de palcos y nosotros tomamos uno al llegar a la calle del Estado. La recepción fue grandiosa, pero esta vez el General iba con traje de gran parada y montado sobre su caballo "Diamante", con quien había hecho la Campaña. Después de las seis, hubo un solemne Te Deum en la Catedral y al día siguiente una revista en la Pampa. Terminaron los festejos con un banquete monumental en el Teatro Municipal que fue ofrecido por don Alvaro Covarrubias y donde habieron numerosos oradores; de la familia hubo tres, Melchor Concha, Benjamín Vicuña y Antonio Subercaseaux.

También me llevaron los días del desfile a conocer al general Baquedano, que comía en casa de mi tío Melchor Concha, pues el general compartía su amistad más íntima con esa casa, la de don Aníbal Pinto y la de don Federico Errázuriz; todos lo admiraban como un gran soldado lleno de pundonor y rectitud; después lo conocí en París; escribía muy bien y hablaba con dificultad, lo que explicaba la señora de Blest Gana, nuestra plenipotenciaria en París, diciendo a sus amistades que un balazo en la lengua recibido en la batalla de Tacna lo había dejado en ese estado.

Volvió después de estas fiestas a sumergirse Santiago en su apatía conventual. Seguía progresando en el piano con el profesor Tagliaferro. Me llevaba poco al teatro; sólo recuerdo el estreno de "Aída" que tuvo gran resonancia; en cambio me sacaban a menudo después de comer a las tiendas del pasaje Matte, que eran casi todas francesas y que se iluminaban de noche, atrayendo la mejor sociedad de Santiago; recuerdo los nombres de las Ville de París, Prá, Cohe, Chezé, etc. A veces nos mandaban ver en la calle del Estado unos salones de óp-

tica y linterna mágica donde reproducían escenas de la guerra del Perú, íbamos también al Teatro de Variedades, en la calle Merced a ver las primeras lámparas eléctricas que llegaron al país que consistían en grandes focos y un motor que producía la luz.

En septiembre de ese año 81, nació mi última hermana, Josefina, la guagua más linda que he visto y a fines de ese año hice solo mi primera comunión en la Caridad, pues entonces se recibía este Sacramento mucho más tarde que ahora. La Caridad, considerada como iglesia de la familia, tenía una capilla muy bonita donde se casaba toda la gente elegante y, que fue construida gracias a la generosidad de mi tía Mariana Browne de Ossa; es copia de la Capilla de Enrique VIII, en la Abadía de Westminster de Londres.

Recuerdo vagamente la campaña presidencial que se desarrollaba entonces; los políticos combatían enérgicamente la candidatura de Baquedano porque era militar, a pesar de que Bulnes había sido gran Presidente, y triunfó el candidato liberal don Domingo Santa María, estadista considerado, pero sobre todo gran campeón de la intervención electoral. Yo no lo conocí, a pesar de haberse casado con un pariente suyo, mi tía Elena Browne, mujer de valor, muy buena cocinera, que me enseñó a comer las paltas; fue madre de mi querido primo José Luis Santa María, excelente y bien plantado muchacho, abogado y diplomático. Dicen que don Domingo Santa María era muy espiritual y que cuando un grupo de señoritas fue a verlo para protestar sobre la ley del matrimonio civil, él les dijo, como todas hablaban a un tiempo, "que hable la de más edad", y todas quedaron mudas. Pero, como donde las dan las toman, una señora muy graciosa y muy amiga de

él, doña Rosario Reyes, viéndolo subir penosamente las gradas de la escalera de la Moneda por sufrir del corazón; le dijo: —Ahí tienes, Domingo, por donde pecas pagas —recordándole que había sido un gran enamorado.

Por fin, despejados todos los escollos, llegamos a Valparaíso para preparar el viaje a Europa donde la familia iba por seis meses y se quedó dieciocho años.

Aquí terminó el período de mi niñez y de mi infancia incomparables. Siempre vi el cielo azul y fuera de la alfombrilla, jamás nube alguna vino a empañar un solo instante de mi vida.

CAPITULO SEGUNDO

MI ADOLESCENCIA ENVIDIABLE

El mes de enero de 1882 se pasó en los arreglos del viaje; mis padres llevaban a los cuatro hijos mayores, Julio, Fernando, Teresa y Benjamín, dejando con mi abuela Magdalena Vicuña a los tres menores: Carlos, Eugenio y Josefina. El almacenamiento de provisiones para el viaje era otro asunto importante. Se juntaron muchos tarros de charqui, substancia de Chillán y chuño; galletas no llevábamos porque las inglesas de a bordo de Huntley y Palmers eran excelentes. En un momento se pensó llevar una vaca, para tener leche diariamente, como hacían algunas familias, pero después se abandonó la idea.

El barco que íbamos a tomar se llamaba "Iberia", de la P. S. N. C., con tres palos y dos chimeneas negras; era el mejor de la Compañía, pues desplazaba tres mil toneladas. Grande para entonces; chico para ahora, ya que los barcos de la Compañía Sudamericana se consideran pequeños con diez mil toneladas. Nos embarcamos el siete de febrero a las tres de la tarde en una lancha para ir a bordo; entonces no había

malecones ni tampoco los tenía ningúñ puerto de los que tocamos durante el trayecto.

El buque en el cual viajé (tres veces lo ocupé más tarde) era mandado por el comodoro de la Compañía, el capitán Massey, muy atento y simpático, con una gran barba. Fue cariñosísimo con nosotros. El buque tenía una cubierta estrecha y un comedor muy largo, con tres hileras de mesas. Lo usaban, además, como salón; los camarotes eran de dos y cuatro camas y, según la costumbre de entonces, había pocos cuartos de baño.

Sobre cubierta se encontraba un salón de fumar que mi papá usaba permanentemente porque se mareaba con frecuencia; era de construcción tan poco sólida que, en una noche de temporal, se lo llevó el mar. El vapor se aprovisionaba en todos los puertos, tal vez por la falta de frigoríficos en esos años; carecíamos también de luz eléctrica, así que era tétrica la noche, iluminada con lámparas de aceite. Como distracción se tocaba piano y los ingleses cantaban, porque no hay gringo por serio que sea, a quien no le guste cantar **Comic Songs**.

Poco recuerdo de mis compañeros de viaje; había un señor Luis Mardones, de Los Andes, que se hizo muy amigo de casa; don Santiago Vicuña y don Claudio Mackenna, de La Serena. No sé si en este viaje o en otro nos acompañó el cura de Pirque, don Martín Manero, un español un poco mal hablado, pues una vez se cayó una niña mostrando todo: ella se levantó presurosa y dijo: ¿qué les parece mi agilidad?, a lo que el cura, entre dientes, respondió: "En mi tierra a aquello lo llaman c..."

También nos acompañaron hasta Talcahuano unos cuantos amigos de mis padres, don Teodoro Sánchez, Lauro Ba-

ros, Miguel Morel y otros. El mar estaba tranquilo y no nos mareamos; el primer puerto fue Talcahuano, donde nos recibió don Miguel Collao, con unos canastos de preciosas manzanas de Puchacay; nos llevó a Concepción, ciudad que en ese entonces era muy poco interesante. Volvimos al vapor para emprender el verdadero viaje, ya no tan risueño.

Poco a poco nos acostumbramos a la vida del mar. Para nosotros los chicos, teníamos el entretenimiento de las máquinas, con sus tres émbolos ensordecedores; el puente de mando donde íbamos a mirar los mapas, acompañados de los oficiales; la toma de la latitud a las doce del día; la corredera para conocer la velocidad del buque, y por fin, las apuestas por las millas recorridas en las 24 horas. Teníamos además, el juego de los tejos y una especie de Tennis-deck con unas pelotitas con plumas. El cuarto de las banderas y señales nos entretenía mucho y aprendimos a hablar por señales. En el palo de atrás del buque, sobre el timón, se colocaba la bandera inglesa colorada, de comercio, en el palo mayor la bandera de la Compañía, que era blanca con azul, y en el palo delantero o de trinquete se ponía la bandera de salida, que era azul con un rectángulo blanco en el centro.

En el capítulo de la comida, la novedad nos atraía, pues el desayuno (breakfast) era sumamente abundante; las conservas, sobre todo el jamón de York y el Corned Beef eran exquisitos; las galletas lo mismo. Recuerdo las Marie, Elbert, Milk y Arrow Root. El té se tomaba con leche condensada y a mi papá le oí decir que los vinos eran exquisitos, sobre todo un vino de Madera, que era célebre en la Compañía. Encotrábamos muy bueno el Roast Beef, que nos daban a diario, y cuyos tajadas primorosamente cortadas, llenaban el plato; nos

agradaba ver a los mozos bien vestidos con sus uniformes azules con vivos blancos y botones de plata. Otros pasajeros no eran tan optimistas como nosotros.

Pasamos primero al puerto cercano de Coronel, lugar sin gusto a nada, donde nos entretuvimos viendo cargar el carbón y zarpamos después de dos días con rumbo hacia el Estrecho de Magallanes. Al día siguiente, el tiempo se echó a perder: sopló el viento, comenzó a llover, y el mar a alborotarse. En la mesa ponían unos triángulos de madera que llamaban **violines** para sujetar las copas y los platos; era indicio de temporal. Ya en la noche había mucha gente mareada y poquísimos llegaron a comer. Yo resistí bien el primer día, pero el segundo al ver tanta gente cadavérica, me contagié y me sentí como si la cabeza me hubiera dado vueltas, con fatiga, sudores y ganas de lanzar. Después que conseguí ésto me quedé dormido y no he vuelto a marearme en la vida. En los días siguientes mi mamá y yo éramos los únicos en pie de nuestro grupo, pues el temporal había arreciado en forma tremenda; estábamos en el Golfo de Penas y daba miedo mirar hacia el mar con sus olas que eran tres veces más altas que el buque y el cielo negro. Esto duró dos días más, y al fin se divisó el Cabo Pilar, entrada del Estrecho, con sus islotes de los Cuatro Evangelistas; la tempestad estaba terrible y nuestro barquichuelo luchaba denodadamente en medio del silbido estridente del viento. Felizmente pocas horas después entramos al **canal** mismo y al instante todo el panorama cambió; desaparecieron las nubes, las aguas se calmaron y salió el sol, mostrando un paisaje imponente de bosques y **cerros** cubiertos de nieve. Los pasajeros, cual Lázarus resucitados, co-

menzaron a aparecer sobre cubierta, con sus semblantes risueños y amarillos.

Luego nos llamó la atención la llegada de los indios Alacalufes, que venían en sus canoas a vender pieles y comprar mercaderías a bordo.

Por fin arribamos a Punta Arenas, donde desembarcamos deseosos de pisar tierra firme. Un señor, que creo se llamaba Blanchard, el patriarca de esa región, nos atendió muy bien. Había perdido una pierna en el motín de Cambiasso, y como era extranjero, el Gobierno de Chile le había pagado una indemnización que le permitió adquirir muchas tierras y levantar una gran fortuna. Tenía su almacén o casa comercial al lado de la plaza, a la cual apenas se le podía dar tal nombre, pues Punta Arenas era una población en cierne.

Poco después abandonábamos Chile, y el inhospitalario Pacífico, cuyo nombre no responde a su mal genio, y entramos con un mar apacible, al Atlántico, cruzando con toda bonanza el cabo Vírgenes, para seguir a Montevideo, donde llegamos dos días después; días aburridos y muy desagradables. Al llegar a Montevideo, el mar se pone color de barro. Nos dijeron que estábamos en el Río de la Plata, aunque no se ven riberas, pues la tierra es muy baja. Desembarcamos contentos de haber recibido correspondencia de Chile, vía cordillera, por mulas, con buenas noticias bastante frescas. Nos alojamos en el Hotel Oriental, que nos pareció bueno y con rica comida: una tortilla de verduras como nunca había comido, me entusiasmó. La ciudad nos pareció muy limpia y bastante bonita, con un clima agradable y buenas tiendas, pero no superior a Santiago. Ahí mis padres se encontraron con un antiguo amigo, el señor Mendeville, que había residido en Chile y que tenía unas hi-

jas muy bonitas, las que vimos más tarde brillar en París; una de ellas era Mercedes de Castellanos.

De ahí nos dirigimos a Río de Janeiro, después de atravesar el Golfo de Santa Catalina, bastante agitado. La entrada a Río nos entusiasmó, porque es la bahía más linda y pintoresca del mundo; nos llamaba la atención, a nosotros los niños, la diversidad de vapores que ahí se encontraban; algunos con chimeneas amarillas, verdes o blancas, desconocidas para nosotros. Después de muchas vacilaciones, por temor a la fiebre amarilla, que era endémica entonces ahí, nuestros padres nos llevaron a tierra, pero, ¡qué desencanto! era una playa inmunda, llena de basuras y chanchos. ¡Qué diferencia con la hermosa ciudad que conocí cuarenta años después! La única calle importante era la rua do Ouvidor, sumamente angosta. El calor era sofocante; el único atractivo, y éste nos estaba prohibido, era la fruta, unos plátanos de seda chiquitos, unas palmas grandes, y las piñas perfumadas; regresamos muy pronto a bordo, desencantados.

Tocamos en seguida en Bahía, donde desembarcamos también. Nos parecía una ciudad muy grande, edificada en dos secciones, una en el plan y la otra en el cerro. Ahí subimos en ascensor por primera vez. Estaba la ciudad llena de negros, cuyo olor nos causaba una sensación extraña, pues he sido muy sensible a los perfumes; era el olor de fuerza de nuestros rotos, pero con más tinte tropical y sensual. Después recalamos en Pernambuco y nos lanzamos en seguida a atravesar el Atlántico, lo que el barco hizo en muy buenas condiciones; ahí cruzamos varios veleros que se veían tan bonitos con sus velas desplegadas y también, trabamos conocimiento con los peces voladores que caían sobre cubierta; con las ballenas y los terribles

tiburones; ahí también perdimos de vista en la noche, la Cruz del Sur.

Recalamos después en las islas de San Vicente, de Cabo Verde, para tomar carbón y abandonar la negrería para seguir rumbo a Europa, con dirección a Lisboa. Durante este trayecto me tocó presenciar la escena penosa de ver arrojar al mar el cadáver de un pobre marinero que había muerto de Bright Disease (nefritis). El capitán hacía de sacerdote, y al muerto lo arrojaron al mar envuelto en una bandera inglesa y con pesos de plomo en los pies.

Ninguna impresión puedo dar de mi llegada a Europa, pues allá por la fiebre amarilla de Río, nos pusieron en cuarentena; navegamos por el río Tajo hasta llegar a Lisboa, pero nada nos llamó la atención, salvo grandes edificios que se divisaban, pues la naturaleza se veía triste, ya que no había llegado aún la primavera. De ahí seguimos a Pauillac, el término de nuestro viaje, donde llegamos después de una tormenta en el golfo de Gascuña, alrededor del diez de marzo, treinta y tres días después de nuestra salida de Valparaíso.

Al llegar a Pauillac, donde estaba el Lazareto, a la entrada del río La Gironde, vimos con agrado que nos dejaban en libre plática y, con curiosidad, oíamos hablar el francés, que pocos conocíamos todavía. Nos trasladamos, entonces, desde el buque a un vaporcito donde registraron con mucha benevolencia nuestro equipaje, que era poco numeroso, ya que prefirieron mis padres venirse con lo indispensable, para proveernos de todo en Europa. (En ese entonces no había revisión de pasaportes, porque no existían y a los viajeros no se les molestaba). Después almorcamos magníficamente, en el vaporcito. Aún recuerdo una tortilla de jamón, como no había comido

nunca; y una entrecesta a la bordalesa con un poco de ajo y médula que no conocía y que me gustó. Seguimos por el río hasta Burdeos, siguiendo las preciosas riberas, cubiertas de los más afamados viñedos del Medoc, Chateau Laffite, Chateau Latour, Chateau Margaux, Chateau Iquem, San Julien, etc.

Burdeos nos hizo una gran impresión, con sus edificios altos, sus monumentos y sus calles irregulares; no en tablero de damas como en Santiago. Nos alojamos en el Hotel de France, rue Esprit des Lois, famoso por sus vinos y su cocina. Ahí conseguimos un buen departamento con un gran salón, y tuvimos por cable buenas noticias de Chile, lo que tranquilizó a mi mamá, que por la separación de sus hijos menores había estado muy nerviosa desde la partida. Nos dijeron en el hotel que había casos de cólera morbus en París, y en vista de ello resolvimos pasar todo el mes de marzo en Burdeos, donde ya se anunciaba la primavera. El hotel era confortable, y la comida estupenda; a mi juicio, las tres ciudades donde se come mejor en Francia son París, Burdeos y Marsella. Todos los días nos hacían probar una nueva clase de vinos, todos irreprochables. Nuestros padres nos sacaban a visitar la ciudad, pues la mama Panchita no sabía ni una palabra de francés y no lo supo nunca durante los diez años que permaneció con nosotros en París.

No teníamos edad suficiente para apreciar la belleza de las iglesias y monumentos históricos, pero sí para ir a las tiendas donde nos surtimos de un todo. Ibamos mucho al **Jardín Public**, un parque muy bien tenido en el centro de la ciudad, y a la “Allee de Quinconces”, llena de atracciones, cerca del Puerto. A veces un caballero muy cariñoso, un señor Valencia, de Quilpué (compañero de viaje), nos llevaba en las tardes a las

pastelerías a hartarnos de pasteles y sandwiches, bebiendo jarras y naranjadas.

Pronto llegaron a visitar a mis padres personas que habían conocido a mi papá a través de los negocios, o bien trabajado amistad con mi abuela Magdalena o mis tíos Antonio y Ramón, cuando estuvieron en Burdeos en 1874; recuerdo los nombres de los señores de Santa Coloma y Sourget; ambos tenían que hacer con vinos y formaban parte de esa aristocracia particular de aquella región, la de los vinicultores.

Para enseñarnos francés, se nos tomó profesor, Monsieur Brun. Comenzaba yo a hacer progresos en el idioma, cuando se retiró por una travesura inverosímil que le hizo mi hermano Fernando, que era entonces una pierna de Judas.

Nos llevaron una noche al teatro, obra del famoso arquitecto Louis y lo encontramos grandioso; daban la ópera de Meyerbeer, *Los Hugonotes*, cuya música me agradó, pero encontré la pieza muy larga y al final me dormí.

Sin relaciones casi, a nuestra escasa edad, poco pudimos conocer de Burdeos; más tarde, cuando volví, ya estaba en contacto con la rama francesa nuestra, y pude apreciar mejor los encantos de la ciudad.

Nos dirigimos a París el primero de abril, por tren, a las 8 de la mañana, con almuerzo en el buen buffet de Angouleme. Los carros del ferrocarril eran parecidos a los nuestros, pero más limpios y sin los vidrios rayados con inscripciones. Nos llamó la atención el débil sonido de la locomotora, comparado con el estridente silbato de las nuestras en Chile. Creo que la mentalidad de los niños debe ser parecida a la del pueblo, pues nos decía mama Panchita que Chile era superior a

Francia, porque no tenía las casas tiznadas, y porque la máquina del tren piteaba más fuerte allá.

Recuerdo que en el trayecto nos hicieron admirar desde el tren los castillos del Loira, y que llegamos a París al anochecer, a la Gare d'Orleans.

En la estación nos esperaba un primo de mi papá, Javier Ovalle Vicuña, apodado **Carachilla**, que se hizo famoso después por el pleito Ovalle Cortés, o el crimen de la rue Gluck, en el cual se le acusaba de haber secuestrado en el departamento que tenía en esa calle al mayorazgo don Felipe Cortés, ya anciano, para captarle la herencia, adormeciéndole con fantásticos placeres y orgías.

Javier Ovalle nos hizo saber que teníamos reservado un espléndido departamento en el hotel Continental, lujoso hotel que se acababa de abrir en la mejor manzana de París; daba efectivamente a la rue Castiglione, a la rue Rivoli, con frente al jardín de las Tullerías, a la rue Rouget de L'Isle, y a la rue du Mont Thabor, donde murió Alfred de Musset. La entrada al hotel era por un triple zaguán, iluminado a **giorno**, con lámparas eléctricas de arco Jablokoff, lo que nos causó sensación. Después tomamos el ascensor para subir a nuestro departamento, que estaba en el segundo piso sobre el entresuelo. Mi mamá no quiso subir en el ascensor, porque tenía miedo; aún su sistema nervioso no se restablecía del todo, pero a los pocos días en París ya estaba buena.

Arriba, nos encontramos con un sumuoso departamento compuesto de un gran salón, dando todas las piezas —que tenían balcón corrido— a la rue Castiglione; y ahí se veía por un lado la columna Vendome, y por el otro los árboles del jar-

dín de las Tullerías. En mi pieza me encontré con varios regalos de Javier Ovalle, entre ellos un fusil de caza.

Bajamos a comer a las seis y media por una escalera monumental. Nos fijamos que los corredores no estaban muy iluminados, con faroles de gas, y nuestro departamento con lámparas de aceite, que daban una luz agradable, y velas; no existían aún las lamparillas eléctricas Edison, de hilo metálico con ampolletas chicas; en cambio abajo había una profusión de luces eléctricas de lámparas de arco.

El hotel contaba, por la rue de Rivoli, con un café-billar, un restaurante revestido de madera negra y con bronces colorados y el comedor común. Al frente del patio había un salón de lectura, otro morisco y varios salones de conversación y escritorios. Un amplio corredor de mármol rodeaba el patio. El resto del piso, que tenía otra entrada de carroaje por la rue de Rouget de L'Isle, estaba destinado a salones de fiestas de gran lujo, con los techos pintados por el famoso artista Baudry.

En el comedor se usaba aún el sistema de mesas largas, para la "table d'hôte"; después se instalaron las mesitas individuales. El menú, que considerábamos bueno, se componía de sopa, pescado, entrada de ave, asado con ensalada, legumbres y dos postres, valía seis francos, con vino. Nos llamaron la atención los helados de dos colores, rojo y verde; eran de frambuesa y pistache. El desayuno nos encantaba; nos llevaban una bandeja de café con una leche exquisita que parecía crema, no pasteurizada felizmente, un cargamento de discos grandes de mantequilla fresquísimas, y en abundancia un pan de moño blanquísimo que llamaban **riche y croissants**.

Mi mamá, que ya se había repuesto completamente, nos sacaba a las tiendas en su landau, la mayoría de las tardes, de

preferencia al Louvre y a la Belle Jardiniere, tienda de trajes de la juventud. La acompañábamos con gusto, porque primero nos llevaba a la pastelería de la esquina Castiglione y Rivoli, que era muy de moda; nos hartábamos de pasteles, sobre todo, **choux a la crème, palmiers y babaum rhum**, con un gran vaso de naranjada colorada que llamaban **sanguine**. A veces la acompañé a las tiendas de moda, pues se estaba haciendo muy elegante; recuerdo los nombres de Worth, Rouff y la sombrerera Reboux. Antes de salir, íbamos con la Panchita al “Guignol” del jardín de Tullerías, y esos títeres me divertían enormemente; me ayudaron mucho a aprender el francés.

Las idas frecuentes a la “Belle Jardiniere” me hacían “parar la oreja”, y supe con poco agrado que pensaban ponernos a los dos mayores de pupilos en el colegio, por dos meses, para que aprendiéramos más rápidamente el francés. Era duro, sabiendo poco el idioma, entrar en esas condiciones, pero mis padres tenían apuro, porque siempre pensaban volver a fines de año a Chile como le habían prometido a mi abuelo.

Mis padres seguían ensanchando el círculo de sus relaciones. Primero vinieron los de la Legación de Chile, don Alberto Blest Gana, muy correcto y del tipo del diplomático, con su esposa doña Carmen Bascuñán, habilísima y entretenida; don Carlos Morla Vicuña, secretario de la Legación, muy simpático y “causeur” admirable, que me hacía recordar a mi tío Benjamín Vicuña, y el segundo secretario, Carlos Zañartu del Río, joven culto vastamente relacionado que se hizo muy amigo de nosotros y fue nuestro brazo derecho al iniciarnos en la vida parisiense; el Cónsul, Ambrosio Aldunate, Florencio Blanco, Juan de la Cruz Gandarillas, caballero tan arraigado en París, que deploaba haber perdido un día de sus encantos por

haber ido a Versalles. Venían también los compañeros de a bordo y los viajeros conocidos chilenos; recuerdo entre ellos a José Luis Lecaros, gran jugador de billar, Domingo Amunátegui Solar y Salvador Vergara, que fue muy afable conmigo; los domingos me llevaba a almorzar al Hotel del Louvre. Poco a poco, gracias a la señora de Blest Gana, muy bien relacionada en París, entraron mis padres en contacto con las principales familias sudamericanas que residían ahí. Por otra parte, mi padre, que tenía la nostalgia de los negocios, se metió en la Bolsa, donde conoció a algunos directores altamente colocados de la ‘Societé Comerciale du Pacifique’, a quienes interesó en el negocio de guano de las covaderas de Chile. Al principio ganó dinero, pero después hubo una serie de enredos y de pleitos que molestaron mucho a mi papá; sin embargo llegaron algunos directores a comer a casa, entre ellos su presidente Mr. Rostand, toda una personalidad; uno de ellos era Mr. Gautreau, casado con una de las mujeres más bonitas de Europa, que comparaban con madame Recamier.

Por fin, llegó para nosotros el día nefasto; una noche que nos habían llevado al Hipódromo, circo enorme cuyo centro mis ojos de miope apenas veían, se nos anunció que dentro de tres días entraríamos al l’Instituto Saint Marie (colegio bien frecuentado, situado en treinta y cuatro rue de Monceau, dirigido por los Hermanos Maristas) vestidos de levita, corbata negra y sombrero de pelo. Entramos mi hermano Fernando y yo sin resignarnos, porque nuestra estada sería sólo por dos meses y nos habían hecho dos concesiones: salir los miércoles de once a ocho y los sábados a las cuatro de la tarde, hasta el lunes a las ocho de la mañana.

Al principio, no poseyendo el idioma, me sentí bastante

amarrado, pero a las semanas ya entendía todo; me colocaron en la clase de Neuvième verte (había otra azul) y al mes vi que era una clase inferior para mis conocimientos. Nos levantábamos a las seis veinte; nos daban diez minutos para vestirnos, e íbamos a la mesa a las siete. Yo era muy místico, me gustaban las ceremonias religiosas, sobre todo los cánticos que eran muy bonitos y muy bien ejecutados por los niños, me hicieron conocer *Les Rameaux* y *le Crucifix de Fauré* y las melodías tan tiernas de la comunión: *Le ciel a Visité la Terre* y *la Voici l'Agneau de Dieu*. Ahí pude apreciar la música de Beethoven, sacada sobre todo del Adagio de la segunda sinfonía, de la quinta y séptima, como también de la Sonata Patética. La música sagrada de Gounod y de Haendel nos agradaban asimismo; apreciaba mucho menos a Bach, con gran protesta de los técnicos, pues lo encuentro un sabio, pero no un genio; me carga un poco, como el Dante.

El aspecto de la capilla, al amanecer, era muy acogedor, pues tenía vitraux muy bonitos que se iluminaban con profusión al salir el sol. Después de almuerzo, nos llevaban al Parc Monceau, que estaba al lado (había sido de Philipe Egalité, padre del rey Luis Felipe), que era una preciosura. Por fin, en la noche, nos dormíamos mecidos por las melodías del palacio de madame Hurtado Heine, nuestra vecina, cuyos conciertos casi diarios tenían gran resonancia en París.

Nuestras amistades, al principio, muy escasas en el colegio por falta de conocimiento del idioma, se limitaron primero a la colonia americana. Willy Blest Gana, hijo del Ministro de Chile, Germán Cisneros, que después encontré en Lima de Introductor de Embajadores; un niño Rivas, hijo de un prócer

venezolano; dos muchachos cubanos, Hernández de Figueroa, y otro llamado Bramme, estos tres últimos muy buenos mozos.

Ya más conocedor del idioma, hice amistad con los franceses y elegí, como admirador del segundo Imperio, las familias bonapartistas; entre ellos conocí a los Bonaparte Wice, descendientes del primer matrimonio del hermano de Napoleón, los Reille, los Lavalette, Julio Treillhard y otros. El colegio era antirrepublicano; ahí conocí también a Emmanuel d'Orleans, un poco afeminado, que fue después duc de Vendôme.

Como pasábamos el domingo en el hotel, mi mamá nos llevaba a misa a la iglesia de Saint Roch, de cuyo cura l'abbé Vidieu se hizo amiga y le seleccionó una magnífica biblioteca. Me habían comprado el Baedeker, guía de París, para que fuéramos conociendo la ciudad y así pude observar lo interesante que era ese rincón. Desde luego, para ir a la iglesia, había que pasar por la rue Saint Honoré, muy antigua, ahora llena de almacenes de provisiones alimenticias. Durante la revolución había sido el trayecto obligado de las carretas que llevaban a los condenados a muerte a la actual plaza de la Concordia, para ser guillotinados; ahí estaba la casa de Robespierre; estaba el hotel de Noailles, donde casó Lafayette, y la casa de Madame Geoffrin, cuyo salón fue tan célebre. Por ahí estaba también el café de la Regence, donde Napoleón I jugaba ajedrez en su juventud. La iglesia de Saint Roch, de hermosa arquitectura, edificada en tiempo de Luis XIV, contenía las cenizas de Corneille, del duque de Crecy, de Dugay Trouin y de María Anne de Bourbon Conti, hija de Luis XIV y de mademoiselle de la Valliere. La iglesia está llena de

obras de arte de Coysevox, Pajou, Le Sueur, Boulanger, Philippe de Champagne.

También solían llevarnos a la misa de doce, a La Madelaine, la más elegante de París y la más bonita, a mi juicio, con su fachada idéntica a la Cámara de Diputados; frente a ella al otro lado del río. El edificio presenta el aspecto de un templo griego antiguo. Napoleón I lo destinaba al templo de la gloria, pero Luis Felipe lo devolvió al culto. Ahí está enterrado su cura, l'abbe Duguerry, que fue fusilado durante la Comuna. Lo más lindo que hay es el monumento en el altar mayor “Sainte Madelaine entouree au ciel”, por Marochetti, lo más elegante que he visto.

Por fin a principios de junio, nos sacaron del colegio para llevarnos a Londres donde mis padres iban a pasar la “Season”. El viaje a Londres nos encantó pues el paisaje francés por Chantilly es hermoso, la travesía del canal entre Boulogne y Folkstone en el buque de ruedas “Albert Royal”, muy tranquila, y el campo inglés, maravilloso. También nos entretenía el movimiento de los trenes, la variedad de líneas que se cruzaban en todo sentido y los diversos colores de la locomotora; verdes, azules, grises, amarillos y negros, según la compañía a que pertenecían y admirablemente limpias. El viaje duraba cerca de ocho horas. Llegamos a la estación Charing Cross, donde nos esperaba mi tía Mariana Browne de Ossa y su hijo Lucho, que vivían en Londres; nos llevaron al mismo hotel donde se alojaban, el Alexandre Hotel, con una preciosa vista sobre Hyde Park, donde íbamos todas las mañanas a ver pasar las elegantes y a las amazonas en el Rotten Row; en seguida nos internábamos a ver maniobrar las tropas de variados y

lindos uniformes, verdes, azules, gris, café, etc. También íbamos a bogar por el precioso lago llamado Serpentine.

Yo hablaba bastante inglés para gozar con todo, y tenía ya criterio para admirar la suntuosidad de los edificios y el espíritu aristocrático que ahí reinaba; al parque no podían entrar los coches de alquiler y al teatro, fuera de la galería, no podían asistir los hombres sin traje de etiqueta. Lo que nos entretenía sobremanera era ver por la mañana unos artistas pintores al pastel, quienes sobre las anchas baldosas de las aceras al frente del hotel, pintaban paisajes, retratos, batallas navales, etc; los cuadros nos parecían magníficos y estos artistas efímeros, pues en la tarde la policía de aseo los borraba; ellos recibían de los transeúntes unos cuantos peniques, en pago de su obra la que vivía lo que viven las rosas “l'espace d'un matin”. Ibamos todos los días a un teatro de variedades, “The Royal Acquarium” donde se encontraban todos los entretenimientos imaginables; estaba al lado del cuartel de los Horse Guards, que montaban guardia a caballo y eran estupendos. Visitábamos también las figuras de cera de madame Tussaud, donde vimos una guillotina verdadera. Fuimos otra vez al Crystal Palace, y en otra ocasión a la ópera a oír cantar a Adelina Patti, en “Linda de Chamonix”, de Donizetti; me pareció baja, buenamoza, de tipo español y con una voz maravillosa; tenía una gran afición por las alhajas. Esa noche llevaba un aderezo completo de rubíes y brillantes; ya no era marquesa de Caux, sino casada con el tenor Nicolini.

Nuestro salón en el hotel estaba al lado del salón de mi tía Mariana, donde comíamos habitualmente muy bien. Recuerdo el Oxtail Soup y los Grouso, pájaros exquisitos de Escocia. La acompañaba a menudo la condesa de Sena, madre

de Miguel Alfredo Martínez de Hoz; ahí conocí a Lady Tichbourne, al pintor de Martino, de cierta fama y al célebre compositor Pablo Tosti, de muy buena figura, el ídolo de Londres entonces, autor de "Caro Ideale" y mil canciones célebres.

Mi tía Mariana tocaba también el piano. Me enseñó la Gavota de Luis XIII, que era muy bonita y que jamás se me ha olvidado.

Pero como no hay cielo sin nubes, después de diez días, nos pusieron a Fernando y a mí, de pupilos en el colegio para perfeccionarnos en inglés; se llamaba Saint Charles College, Notting Hill. No me acostumbré jamás. Era muy triste. El único compañero que encontré fue un chileno: Demetrio Peña y Toro. Aprendí malamente a jugar cricket, y ahí noté que éramos en cuanto a desarrollo físico, muy inferiores a los niños ingleses, pues jamás habíamos practicado sport alguno ni teníamos afición por ellos. Felizmente después con el tenis, las carreras a pie, la natación y esgrima, pude recuperar el tiempo perdido.

A los quince días de estada en la escuela, tuve la suerte de pescar una gripe y entonces nos sacaron del colegio. Nunca olvidaré al doctor inglés que me fue a ver al hotel, pues me recetó lo siguiente: compre dos botellas de whisky, una barata y una buena, con la primera preparen unas gárgaras con agua y con la segunda unos grogs, con agua caliente, tajadas de limón y azúcar; el remedio me hizo bien y me quedó gustando.

Un día me llevó mi papá a La City. Ahí pasamos a la oficina de la casa de Huth, 12 Token House Yard, una de las casas de comercio más importantes y más antiguas de Londres; el jefe, Mr. Flemming, muy cariñoso, me llevó a la Sala

del Consejo y me mostró el retrato de mi abuelo Browne, fundador de las sucursales, en América del Sur. A mi papá le permitían todas sus originalidades, aun la de girar cheques al dorso de un menú o de un programa de teatro.

A Lucho Ossa, mi primo, lo habíamos apenas visto, porque estaba en el colegio jesuita de Stonehurst, donde llevaba gran vida.

Regresamos a París al mismo Hotel Continental. Ya se había postergado, con gran desconsuelo de mi abuela y nuestro, la vuelta a Chile, que se había fijado para septiembre; la salud de mi mamá y los negocios de mi papá eran las razones que se daban.

Por este motivo alquilamos un espléndido departamento en 5 Avenue de l'Opera, esquina de rue de l'Echelle. Ultimamente estaba ocupado por un Club; tenía una entrada especial con una escalera monumental de piedra, fierro y bronce, con tapicerías en los descansos, que nos dejaron por concesión especial; los vitreaux eran preciosos. Arriba había un vestíbulo alargado, escritorios, tres salones y el comedor que daba sobre una baranda, con surtidor de agua y cubierta de flores; también había un billar que daba a ese conservatorio y que se utilizó como dormitorio para Fernando y para mí. La sala de baño (pues no había más que una) tenía unos azulejos preciosos y una bañadera de plata. Aparte había un departamento compuesto de un salón morisco, destinado a fumoir y dos piezas más. Mi papá invitó a un compañero de a bordo a alojarse ahí, y se portó muy amable con nosotros; se llamaba Luis Mardones, y era hijo de un acaudalado agricultor de Los Andes; nos sacaba mucho a pasear.

La "recepción" del departamento era grandiosa; mucho oro

y seda en las decoraciones y los techos eran pintados por el famoso pintor Baudry.

El resto del mes de julio se pasó en amoblar el departamento; me suenan entre los tapiceros los nombres de la casa Krieger y un señor Rodríguez, del Louvre. Encuentro que en esa época reinaba muy mal gusto en los amoblados; había muchas cortinas con repliegues, mucho peluche. Las alfombras eran bonitas, de Sмирна, con fondo colorado o azul, de la casa Braquenié y las de Savennerie. Los servicios de mesa preciosos, de las casas Christophe, Bacarat y Pillivuyt; recuerdo uno de color salmón, copia del servicio de diario de las Tuilerías.

Hubo también que elegir la servidumbre muy variada: una mucama española, llamada Manuela, un cochero semi yanqui, Prosper; un *valet de pied* francés, un *maitre d'hotel alsaciano*, un cocinero italiano muy bueno y su ayudante. Se mandaron a hacer también en casa Suton, el *habit a la francaise* para el valet; verde, con vivos rojos y botones de plata, con chaleco listado verde y rojo; el traje del cochero con pantalón largo en invierno, botas en verano y los capetes grises para el cochero y el valet de pied. Se mandaron a hacer también donde Million Guiet un *coupé*, una *victoria* y un *landau* con la caja enjuncada.

Organizada la casa, nos fuimos a las aguas termales, por seis semanas. Instalados en el tren, en nuestro *Coupé Lit*, porque mi mamá era muy regalona para viajar, llegamos a las cinco de la tarde a Vichy. Nos llamó la atención la buena organización de los hoteles, porque cada uno mandaba un espléndido ómnibus a la estación, con el concierge para recoger y atender a los viajeros o reclutar pasajeros; se entregaban al

mismo concierge el boleto del equipaje que hacía despachar más tarde en un carretín, de tal suerte que uno no tenía que preocuparse de nada.

Pocos recuerdos me quedan de esa época; la ciudad me pareció muy pintoresca con su gran avenida en el centro, terminada por el casino por un lado y por los baños por el otro; un poco más al este estaba el río Allier, donde había un gran parque. Me vienen a la memoria nuestros paseos en coche para visitar los alrededores llenos de castillos y, en la tarde, a oír música en el casino donde tocaban sobre todo trozos de las óperas cómicas francesas y los valses de Metra. También recuerdo la casa de madame de Sevigné, que sin saber nada de ella; me conquistó inmediatamente, al verla tan linda en una copia del famoso retrato de Mignard; fue un verdadero culto que tuve por ella; me deleitaban sus cartas, cuya naturalidad he procurado imitar; conocí los más íntimos detalles de su historia y de su familia: los Chantal y Bussy Rabutin. Por lo demás, ella me lo agradeció más tarde en mi bachillerato, cuando el tema de composición escrita en francés fue sobre madame de Sevigné y su género epistolar. Salí, por supuesto, lucido. Es curioso como uno se identifica con ciertos personajes de la historia y cree tener una parcela del alma de esos seres privilegiados; lo mismo me ha pasado en música, con Beethoven y Verdi, dos genios tan distintos y que encuentro tan míos.

Volviendo a madame de Sevigné, por ella conocí el Museo de Carnavalet donde vivió, en el Quartier del Marais y Place des Vosges, antigua Place Royale, al lado de la Place de la Bastille; este barrio fue de la aristocracia hasta fines del siglo XVII; después emigró la nobleza al faubourg Saint Germain, y la finanza al faubourg Saint Honoré. En ese mismo

barrio fui a visitar el hotel de Coulange, donde ella nació y la iglesia Saint Paul y Saint Louis, de estilo Jesuistice, copia del “Gesú” de Roma, una de las más ricas iglesias de París, donde se conserva aún la *logette*, donde la marquesa iba a escuchar los sermones del célebre predicador Bourdaloue. Los hoteles del Marais, que eran suntuosísimos, se conservan casi en su totalidad; algunos felizmente entregados a servicios públicos y otros casi destruidos, ocupados por el comercio, pues es ahora un barrio completamente democrático. La Place des Vorges es simétrica y muy bonita; por sus arcadas se pasearon los nombres más conocidos de la historia: los Rohan, los Luynes, los Richelieu, los Soubise, Bossuet, Víctor Hugo, Alphonse Daudet, madame de Sevigné, madame de Mantenon, la maréchale de Luxemburg, Marion Delorne y Ninon de Lenclos.

A veces me llevaron al teatro del Casino, y vi con satisfacción que ya entendía perfectamente el francés. Daban de preferencia las comedias de Labiche, autor de piezas muy divertidas, aún muy de moda en Francia; creo que me tocó ver la Cagnotte y los “Vivacités du Capitaine Te”.

Las aguas no sentaron bien a mamá, y eso que no tomaba los más fuertes, de la Grande Grille, y, cosa curiosa, lo mismo pasó treinta años después con mi mujer y mis dos hijos menores; nos llamó la atención que toda el agua de Vichy embotellada, que circula por el mundo, proviene de la Source Celetins, que no pudimos encontrar en Vichy. Resolvimos entonces, por consejo del médico, dirigirnos a Royat en Auvernia, pasando por su capital Clermont Ferrand, ciudad provincial y triste con una hermosa Catedral. El paisaje, tan risueño en el departamento del Aillier, se tornaba casi lúgubre. Royat, situa-

do en una quebrada, nos pareció sumamente triste, con muchos enfermos sin alegría; no tengo otro recuerdo que el de una señora muy bonita, casada con un sabio viejo, el marqués vey de Saint Denis, que tomó mucho cariño a Benjamín, mi hermano, que era muy buen mozo, y a mí. Recuerdo la gruta del perro, llena de ácido carbónico hasta cierta altura, el que siendo más pesado que el aire, un hombre puede entrar sin peligro y un perro se muere. Muchos años después, pasé por ahí para almorzar en el restaurante de la Belle Meuniere, situado muy cerca de las termas, y célebre por las “Soles Belle Beuniere” y “el Coq au Vin”.

De ahí nos fuimos a Ginebra, Hotel de la Paix. Preciosa vista al lago de los Cuatro Cantones, y a los Alpes, con el Mont Blanc y el Mont Rose, al fondo. Nos volvimos locos con los relojes y con las cajas de música; de los primeros se hizo una amplia provisión, y mi papá mandó hacer una preciosa caja de música con sus piezas favoritas; recuerdo que había “La fille de Madame Angot”, el “Septiminio de la Africana”, un vals, de Strauss, La vie d’Artiste, una polka de Farbach, muy de moda, Bocaccie de Suppe, etc. De las excusiones que hicimos, recuerdo a Fermay, donde vivió Voltaire. En los vaporcitos del lago fuimos a lindos sitios que hay en sus riberas: Ouchy, Vevey, donde encontramos varios chilenos, entre ellos a don Arturo Edwards, y a don Eduardo Mac Clure, diputado de Chile, que ponía como los ingleses, M. P. en sus tarjetas. Así, dando la vuelta al lago, llegamos frente a “Evian Les Bains” en la sección francesa.

A nuestro regreso a París, pasamos por Lyon, esa ciudad mártir de la revolución francesa, bastante grande, situada entre dos ríos, La Saone y el Ródano, un poco provincial. Visi-

tamos las fábricas de géneros de seda, que son muy importantes y probamos en un buen restaurant las célebres "Quenelles de brocket" de la **mére Fillioux**, que tienen fama mundial.

Llegamos a París, al hotel Continental, a fines de agosto, para preparar nuestra mudanza al departamento de la Avenida de la Opera. Mi papá hizo un arreglo con la casa Honoré para tener los coches en sus cocheras y le encargó la compra de caballos; se adquirió una pareja de mulatos Yorkshire, muy bonitos, y dos caballos más; uno alazán y un tordillo "pommelé", que podían servir en pareja, como se usaba entonces, o separadamente; el victoria y el coupé se ponían con uno o dos caballos. Fue un acontecimiento cuando se estrenaron los coches, que eran verde oscuro, con vivos lacre; los caballos llevaban testerias rayadas verde y rojo, con dos rositas artificiales en las extremidades. Era costumbre que al estrenar un coche, el cochero llevase a la patrona un ramo de flores, y se le regalaban cien francos.

Ya comenzaba a interesarme la cocina, y en la tarde iba a ver trabajar al chef César, traído del Jockey Club, que hacía maravillas con las "pieces Montés", que se usaban entonces, con zócalo de cera adornado de flores y motivos arquitectónicos, los que hacía el mismo cocinero. Los comensales eran numerosos, y no había chileno conocido que no llegase a casa. Entre los más asiduos estaba don Patricio Larraín Gandarillas y su hijo Enrique, excelente amigo mío cuando fue Intendente de Valparaíso; el doctor Valentín Saldías, Carlos Zañartu del Río, el Cónsul Ambrosio Aldunate, Héctor Beeche y señora, Benjamín y Vicente Dávila Larraín, Patricio Lynch, José Luis Leccaros y Ramón Larraín Plaza, ambos grandes jugadores de billar. También algunos jóvenes, héroes de la guerra del Pe-

rú, como Alberto del Solar, oficial del regimiento Esmeralda, de buena figura, y otros más. También un banquero, don Pablo Gil (4 boulevard des Italians) que había conocido mucho a mi abuela y a mi tío Antonio, en su viaje de 1874.

Teniendo carruajes propios y estando de vacaciones, salía casi todos los días con mi mamá y terminábamos nuestros paseos con una vuelta por el Bois de Boulogne, después de tomar leche al pie de la vaca en el Pré Catelan. Ya no era moda, como en tiempo del 2º imperio, hacer "Le tour du lac", sino que se iba a L'Allée des Acacias, que comenzaba en el restaurante Armenonville y terminaba en el restaurante la Cascade y el hipódromo de Longchamps; en esa avenida se juntaba, sobre todo los viernes, la élite de la alta sociedad y de las demi mondaines; admiraba los **equipajes**, con sus lacayos empolvados, de los La Rochefoucauld, Rohan, d'Uzes y de las grandes familias del faubourg Saint Germain, a la vez de algunos mejicanos como Yturbe y Escandon, y las victorias regia-mente puestas de las **cocottes** que daban la moda a la socie-dad. Iban también muchos militares a caballo; también Ferdinand de Lesseps, que construyó el Canal de Suez, con sus sie-te chiquillas montadas en preciosos Poneys. Nos llamó tam-bién la atención un coche, todo de vidrio, de don Felipe Cor-tés, acompañado de don Javier Ovalle; lo llamaban **l'homme a la Caleche de cristal**. Los días de fiesta íbamos a la matinée de los teatros, sobre todo al Chatelet, donde daban Féeries y las piezas de Julio Verne, entre ellas Michel Strogoff; me llevaron también al Varietés a ver la opereta "Mademoiselle Nitouche", con la diva Anna Judic, que era buenamoza y que cantaba con mucha gracia.

Pero ya se aproximaba la entrada al colegio y la vuelta

a l'Institution Saint Marie. Supe que en lugar de ir a la octava, me saltaron a la séptima, ganando así un año.

Hubo una pequeña dificultad al admitirnos, pues mis padres querían sacarnos todo el mes de enero para llevarnos a Niza y tres semanas en junio para ir a Londres. El director del colegio alegaba que, fuera de la relajación de la disciplina, era un mal handicap para nuestros estudios, perder dos meses de colegio en el año, pero ante la promesa de tomarnos un pasante durante nuestra ausencia y que pronto volveríamos a Chile, cedió el director, un abate alsaciano, muy bueno y simpático.

Ya poseedor del idioma, pude estudiar mejor y con gusto. Comencé a aprender Latín; llegué a ser cónsul des Bourquignons (el partido opuesto se llamaba Armagnac). Ensanché también el círculo de mis amigos franceses, entre ellos los de Foucaucounrt, que me dieron el gusto por la fotografía y que nos sirvió de pretexto para muchas excursiones interesantes.

En casa se había ensanchado mucho el círculo de las amistades y comenzaron a frecuentarla la colonia peruana, los Candames, los Heeren, los parientes de mi mamá, los Goyeneche, los Canevaro, duques de Zoagli, que poco después murieron trágicamente yendo a Biarritz; los Pardo, Juan Zavala, duque de Nájera, etc. También conocimos a los Pinto d'Aguiar, venidos de Chile, cuyo jefe don Guillermo, fue nuestro comisionista y banquero, por muerte de don Pablo Gil.

El acontecimiento del invierno de 1883 fue la inauguración del Edén Theatre, cerca de la rue Auber, donde se estrenó un ballet italiano de Manzoni; se llamaba "Excelsior", y era el triunfo de la ciencia en el siglo XIX, con el vapor, la luz eléctrica, el telégrafo, etc. Tuvo un éxito colosal; había derro-

che de lujo, y sus melodías alegres las entonaba todo el mundo, después en ese mismo teatro me tocó oír dos operetas de Lecoq, "Le Petit Duc" y la tan popular "Fille de Madame Angot", cuya música conocía desde mi niñez.

A principios de enero, emprendimos viaje a Niza; salimos de París, gare de Lyon, muy apartada del centro, a las nueve y media de la noche, nevando y con un paisaje de invierno desolador; al despertar, a las ocho del día siguiente, y al abrir las ventanas de nuestro compartimiento en el Wagon Lit, uno quedaba maravillado al encontrarse con un sol radiante, un aire tibio, saturado de los más deliciosos perfumes de azahares, mimosas y mandarinas. Al llegar a Niza a las diez de la mañana, no se veían por las calles sino ramos de violetas y mandarinas; era un edén. Nos alojamos en el Grand Hotel, bueno aunque antiguo; con un gran jardín. Ahí estuvimos con don Francisco Iturbe y con don Lorenzo Merino, ambos propietarios de esa localidad, con dos chilenas, Rafaela y Natalia García de la Huerta, esta última casada con un señor Urrejola; con un conde de Canimar, español, y un señor Diez, cubano; todos estos últimos habitaban el hotel. Había un salón de billar y ahí me aficioné mucho a este juego. El señor Iturbe era muy friolento y tenía calafateados todos los vidrios de su coche para que no entrara el aire; además, usaba los pantalones, para no resfriarse, forrados con piel de tigre...

Salíamos por la mañana a la Promenade des Anglais, plantada de Phoenix, y a la "Jetée Promenade", donde había en la punta un restaurante rodeado del mar; por las tardes íbamos a excursionar en coche por la Corniche, Beaulieu, Cimiez, etc.

A veces nos llevaban a los magníficos restaurantes "London House" y a la "reserve" sobre el mar. Fuimos también en tren a Montecarlo, donde nos aburrimos, pues no nos dejaron a los niños entrar al Casino; llamaban la atención los jardines por lo admirablemente mantenidos que estaban. Durante el viaje vimos, en la rada de Villefrenche, fondeada una parte de la escuadra francesa.

Poco podíamos juzgar, a nuestra edad, lo que era Niza, pero se veía que aún guardaba su aspecto italiano. Con unos muchachos de otras familias del hotel organizamos en su parque unas carreras de saltos, que nos trajeron la afición por las carreras a pie, para lo cual formamos un club, "The South American Sporting Club", que pudo surgir, gracias a la benevolencia del presidente del Racing Club de Francia; Monsieur de Saint Clair, quien nos permitió realizar carreras en día de semana en su magnífica cancha de la Croix Catelan, en el Bois de Boulogne. A fines de enero regresamos a París y volvimos al colegio; no me encontré muy atrasado, porque había estudiado algo en Niza. Entre los nuevos compañeros de clase se hallaba Emmanuel d'Alencon, futuro duque de Vendome, de la familia real. Era un compañero sin ningún orgullo, buen camarada y afable, pero en nada sobresaliente; buena figura, un poco afeminado y bien vestido; también fue compañero mío entonces el joven Regnier, el hijo de Julia Bartet, la renombrada secretaria de la Comedia Francesa, una de las primeras actrices de ese tiempo.

Ese año fui confirmado por el Cardenal Lavigerie, famoso por sus actividades religiosas y patrióticas en el norte de África. Fue especialmente cariñoso conmigo.

La primera salida del colegio, los miércoles, me trajo la buena noticia que habían encontrado una espléndida casa (Hotel Particular), cerca del colegio, y que para la primavera dejaríamos de seguir de pupilos; le dijimos a mi papá (que nos fue a buscar en victoria al colegio), que celebrábamos el colegio por la comida, y que para que se diera cuenta, le hicimos probar el postre que nos habían dado el día anterior y que se llamaba Bonette; era pain d'epice con betún blanco. Mi papá lo encontró detestable, y como desagravio nos llevó a almorzar opíaramente en el famoso restaurante Bignon, situado en la Avenida de la Opera, frente a la casa.

La vida sin embargo en el colegio se hacía menos monótona para mí, pues comenzaba a aficionarme a la lectura, y en el colegio tenía una buena biblioteca, la cual aprovechábamos de seis y media de la tarde a las ocho de la noche; me encantaban los libros de Julio Verne, los de cacería de Gustave Aymard y los de Kipling. En la primavera nos llevaron a un paseo campestre a los bosques de Meudom y Bellevue. Los encontré preciosos y deploramos que en tiempo de la Comuna hubiesen incendiado el suntuoso castillo que ahí había.

Ese año, por primera vez, nos llevaron a las carreras, a los hermosos hipódromos que había en el Bois Boulogne. Dos veces fuimos a Longchamps, al Prix Hocquart, y al Gran Prix, carreras planas; y una, a ver la cancha de saltos, donde presenciamos el gran Steeple Chase, que fue ganado por un caballo irlandés, Redpath, montado por el capitán Lee Barber, sobre una distancia de 6.400 metros. Las carreras de saltos nos gustaban mucho más, gusto que conservó mi hermano Fernando. En esta carrera internacional con saltos muy difíciles,

los caballos ingleses eran montados por caballeros, y los franceses por profesionales. Al año siguiente, habíamos trabado amistad con los hijos de los grandes propietarios de caballos, y ahí nació nuestro gusto loco por las carreras.

Volvimos a Londres por segunda vez en junio, sin ir felizmente al colegio, por ser nuestra estada muy corta. Me gustaba mucho ir a la City con mi papá para conocer a los hombres de negocios más importantes, y sobre todo para tomar el Lunch en **Spiers and Pond**, con sopa de tortuga, y Whitebaits, unos pescaditos chiquitos, espolvoreados de ají con jugo de limón.

Mi mamá y mi tía Mariana me llevaron a conocer a unas tías Cowards, que vivían en Baswater, cerca del "Marble Arch"; ellas me dijeron: "**We are supposed to come from Sir Anthony Browne, the guardian of Queen Elizabeth**". Me agragaron que, en premio de sus servicios, el Rey le había regalado el castillo de Battle Abbey, al lado del campo de batalla de Hastings, pero que había salido de la familia y estaba en poder de la duquesa de Cleveland.

Regresamos muy temprano a París para no perder tanto colegio y para preparar nuestro viaje a Europa Central. Entonces nos visitaron nuestros primos Jorge Bourchier y Jimmy Bennett, que estaban en un colegio de Inglaterra.

A principios de julio, salimos temprano de la Gare de l'Est, en dirección a Estrasburgo y Alemania. Llegamos para almorzar a la frontera, que se llamaba Deutch Avricourt, y ahí bajamos para almorzar en el buffet de la estación, donde había una larga mesa de "table d'hôte". Mi mamá, que estaba sentada a mi lado, me llamó la atención sobre dos personas

que estaban sentadas en la misma, frente a nosotros, y me dijo que me fijara en ellas. Era una señora de riguroso luto, distinguida en su sencillez, con facciones aún bellas, pero que reflejaban un gran sufrimiento; con ella estaba un señor gordo, completamente afeitado, quien como la mayoría de los franceses, comía muy mal y se parecía a Napoleón III. El hablaba mucho y ella muy poco. Cuando nos levantamos, supe que eran la Emperatriz Eugenia, que hacía pocos años que había perdido a su hijo único, el príncipe Luis Napoleón, muerto en África por los Zulúes, estando al servicio del ejército inglés; el acompañante era el príncipe Jerome Bonaparte, marido de la princesa Clotilde de Saboya, denominado Plon-Plón; un envidioso inteligente que bastantes molestias había causado a Napoleón III. Tuve una gran emoción, dado mi entusiasmo por los recuerdos de esa época, que completó mi mamá llevándome un año después con doña Matilde Lamarca del Carril a una fiesta de caridad en casa de su amiga madame Drouir de l'Hus, viuda del Ministro de Napoleón III. Ahí vi de cerca a la princesa Matilde, a Emile Ollivier, a Urbain Chevreau, que era Ministro del Interior cuando cayó el Imperio, al duque de Grammont, el Ministro de la Guerra de aquel entonces, el que declaró la guerra a Prusia; los Palikaos, la duquesa de Sesto, la viuda de Morny con sus hijos, que conocí más tarde; Ferdinand Lesseps, con quien comí después en Deauville, donde la Baronne d'Erlanger, y los Ministros cuyas figuras confundí, de Negri Haussman, Persigy Walesky y los señores Viel Castel, el pelador incorregible; el doctor Conneau, mistress Howard, hoy condesa de Beauregard, que financió el golpe de Estado el 2 de diciembre; me mostraron dos seño-

ras, todavía elegantes, que habían figurado con la Emperatriz en el famoso cuadro de Winterhalter.

Llegamos al atardecer a Estrasburgo, la capital de una de las provincias cautivas de Francia, cuya estatua veía a diario enlutada y cubierta de coronas en la Place de la Concorde en París. Sólo recuerdo que encontré la ciudad muy limpia y llena de soldados que me parecieron estupendos y bien vestidos. La Catedral me llamó la atención por su famoso reloj, de donde salen, al dar las doce, los doce Apóstoles. También vi el cuartel donde apresaran a Napoleón III cuando quiso, siendo aun muy joven, levantar la Francia a su favor. Probamos ahí el exquisito **Foie grass**, y conocí la cerveza alemana que era la mejor del mundo.

De ahí nos dirigimos en tren a Berlín, cuya estación era sumptuosa; me pareció una ciudad imponente, salubre y limpia, pero de mal gusto en sus edificios, llenos de líneas curvas, que hacían borrar la arquitectura entre las bellas artes; todo me pareció nuevo y sin tradición, salvo el Palacio Real que tenía gran aspecto. Estábamos en el Hotel Bristol, en Unter Der Linden, cerca de la puerta de Brandenburg, pues no existía aún el famoso Hotel Adlon; en la misma avenida había un restaurante magnífico que se llamaba "De las Cuatro Estaciones". Un amigo de mi papá, un señor Berckemayer, nos dio un almuerzo magnífico y ahí pude apreciar lo bien que se come en las casas alemanas. El Tier Garten es un hermoso parque bien tenido, con feos monumentos.

Mis padres me llevaron a la Opera a ver una producción de Wagner: "El crepúsculo de los Dioses". Me aburrí mucho, y no comprendí nada; todo era una serie de gritos acompañados de orquesta; más tarde me reconcilié con el autor, cuando

dieron en la Opera de París, "Lohengrin" y "Tanhäuser", llenos de belleza musical.

Me chocó, acostumbrado a los gustos refinados de París, que en los entreactos los berlineses comían salchichas y bebían cerveza. Los oficiales, todos de la aristocracia, formaban la clase privilegiada, y los civiles les rendían pleito homenaje.

No hablando el idioma, y con pocas cosas interesantes que visitar, nos fuimos a los pocos días a Francfort, que encontramos muy alegre, con jardines preciosos y un excelente hotel, el Frankforter Hof; ahí vimos la casa cuna de los Rothschild, pues esa ciudad ha sido siempre el centro de los grandes banqueros; visitamos también Múnich, la capital de la católica Baviera, una ciudad triste, pero muy interesante con sus edificios clásicos y sus instructivos museos. Después nos dirigimos a Baden-Baden, el famoso balneario, y la Selva Negra que lo rodea; Baden, con la supresión de la ruleta, había perdido mucho de su primitiva importancia, pero conservaba restos de su opulencia en su Kursaal, sus parques, su hermosa avenida de los Ruiñones y su estupendo establecimiento de Baños, el más sumptuoso que he conocido. Tiene un bonito hipódromo, donde antes se corrían las carreras más importantes de Europa. De ahí bajamos a Maguncia para hacer la navegación del Rhin hasta Colonia. El viaje se hace en unos vaporcitos donde se almuerza sobre cubierta con un excelente y perfumado vino del Rhin. Nos tocó Rhuderheimer. El espectáculo precioso, pues sobre las alturas se divisan, cual nidos de águilas, castillos medievales, casi todos semidestruidos por la acción del tiempo, que evocan las leyendas de los Niebelungen y de las óperas de Wagner. Las colinas que bordean el río están cubiertas de viñas, entre ellas las del famoso Johannisberg. El río tiene mu-

chos recovecos e intenso movimiento. Pasamos frente a Bonn (donde nació Beethoven), célebre por su Universidad. Llegamos en la tarde a Colonia después de atravesar un puente interminable; a un niño de trece años, poco puede pedírselo sobre las impresiones de su viaje, pero recuerdo que nos alojamos en el Hotel Du Nord; que la Catedral es lo más lindo y más completo que he visto en el mundo, tanto por fuera como por dentro, sintiendo no verla despejada de las viejas casas que la apretujan; que la ciudad tiene, como Francfort, jardines primorosamente cuidados, y que ahí, al lado de la Catedral se encuentra la tienda de agua de colonia, de la cual hicimos amplia provisión; la de Juan María Farina, de dos siglos de fama universal.

Llegamos por fin a París, a nuestro lindo departamento de 5 Av. de la Opera, en cuyo inmueble vivió más tarde don Federico Santa María. Nuestra vuelta al colegio se hizo como de costumbre a principios de octubre y entré a 6^a, la última clase del colegio. Pasé por un gran período de misticismo, influenciado en gran parte por la belleza de las ceremonias religiosas que se efectuaban en Francia; fui por supuesto "enfant de Choeur" del colegio, y recuerdo las lindas sotanas rojas, moradas, celestes y negras, y el olor a incienso que era de la mejor clase. Fui particularmente devoto a Notre Dame des Victoires, cuyo templo famosísimo por los milagros, situado cerca de casa, en la Place des Victoires, visitaba con frecuencia para rezar a la Virgen que jamás me abandonó. Creo que ahí había una estatua del Rey Luis XV a caballo, rodeado de figuras pedestres representando las cuatro virtudes que lo acompañaban. Sobre ellas hicieron varios epigramas, uno de

los cuales describe la estatua como una aberración: "Car les vertus vont a Pied, et le vice a cheval".

Cada día admirábamos más las bellezas del Parc Monceau, de más o menos nueve mil metros de superficie, donde nos llevaban desde el colegio todos los días después de almuerzo. Ahí jugábamos a las barras del lado del hotel de Mouchy y del lago, la parte más romántica del parque; por lo demás, todo era admirable: sus rejas, sus puentes, sus columnas, la Nau-machie y sus flores; había un sinnúmero de estatuas de autores célebres: Gounod, Chopin, Thomas, Maupassant y otros. Envidiaba esos palacios cuyos jardines llegaban hasta el parque; después conocí el palacio de los Cernuschi, el de Dreyfus, el de Camonde y el de Rothschild; nada puede hacerse más hermoso que estos dos últimos, con su soberbia recepción, sus vestíbulos y escaleras monumentales, sus conservatorios y su vista incomparable al parque. Eso llamaba yo saber vivir, cuando me tocó asistir a fiestas con diez o veinte valets de pied de calzón corto y libreas preciosas; la música se componía entonces de trozos clásicos para instrumentos de cuerda, como en los antiguos tiempos, que se tocaban durante la comida, y de una gran orquesta para bailar en seguida, donde se oían lanceros, cuadrillas, valses y polkas, con las lindas melodías de Strauss, Waldteufel, Metra, Offenbach, Ardit, etc. ¡Qué diferencia con los bailes actuales donde la gente, mal vestida, baila como si estuviera hirviendo en una olla; no digo nada de los buffets, donde no figuraba felizmente el whisky, pero nos inundaban con champagne, cuya calidad ya no existe!

El colegio seguía sin novedad y yo ocupaba en mi clase los primeros puestos. Comenzó a aparecer la higiene por esos días; una vez al mes nos llevaban a los baños de la rue Veze-

ley, y los sábados nos lavaban los pies sentados todos en un banco.

Me llevaban con frecuencia al teatro francés que estaba a una cuadra del departamento, y donde habían arrendado a la Condesa de Chambrun un palco **Baignoire** los martes, día de moda (pero esto nada tiene que ver con lo de la higiene...)

Ruy Blas, de Víctor Hugo, con Mounet Sully y Bartet, me entusiasmó, lo mismo que l'Etrangere de Alexandre Dumas fils; recuerdo también a Gabrielle de Augier, Francois Le Champi de George Sand, donde la interesante Baretta representaba: "Le Monde ou l'on s'nnuie", de Pailleron, con Reichenberg que interpretaba también las piezas de Musset: "On ne badine pas avec l'amour", etc. Todavía no aparecía la simpática Jeanne Samary, que conocí más tarde en las piezas de Moliére. Debo confesar que a pesar de estar en el colegio y de que gozaba con su lectura, el teatro clásico de Racine y de Corneille me cargaba, salvo el Cid y sus Stances. La idea absurda de la unidad del tiempo, que exigía que las piezas no se desariollaran en un período mayor de veinticuatro horas, era un gran obstáculo para el interés de la obra; felizmente la revolución del romanticismo concluyó con este asunto.

No puedo resistir de relatar aquí una anécdota de mi papá, siempre lleno de originalidades. Era muy difícil entrar al Foyer de los Artistas de la Comedia Francesa, y había un portero que pedía el nombre de cada visitante. Precediendo a mi padre, entró un caballero que se nombró Alexandre Dumas; mi papá no encontró qué decir, y gritó "moi aussi". El portero soltó la risa y lo dejó entrar. También me llevaron al teatro Gymnase, donde me cautivó el "Maitre des Forges", del

autor de moda, George Ohnet, con la preciosa actriz Jane Hading.

Para nuestra vida despreocupada, hubo entonces tres acontecimientos de importancia. Mis padres, a pesar de las reiteradas protestas de mi mamita Magdalena Vicuña, y contagiados ya con el virus de Europa, resolvieron postergar nuestro regreso a Chile, so pretexto de no interrumpir nuestra educación, y, para tranquilidad de ellos, resolvieron que iría mi padre a Chile en julio para abrazar a su madre, ver sus negocios y volverse a Europa con mis otros hermanos que habían quedado allá. Como corolario de esta resolución, había que buscar una casa más grande, lo que no era un inconveniente, pues los negocios, después de terminada la guerra con el Perú, navegaban viento en popa. Se encontró un "hotel particular" magnífico, en el 16 Avenue Messine; una hermosa avenida, corta y ancha, con poco tráfico y adornada con frondosos plátanos orientales. Partía del boulevard Haussmann y llegaba hasta el Parc Monceau, por la Avenue Ruysdael; por detrás de la casa daba a la calle Bienfaisance. Ahí vivía la Baronne Treilland, que había estado en Chile, y cuyo hijo, Julio, era amigo mío. La casa la arrendamos a un señor Legrand, hombre a la moda y gran duelistा, casado con una señora de Fournier, del Faubourg Saint Germain; una de las elegantes de París. Habían gastado casi toda su fortuna en la vida de lujo que llevaban, y por eso resolvieron arrendarnos la casa, que era preciosa, estilo Luis XVI, muy sobrio, y de todo lujo. La escalera era monumental, con sus muros de piedra blanca, su rampla de fierro forjado y bronce, con vitrales enormes y hermosísimos. Para la recepción había tres magníficos salones, con panneaux cubiertos de sedería y dorados a profusión. El comedor era in-

menso, cubierto de **boiseries** de ébano; daba a una gran terraza, sobre un vastísimo patio. En el segundo piso había un espléndido escritorio, varios dormitorios y cabinets de toilette, pero sólo dos baños; igual distribución en el tercer piso. En el cuarto, tenía un atelier o sala de billar, y seis piezas de empleados. El subsuelo era muy amplio. La cocina medía diez metros por seis, con todos los adelantos modernos, pues daba el agua caliente a toda la casa y tenía hasta una “brochê” para asar las aves con su movimiento de relojería. El departamento del portero estaba a la entrada; era espacioso con su salón para recibir a las visitas que se anunciaban por citófono; al fondo del patio donde se llegaba por una amplia voute y por tecochére, estaba el segundo cuerpo del edificio, conteniendo las caballerizas para ocho caballos, una cochera para diez coches, cuarto de arneses, seis piezas de empleados y un espléndido departamento de duchas. Mi papá no ocupó nunca las caballerizas, y se las ofreció a la casa Honoré para que guardara los coches que tuviera fuera de uso, por ausencia de sus clientes; mandó allí como diez carruajes, que nosotros sacábamos para jugar. Había algunos muy bonitos, sobre todo el de los marqueses de Mercy Argenteau.

Junto con la casa, la señora Legrand nos dejó dos de sus mejores empleados sacados del faubourg Saint Germain; uno de ellos era Arsene, el portero, de estampa antigua, y el otro el Maitre d'Hotel, Joseph Juseret, hombre de un metro ochenta y cinco, muy bien **stylé**, bachiller y músico; me ayudaba a veces a hacer las tareas del colegio.

Con la llegada a la nueva casa, aumentó el número de compatriotas, pues llegaron de Chile mi tío Nemecio Vicuña con su hijo Luis, José Tomás Errázuriz y su mujer, Eugenia

Huici, "la belle chilienne"; Arturo Lyon Santa María y señora, Enrique Peña y su esposa, también de hermosa figura, Mercedes Otaegui y Juan Manuel Echaurren y su señora. Con todos ellos cultivamos íntimas relaciones.

Enrique Peña, padre de mi excelente amigo Carlos Peña, tomó un bonito hotel en 43 rue de Lisbone; recibía a menudo y bien.

Mi papá se embarcó en junio para Chile, y nosotros seguimos estudiando bien en el colegio hasta finalizar el año figurando con brillo en la repartición de premios. Mi mamá me consultó a qué colegio quería ir después; titubeé entre Stanislao, el internado de la rue de Vaugirad, donde iban muchos compañeros míos y tenían un uniforme muy bonito, casi militar, con kepi, el externado de la rue de Madrid, ambos de los jesuitas. El externado usaba un uniforme bastante feo: gorra azul con banda de terciopelo morado, chaqueta azul con cuello vuelto y botones dorados, pantalones gris o azul, según la temporada. Opté por el externado de la rue de Madrid, hastiado por la mala comida de los colegios y sabiendo que podía entrar ahí, como "externo libre", yendo a almorzar a casa. El horario era el siguiente: entrada, siete veinte; salida, once; entrada, dos de la tarde, salida cuatro y media. Entonces me llevó mi mamá donde el rector, el Pére de Gabriac, de la mejor nobleza de Francia. El averiguó mi edad, mis estudios y me examinó someramente. Dijo que podía perfectamente saltar la clase de 5^a y me admitió en la de 4.^a, que ya formaba parte del "Grand College".

Entretanto mi papá había partido a Chile a buscar el resto de la familia. Mi mamá, algo delicada, quedó confiada a su

hermana Mariana y a mi tío Nemecio Vicuña, que fueron muy cariñosos con ella.

Llegada la fecha de las vacaciones organizamos un viaje a Escocia cuya fecha adelantamos porque había casos de cólera en el sur de Francia. Además por los excesivos calores de París, que hicieron estallar unas sillas y un sofá de terciopelo negro con flores, que había regalado mi tío Nemecio y que estaban llenos con paja que fermentó.

Llegamos a Londres con mi tío Nemecio y Lucho Vicuña, al hotel Alexandra, a juntarnos con tía Mariana y Lucho Casa, con quienes íbamos a emprender nuestra excursión; llevábamos con nosotros a la Panchita, mi mama, y al maitre d'hotel que hacía las veces de "courrier", para correr con los billetes y los equipajes; también nos acompañaba nuestro preceptor, el Abbé Colombier, hombre muy distinguido.

Aprovechamos de nuestra estada en Londres para conocer los encantadores alrededores del Támesis, Windsor, Richmond, Hampton Court y Kew Gardens con sus maravillosos conservatorios. Almorzamos en Richmond, en su buen restaurante Star and Garter. Siento no haber sabido entonces más historia de Inglaterra, sobre todo en la época de los Jorges, para apreciar mejor estos paisajes.

Salimos para Escocia a principios de agosto, desde Euston Station, donde habíamos reservado un magnífico carro-salón con toda clase de comodidades. Pensábamos llegar hasta Edinburg, pero mi mamá se sintió un poco cansada y nos detuvimos a mitad de camino, en un lugar llamado Preston, donde quedó el carro en la estación para seguir al día siguiente.

Preston es una ciudad de las más célebres de Inglaterra, donde los jesuitas tiene cuatro iglesias; el hotel de la estación

llamado del “North Western Railway” es magnífico; en esa época de los mejores del Reino Unido; parece un antiguo castillo de ladrillo colorado, con todo los adelantos modernos y con un magnífico parque colinda con el gran jardín público que es muy extenso y con el cual parece formar un solo grupo. La vista es preciosa. Nos entreteníamos viendo los trenes que cruzaban a cada rato la comarca en todas direcciones. Respuesta mi mamá, seguimos al día siguiente a Edimburgo tomando el carro que con nuestro equipaje nos esperaba en la estación. En Preston, caso curioso, recibimos la visita inesperada de una prima de mi mamá: Mary O’Kelly y su marido.

Edimburgo, donde llegamos después de recorrer los lindos campos de Inglaterra y los frondosos bosques de Escocia, es una ciudad muy pintoresca, con subidas y bajadas. Nos alojamos en un hotel en Prince’s Street, la principal arteria de la ciudad, llena de tiendas; el hotel se llamaba “Windsor Hotel” y daba sobre el parque, detrás del cual se levantaba un cerro coronado por un castillo que era la ciudadela.

Después de recorrer las casas del antiguo barrio, algunas interesantes como la de John Knox, las casas del Parlamento y una Catedral gótica, entramos en la parte nueva de la ciudad que es muy aseada, con sus calles anchas y rectas y sus edificios de piedra, en terrenos bastante accidentados. Fuimos al Carlton Hill, desde donde, con una vista magnífica, se divisa el mar, y por otro cerro llegamos al famoso Holyrood Palace, tan lleno de recuerdos de María Estuardo, a quien estudié a fondo más tarde en París, con Lady Caithness que creía poseer su alma.

Hay una torre que se conserva tal como ella la habitó; cuatro o cinco cuartitos bastante pobres, entre ellos uno donde ce-

nó con Rizzio la noche que lo asesinaron y que aún conserva las manchas de sangre en un corredor donde quedó tendido el cadáver toda la noche. Muestran la cama de María, su bordado y otras cosas; las tapicerías se conservan muy bien. Los departamentos de Lord Darnley se encuentran en un piso más bajo; son más grandes, pero no hay nada de interés; la capilla, aunque en ruinas, es de hermosa arquitectura gótica.

Nosotros salíamos a pie a conocer la ciudad y nos entreteníamos yendo a ver el colossal puente sobre el Forth. Pero lo que más me impresionó fue un terrible temporal de lluvias, rayos y truenos que azotó la ciudad dejándola en tal obscuridad, que a las once del día hubo que encender el gas. Un rayo cayó sobre el hotel con un ruido ensordecedor, quebrando el palo de bandera y causando un pánico indescriptible.

Al día siguiente nos fuimos por ferrocarril a un lindo y monótono lugarcito llamado Oban, donde nos alojamos en el Western Hotel con vista al mar. Su dueño muy antipático. Los alrededores son lindos, con vista al océano o a los lagos rodeados de castillos con islas de exuberante vegetación, cruzados en todo sentido por vaporcitos de turismo. Hay muchas tiendas de géneros escoceses en la ciudad, y ahí nos mandamos a hacer trajes de sarga azul y otro de puntitos amarillos y negros; ya nos creímos jóvenes mayores.

Como la bahía, en Oban, parecía un lago (pues era una gran isla separada del Océano), mi mamá nos permitió un día hacer yatching con nuestro valet de chambre en una lancha con velas, a pesar de que ninguno de nosotros jamás había ensayado este deporte. El mar estaba tranquilo, y al principio todo andaba tan bien que nos alejamos bastante de la playa. De repente se levantó una tempestad y comenzó a soplar el

viento; ahí no pudimos ya dominar el velamen, y nos vimos muy afligidos, pues cuando cambiaba la dirección del viento, las velas con sus palos que las sostenían nos daban golpes que casi nos aturdían. Por fin logramos llegar a tierra como a las nueve de la noche, empapados y apaleados, con bastante susto y esperando la raspa que merecíamos.

Partimos en seguida para Glasgow, donde se puede llegar por vapor o por tren; preferimos este último. Después de seis horas de viaje, nos alojamos en el Central Station Hotel, que es de todo lujo, pero triste como la mayoría de los hoteles de los ferrocarriles. Ahí se juntó con nosotros César Vicuña Correa que era estudiante de Heidelberg y que llegó con la aureola de las cicatrices de los duelos, que por la menor incidencia se llevaban a cabo entre los estudiantes de las universidades alemanas; se batían con navaja y los brazos vendados, con la sola cara descubierta, corriendo peligro la nariz. César era simpático y divertido; se había hecho protestante, y alegaba el día entero con mi tía Mariana y el Abbé Colombier sobre religión.

Glasgow es una gran ciudad con buenas tiendas y hermosos edificios; tiene mucho movimiento y mucho humo, lo que hace pesada la atmósfera. Su catedral del siglo XII está muy bien conservada, con una preciosa Cripta gótica y una importante universidad rodeada por un gran parque que contiene un hermoso jardín botánico. Llegamos un día sábado, y nos llamó la atención ver por las calles una cantidad de mujeres ebrias; estábamos en el país del whisky. De ahí llegamos a un lugar de mar, llamado Scarborough, pasando una noche en York, ciudad antiquísima e importante en otra época, aún en tiempo de los romanos, donde murió uno de los emperadores; su Ca-



tedral comenzada en el siglo XII demoró tres siglos en terminarse; es una joya por su arquitectura y sus vitraux. Llama sobre todo la atención una capilla del Consistorio unida a la Catedral por un pasadizo impresionante de belleza.

Scarborough es un balneario muy animado, con excelente playa y mar tranquilo; el gran hotel donde nos alojamos, era muy confortable y muy concurrido. Una gran distracción para nosotros fue poder salir a caballo con nuestro sirviente, habiendo muchos paseos en sus pintorescos alrededores: el domingo fuimos a misa a una iglesia católica donde veneraban mucho a la Virgen del Perpetuo Socorro.

A principios de septiembre regresamos a París para preparar la entrada al nuevo colegio y la llegada de mis hermanos menores que mi papá traía consigo de Chile.

Llegaron trayendo al mozo Miguel Meneses y la ama de Josefinita; mis hermanos llegaron bien; los tres del tipo Browne. La chica muy linda. Se tomó al abbé Maries, sacerdote muy bueno, un poco viejo como profesor, en lugar del abbé Colombier que tuvo que salir de París; nos acompañó durante muchos años en las vacaciones e iba en las tardes a casa a enseñar a mis hermanos Carlos, Eugenio y aun a Benjamín el pequeño. Carlos llegó a ser un alumno distinguido y se recibió de abogado en Francia. Era simpático, generoso en extremo, con mucho esprit. Eugenio, como su hermano Fernando, tenía un don de imitación extraordinario que nos entretenía a todos y nos hacía reír. Todos fueron después a los jesuitas, menos Eugenio que entró al colegio de la Sainte Croix; de sus compañeros sólo recuerdo al Aarón de Anchorena.

Entré al colegio de la rue de Madrid, ufano de llevar uniforme, a pesar de ser tan feo. Me admitieron en 4.^a; ya que

poseía perfectamente el idioma y dominaba algo el latín, que me gustaba por su concisión y la elegancia de sus frases. Virgilio pasó a ser mi preferido; en cambio el griego no me entró nunca, como el alemán, tal vez por el alfabeto distinto, a pesar de no olvidar lo que decía el poeta hablando de esta lengua:

*“Ce lengaje divin, aux douceurs souveraines,
“Le plus beau qui soit né sur les levres humaines”.*

Ahí renové y completé mis amistades y adquirí más variedad en mis entretenimientos y aficiones. Desde luego, con los hijos del barón de Foucaucourt, Henry y Robert, me entretuve con la fotografía, lo que nos daba ocasión de excursionar por todo París y sus preciosos alrededores, para sacar lindos paisajes. Con los Ortiz de Zeballos pudimos organizar nuestras carreras a pie, formando el “S. A. Sporting Club” del cual hablaré más adelante y al que ya me referí. Con Antoine Hocquart de Turtot y Max Foy, tomé tal afición a las carreras de caballos, que fueron mi hobby la mayor parte de mi vida.

Por otro lado, Arsene, nuestro concierge, se empleaba dos veces por semana en las carreras de Auteuil al servicio del directorio de la Societé de Steeple Chase, con una librea muy curiosa; paletó café con leche, con tres pelerinas y sombrero de pelo; el inculcó a mi hermano Fernando el gusto por las carreras de salto, que implantó en Chile y trató de hacer surgir toda su vida. Tanto se entusiasmó con el barón Finot, que tenía los mejores caballos de salto de Francia (cuyos colores adop-

tó: casaca marrón, gorra lacre) que más tarde en Chile llamaban a Fernando: Barón Finot...

El año pasó sin ninguna novedad, entre los estudios y la hípica. Ya no leía siquiera el *Fígaro*, para dedicarme como decía Fernando “*A la lecture bienfaisante du Jockey*”, el diario de las carreras.

La salud de mi mamá seguía mejor gracias a nuestro amigo chileno, el doctor Valentín Saldías, que puso término al régimen casi de ayuno en que la tenía el famoso profesor Bouchard, y su vida social volvió a ser la de antes, lo mismo que renovó sus obras de caridad y su vida religiosa. Se recibía mucho en casa, y me admitían en la mesa; mis hermanos, como no eran invitados, se escondían a veces debajo de ella para cambiar de sitio los zapatos que a veces las señoras se sacaban durante la comida, porque les apretaban. En ocasiones, llegaban hasta rascarles las piernas para asustarlas. “Un día llegó a comer don Manuel Iturbe, llamado “*L’Homme qui rit*”, y como mi papá le mostrara la espléndida instalación de baños que tenía en las caballerizas, uno de mis hermanos, al verle colocado dentro de un aparato de ducha circular, le soltó el agua, bañándole completamente; hubo que poner el frac, el chaleco blanco y el pantalón empapados, en el horno de la cocina para secarlos y plancharlos en seguida.

A un viejo de setenta y cinco años, el marqués de Amerini, que estaba comiendo en casa y que había conocido a mi papá en su viaje de soltero, mi hermana Josefina de cinco años le amarró la peluca en una palmera, y al levantarse vio que sus cabellos se esfumaban. Este marqués tenía la peculiaridad que, en doscientos años, sólo había habido en su familia tres generaciones, pues su padre y su abuelo se habían casado tarde.

Habían representado diplomáticamente a uno de los reinos de Italia, había conocido a los reyes de la Restauración, a la corte de Napoleón, a Merny, a Chateaubriand, Lamartine, etc. Su padre le hablaba de Luis XV, Luis XVI, del siglo XVIII, y de la Revolución, y por su abuelo su padre conocía la vida de Luis XIV y el siglo XVII.

Hubo cambio de cocinero en aquella época, pues César, valiéndose de la ausencia de mi padre que se había ido a Chile, hizo creer a los "Fournisseurs" que no venía plata de América. Todos le dieron crédito, y a su llegada se encontró mi papá con cuentas por más de cincuenta mil francos. Mi mamá, felizmente, había tenido la precaución de hacer firmar al cocinero el libro de gastos que pasaba cada semana con la palabra pagado, y esto nos evitó el desembolso. En su reemplazo, tomamos un joven italiano de buena figura y simpático, que estaba de segundo en Londres en casa de mi tía Mariana, y que hacía bastante bien de comer. Se llamaba Raphael Mazzini, y se acababa de casar con una muchacha encantadora, bue-namoza y distinguida, Alphonsine Sarrazin, que era también magnífica cocinera. A mis padres les encantó la adquisición; a ella la dejó mi mamá para regentar la casa y fue admirable; él, que tenía grandes disposiciones para su oficio, fue progresando hasta llegar a ser de los primeros Chefs de París; mi papá se empeñaba en mandarlo a los primeros restaurantes donde era muy conocido, para que le enseñaran los guisos que le gustaban. Esta pareja vivió toda la vida con nosotros, y nos dio amplia satisfacción. Al él le perdimos en plena vida cuando lo prestamos al Gobierno en 1906, para recibir al Canciller de los Estados Unidos, Elihu Root.

En julio nos fuimos a los baños de Prombieres, cuyas

aguas recomendaron a mamá para sus dolencias del estómago. A mí me gustaba conocer ese balneario, que fue fundado por Napoleón III, y donde con Cavour echó las bases de la unidad italiana. El sitio es precioso, rodeado por los Vlosgos cuyos cerros completamente cubiertos de frondosos pinos circundan el balneario.

Cambió entonces, completamente el curso de mi vida, pues pasé de la adolescencia casi a la juventud; trabamos ahí amistad con una familia sudamericana, con la cual congeniamos inmediatamente. El padre era de Colombia, desde donde había llegado hacía pocos años; se llamaba don Felipe Díaz Erazo. La madre, hermosísima, doña Victoria Caamaño, del Ecuador; tenían dos hijas: María Luisa y Ana Rosa, más o menos de mi edad. Eran muy simpáticas, inteligentes, acogedoras y de muy buena figura. La madre, y María Luisa, eran verdaderas bellezas, aunque esta última, algo pequeña. Estaba en la primavera de la vida; eran muy sencillas y sin el lujo que tuvieron después. Nos veíamos a cada rato, en el balneario; por la mañana en los baños, a las once en el concierto, a las doce en el almuerzo, a las tres en las excursiones por los cerros en burro o a pie, a la Feuillée Dorothée o al “Val d’Ajol”; a las seis, en la música; a las ocho, en la comida, y a las nueve en el teatro del Casino; teatro modesto, pero muy entretenido, con dos cuadros, uno dramático y el otro lírico; Labiche y Offenbach mantenían el cartel y se alternaban.

Yo sentía por las niñas una atracción desconocida y no podía separarme de ellas; después me dediqué más a Ana Rosa con sus bonitas facciones, sus ojos soñadores y su aire romántico y nonchalant. Por primera vez miré a una niña de frente, y vi que no rehuía mi mirada; hasta que un día saltó

como una chispa eléctrica de nuestros ojos, y comprendí que nos amábamos. Entonces fue un verdadero idilio pero no me atrevía a declararle mi amor, hasta que un día perdí a Alberto del Solar que estaba tomando las aguas ahí, que me hiciera unos versos y fueron los siguientes:

Eres linda Ana Rosa
Y tienes el talle gentil
Estoy seguro que mil
Te han dicho que eres hermosa.

No eran bien famosos los pobres versos, pero eran los primeros que le dedicaban, y le gustaron. Me tomó las manos para agradecerme, enterñecida. Encontré entonces una novela muy conmovedora de Albert Delpit, llamada "Disparu", y en lugar del paseo de las tres, nos íbamos debajo de los pinos a leerla y a llorarla juntos. Nuestro cariño era una edición de "Paul et Virginie". Pronto tuve que irme a París, para la distribución de premios del Colegio; ellas se fueron a Biarritz y a viajar; pasamos como seis meses sin vernos.

Entretanto, nos trasladamos a Trouville que estaba hasta entonces de moda, y nos alojamos en el hotel de "Roches Noires", muy bueno para la época, rodeado de jardines y frente al mar, con vista al Havre y desembocadura del Sena. No conocíamos a casi nadie, fuera de los Pinto d'Aguiar, que tenían una villa con cancha de tenis donde aprendí a jugar y me aficioné mucho. Después nos visitaron unos amigos de mi padre, los Barones de Erlanger, banqueros riquísimos, que tenían en Deauville la conocida Villa Louisiane, ex Villa Morony, con sus soñados jardines donde rodeado de los evonymus,

brillaban unos portentosos cardenales y preciosos **Rododendrons**. Ahí me hice amigo del último de los hijos, Rodolphe, y de la sobrina, Mouche de Saint Roman.

Lo que más nos gustaba era el baño de mar; sobre todo después que aprendimos a nadar. Ahí el mar es mucho más tibio que en Chile, dieciocho grados en lugar de ocho. En cambio la temperatura del aire es más fresca, ya que está impregnada de los vientos fríos del Mar del Norte. Después del baño nos íbamos a la rue de París, que es la única calle del comercio, siempre elegante y concurrida; o bien al Hotel de París a comer los deliciosos “**patés aux crevettes**” y a beber la rica sidra de Normandía, dulce, perfumada y efervescente o bien los **sablés** con unos cocteles de vermouth francés.

En la tarde salíamos en coche a visitar los alrededores hasta Cabourg, por el sur y Viller-Ville, cerca de Honfleur, por el norte, donde había tomado una casa José Tomás Errázuriz para dedicarse, lejos del ruido, a pintar sus cuadros. Muchas veces nos deteníamos en las “Fermes” a beber sidra o leche al pie de la vaca, y a comer pan con mantequilla y queso, o exquisitas ciruelas Reina Claudia; todo servido en mesitas con manteles a cuadros rojos y blancos, de una limpieza inmaculada. Una vez llegamos en vaporcito después de una hora de navegación al Havre, la patria de Félix Fauré, con su magnífico puerto lleno de transatlánticos, y con los buenos restaurantes de la Grosse Tonne y de Frascati. En el puertecito de Trouville íbamos a admirar los yachts de los millonarios que iban a las carreras.

Cuando no salíamos en coche, íbamos al Casino a leer los diarios ilustrados en el salón de lecturas, o a oír la orquesta donde tocaban la música de Auber, Boieldieu, Lecocq, Of-

fenbach, Meyerbeer o Gounod, que nos encantaban. Cuando teníamos un Luis de oro, lo arriesgábamos al juego de los caballitos, que pagaban siete veces cuando ganaban. Tuve bastante suerte, pues llegué a juntar como quince Luises, o sea trescientos francos oro, suma considerable para un chiquillo. El teatro del Casino era bueno y los consumos y pasteles excelentes. Fuimos poco a las carreras, porque la entrada era cara y habíainos dejado nuestros carruajes en París. Un día que fui fiel a nii admiración por la Ecurie Aumont, aposté un Luis de los ganados en los caballitos sobre el caballo Alger, que debutaba y gané doscientos francos. Otra distracción que teñíamos eran las carreras de saltos en burro, que corriámos en los cerros y los concursos de volantines que fabricábamos nosotros en diversas formas.

IV

Volvimos a París y entré a la clase de tercera, en los Jesuitas. Mis estudios eran como los vinos, años buenos y años malos; el anterior había sido pasable, figurando entre los seis primeros, este fue menos que regular entre los quince primeros.

Pensaba mucho en mi estada en Plombieres, y cada día me aficionaba más a las carreras, por la compañía hípica que me rodeaba. Teníamos entonces la afición a la natación, ya que habíamos aprendido a nadar. Dos veces por semana íbamos a la gran piscina de Rochechouat a ejercitarnos; la vida se deslizaba feliz y sin contratiempos.

Como mi letra había mejorado mucho, mi papá me tomó como secretario para escribirle sus cartas a Chile y así, a los dieciséis años, comencé a instruirme en sus negocios. La polí-

tica francesa también comenzó a interesarme, pues fue el período agitado del general Boulanger. Recuerdo haberlo visto en la revista de Longchamps. Tenía una arrogante figura, con barba rubia y montaba un brioso corcel negro. Alrededor de él se formó un partido considerable encabezado por Paul Deroulede y la liga de los patriotas: León Daudet, Laur, Merméix, y otros. También lo apoyaban mucho los legitimistas encabezados por la duquesa de Uzes y los Chansonniers de París, con el célebre Paulus. Por todas partes no se oían sino canciones sobre el general:

Quan, les piou-picu d'Auvergne iront en guerre
Le canon tonnera et puis l'on dansera;
On trempera la soupe dans la grande soupiere
Mais pour la manger
On ne se passera pas de Boulanger.

Pero la canción que más bullía metía, era la famosa canción de "Paulus": en Revenant de la Revue. Recuerdo uno de los couplets que decía:

Ma soeur qui aime les pompiers
acclame ces fiers troupiers,
ma tendre épause bat des mains
quand defilent les saint Cyriens
ma belle mere pousse des cris
en reluquant les spahis;
moi je ne faisais qu'admirer
le brave general Boulanger.

Tal era el “engouement” de los franceses que, en las elecciones parlamentarias, salió elegido el general por varios departamentos a la vez. Las sesiones de la Cámara, donde asistía cuando podía, eran muy entretenidas, pues los diputados boulangistas eran divertidos y audaces: recuerdo que un día Monsieur Ribot, Ministro de Relaciones Exteriores subía a la tribuna con su barba y levita largas, cuando un diputado que había pedido la palabra lo tomó por la solapa y le echó tribuna abajo. Ribot tenía aire venerable.

Pero en el héroe no había la trama de un caudillo, y fue poco a poco perdiendo su popularidad; lo desterraron a Bruselas donde se enamoró de madame de Bonnemain que falleció luego; desilusionado y desolado, se suicidó sobre la tumba de su amada. La prensa de París fue cruel con él. Recuerdo haber leído en Fígaro la siguiente frase: “El teatro de la historia nos ha defraudado; nos había convocado a asistir a la “muerte de César” y nos dio Romeo y Julieta”.

Nosotros seguimos nuestra feliz vida de costumbre, con más deseos que nunca de hacer bromas. Facilitó mucho nuestra tarea un árabe (que no sé dónde conocimos), el cual nos traía todos los jueves material para nuestras travesuras. Había bombas “puantes”, pastillas para producir gases, pica-pica, polvos para rascarse, pies enormes y toda clase de objetos para distraerse, juegos artificiales, voladores, recetas químicas, etc. Los bombones los mezclábamos con los que tenía mi mamá en cajitas de plata los días de recepción. También nos divertíamos poniendo avisos de matrimonio en el diario, dando la dirección de algunos de los comensales. Recuerdo que un día, Ambrosio Aldunate, nuestro cónsul en París, mañoso y soltero, empedernido, se quejaba amargamente que no lo dejaban

un momento tranquilo en casa. Era tan feo que en Chile le llamaban “olla de cola”. Pusimos entonces un aviso en la sección matrimonial de un gran diario y que decía así: “Un señor algo joven, cincuenta y seis años, bonitos dientes (parecía la caverna del Averno), pocos cabellos, pero cabeza aristocrática (su aspecto era muy ordinario) desearía contraer matrimonio con una señorita cariñosa y poco exigente. A. A. 49 rue Cau-martin”. Se le llenó la casa de gente, recibió innumerables cartas, a tal punto que, rabiando, tuvo que alejarse una semana de París.

Las relaciones de mis padres seguían aumentando, ahora con el círculo de nuestro ministro Blest Gana. Tuve ocasión de conocer a la señora del Presidente Carnot, con su pelo negro alisado y partido al medio, y al señor y señora Casimir Périer, que también fue Presidente de la República y que renunció antes de terminar su período. Blanca Blest, una de las hijas del ministro, era muy interesante, inteligente y buenamoza, a la par que muy occurrente. Un día en casa, estando con el marqués de Casa Riera (un ricachón que le hacía la corte y no estaba en su primera juventud) llegó mi hermanita Josefina; acariciándola dijo: “me encantan los niños de los demás”. “Entonces ¿por qué no se casa?” —le replicó Planca—. En esa época conocí a otro Presidente de Francia que se volvió loco, Paul Deschanel. Una vez se arrojó de un tren en pijama, le recogió un ferroviario y le preguntó quién era. “Soy el Presidente de Francia” —le replicó—. “Entonces yo soy el Zar de Rusia” —le contestó riéndose el empleado.

Volvimos ese año a Plombieres, cuyas aguas habían sido provechosas para mi mamá, y encontramos de nuevo a las Díaz, que con las tareas del colegio poco habíamos visto en el año,

pues ellas comenzaban a salir a sociedad y nosotros no. Gran alboroto hubo, sin embargo, al volvemos a encontrar, pero en ese año noté un gran cambio en la familia. Ya no era la gente sencilla y llana del año anterior, aunque siempre nos demostraban el mismo cariño. Vivían con más lujo, pues los negocios en Colombia habían prosperado mucho y habían traído a Francia cuantiosas sumas de dinero, que ya estaban invirtiendo en una suntuosa casa Luis XV en la rue Bassano, teniendo la intención de establecerse de firme en Europa. Ya hablaban de sus relaciones y convites; se habían puesto "snobs" sobre todo el padre, que no hablaba sino de gente de alta alcurnia.

Ana Rosa me dijo que le había hecho mucha falta, pero un día su mamá me dijo que sentía tanto que hubiera tan poca diferencia de edad entre los dos para casarnos, que ella iba a salir a sociedad a los diecisiete años, mientras que yo tenía todavía dos o tres años por delante y que no me podía perjudicar. Me agregó que varios jóvenes le hacían la corte entre ellos un peruano, Adolfo Oyague, pero que no lo cambiaba por mí, entretanto María Luisa, que se había puesto extraordinariamente bonita y más coqueta que sentimental, comenzó a pololear conmigo y poco a poco mi cariño fue desviándose hacia ella hasta estallar en una gran pasión.

Todavía no se nos pasaban del todo nuestras aficiones de la niñez pues organizábamos carreras a pie en la playa frente a nuestra villa cuando después de volver a París, seguimos a Trouville a la villa Normande. Esta vez llevábamos coches y caballos y nos instalamos con todo confort. Dimos una gran fiesta con Paulus y sus canciones; entonces hacía furor. Entre los buenos amigos, contábamos con los colombianos Lorenzo Merino y su señora Uribe de Merino, dueños de riquísimos ya-

cimientos de esmeraldas; con los barones d'Erlanger. Nos acapararon, y yo iba casi todos los días a jugar tenis a Deauville, en sus magníficos courts. Allí conocí, además de Rodolfo que era de mi edad, a su hermano Emilio, el hombre de negocios, muy inteligente, con quien fui a Chile más tarde y con quien tuve que tratar, cuando era gerente del Banco Mobiliario. También con su hermano Fred, espléndido muchacho, gran músico y compositor, cuya ópera "Jehan de Saintré" tuvo bastante éxito en Londres. Lo acompañaba siempre. Ahí conocí al célebre organista de Saint Sulpice, Wider, autor del famoso ballet La Korrigane, como también al artista de moda, Reinaldo Hahn. Ahí me presentaron a Ferdinand de Lesseps que abrió el Canal de Suez, al Conde de Saint Roman, concuñado del Barón, copropietario de la famosa caballeriza de carrera Delamarre, gloria del turf francés, y a los dueños de las más hermosas villas de Deauville, de las cuales la más linda era sin disputa "La Hutte", de madame Achille Fould. Ahí también fui presentado al príncipe de Sagan, príncipe de la elegancia y de las deudas, a la Vizcondesa de Tredern, reputada cantatriz; a la marquesa de Gallifet, a los Gontaut Biron, los Polignac y mademoiselle de Salverte, que fue duquesa de Choiseuil, y que vino más tarde a Chile con el duque de Orleans. Entre los hombres, frecuentaba la villa el Conde Florian de Kergerlay, presidente de las carreras de Deauville, Lord Douglas du Bos, comisario de la Sociedad de Steeple Chase, dueño de muy buenos caballos de salto con preciosos colores listados amarillo y negro, y amigo del Príncipe de Gales, y al Príncipe de Hohenlohe, Embajador de Alemania, que había conocido antes donde los Blest Gana. Por fin, el Embajador americano Whitelaw Reid, porque la dueña de casa era ame-

ricana. En casa de los Merinos, conocimos a una viejecita encantadora, antigua amiga de mi mamá, la marquesa de Tanlay, que fue muy cariñosa con nosotros y cuyo hijo una de las figuras sobresalientes de la alta sociedad, era reputado el primer gourmet y el mejor cocinero de París.

Para una fiesta de caridad hubo un concurso de volantines que debíamos fabricar personalmente; se llevó el premio uno de los Ortiz de Zevallos, con uno en forma de un irrigador, ostentando este lema "Consolatriz affictorum".

Volvimos temprano a París, porque el primero de octubre teníamos que trasladarnos a la nueva casa que habíamos tomado en 7 rue de Tilsitt, frente al Arco del Triunfo, ya que el hotel que habitábamos en Avenue Messine había sido vendido.

Durante el traslado nos fuimos al Hotel Continental, donde nos dieron un lindo departamento que daba al jardín de las Tullerías por la calle Rivoli, esquina de Rouget de l'Isle y que era ocupado hasta entonces por la familia peruana Oyague, los cuales acababan de comprar una soberbia mansión en la avenida d'Iena. Nada recuerdo de nuestra estada en el hotel, sino que en una comida conocí a la señora Mercedes Alvarez de Vergara, con quien simpaticé mucho, y a su linda hija Blanca, preciosa muchacha con el colorido más hermoso que jamás haya visto.

El primero de octubre de 1886, tomamos posesión de nuestra nueva casa que daba a cuatro calles, entre las avenidas Wagram y Mc Mahon, con vista al Arco de Triunfo. Era de propiedad del Conde Vitali, cuyo hijo se había casado con mademoiselle de Cholet, amiga de mi mamá. Los dueños se habían reservado la planta baja con el jardín y nosotros ocu-

pábamos el resto del edificio, tomando nosotros el departamento más grande, y mi tío Ramón Subercaseaux el más chico. La escalera de doble rambla, era imponente, de mármol ferforge y bronce, con una preciosa alfombra y valiosas tapicerías en los muros. La casa era muy amplia; la recepción se compónía de cuatro salones, escritorio, comedor y hall. Para los empleados había en la “mansarde” seis enormes piezas.

Entré al colegio al segundo año (quinto de aquí) llamado clase d'Humanités o Rethorique. El profesor era un hombre muy distinguido por su estampa y su saber, l'abbé Bossard, y congeniamos inmediatamente, produciéndose el milagro de que, habiendo sido un colegial discreto en algunos años anteriores, llegué a ser un alumno sobresaliente. Pasé a ser de los primeros de la clase, sacando muchos premios y medallas; triunfé en la composición de Discours Français en el “concurs general”, y obtuve mención en el examen final del bachillerato és lettres, en la Sorbone; gracias a mi amiga madame de Sevigné, pues el tema del examen escrito versó sobre el estilo epistolar, como anoté más atrás.

Cubierto de laureles, me fui a Trouville siempre a la Villa Normande, donde tuvimos varios alojados; como premio por mis éxitos escolares me dieron carta blanca para vestirme como hombre. Me mandé hacer en Londres un frac, smoking, levitas y jacquettes; fuera de los vestones y trajes de sport. Me abrieron una cuenta donde un buen sastre de Londres, Binnie and Craggs, el que me vistió durante veinte años, y que tenía la particularidad de no pasar nunca cuentas. En el “Carnaval de Venisse” para las camisas, cuellos y pañuelos, en Boivin, para la ropa interior; Lincoln Bennet, para los sombreros, y la gran tienda de Trenlett, para corbatas y calcetines. Usa-

ban entonces las corbatas, sobre todo, en forma de plastrón, y se hacían en las sedas más ricas y variadas desde el rosado al negro. También completaron mi indumentaria regalándome una perla para prendedor de corbata, una herradura de oro con esmeraldas para el mismo objeto, y tres juegos de colleras completo, en cabochones de esmeraldas, ópalos y turquesa.

Preparado para entrar al gran mundo, fue preciso aprender a bailar. Frente a nuestra casa, en la rue de Tilsitt, se encontraba la mejor profesora, madame Perin; ahí fuimos con mis hermanos menores y aprendimos bastante ligero los valses, polkas, mazurcas, cuadrillas y lanceros; los bailes de moda de la época. Recuerdo que tenía una ayudante buenamoza, que bailaba muy bien, y se perfumaba con vainilla; perfume que siempre me ha turbado algo los sentidos. Nos enseñaron entonces el vals de tres tiempos, con la variante americana del Boston, que la hacía menos monótona. La música de estos bailes nos encantaba por su sencillez y alegres melodías. En valses, recuerdo *La Vague* y *Santiago*, de Metra; el *Danubio Azul*, el *Barón Tzigane*, y *Voces de Primavera*, de Strauss; *España*, *Toujours ou Jamais*, *Sentiers Fleuris*, *Dolores*, *Amour et Printemps*, y mil otros de *Waldteufel*; las polkas de Strauss, *Farnbach*, y sobre todo las cuadrillas sacadas de las operetas de *Offenbach*, *la Vie Parisienne*, *la Grande Duchesse*, *Barbe Bleue*, *La Belle Helene* y *Orphee aux Enfers*.

Ya peritos en el arte coreográfico y con el fin de lanzarnos en público (se principió bajo la dirección de la misma madame Perin), mis padres organizaron unos *diners dansant* todos los sábados, con ocho niñas y ocho jóvenes, en cuatro mesitas de a cuatro que se colocaban en el salón rojo contiguo al comedor. Las niñas eran las Díaz, Candamo, Mercedes He-

trén (encantadora mezcla de alemán y peruana) de quien conservo los más dulces recuerdos; las Oyague, y Teresa, mi hermana. Más tarde la lista se duplicó, y a fines del mes, en lugar de **dinner blanc**, se convidaba gente mayor, donde reinaban Eugenia Huici y Mercedes de Castellanos. Walteufel, con ocho músicos, dirigía la orquesta, y este hombre tan modesto a pesar de su talento y su fama no cobraba casi nada: 250 francos por toda la noche. Dedicó un vals a mi mamá, como Rossini había dedicado una aria a mi abuela Vicuña. Era muy pintoresco el espectáculo de las comidas en casa; se servía, después en mesitas de a seis asientos cada una, adornadas con flores diferentes; había de lilas blancas, otra de las moradas, otra con claveles amarillos; otra de rosas lacres, etc.

Antes de embarcarse para Chile, mi tía Mariana me convidó a Londres en otoño. Nos alojamos en un hotel muy aristocrático, el Saint Thomas, situado, me parece, en Berkled Square. Me tocó presenciar uno de esos **fogs** (neblinas) más terribles. No se veía a un metro de distancia, y los **policemens** con antorchas tenían que tomar con la mano las riendas de los caballos.

Un amigo de Lucho, mister Power, me convidó a comer, en compañía de mi primo Jorge Bourchier (que había salido de su colegio de Inglaterra a despedirse de mi tía) al Liberal Club, uno de los clubes más elegantes de Pall Mall. En efecto, todo era sencillo y grandioso a la vez; no se sentía el menor ruido, pues se hablaba en voz baja. La comida, que era de lista, era exquisita: ostras, Colchester; extail soup, salmón, grouse a la boche con bread sauce, y profusión de quesos, pues no había postre; vinos Rudesheimer, Haut Brion, y Oporto. Ahí divisé a uno de los Chamberlain. Después fuimos al

teatro a ver *Patience*, la opereta de Gilbert y Sullivan, donde se reían de los estetas encabezados por Oscar Wilde y que se paseaban en público de pantalón corto y con una cala en la mano. Otra vez me llevó Lucho al Bachelers Club; al final de la comida, el Príncipe de Gales (después, Eduardo VII, que lo llamaba “petit millionaire”) lo mandó llamar desde un salón que estaba en el piso inferior y al cual se bajaba por una escalera alfombrada, pero bastante parada; Jorge Bourchier quiso asomarse; yo lo empujé y fue rodando hasta la mesa real. Es la única vez que vi verdaderamente enojado a Lucho Ossa.

Fuera de los estudios y de las fiestas sociales, recuerdo en el año 1887, mi buen éxito en las carreras, con los triunfos ruidosos del corral Aumont con Monarque, Tenebreuse, Sante-reue y Alger, lo que permitió aumentar al triple mi mesada de cien francos semanales para dinero de bolsillo.

Nuestro viaje consabido a Niza, durante el invierno, y la llegada de Chile de mi abuela Vicuña y de mi tío Melchor Concha con su familia, fueron los otros hechos sobresalientes de aquella época.

Me costó dejar el colegio para ausentarme por un mes a Niza, pues quería defender mi puesto de “cónsul”; llevé sin embargo todos los libros, y no me atrasé demasiado.

Niza, ideal como siempre, me proporcionaba un nuevo atractivo: los bailes del hotel, porque ya podía tomar parte en ellos. Ahí conocí a una preciosa norteamericana, mis Clara Ward; ella misma me buscó, pues yo bailaba menos mal que los franceses, que lo hacían pésimamente. La decían muy rica, y era algo extravagante, a pesar de ser sus padres muy tranquilos. Hubo un pequeño flirt, compartido con una niña aus-

tríaca, Lucie Morawitz, hija de un alto magistrado imperial; muy intelectual y que me hizo admirar a Heine, regalándome *Reisebilder*. Me inició en las bellezas de Schiller, Goethe y la literatura alemana. Eran mis flirts los dos polos opuestos. Supe más tarde que Clara Ward se había casado con el Príncipe de Caraman Chimay, belga, y había armado el mayor de los escándalos, arrancándose después con un violinista Tzigane llamado Rigo.

Llamaba la atención entonces, en Niza la llegada de un matrimonio que no tardaron en llamar “*Les Deux Pigeons*”, y que eran considerados con la mayor simpatía. El era un Lord inglés de cierta edad; ella, una lady escocesa, no muy joven, pero bastante menor que él; ambos tenían una facha estupenda, vivían con mucho lujo y se acababan de casar. Parece que se habían querido locamente en la juventud, pero como él era diplomático, tuvieron que separarse; se casaron cada uno por su lado y estuvieron como medio siglo sin verse. Enviudaron ambos, y por casualidad, se encontraron en Niza, donde habían ido en busca de salud. Verse y renovar el idilio interrumpido durante casi medio siglo fue cuestión de instantes. Despertaron al amor, con el mismo ardor juvenil, como si hubiera estado dormido hasta aquel entonces. Hasta los trajes y las costumbres de la época lejana habían conservado, pues jamás se habían olvidado. Habitaban una casa llena de flores en la “*Promenade des Anglais*”, y en la tarde se les veía en la terraza de su villa, juntos y tomados de la mano, gozando de los últimos rayos de sol. No se separaban un instante; por la mañana salían en su victoria, un poco *démodés*, pero elegante siempre, con briosos corceles y un cochero y un valet de pie impecables en sus libreas del tiempo del Segundo Im-

perio. La casa estaba llena de lacayos muy bien stylés, pues solían recibir a almorzar a gente de lo mejor.

Al bajarse del coche, en la mañana, por la Promenade des Anglais, siempre se les acercaba una muchacha que vendía flores y le entregaba al señor un lindo ramo de violetas imperiales que él prendía en el corsage de su mujer dándole un beso, y a ella un ramillete de las mismas flores para que se las pusiera en el ojal de su paletó a su marido, devolviéndole el beso que había recibido. Después la niña sacaba de su canasta un manojo enorme de mimosas que entregaba al valet de pie. Yo le vi una vez almorzar en el London House y fui testigo del cariño con que se trataban. Por eso les llamaban Les Deux Pigeons; vivieron por lo menos hasta 1891, que fue la última vez que estuve en Niza.

Regresamos temprano a París y volví con gusto al colegio donde pronto recuperé el tiempo perdido.

Nuevos personajes conocimos entonces en casa; a l'abbé Marbeau, elegante cura de Saint Honoré d'Eylau, que estaba preocupado de realizar unos terrenos de la Parroquia, lo que hizo decir a nuestro maître d'hotel: "Monsieur l'abbé se ocupa más del precio de los terrenos que del precio de las almas".

Otro comensal nuevo era el Príncipe Galitzine que decía que iba a casa porque detestaba la sociedad que lo rodeaba y que nuestro chef era excelente; el Príncipe tenía los cabellos blancos y cara de guagua con el cutis muy terso. Era muy original y contaban de él la siguiente anécdota: En una fiesta de caridad de la alta aristocracia, se acercó el Príncipe a beber una copa de champagne y pagó los veinte francos que valía; la vendedora, una duquesa muy pagada de sí misma y que el Príncipe

cipe no podía ver, al pasarle la copa humedeció sus labios en ella y le dijo "ahora vale cien francos". Galitzine, rabioso, los pagó y le replicó: "Deme a su vez una copa limpia para poder beber".

Venían con más frecuencia a casa Enrique Peña y su bonita mujer Mercedes Otaegui, Arturo Lyon y señora (padre de Arturo Lyon Peña, íntimo de mis hermanos menores y campeón con ellos de bicicleta); Juan Manuel Echaurren y señora. Este caballero tenía la costumbre de traducir todo al castellano, llamando Padre la Silla al Cementerio de Pere Lachaise y "Locuras pastoriles" al teatro de Folies Bergères. Vino también un día un joven chileno que hablaba poco francés y queriendo, durante un entreacto en el teatro, salir de su asiento se dirigió a la vecina diciéndole. "Est ce que je peux salir?" y ella le contestó "salissez mon petit".

En marzo fuimos a Burdeos a recibir a la familia Concha, tan unida a nosotros. Fuimos a encontrarla a Pauillas donde fondeaba el vapor, pero lo declararon en cuarentena y todos los pasajeros tuvieron que quedarse dos días en el Lazareto, y nosotros con ellos. ¡Qué gusto tan grande! venía mi abuela Magdalena, mi tío Melchor, mi tía Emiliana, Carlos con su mujer Mercedes Hurtado, Emiliana, Elena, Tachuela, Enrique y Sofía. Había tanta alegría que no nos dimos cuenta cómo era el Lazareto.

Daniel, el otro hijo, venía muy enamorado de Carolina Valdés Ortúzar, que fue más tarde su mujer. Qué refrescante fue para mí esa ola de recuerdos de Chile que nos trajo la familia Concha.

En París tenían un departamento amoblado en 4 Rue de Presbourg, que era la continuación de la Rue de Tilsitt; queda-

ba a un paso de casa con la soñada vista al Arco de Triunfo. Emiliana era más bonita que Elena, pero como eran mayores que yo, las miraba con el cariño de primas; ambas habían sido muy cortejadas en Chile por los mejores partidos. Un señor Salançon, secretario de la Legación de Francia en Chile, que se había venido con ellas en el mismo vapor, estaba locamente enamorado de Emiliana, y fue un día a exponerle sus cuítas a mi papá; llegó hasta llorar y mi papá, no sabiendo cómo consolarlo, no acertó sino a ofrecerle una buena copa de cognac y un excelente cigarro.

La casa de los Concha, muy alegre y acogedora, se llenó pronto con sus amigos y con nuestras relaciones latinoamericanas. Además ellos aportaron las de la colonia boliviana, que nosotros no conocíamos, entre ellos los Aramayo y don Aniceto Arce, hombre considerable y uno de los principales dueños de las minas de Huanchaca. Con esta familia, que adquirió un sumtuoso palacio en la avenida de los Campos Eliseos, intimamos bastante, pues con mi padre, en representación de su Banco y mi tío Melchor, se hicieron importantes negocios con los banqueros de París, los que dieron pingües ganancias. Nos reímos mucho una vez que la señora, hablando de su marido Aniceto dijo: "no hay nada mejor que mi Arce". Como ya comenzaba a entender algo de negocios, me interesaba oír hablar sobre ellos a mi papá y a mi tío Melchor, que era su apoderado en Chile y que gozaba de merecido prestigio como político y hombre de negocios, ya que había sido presidente de la Cámara y Ministro de Hacienda. Valiéndose de estos títulos, fueron los dos un día a conversar con Leroy Beaulieu, reputado hacendista de Francia, para consultarle sobre la política económica que convendría seguir en Chile. Después de

estudiar balances y estadísticas, él les contestó: "La diete, ne faites pas le grand" (la dieta; no os hagáis los grandes). Y eso que entonces en el servicio diplomático no figuraban más de ocho ministros; hoy tenemos el orbe sembrado de embajadores.

Daniel era muy original; en su compañía y con el Marqués de Monsalud, hijo de la dama de honor de la reina Isabel (mayor que nosotros, pero con la misma afición a las travesuras) nos divertíamos mucho. Un día, Daniel, sacando un antiguo traje persa de un baile de fantasía, salió así vestido a la calle y se paseó largo rato seguido de un tropel de curiosos. Otra vez, como había mesa abierta en casa de sus padres y a veces escaseaba la comida, nosotros los jóvenes teníamos que sufrir las consecuencias. Un día mi tío Melchor preguntó a mi tía Emiliana si no había visto un billete de 1.000 francos que se le había extraviado, y como le contestara negativamente Daniel, saltó y dijo: Yo lo tomé para ir a los restaurantes a comer pechugas de pollo, pues, desde que llegué, no me han dejado, sino los esqueletos para chupar.

Otra persona que conocimos, entonces, fue don Federico Schwager, a quien el Banco acababa de suministrar el dinero para adquirir los derechos sobre las minas de carbón de Coronel, de los Délano, quedando don Federico como dueño y señor de este importantísimo mineral.

Era también muy amigo de los Concha y pololo de Emiliana, con un cuarto de siglo mayor. Parece que en Viña del Mar le hacían toda clase de travesuras. En una procesión lo presentaron como anda. Don Federico, que era un caballero excelente, tomó mucho afecto a mi hermana (de 4 años) a quien colmó de regalos. Después se fue a Inglaterra, donde llegó a

conocer a la Duquesa de Teck, madre de Victoria Eugenia, Reina de España. Gracias a ella, y tal vez, al dinero, no tardó de entrar en la buena sociedad londinense, lo que permitió a mi mamá conocer, en un sumptuoso baile que él dio, a una señora con la cual nos ligó después una sincera amistad: era lady Bective, viuda joven y muy atrayente, que vivía con su hija lady Olivia Taylour, una clásica belleza inglesa: alta, distinguida, de facciones griegas y con ese colorido admirable de la raza del norte; su trato era muy agradable; varias veces comió en casa y bailé con ella. Después supe que había hecho un gran matrimonio, con el Marqués de Ormende. La madre era un mujer meritoria, viuda de un noble; quedó en precaria situación de fortuna, por la Ley de los mayorazgos; se dedicó a trabajar. Abrió una tienda de sombreros, y la nobleza inglesa le ayudó en tal forma que después de dos años pudo venderla con gran provecho y volver a ocupar su rango.

Un nuevo elemento que mi tío Ramón Subercaseaux llevó, fue el famoso pintor Giovani Boldini, que su "Flair" artístico había descubierto, como lo había hecho con Sargent y después con Dagnan Bouveret y Albert Lynch, laureados del salón de pinturas de París. Boldini, que habitaba en el Boulevard Berthier, la misma casa que había ocupado Sargent, comenzaba a estar de gran moda; hizo varios retratos de la familia: al óleo, el de mi abuela y el de Pedro y Luis Subercaseaux, hijos de mi tío Ramón; y al pastel, el de mi mamá, mi tía Amalia Errázuriz y mis dos primas Concha. Pintó también al óleo el retrato de don Francisco Schwager, que éste obsequió al museo de Santiago. Recuerdo cuando en casa pintó a mi mamá y a mi abuela; con esta última peleaba siempre Boldini, y la embromaba. Un día le preguntó: "Est-ce qu'il y

a des Blanchisseuses au Chili?”. Mi abuela le contestó, enfadada: “Pas pour les sales italiens, comme vous”.

Otro comensal que daba mucha alegría a las reuniones era José Tomás Errázuriz Urmesta, hermano de mi tía Amalia y esposo de Eugenia Huici “la belle Chilienne”. Tenía un aspecto un tanto adusto, más bien callado. Con nosotros, en cambio, era el compañero alegre y divertido. Gran bailarín, ejecutaba a veces unos bailes grotescos inimaginables, con un sombrero de pelo que le llegaba hasta las orejas. Buen pintor, me hizo a los dieciocho años un retrato que aún conservo y que la gente entendida estima como muy bueno. Resultó que ese año él fue premiado en el salón de París, y para felicitarlo se le dio una gran comida en casa de mi tía Emiliana, donde se le coronó de laureles y donde, Carlos Concha, al ofrecerle la manifestación, le dijo: “Que el triunfo no se les debía a sus méritos, sino al hecho de ser casado con la mujer más bonita de París”.

V

Seguían mis éxitos en el colegio y comenzaba a entretenerme la sociedad. Hubo un baile de fantasía en casa de los Díaz, por el cumpleaños de María Luisa; yo fui de Luis XV, gris y rosado, con gran cordón de Stanisla que lucía vistosa cinta negra, dibujado por Landolff, el gran costumier; María Luisa Díaz, con quien bailé el Cotillón, estaba de Madame Pompadour. No atreviéndome a declararme le regalé un abanico pintado por François Flameng, con los siguientes versos de Hamlet:

“Doutez qu'en Juin la Nuit d'étoiles se parseme,
Doutez que le soleil levant fasse le jour,
Doutez de tout, doutez de la vérité même,
No doutez pas de mon amour”.

Los sábados comíamos siempre juntos en casa; los martes nos juntábamos en nuestro palco del teatro Francés. Me impresionó mucho, no sé por qué, una pieza de Romain Coolus intitulada *Une femme passa* y María Luisa me dijo: ¿será este un presagio? palabras que muchas veces recordé.

Yo la quería cada vez más, casi sin esperanzas, porque era mayor que yo, y ambos padres se opondrían a nuestro matrimonio. Y, cosa curiosa, mis dos mayores flirteos han quedado consignados en los calendarios de carreras. A María Luisa, la llamaba Marise y más tarde un admirador de ella, por quien éste se mató, puso a uno de sus caballos de carrera el nombre de Marise y ganó el gran Steeple Chase de París; a otro filrt mío le puse el nombre de Tiana, que llevó una potranca mía y que ganó para mí el Estreno y el Tanteo; así, en los calendarios de ambos países figuran anualmente estos nombres.

Por esos años estaba en el quinto cielo, pues me iba bien en el colegio y en la sociedad. En lo primero, terminé el año llevándome el premio de Discours Français y pasando con Mención Honrosa a el bachillerato de Humanidades. En este examen, me contaron una respuesta divertida de un alumno a su examinador. Como el alumno quedara herméticamente callado ante una pregunta, el examinador, sujeto cáustico y de malas pulgas, dijo al mozo “Apportez une botte de foin” (comida de los animales) y el alumno que, a pesar de su mutis-

mo, no carecía de **esprit**, replicó inmediatamente (“apportez-en deux; monsieur dejune avec moi”).

En ese tiempo se inició el pololeo de Lucho Ossa con Emilianita, cuando ella fue a Inglaterra y vio la situación espectable que tenía Lucho con sus amigos, entre los cuales contaba el Príncipe de Gales. Tenía un magnífico Mail Coach, muy bien puesto y figuraba en el Smart Set.

Ese año volvimos a Trouville a la misma Villa Normande y tuvimos muchos invitados. Después viajamos un poco; fuimos a Hamburgo, los baños de Hamburgo, Bruselas y Amsterdam. Hamburgo nos gustó mucho, tanto por la belleza de la ciudad realizada por el Alster (hermoso lago que tienen en el centro y donde salíamos a remar) como por su magnífico hotel, el Hamburgo Hof. La ciudad estaba habitada por una cantidad de antiguos amigos chilenos que habían fijado su residencia ahí, ocupando todo un barrio nuevo, donde por todas partes se veía flamear la bandera chilena. Nos trataron a cuerpo de rey, con las comidas más exquisitas que jamás he probado.

Ahí estaban los Verwer, los Folsch, los Martin, los Slubach, y qué sé yo cuántos más, pues nunca comimos en el hotel. Una vez nos convidaron al renombrado restaurante Forte; el menú de la comida que se puede pedir es fenomenal y la lista contiene tantas páginas casi como una biblia; había hasta carne de oso. Una costumbre curiosa es la de beber cerveza después de una opípara comida regada con champagne, vinos del Rhin, de Mosela y de Burdeos; dicen que es un gran digestivo; se ve que reina en esa ciudad mucho bienestar y gran riqueza.

Pasamos después a Hamburgo, pintoresco lugar de baños

termales puesto de moda por el Príncipe de Gales; ahí vimos a mi tía Mariana Browne. Después seguimos a Bruselas, ciudad muy bonita llamada Le Petit París, con muy buenos restaurantes, sobre todo "Les Trois Freres Provencaux". La Catedral de Saint Gudule es muy hermosa y tiene un púlpito único. El hotel Bellevus donde nos alojamos, aunque no es moderno, es bueno y la comida exquisita. Seguimos después a Holanda, llegando a Amsterdam, sin cesar de llover. Lo que nos hizo acortar el viaje, porque no alcanzamos a ver casi nada y no nos podíamos hacer entender. Recuerdo que mi mamá quería un piano en su salón, y como el mozo no le entendiera, intervino mi papá jactándose que a él le entendían todo. El mozo le hizo muchas reverencias; esperamos veinte minutos, y él llegó con un pato asado.

Volvimos a París y abandoné el último año en los Jesuitas para encontrar al colegio que había fundado el abate Bossard, con su colega l'abbé Kael, en 14 rue Legendre, al lado de la Place Malesherbes, hermosa con sus jardines, rodeada de residencias suntuosas, entre ellas la del pintor Meissonier. Ahí vivía el compositor Gounod. A pesar de mi amistad con l'abbé Bossard y la compañía de algunos amigos, como De La Maisonneuve, Segonzac, etc., me hizo falta la disciplina y organización de los jesuitas, y no fui el brillante alumno del año anterior. Las materias no me atraían; la filosofía y las matemáticas eran muy abstractas para mí; de la química sólo sacaba la fórmula para hacer experimentos o fuegos artificiales, y en física, jamás pude entender lo relativo a la electricidad.

Empero, logré pasar el segundo bachillerato, que me dio el título de Licenciado en Letras. Tuve la suerte que me tocara en la prueba escrita de filosofía, un tema sobre el origen de

las ideas, que conocía bastante bien “Nihil est in intellectu quod non prius fuerit in sensu”.

Los Concha se habían ido a los Pirineos, Luchón y Aretx, pues mi tío Melchor quería probar esas aguas para curar una antigua afición a la gárganta que debía arrebatarle la vida a los cincuenta años, sólo cuatro años después. Ahí se encontraron con nuestros antiguos amigos el Marqués de Monsalud, y la Reina de España, destronada, y enamorada: Isabel II, esposa de don Antonio de Orleans. La conocieron y congeniaron mucho con ella, a tal punto que Monsalud, a su regreso a París, nos dijo que la Reina deseaba conocer a mi papá y organizó una audiencia para que la fuéramos a ver, él, Monsalud y yo. La Reina vivía en el palacio de Castilla, en París, situado en la avenida Kleber, en el sitio que ocupa hoy el Hotel Majestic. Se mantenía ahí el régimen de la Corte, y Monsalud nos instruyó sobre la manera de saludar, las reverencias y la forma de dirigir la palabra a la Soberana. Cual sería nuestra sorpresa, al ser presentados, viendo a mi papá hacer caso omiso de todas las recomendaciones y avanzar derecho hacia la Reina, darle la mano y decirle, “cómo le va, señora”. Dice Monsalud que aún le oyó hablar con ella sobre pololeos y que le preguntaba lo que significaba la palabra “pololeo”. A ella le encantó la manera de ser de mi papá, y le dijo que era igual a su hermana Emilia. Yo, entretanto, más protocolar y con bastante timidez, me quedé con la infanta Eulalia, muy llana y agradable; la encontré parecida a una amiga mía: Carlota Escandón, y un poco a Carmen Concha. A mi padre jamás le preocuparon las convenciones sociales. Recuerdo que cuando llevaba a Pirque al infante don Fernando de

Baviera, lo dejaba esperando un rato en el carruaje, mientras hablaba con el administrador.

En una audiencia del Papa, le dio, con gran sorpresa de mi mamá, veinte liras de propina al Cardenal que nos introdujo a la sala de audiencia, el cual contestó: "será para mis pobres". Aún, en la misma audiencia, como ésta había sido conseguida por un pariente de mi mamá, entonces Embajador en Roma, del Gobierno del Perú (J. M. de Goyeneche, Conde de Huaqui) el Papa le preguntó a mi mamá si era del Perú, y ella le contestó que era de Chile, y como no comprendiera bien su Santidad, mi papá le dijo a mi mamá: "déjalo, Juana, ¿qué le importa al Papa que seamos de Chile o del Perú?"

Los Concha, regresaron a Chile a mediados del 88. Daniel, siempre enamorado de Blanca Blest, y Lucho comprometido con Emilianita. En ese invierno salí mucho y conocí una señora muy original, lady Caithness, cuyo condado es el más austral de los condados de Escocia. Tenía un palacio maravilloso en la avenida Wagram, esquina de la Rue Brémontier, casi frente a un **petite hotel** que acababa de arrendar mi tío Ramón Subercaseaux en Av. Wagram 43. Hacía poco tiempo que la lady se había casado en segundas nupcias con un joven italiano, el Duque de Pomar, que parecía tenor o peluquero, y que ella llevaba poco de apunte, pues su vida se dedicaba únicamente a la Reina María Estuardo, cuya alma creía habitada en su cuerpo y a la cual rendía un fervoroso culto. El palacio que ocupaba era de la época, en él levantó una estatua de la Reina, que colocó en la Plazoleta, frente a su casa. Era espiritista y tenía una sala especial con confesionarios donde hablaba con ella. Yo, chiquillo truhán, le dije un día que compartía su admiración por la desgraciada Princesa y que desde niño me había



interesado su historia, y me aprendí todo lo relativo a su estada en Francia como Reina de aquella nación cuando era esposa de Francisco II, muerto tan joven. No quise saber más de ella, cuando llegué a aquello de los asesinatos de Rizzio, su músico: el de Lord Darnley, su segundo marido, y su matrimonio con su asesino, el gangster Conde de Bothwell, lo que hizo que la expulsaran de Escocia y tuviera que refugiarse en Inglaterra para caer en manos de su pariente y rival, la Reina Isabel de Inglaterra, hija de Ana Bolena, que la mandó ejecutar. Le hablaba de Fontainebleau donde había visitado sus departamentos, y de Holyrood cuyas ruinas había visto dos años antes. Total: llegué a serle indispensable; con frecuencia me dejaba a comer, lo que aceptaba con gusto porque su mesa era excelente. A veces asistía a los confesionarios, al oír los coloquios espirituales con la Reina ausente. Como la casa era triste y recibía poco, pronto yo le propuse alegrarla, si me permitía llevarle algunos amigos y amigas; ella lo aceptó gustosa, y se formaron durante toda la primavera alegres comidas semanales con gran contento de la juventud que logré juntar.

Olvidé contar, que cuando me recibí de Licenciado, mis padres me obsequiaron un cochecito para manejar, llamado Rally Car, de paja negra con el centro de las ruedas color fuego. Un precioso caballo alazán, llamado Beau, muy duro de boca lo conducía. Me tomaron un groom inglés, Edmard Bathgate, que me acompañó toda su vida y fue un fiel servidor; en la tarde ponía el coupé de mi papá. También, habiendo mi tío Ramón Subercaseaux dejado el departamento al lado del nuestro, me dejaron a mí el primer “étage” que daba a la avenida Mac Mahon, con entrada independiente y compuesto

de antichambre, salón, billar, dormitorio y escritorio. Ahí me pasó un curioso caso de televisión o presentimiento que voy a relatar. Una noche, como me recogía bastante tarde, al entrar tropecé con un bulto que cayó pesadamente. Me pareció que era mi tío Carlos Browne, que no veía y del cual no había oído hablar desde mi salida de Chile; andaba según su costumbre con un gran cigarro puro en la boca; creí en una alucinación y me fui a acostar, no sin cierto temor, pues quedaba un poco alejado del resto de la casa. A la mañana siguiente me desperté temprano, después de una mala noche, y me dirigí al sitio del suceso. Ahí vi por el suelo un bulto de alfombra que habían enrollado y un cigarro puro que era probablemente el que yo venía fumando, y que con el susto dejé caer. Pasé en seguida al departamento de mis padres a contarles lo sucedido, y cual no sería mi espanto al ver a mi mamá llorando con un telegrama en la mano que le anunciaba la muerte de su hermano Carlos, en Chile.

Ese mismo departamento fue testigo de la mayor fechoría que cometí en mi juventud. Era un día tristísimo de invierno, oscuro y nevaba copiosamente; en el desnudo paisaje de la Plaza de la Estrella, se erguía solitario un "chalet de Necessité", de fierro y vidrio, según el modelo de la ciudad de París; desierto, por supuesto, sólo la vieja que lo administraba. De repente, mientras aburridos y con la cara pegado a los vidrios contemplábamos nevar, divisamos un individuo muy pintoresco que con evidente apuro se dirigía al chalet en cuestión; una idea diabólica nos atravesó la mente; a nuestro lado teníamos un rifle de salón y fuimos a buscar mi fusil de caza; quisimos dar un susto a nuestro visitante indisposto, bombardeándolo. Comenzó entonces una serie de disparos que rompieron ná-

turalmente los vidrios de la construcción; arrancó la vieja cuidadora con grandes aspavientos y por fin salió despavorido el cliente enredado en los pantalones, diciendo: "On m'a tué". Se amontonó el público a sus gritos, y llegó la policía a casa, porque unos transeúntes habían visto los disparos que salían de una ventana del departamento. Nos llevaron a la Comisaría, a mi hermano Fernando, y a mí, y a nuestro valet de chambre Gustave Ferrant. Felizmente, mi papá andaba en Londres, y mi mamá había salido. Andaba sin dinero, pero entre los sirvientes me prestaron mil francos. En la comisaría, nos encontramos con las dos víctimas. La vieja reclamaba ciento cincuenta francos por los perjuicios. Me la gané inmediatamente, entregándole doscientos cincuenta francos, o sea cien francos más. Descartada ya esta damnificada, que retiró inmediatamente su recurso de queja, hube de enfrentarme con la otra víctima, que decía que lo habían asesinado a mansalva, pues una oreja que se había cortado con un vidrio le sangraba. Su facha era de las más divertidas del mundo: tenía un sombrero con una pluma de gallo, y el susto lo hacía tartamudear; el comisario de policía no podía aguantar la risa. Yo dije al infeliz que a pesar de que debía agradecerme lo que había pasado, puesto que con el bombardeo se le había pasado el malestar, le ofrecía un billete de quinientos francos. El tipo que jamás había visto un papel de ese calibre, abrió tamaños ojos, se sonrió, tomó el billete, rompió el recurso de queja, y se marchó. Total, habíamos gastado setecientos cincuenta francos, y me sobraban doscientos cincuenta que aprovechamos con Fernando y Gustave para tomar varios días seguidos unas magníficas once donde "El Marchand de Vin", de la esquina de casa . . .

A fines de 1888, entré a la Escuela de Leyes en la Place de Pantheon, esquina de la rue Soufflot. El edificio era muy viejo, casi ruinoso, y estaba muy lejos de casa. Sin embargo, al principio asistí regularmente a las clases, o más bien dicho a las conferencias, pues se tomaban notas y no se hacían interrogaciones. Me gustaba la clase de Derecho Civil, hecha por el nombrado profesor Baudry Lacantinnerie y la de Derecho Romano, por el profesor Jobbé Duval; a este ramo le había tomado gusto, porque en el verano había leído la “*Cité Antique*”, el interesantísimo libro de Fustel de Coulanges. Lo que me hacía falta era tener compañeros de curso, pues mis antiguos camaradas de colegio eran de la aristocracia y se consideraba de mal tono (y eso llamaban: *déroger*) dedicarse a las profesiones liberales. La mayor parte de ellos fueron a Saint Cyr, para ser militares, otros al campo; unos pocos a la Iglesia, entre ellos un muchacho Riviere, que encontré después de cura de Saint Thomas d’Aquin, y el obispo Roland Gosselin; existía, sin embargo, la “noblesse de robe”.

Entre los hijos de banqueros, algunos estudiaban Leyes y de entre los sudamericanos, sólo conocía a Pedro Canda-mo y Ricardo Zevallos. Más tarde vinieron Arturo Lyon Peña y mi hermano Carlos. Los momentos de ocio de esa vida solitaria los aproveché para estudiar ese interesantísimo rincón de París, donde todavía se ve el camino hacia Lyon de la época romana. Visité el Panteón, donde pude admirar los frescos de Puvis de Chavannes sobre la vida de Santa Genoveva; la iglesia del mismo nombre, la de Saint Pair du Mont, llena de recuerdos de Pascal y de Racine, y la de Saint Sulpice. Por ahí está el Lycée Louis le Grand, donde se educaron Moliére, Robespierre y Víctor Hugo; la biblioteca Santa Genoveva, donde

estaba el colegio Montaigne, que tuvo entre sus alumnos a San Ignacio, Erasmo y Calvino. Por ahí se encuentran los sitios donde estaban los conventos des Feuillantines, de la Visitación, donde vivían en un tiempo Jeanne de Chantal, y su nieta madame de Sevigné; y por la rue Denfert Rocherau, el antiguo convento des Carmes, donde, bajo el nombre de Louise de la Misericorde, vivió en la penitencia hasta su muerte, la atractiva Louise, Duquesa de la Valliere, por haber querido demasiado al Rey Luis XIV.

También me gustaba pasearme por los vastos y bien tenidos jardines de Luxemburgo, y solía entrar a los títeres que había ahí y que eran muy buenos. Todo recordaba ahí a María de Médicis, que edificó el palacio. Hay en ese parque dos bonitos monumentos, el del pintor Delacroix, que decoró Saint Sulpice, y la fuente de Médicis. En el palacio de Luxemburgo hay de todo, pues ahí se encuentran el Senado y el Museo; fue durante la Revolución, prisión de Estado, y de ahí salieron a la muerte tres generaciones de los Noailles, Danton, Fabre d'Eglantine, Camille Desmoulins y otros. Generalmente me quedaba a almorzar en el quartier. Cuando tenía poca plata, donde Vacherot, y cuando andaba con fondos, donde Foyot, que era muy bueno y donde se almorzaba maravillosamente por 20 francos. Los jueves iba generalmente a la matinée del teatro Odeón, que estaba al lado.

Mi vida era más mundana y comenzaban a convidarme a todas partes. En casa del Embajador americano, Whitelaw Ried, comí con una yanqui preciosa que se llamaba miss Corbin, y que el Embajador quería casar conmigo. En realidad era una belleza; después comí con ella en casa de la Baronne d'Englanger, que era Slydell, americana, y me dijo que se iba al día

siguiente a Nueva York, pero que volvería para el invierno a París y que me lo haría saber. No supe más de ella sino que era muy rica, pero su recuerdo aún perdura.

El Gobierno de Chile me nombró entonces Attaché a la Legación y esto me permitió extender al mundo diplomático mis relaciones, pues dejé tarjetas en todas las misiones, las que me fueron correspondidas. Conocí entonces al Secretario de la Embajada de Inglaterra, el señor de Bunsem, que figuró mucho después, y a Von Schoen después Canciller de Alemania, y padre del futuro Embajador en Chile de esa gran nación.

No por atender a la vida social, disminuía mi afición por las carreras: apostaba muy poco y siempre a los caballos de Aumont cuando les veía posibilidades.

Ese año tuvo a Floreal, que ganó trece carreras consecutivas; también triunfó en el Cesarewitch, en Inglaterra, con Tehebreuse, cotizada por los Bookmakers 15/1; gané £ 150,0 o sea cerca de cuatro mil francos: mucha plata para mí.

La ópera, ese año, estuvo muy buena; teníamos un palco entre columnas que se llenaba de muchachas hermosas; al revés del otro gemelo que había, y donde no se reunían más de ocho personas y todas viejas. Los habitúes de la ópera lo llamaban: "Le tramway fleuri". Entre las bellezas que pasaron por ahí, recuerdo a Eugenia Huici, las Díaz, madre e hijas, Mercedes de Castellanos, Mercedes O. de Peña, Mercedes Heeren, Lolita Iturbe, Margarita Oyagüe, la niña Guzmán Blanco, que casó con Morny, doña Laura Cazotte y su hermana, Blanca Blest, las González Moreno, la señora de Espriella, Blanca Vergara A., mi tía Amalia, las Concha, Rosita Argüelles, madre del Conde de Segur, que casó más tarde con Cecile Sorel, la que le llevaba veinte años, y no sé cuántas

más. De los jóvenes, recuerdo al Decano, que llamábamos el macaco Uribarren, pues guiando un tilbury muy alto casi atropelló en la avenida del Bosque a un transeúnte que le gritó “descends donc de ton cocotier”. Su madre, la condesa Uribarren, era muy amiga de casa; los otros jóvenes que recuerdo eran Pedrito Candamos, de Irureta Goyena, los Escalante, el polero Raúl Duval, Pancho Iturbe, Adolfo Oyagüe, Carlos Zañartu, los Beistegui, Peñalver, etc. Nos tocó un día una preciosa representación de gala. Dieron “Fausto” con la orquesta dirigida por el propio Gounod, con la Patti en el papel de Margarita, el tenor Gayare y Faure, el incomparable barítono. Asistimos también al estreno triunfal de Lohengrin, cantado por Van Dick, después de una gran lucha, pues los franceses se oponían a que se representaran las óperas de Wagner. Se dieron otras dos más; Tanhauser y las Walkirias, las únicas que entiendo y admiro. Hubo otro éxito esplendoroso, el de Romeo y Julieta, de Gounod, con la soprano americana Eames y el tenor polaco Van Dick, que hizo vibrar las fibras amorosas de la juventud.

Fue aquella la época más deliciosa de nuestra juventud; teníamos dieciocho años y era el despertar bullicioso, exquisito e indefinible de nuestra primavera sentimental. Nos hallábamos saturados de romanticismo, henchidos de deseos, pletóricos de amor, y nuestras almas eran simples, infantiles, sin complicaciones, como ahora. No se habían acentuado aún nuestras afinidades electivas, y toda niña respondía a los latidos de nuestro corazón; nos habríamos comido a besos, aún sin conocernos...

Encanto era para nosotros oír la ópera “Romeo y Julieta”, de Gounod; sabíamos de memoria la escena del balcón,

cuando amanecía y cantaba la alondra, Romeo le decía: "Non, Non, ce n'est pas l'alouete, messagere du jour, c'est le doux rossignol, confident de l'amour . . ."

En abril de ese mismo año de 1888, se produjo un hecho que cambió el ritmo de mi vida estudiantil y ensanchó mi ambiente intelectual. Cuando los niños pasan de colegiales a estudiantes, se encuentran desorientados, vacilando sobre qué profesión habrán de elegir. Después, fuera del marco rígido de la Escuela, no saben aprovechar con discernimiento la libertad que encuentran en las Universidades. El primer punto lo tenía resuelto, pues mi padre quería que me recibiera de abogado, y yo veía la necesidad de tener ese título para entrar después al Banco y atender a sus negocios. Al principio comencé con mucho entusiasmo mis estudios, pero la distancia que separaba mi casa de la Escuela, y la falta de amigos que ahí tenía fueron enfriando mi afición. Viendo este estado de cosas, pedí a mis padres un pasante que me ayudara en mis tareas. Después de muchas indagaciones, caímos en monseñor Redelspergermun, joven abogado y profesor, talentoso y simpático, que tenía una manera liviana de enseñar esas áridas lecciones de Derecho, a tal punto que, al poco tiempo, ya podía dominar la materia.

A los quince días, durante la lección, llegó un señor a ver al dueño de casa y estuvo un buen rato con él; se excusó en seguida y me dijo que el visitante era Rodolphe Salis, el fundador del Cabaret "Le Chat Noir", uno de los intelectuales y humoristas más conocidos de París, y que pensaba formar una revista anexa al Cabaret con el concurso de una Pléyade de muchachos de indiscutible talento. Yo me entusiasmé con su relato y le dije que me lo presentara la próxima vez que vi-

niera, pues me gustaría formar parte de ese círculo para completar mi educación literaria, que era lo que más me gustaba. Dos días después vino Salis; le fui presentando; lo encontré simpático y entretenido y abandonando los dominios de Justiniano y de las Pandectas nos fuimos a un Cabaret de Montmartre, en la rue de Rochechouart, donde, cerca del Chat Noir, se reunían muchos artistas, a “aveler un perroquet”; es decir a beber un vaso de ajenjo. Iba bien recomendado, pues cuando le pregunté con cuánto había de contribuir para la revista me contestó que con lo que quisiera, pues no se exigía nada. Le di tres mil francos, y parece que el óbolo lo consideraron de gran señor.

La canción del Café Concert era entonces muy vulgar y recuerdo a la gorda Theresa cantando en los Ambassadeurs.

Adele, t'es belle

Et j'en pince pour tres gros Nichons,
T'es blonde, t'es ronde
Et j'aime tes petits yeux bien cochons.

Otras veces las canciones eran más estúpidas y viene a mi memoria una en que tomaban como pie el recorrido de los ómnibus. Comenzaba así:

Elle etait jeune et belle,
Porte saint Martín-Grenelle;
Elle avait l'osel mutin,
Grenelle porte saint Martín.

Como llegamos un poco tarde ese día, conocí poca gente del grupo: a Caran d'Ache (Coup de Crayon, en ruso) cuyo

nombre francés no recuerdo. Bien vestido, el célebre caricaturista, muy de moda entonces por sus "Ombres Chinoises", y cuya "Marche a l'Etoile" llevaba a todo París al Chat Noir. Alcanzó este Cabaret a la cumbre del éxito con el famoso Bruant, con l'annonciateur Bonneau y con Hyspa, un tipo originalísimo, Vincent pour les dames. Esa noche fui al Chat Noir y quedé maravillado con la "Marche a l'etoile" y con algunas canciones que cantaron, entre ellas el "Fiacre" que dice:

"Un fiacre allait trottinant
Cahin, caha, hue, dia, hopela
Un fiacre allait trottinant,
Jaune avec un cocher blanc".

Me presentaron a Xanrof, su autor, el más popular de los chansonniers, y a su divina intérprete Ivette Guilbert, delgada, distinguida, con una dicción perfecta y un gran encanto. Después los conocí más, cuando comí con ellos donde Rodlspurger; eran muy entretenidos y acogedores. Me invitó Xanfor a colaborar con sus amigos. Recuerdo que contribuí a componer una canción que se intitulaba "Complainte des 4 étudiants", y comenzaba así:

"Je sais une complainte
de 4 étudiants
Faite pour donner la craite
Des petites femmes aux jeunes gens.

Le premier faisait ses lettres,
Le second du droit romain,

Le troisième faisait des detes
Le quatrième faisait rien".

La sala del Chat Noir era pobre y bohemia, muy distinta de los cabarets actuales. En lugar de joyas, fracs y escotes; la gente iba con trajes de día. Solo los vinos que era de moda. En vez de tomar Champagne se bebía cerveza y "cerise a l'eau de vie". Lo único que tenían muy elegante eran un W.C. y no puedo dejar de reproducir, con permiso de mis lectores, unos versos que estaban a la entrada.

"Vous qui venez ici dans une humble posture
Debarrasser vos flancs d'un importum fardeau,
Veuillez, quand vous aurez-soulagé la nature.
"Et deposé dans l'une votre modeste cadeau,
Epancher dans l'amphore un courant d'onde pure
Et sur l'autel fumant poser pour chapiteau,
Le couverele arrondi, dont l'austere jointure
Aux parfums indiscrets doit servir de tombeau".

Una vez por semana íbamos con Redlesperger a almorzar en algún restaurante de la Place Blanche, rue Fontaine, o la Place Pigalle. Ahí nos reuníamos con los futuros escritores de la Revista. He olvidado muchos nombres, pero aún recuerdo a los jóvenes como Maurice Donnay que, en 1892, se hizo conocer con su pieza Lysistrate; a Henry Lavedan, que vi más tarde en su comedia Le Prince d'Aurec y leí en sus pochades divertidas de la Vie Parisiense.

Probablemente vi también a Marcel Prevost, que no recuerdo bien, pero que tomó casi mi nombre para uno de los

personajes de una de sus más célebres novelas. Me llamaban entonces en París Jules de Subercaseaux; el puso Julien de Subersaux al triste héroe de las **Demi Vierges**, que no tenía felizmente nada de mí; y esto me demuestra cuan poco debió de conocerme, porque entre los otros compañeros era muy apreciado y gozaba de bastante popularidad. Se me confunden los nombres de Octave Mirbeau, Abel Hermant y otros. Conocí también a poetas ya de fama, como Stephane Mallarmé y Jean Moréas. Más tarde, en la sociedad judía de los Cahen d'Anvens, Koenigswasser y Weissweiller, conocí a los divertidos autores jóvenes Robert des Flers y Armand de Caillavet, y a Marie de Gramont, Duquesa de Clermont Tonnerre, hija del Ministro de Napoleón III y autora de dos deliciosos libros sobre la época en que vivió en el siglo XIX, "Quand le Marronniers sont en fleur" y "Aut temps des equipages".

En mayo, para festejar un aniversario del Chat Noir, hubo un gran almuerzo por cuotas, en Robinson, y se juntaron como cien personas. La alegría fue indescriptible y la comida como hecha por franceses, estupenda. Ahí conocí a Jeanne Granier, que estaba en el apogeo de la celebridad y que me dijo que había conocido a las Concha en Cauterest, y ante todo una deliciosa "pensionnaire" de la Comedia Francaise: Jeanne Tamary, que había visto en pequeños papeles de nodriza o de sirviente en las piezas de Moliere. Se había ganado al público con su risa juvenil y su fresca simpatía; la encontraron parecida a mí; mismos grandes ojos azules y miopes, colorido rubio, boca más bien grande, risueña y con dientes muy blancos. Nos pusieron uno al lado del otro y nos colocaron un pañuelo igual en la cabeza, para aumentar la semejanza, llámándonos "la mome de París", a ella, y "l'enfant des Pam-

pas”, a mí. Después no la volví a ver sino en el teatro donde luego pasó a ser societaire. Se casó, tuvo mucho éxito en el teatro y murió joven, a fines de 1890, de fiebre tifoidea, cuando hubo una epidemia de la cual yo mismo fui víctima.

En ese mismo almuerzo los muchachos me insistieron para que escribiera en el diario, y les prometí unos versos que acababa de hacer en un arranque de amorosa decepción. Estaba muy entusiasmado con una compatriota mía, muy buena moza, aunque con once años más que yo. Un día me convidó a su casa a pasar toda la tarde con ella y encantado acudí, pero no tuve un instante para quedar a solas con ella, pues una chorrera de modistas, sirvientes y “fournisseurs” entraban sin cesar a interrumpir nuestro colequio. Vøy a dar el principio de mi composición, que se intitulaba “Les rendez-vous de Gladys”.

“Plein d’amour on arrive pour admirer Gladys
Dans un salón Louis XV tout perfué de Lys.
Malgré leur candeur, des fleurs sont étranges,
Traitresses et troublantes avec leur corps d’Anges.
On est tout heureux, et cependant les yeux
Promenent fievreusement des regard anxieus;
Il y a trop de portes, de glaces, de servantes,
Qui menacent le repos d’une facon inquietante
Et l’on sent que Madame dispose tout autour
d’une armée puissante pour lui porter secours”.

Los versos fueron bien acogidos; me felicitaron y Selis me dijo: “C’est très bien mon petit, excellents vers qui sentent leurs classiques, Boileau surtout”. Escribí otro artículo en pro-

sa bastante divertido sobre los “Rastas”, y me pidieron después algo sobre la colonia latinoamericana, pues el artículo anterior había despertado interés. Escribí entonces, para mal de mis pecados, uno en verso intitulado: “Un jour de réception chez madame de X”. Era esta señora, madame de Mier, esposa de don Antonio, excelente y rico caballero mejicano que tenía una elegante y espaciosa casa en la rue Daru, al lado de la iglesia rusa, y cuya señora recibía, con un opíparo buffet, los viernes, a la colonia latinoamericana. El dueño de casa era la amabilidad personificada y completamente inofensivo.

“Le maître de maison, muni d’un déjeuner,
Dormait d’un léger somme, attendant le diner”.

Tuve la desgracia de llevar la revista al bar Georges, y mostrársela al más asiduo y más viejo de los parroquianos, el Marqués de Valcarlos, divertidísimo attaché naval de la Embajada de España. Este pequeño bar era de cuarenta amigos, regentado por un gringo que se estableció en la rue Godot de Maurois; ahí recibían los encargos para las carreras y se bebían los mejores tragos de París, el champagne, el jerez, el oporto y el madera sobre todo; aún recuerdo los sabrosos sandwiches de carne, cordero y jamón muy delgados en cáscaras de pan sin migas, los rollos de sardinas y las tostadas de caviar. La sociedad era bien cosmopolita; tres lores ingleses, Luis Aguiar y nosotros entre los chilenos; los de la Arena, los Iturbe, y los Escalante, entre los mejicanos; los brasileños Ipenema Moreira y De Barros, Ayagüe y Candamo, de los peruanos; Lezica, Alvear, Uzué, Madero, Ancherea y Martínez de Hoz, entre los argentinos; Valcarlos, Villalobar e Irureta

Goyena, españoles; los Cahen d'Anvers y otros muchachos judíos; Saint Marc, Bertrand y Rafaud, entre los franceses; estos dos últimos, los muchachos de más sprit de París. Unos cuantos yanquis completaban el elenco.

Por inadvertencia o quizás por vanidad dejé la revista ahí, y Valcarlos, que almorzaba en casa de los Salamanca, cuya hija Tolita se había casado con Manuel Escandón, se la llevó para entreteneros. Así que como un reguero de pólvora corrió la "copucha", y como no tenían la clave, todos se creían aludidos y me encontré, del día a la mañana, con toda la colonia en contra mía. Sufrí un verdadero boycot que duró hasta la vuelta de vacaciones.

Dos días después, me llamó por teléfono María Luisa Díaz, pidiéndome que fuera a comer con ella y su hermana; estaban solas, pues sus padres habían sido invitados. Por supuesto que era para hablarme del artículo y pedirme la clave de los personajes. Me juró que guardaría el más profundo secreto y que con ello sólo quería descartar a los que no estaban aludidos; me dijo que algunos se adivinaban sin clave; me citó a Eustaquio Escandón, que hablaba muy poco y que llamaba el mudo; de él decía:

*"Le frere ensuite souhaite le bonjour
Ce fut le commencement et la fin de son discours".*

La señora de don Norberto Ossa, socio de don Felipe Díaz, que vivía en el mismo inmueble de la Avenida de l'Alma, una alemana, se reconoció inmediatamente y no lo perdonó jamás; era muy aficionada a los trapos y muy mala lengua.

La pintaba así:

“Une belle a coté dissertait sur la manche,
Le jupon, le corset et le tour de la habche;
Sa bouche, guillotine de tout bon renom,
Avait excecute un regiment de noms,
Ella allait s’acharner sur une autre victime,
Mais il entra du mondeet, selon moi j’estine,
Que cela fut heureux, car ce n’est pas bien beau
De voir un absent qu’on déchire en lambeaux.

Ana Rosa me dijo que también se había reconocido, a pesar de haberle puesto los ojos azules en el párrafo que decía:

“Avec ses yeux de violettes cuites au lait
Elle faisait l’oeil de carpe a un megre balai.
L’amour est capricieux; quelqu’une d’autre a sa place
Devant un tel museau serait restée de glace”.

Si no hubiese roto con don Adolfo Ayagüe, esos versos habrían provocado el rompimiento.

La época se acercaba de trasladarnos a Londres y nos fuimos al hotel Berkley en Picadilly, muy superior al Metropole, donde habíamos estado el año anterior. Los teatros estaban muy buenos y descollaban Irving, Ellen Terry, miss Langtry (the Jersey Lily) y la sueca Letty Lind. La opereta inglesa, con Gilbert y Sullivan, pasaba por un brillante período. The Mikado, Gondoliers, Trial by Jury, Geisha, y últimamente Little Christopher Columbus, y sobre todo, La Belle of New York, con la americana Edna May, gozaban de ruidosos éxitos.

Un día, en el bar de Berkley, me encontré con mi amigo

de las carreras, lord Alfred Douglas, y me dijo que su compañero Oscar Wilde, que se encontraba en el mismo hotel, deseaba conocer a un sudamericano para hablar sobre las posibilidades literarias que había en esos países, y que él había hablado de mí. Me invitó a tomar un cocktail a su departamento. Yo acepté inmediatamente, porque él y los Estetas, discípulos de Ruskin, el cultor de la belleza, estaban de moda en Londres, y el Punch y aún los teatros no hablaban sino de sus extravagancias. Recuerdo haber visto la opereta "Patience", de Gilbert y Sullivan, donde aparecían los Estetas con su traje especial, de chaqueta de terciopelo negro ribeteada, sombrero blanco de anchas alas, calzón corto, zapatos de charol con hebilla de plata, chalina de color llamativo alrededor del pescuezo, llevando una flor grande en el ojal y otra mayor, como un lirio o una cala, en la mano. Cuál no sería mi sorpresa al encontrarlo en su salón del Berkley, elegantemente vestido como nosotros con un lindo clavel amarillo en el ojal. Estaba con él el famoso pintor americano Whistler. El salón, que estaba bien puesto, tenía sobre la mesa un retrato de una señora gorda, firmado "Speranza". Me dijo Douglas después que era de Lady Wilde, su madre.

Oscar Wilde, sonrosado, gordo y afeitado, el pelo un poco largo, no era buenmozo, pero atrayente, conversador admirable y divertido, con una voz melodiosa como la *voix d'or* de Sara Bernhardt; además no sabía decir sino cosas agradables. "Ud. no parece sudamericano —me dijo cuando me vio—. Parece tan inglés como Douglas". Le repliqué que aquello no era raro porque mi padre era descendiente de francés y que corría sangre inglesa por las venas de mi madre.

Me preguntó por las posibilidades literarias que habría en

Sud América. Le repliqué que habiendo salido muy joven de mi país, nada podía decirle, pero si iba a París, podría ponerlo en contacto con nuestro antiguo ministro, don Alberto Blest Gana, que era de los mejores novelistas que teníamos.

Hablamos en seguida de París, que adoraba; de sus amigos Jean Lorrain, Verlaine, que no conocía; de Jean Moréas y Stéphane Mallarmé, a los cuales le dije había sido presentado, y por fin de su gran amiga Sara Bernhardt. Le contesté que no la conocía, sino en las tablas, y que había estado estupenda las dos últimas veces que la había visto, en el papel de doña Sol, de Hernani, y en de Zanetto de la Passant, aquella deliciosa comedia de Francois Coppée. Me confesó que le encantaba Francia; que pensaba escribir allá una tragedia, "Salomé"; que por el momento estaba dedicado a una novela que seguramente levantaría protestas y que se llamaba "El retrato de Dorian Gray", y que más tarde quería abordar la comedia; ya tenía en la mente la preciosa pieza que fue "El abanico de Lady Windermere", un viejo nombre inglés que adoraba. Vivía muy bien. Antes de retirarme, me ofreció, como francés, una botella de champagne Ayala, con sandwiches de caviar y papas fritas acompañados de cigarrillos egipcios Isherwood, con las puntas doradas. Me obsequió un libro con su dedicatoria, "Fairy Tales", que más tarde me robaron. Yo, hasta cierto punto, soy cultor de la belleza y siempre he abogado por ella; lo bello es la esencia de la naturaleza, siempre que no se sobreponga al bien. Aun en la inmigración, los países debieron esforzarse por traer ejemplares hermosos, como se hace con las razas de animales. En Chile no comparten mi manera de pensar, y el arquitecto Doyere tuvo cierta razón al decir: "Ce pays a horreur du beau".

Así concluyó mi entrevista con Wilde, sin sospechar los grandes éxitos y las ruidosas desgracias que iba a recoger pocos años después.

Volvimos temprano a París para preparar mis exámenes de primer año de Leyes, que comenzaban a fines de julio. Es original el sistema de dar los exámenes y la "mise en scène" que los rodea; desde luego, los tres examinadores se presentan en traje de carácter con su birrete y traje bordado de armiño y a los candidatos se les hace revestir, mediante un arriendo de tres francos, de una túnica negra con "rabat" blanco y toca como los abogados. En seguida, en un platillo, traen cuatro números para sortear entre los cuatro candidatos que se presentan a la vez, y de ello depende muchas veces la suerte del examen, pues la comisión pone un tema, y al primer alumno le tocan las nociones generales; al segundo el desarrollo de ellas; el tercero, la profundización de la materia, y al cuarto, lo que queda por decir. Si el primero sabe, la situación de los demás es como la pinto; el ideal sería que los primeros no supieran. Yo tuve la suerte de sacar los números 1 y 2 en los cuatro exámenes, y gracias a ello, salí bien en todos.

Nos apresuramos a volver a Trouville, donde no pudimos conseguir la Ville Normande, pero obtuvimos en cambio la preciosa Villa Montebelle, estilo renacimiento italiano, detrás del hotel Des Roches Noires, con lindos jardines, extensa vista al mar, y rodeada de un bosque de pinos. Tuvimos por alojados a Alberto Mackenna S., y a una preciosa muchacha belga: Suzanne Cretz.

Después de entrar al segundo año de Leyes, la principal distracción era visitar los trabajos de la Exposición Universal, que se abría en la primavera y ver la Tour Eiffel, que acaba-

ban de terminar; grandiosa construcción de fierro de trescientos metros de altura, con un restaurante en el medio. Poco recuerdo de la exposición; Alemania tuvo una gran figuración, a pesar de parecerme sus edificios pesados y de mal gusto. Chile tenía un pabellón bastante discreto, con interesantes secciones del salitre, de la minería y de la agricultura; también había una sección artística con bastante buenos cuadros al lado de algunas grotescas concepciones. Recuerdo la de un aspirante a impresionista, subvencionado por el Estado, que quiso pintar un paisaje al estilo de Ziem. En sus tonos rosados y amarillos, pero con tal ausencia de concepción y de ejecución, que parecía una tortilla de verdura con salsa de camarones.

Fuimos a Niza en enero, como de costumbre y conservo de ese año agradables recuerdos, pues conocí a una de las niñas más encantadoras que me ha sido dado tratar: Isabel Margarita Arlegui. Viajaba con la señora Mercedes Alvarez de Vergara, y se alojaron en el Gran Hotel, el mismo que nosotros. Isabel Margarita, con su frágil silueta, atormentada por el reumatismo y su falta de circulación, que la tenía siempre con las manos coloradas, era una muchacha preciosa y encantadora; tenía una cara de ángel, con sus ojazos verdes y facciones de filigrana; era muy instruida y educada con la reserva e independencia de las niñas de Valparaíso. Nos hicimos muy amigos; por la mañana a menudo la acompañaba a misa; habíamos juntado en el comedor nuestra mesa con la de la señora Mercedes Alvarez, gorda simpática y amenísima, así es que comíamos y almorcábamos juntos. En la tarde tocábamos piano a cuatro manos en nuestro salón; era muy música y yo había progresado bastante con mi profesora, madame Crete. Recuerdo que tocábamos "Les Patineurs", de Wald-

teufel; "El barón gitano", de Strauss, la obertura de "Peter Schmoll" de Weber, las Marchas Militares de Schubert. En la tarde la señora Mercedes nos sacaba en coche, y en la noche no salíamos por su salud y nos quedábamos jugando juegos de prendas con algunos amigos de la colonia chilena. Fue un tiempo delicioso; nos teníamos mutua y profunda simpatía, sin haber jamás cruzado una palabra de amor; pero como todo llega a su fin, ella tuvo que seguir a Italia desde donde me escribió mucho. Nosotros regresamos a París, dejando su recuerdo en mi memoria como un perfume celestial que jamás se ha borrado.

La vida en París estuvo muy animada ese invierno; se perfilaron dos autores dramáticos de primera fila, Edmond Rostand, con su "Cyrane de Bergerac", y Henry Bernstein, con su "Vultur", pieza bastante realista. Este último había nacido en Chile, en Iquique. En Inglaterra, Oscar Wilde publicó "El Retrato de Dorian Gray", con gran éxito y formidables protestas; un poco más tarde llegó a la cumbre del éxito con su comedia "El abanico de Lady Windermere" y "Una mujer sin importancia".

En la "Comedie française", Samary cada día más risueña y atrayente; gocé mucho con el drama de Victor Hugo, Ruy Blas, donde Mounet Sully estuvo admirable; Brandes y Granier surgían, cada uno en su género; el "Chat Noir" se llenaba de dinero.

Pero en medio de tanta alegría, recibí la noticia del compromiso de María Luisa Díaz con Francisco Iturbe, y esto me aplastó; era la primera pena que experimenté en mi vida. A los pocos días María Luisa me llamó por teléfono y me dijo qué fuese a comer con ella, que estaría sola con Ana Rosa,

pues su novio andaba en Londres y sus padres estaban invitados a comer fuera. Fui, y Ana Rosa al llegar comenzó por embromarme preguntándome si le iba a repetir el estribillo:

Me dicen que tú te casas
Así lo dice la gente
El mismo día verá
Tu casamiento y mi muerte.

María Luisa estuvo muy cariñosa, me dio toda clase de explicaciones, diciéndome que nuestros ideales habían sido siempre una quimera, por la diferencia de edad; que se le presentaba un buen partido rico y bien cotizado en la sociedad, donde iba a figurar con brillo, y me agregó: "Debías casarte con Ana Rosa, que fue tu primer amor, pero ahora es más difícil, a pesar de que mis padres te quieren, pero a mi papá le ha entrado la manía de los títulos nobiliarios"; muy a la moda entonces en Europa y Norteamérica, para cimentar la situación social, consiguiendo así que se les abrieran las puertas de las casas más encopetadas. Don Felipe Díaz Erazo, padre de las niñas, era casado con doña Victoria Camaño, de las mejores familias del Ecuador; pero había hecho su fortuna en el ramo de abarrotes; nosotros lo llamábamos "l'Epicier", y cada uno sueña con lo que le hace falta. Yo les dije que títulos no tenía y que si los buscara, mi padre no consentiría en ello. Me gustan esas distinciones cuando son adquiridas por el propio mérito o heredadas directamente de padres a hijos, como sucede en Francia, Inglaterra o Alemania, porque ellos se exhiben por orgullo y no se ostentan por vanidad. En España los títulos pueden adquirirse, a veces por compra, y so-

bre todo por medio de las mujeres, porque ahí no impera la Ley Sálica, y se ven los absurdos más grandes; conocí al hijo de un judío que era Duque de Premio Real.

Como María Luisa insistiera diciéndome que no me preocupara por los gastos, y que por otra parte no quería perder a Ana Rosa, hablé a mi mamá y a ella no le pareció mal la idea de recuperar algunos títulos de su abuelo Aliaga, que tenía el hobby de ellos y había reunido como seis. Felipe Pardo Barreda, su pariente, que estaba con nosotros, dijo que nada era más fácil, pues él acababa de sacar un título de la familia Aliaga, el de Marqués de Fuente Hermosa, previo permiso de su jefe, que accedió a ello diciéndole que el único título del cual no se desprendería, sería el de Conde de San Juan de Luriganche, que era el más antiguo y el que más había figurado en la historia del Perú.

Nos dio Felipe la lista de los títulos por los cuales podíamos optar, y elegimos el de Marqués de Celada de la Fuente, que estando a nombre de mis bisabuelos tenía que pagar menos derechos por conceptos de lanzas y anatas. Nos agregó Felipe que él había hecho un gran servicio a la familia Aliaga, pues hubo que revalidar los títulos que habían caducado, por haber servido la causa patriótica mi bisabuelo Juan de Aliaga y Santa Cruz.

Se pidió a Chile la partida de matrimonio de mi madre en la Iglesia de los Doce Apóstoles de Valparaíso, y la de su nacimiento, todo debidamente legalizado, y al Perú la del matrimonio de mi abuelo Browne, en el Sagrario de Lima, y la del nacimiento de mi abuela Manuela de Aliaga y Calatayud. Cuando tuvimos todas estas piezas e iniciados los trámites en Madrid, le hablé a mi papá. Entonces ardió Troya: me dijo

que era un mentecato, y que sería el hazmerreír de Chile, donde nuestro nombre era conocido y respetado, tratando de cambiarlo por otro, peruano todavía, y obtenido gracias a una abuela insana, por lo cual todo el mundo tenía la más profunda compasión; que jamás permitiría semejante disparate ni el desembolso consiguiente; mi mamá se llevó una parte de la raspa, y a Felipe Pardo le tocó también la cola de las reprimendas. Es de adelantar, por lo demás, que en el fondo yo no pensaba usar el título, sino dejarlo de lado para afianzar la situación en una sociedad que todavía hacía caso a esas debilidades.

Con esto se acabó el marquesado y con él Ana Rosa; ella se casó algunos años después con un grande de España, el Conde Castilleja de Guzmán, que le dilapidó su dote y su herencia, de más de diecisiete millones de francos oro. Vi a Ana Rosa unos treinta años después en París, arruinada y muy enferma del corazón; tuve una pena inmensa y nuestros ojos se llenaron de lágrimas.

Poco después llegó a despedirse, pues partía para Chile (donde debía desempeñar el inútil y patriótico esfuerzo de apaciguar los ánimos ya muy exaltados), nuestro querido amigo el Arzobispo de Santiago don Mariano Casanova, y al oír lo que había pasado, me puso en la dedicatoria de su retrato: “Que no te cases sino con una chilena”.

Descartado todo asunto sentimental, seguí mi vida estudiantil y mundana. En esta última, penetré en el campo judío, y asistí a fiestas suntuosas y entretenidas, donde los Caen d'Anvers, Koenigswarter, Ullmann y Weisweiller. Mucho lujo, mucho sprit, muchos artistas y mujeres bonitas. Ahí conocí más a Reinaldo Hahn, Robert de Flers y Armand de Caillavet,

todos muy de moda. En casa de la madre de este último, Avenue Hoche, vi a Anatole France, la mejor prosa de Francia por aquel entonces, y a los célebres retratistas Bonnat y Carolus Durán, que hacía todos sus modelos "bonitos", lo que le atraía mucha clientela. Asistí también en la sinagoga de la rue de la Victoire, al matrimonio de la linda mademoiselle de Rothschild, con canas a las dieciocho años; se casó con el sportsman Maurice Eprhussi (casaca azul y puntos amarillos), hombre de negocios bastante antipático. La ceremonia nupcial fue curiosa; desde luego todo el mundo conservó su sombrero en la iglesia, y en el momento de efectuar el matrimonio, el oficial quebró una copa de cristal sobre la cabeza de los contrayentes, para demostrar la fragilidad de la vida. Hicieron el primer hotel del Duque de Nemours, en la Avenue du Bois.

Tuve un pololeo con una muchacha mejicana, Isabel de Guzmán, cuya madre "outrageusement" pintada, no podía pronunciar las erres; decía fefocafil, por ferrocarril. El pololeo no duró mucho, porque siendo Isabel agraciada e inteligente, no era tan bonita como mis otras amigas y, como admirador de la doctrina de Ruskin, sentía que sólo el contacto de la belleza se desarrollaba en mí el calor de los sentimientos. Le debo, sin embargo, el servicio de haberme puesto bien con la sociedad sudamericana, tan sentida conmigo después del artículo mío del Chat Noir. En un baile que dieron en su espléndida residencia de la rue Copernic, me hizo bailar el Cotillón con Carlota Escandón, una muchacha con el pelo pintado de rubio como se usaba entonces y que después fue Duquesa de Montellanos. Ella me explicó que su hermano Manuel estaba sentido conmigo, a pesar de que su mujer, Tolita Salamanca,

se reía conmigo cuando me encontraba. Eustaquio, su otro hermano, no me tenía mala voluntad; cierto que de él había dicho muy poco. Ahí conocí dos muchachas interesantes: la española Silvia Xiquena, que fue después Duquesa de Fernan Núñez, la hija del Presidente de Cuba, Gloria de Céspedes.

Por aquella época, llegó el nuevo Ministro de Chile, don Carlos Antúnez, que había hecho en 1865 un viaje a Europa en compañía de don Mariano Casanova y de mi papá; venía con su hermosa esposa, doña Laura Cazotte y su tan bella cuñada doña Rosa Cazotte de Orrego; las niñas Antúnez eran también buenas mozas y su hijo Carlos fue muy amigo mío. Acertado fue este nombramiento del Gobierno de Chile.

Fiestas hubo pocas; un baile de fantasía en casa de la Princesa de León, donde fui disfrazado de payaso. No me entreteve, pues no congeniaba con la nobleza francesa; parece que mirasen en menos a los sudamericanos; además no tienen la hermosura de las niñas de nuestra sociedad ni de la sociedad judía; son más bien feas, se visten y bailan mal, son niñas "prudes y collet monté". Habría dado el espectáculo lamentable de un payaso triste y aburrido, si no me hubiese encontrado, con Patá de Polignac, amiga de las Díaz y mía, que fue más tarde íntima amiga de mi hermana Josefina. Con ella, y con mademoiselle de Bonrepos, de mala fama, y tal vez por eso atrayente y animadora de estas fiestas, se compuso la velada.

Vino por fin el matrimonio, con gran pompa, de María Luisa Díaz, en la Iglesia de San Agustín, en París; estaba radiante. Más tarde, en la casa, Ana Rosa (con quien toda aventura matrimonial había concluido, pero que seguíamos siendo buenos compañeros), viéndome alegre, me dijo: "no creía, Jules, que se te pasaría tan ligero la pena". Yo le res-

pondí: “¿Te acuerdas de Gabrielle, la pieza de Augier, que vimos hace poco en la Comedia, cuando el marido, con su corazón destrozado decía:

*“Je suis le laboureur, assis sur sa charrue
Qui d'un air hébété fredonne una chanson
En regardant le feu devorer sa moisson?”*

En París seguía nuestra agradable existencia; acompañaba a veces a mi papá a la Bolsa y veía a su corredor, Gastón Dreyfus, carrerero y criador, propietario del buen reproducitor Saint Damien. Un día quise especular en pequeña escala y compré Renta Española, papel de moda, que se llamaba Exterieur, en muy pequeña escala. Cual sería mi sorpresa, cuando en la liquidación de la Mala, recibí ocho mil francos. Me explicaron entonces que al tratarse de cuarenta mil francos; no era el capital, sino los intereses o la venta al 4 por ciento, así que había especulado por un millón de francos; el susto fue mayúsculo.

Mi papá era siempre original. Un día, al llegar de Londres, dijo que había convocado a comer a un señor cuyo nombre ignoraba, pero que debía ser bien, por su aspecto y porque lo acompañaba su valet. Dijo que sintiéndose mareado, se había apoderado de su camarote y éste, enfurecido, lo había echado. Tocó la casualidad de que viajaron en el mismo compartimiento en el tren de Calais a París. El inglés, arrepentido, le pidió mil excusas por su comportamiento, y terminaron íntimos amigos, pues tenían muchas vinculaciones con los principales banqueros de Londres, y con el Stock Exchange. Se llamaba Lord Royston, y largos años duraron nuestras relacio-

nes. Otro amigo inglés que teníamos era míster Smithers, el corredor de la casa Rothschild; era un gringo de patillas, muy colorado, que solía venir a alojarse a casa y donde nuestro maitre d'hotel, que conocía sus aficiones, le dejaba sobre el velador una botella de Jerez para que se la bebiera durante la noche. Tuvo la desgracia de perder a su mujer y, para matar la pena, se vino a París de traje gris y guantes colorados, porque, según él, los ingleses no se ponen luto en el Continente.

Otra vez vino a comer a casa un chileno de pocas palabras, pues para sacárselas no sabíamos qué hacer. Mi papá, con mucho interés le preguntó si era casado, y él respondió negativamente. A los diez minutos, volvió a decirle: ¿Ud. me dijo que era casado? No, señor, le replicó el convidado, soy soltero. A los otros diez minutos, volvió a interesarle: ¿Cuántos hijos tiene? Hubo una hilaridad general.

En Londres, ese año, conocimos a don Miguel Grace, el fundador de la Casa Grace, que vivía con gran lujo. Nos convocó a comer; llamó la atención que, terminada la comida, las señoras se retiraran al salón y los caballeros se quedaran de sobremesa en el comedor. Sacaban el mantel, y sobre la mesa de reluciente caoba, se colocaba una montaña de cajas de cigarros puros, una variedad infinita de licores y botellas de muy buen vino tinto y oporto. No existía entonces la moda del whisky, que sólo se usaba como night cup, al acostarse. Cuando el señor Grace vino a París, mi papá me hizo acompañarlo a los baños turcos del Hamman, en la rue Auber.

Ahí encontramos a don Arturo Lyon Santa María, que había de morir poco después de pulmonía, atrapado en un día lluvioso, por haberse regresado a su casa después del baño, en el imperial de un omníbus. El masaje era hecho por ne-

gros, bastante suavemente, pero al final daban una gran palmada, que nosotros creíamos que sería para activar la circulación, pero nos dijeron que sólo era una llamada para decir que habían terminado y que podía pasar otro cliente.

Eugenia Huici, en esa temporada, me invitó a un almuerzo muy interesante en el Club de Polo de Bagatells, con el "Smart Set". Era un almuerzo que se daba a lady Randolph Churchill, americana, de apellido Jerome, esposa del Primer Ministro de Inglaterra, lord Randolph Churchill. Ella era una mujer hermosa, alta, de grandes ojos negros, que pasaba por querida del Rey Eduardo. Ahí conocí a lo más granado de Inglaterra y Francia; a lady Sctherland, a la Princesa de Pless, la Marquesa de Milford Haven, lady Paget, lady Dudley, lady Warwick, las Marquesas de Breteuil y de Gallifet. Había unos cuantos muchachos, y entre ellos uno, un poco menor que yo, que era hijo de la festejada: Winston Churchill. Después tuve ocasión de encontrar una parte del Smart Set, aumentado con unas yanquis estupendas, en una cena en el Ritz, donde reinaba mucho menos estiramiento y tal vez un poco de licencia; a mí me llamaron "Cherubin".

Esto fue el epílogo de mi vida en París, un tanto disipada los últimos meses. Me puse a estudiar y pasé bien mis exámenes de Leyes de tercer año.

VIII

Fui a Berlín con mi papá por asuntos de negocios, y de ahí seguimos a Viena y Dresden. Berlín ya lo conocía; Viena me pareció mucho más alegre, y sus edificios de mejor gusto. En una plaza asistí a un concierto al aire libre, donde el pro-

pio Johan Strauss dirigía sus valses. La ópera es sumtiosa, como los edificios que la rodean; oí cantar en Don Pasquale, al tenor Bertini, que había conocido en Chile. Estábamos alojados en un regular hotel y comíamos en un buen restaurante llamado Sacher. No conocíamos a nadie sino al Ministro de la República Argentina, que fue nuestro compañero habitual. En las tiendas adquirimos artículos de cuero, que son la especialidad de la ciudad, y un abánico de carey rubio con plumas blancas, encargo de mi mamá.

Viena, que reúne belleza, es reputada la segunda ciudad de Europa; se compone de la antigua ciudad, que encierra sus soberbios monumentos: palacios reales, teatros, caballerizas reales. La Biblioteca tiene en su centro una gran plaza donde se levanta la Catedral de San Esteban con su magnífica y única torre gótica. Visitamos también las iglesias de San Agustín, donde está el famoso sepulcro de Cristina de Sajonia, por Cánova, hermoso en su simplicidad, y por fin la Iglesia de los Capuchinos, donde están enterrados todos los Habsburgos, incluso el Duque de Reichstadt. La ciudad, entre tanto, había roto sus viejos muros y traspasado los hermosos bulevares exteriores plantados de tilos y castaños, extendiéndose hacia el Danubio, que no era azul sino amarillo, con sus hermosos jardines que los dueños abrían gustosos a los transeúntes. En ese barrio había terminado sus días el famoso Canciller Metternich.

Visitamos el Beldevere, Schoenbrun, con sus preciosos jardines, pero cuyos departamentos estaban cerrados. Ibamos a menudo al Prater o Bois de Boulogne, donde todo el mundo acudía en las tardes, incluso los príncipes, en carroaje o a caballo.

Poco vi del ejército, un tanto decaído después de las derrotas de Lissa y Custozza, pero pude admirar las magníficas bandas militares, las mejores del mundo. Vi ahí que la marcha favorita era, como en Berlín y Santiago, la del Mariscal Húngaro Radesky. El himno nacional austríaco, bellísimo, es el Tantum Ergo de Haydn.

Proseguimos viaje a Dresden, donde nevaba copiosamente, llamándonos la atención la estación monumental que ahí había; desgraciadamente estábamos en invierno y la naturaleza es tan triste y las flores tan escasas, que no se justificaba el nombre de Florencia del Norte que se le daba.

Sus calles eran anchas y bien trazadas; el hotel bueno, pero desierto, y al entrar a la sala de lectura con poltronas muy altas, como mi papá me dijese que era la primera vez que no se encontraba con un chileno en sus viajes, surgió de un sillón, detrás de un periódico, una figura que dijo: "Aquí estoy yo, don Francisco; soy Frankel, de Valparaíso". De la ciudad sólo guardo un recuerdo: la preciosa estatua desnuda de Adriadne de Canova, para quien posó según dicen, la Princesa Pauline Bonaparte. El museo histórico era también interesante, con recuerdos de don Juan de Austria, Gustavo Adolfo y otros.

Al final del verano de 1890 nos dirigimos al hermosísimo paisaje de Lucerna, con mis tíos Ramón Subercaseaux y Amalia Errázuriz. En Lucerna se habla francés y es protestante; en cambio en otros sectores son católicos, y se habla entre ellos alemán. Llovió mucho al principio. Nuestra diversión era una especie de corte en miniatura que se había formado alrededor de una semi-alteza real italiana, el Conde de Trepani. Mis hermanos les hacían mil bromas, hasta el punto de ponerles co-

litas de papel en sus jacquettes, incluso en la de Su Alteza y monitos de trapo cubiertos de tiza, que, al tocar el traje y al sentarse, dejaban una imagen grotesca. Esto culminó con una broma que le hicimos, que pasó inadvertida, y con la cual gozó al morir mi tío Ramón Subercaseaux. Esta pequeña corte tenía su departamento debajo de nosotros y daba a una terraza sobre el lago. Un día precioso dieron un gran almuerzo al aire libre y colocaron la mesa en la terraza, con profusión de flores y de frutas; entre éstas había un canasto cubierto de cintas y lleno de fresones admirables, enviado probablemente de la frontera francesa. Como el canasto era bastante grande, no encontró colocación en la mesa y lo dejaron, mientras se iban a vestir, frente a una ventana, en el suelo, cerrando la persiana para que no fuese nadie a tropezar con él. Esta circunstancia nos dio la idea de robarnos el canasto, que tenía aro, aprovechando los anzuelos que habíamos comprado para pescar. Efectuamos la operación con toda destreza, y las fresas que eran maravillosas llegaron a nuestro poder; en el almacén compramos azúcar granulada y crema, y nos las comimos saboreándonos de esa delicia y riéndonos de antemano de la confusión que iba a reinar abajo cuando no las encontraran, pues a nadie se le iba a ocurrir que podía haber ascensión de la fruta como la Ascensión del Señor. Con todo cuidado lavamos los platos, botamos los pezones al W. C. y escondimos el canasto para arrojarlo más tarde al lago, bien lejos, cerca del Rhigi Kuhlm. La pelotera que se formó abajo fue indescriptible y demoró como media hora nuestra diversión.

Salíamos a menudo a remar por el lago. Un día encontramos a unas niñas que gritaban desesperadas porque habían perdido un remo y no podían moverse; nos pidieron auxilio y

las remolcamos. Entre ellas había una muy bonita, de ojos noisette con pintitas de oro; cuando desembarcamos, le pregunté cómo se llamaba. —Martsy —me dijo—, y soy la prometida del Barón Baude; Uds. son sudamericanos y les tienen terror porque son semisalvajes—. Andando hacia el hotel pasó una señora que mi tía Amalia Errázuriz conocía y se juntó con ella. Pregunté después a mi tía por esa persona, y me dijo que era una princesa italiana. Aldobrandini, que la lá muchacha era húngara, hija del Príncipe Battyani, fallecido hacía poco, que a la madre, una Esterhazi, no la conocía, pero parecía muy antipática y orgullosa.

A la niña la veía todos los días, nunca acompañada de su madre, pues ella no salía por la mañana. Fuimos intimando poco a poco; era muy romántica, y los días de lluvia pasábamos largas horas leyendo Goethe, Herman y Dorothée, Werther, Egmont, Faust, les Affinities Electives con Otilia. Ese genio de Weimar lo admiraba por su talento, pero no lo encontraba sincero, porque en su romanticismo inspirado, obraba con suma cordura burguesa. Leíamos también una correspondencia amorosa entre Federic Creizter y Catherine de Gundersode, que se estaba publicando en la Revista de Ambos Mundos; en los pasajes más tiernos, se tomaba de mis manos y me las apretaba, reclinando su cabeza sobre mi pecho. Ya roto el hielo, me contó toda su vida; a la muerte de su padre, que como los grandes nobles húngaros había botado la plata por la ventana, manteniendo varios castillos y cacerías, se habían encontrado arruinados. Su madre, mujer autoritaria e intransigente, la quería casar con un marido rico. Se había comprometido, por obedecerla, con un militar francés, cuya madre tenía bastante fortuna, y que era como quince años mayor

que ella. Me dijo que tendría la ocasión de verlo, pues iba a venir por un par de días; que entonces, fingiera no conocerla, pues era muy celoso y podía fracasar la boda.

Dos días después llegó el novio, tipo eminentemente francés, más bajo que ella y bastante mayor, de bigote y con el pelo “taillé en brosse”. Se veía que había matrimonio de conveniencia, pero no de amor. El se quedó dos días y después se fue. Entretanto el tiempo se había compuesto; podíamos, con muchas precauciones, juntarnos afuera; ya se esbozaba un verdadero flirt y cada día me sentía más tomado. Una mañana subimos en un bote y nos fuimos a bogar solos; le dije “*a brûle pourpoint*” que, si necesitaba dinero, ¿por qué no se casaba conmigo? Que yo tal vez, con menos años, le podría dar más plata. Me replicó que desgraciadamente no había para qué pensarla, pues su madre aborrecía a los americanos que consideraba unos parvenus. Me propuso que nos arrancáramos, para obligarla a dar su consentimiento; pero en ese terreno, ya que estábamos lejos de ser mayores de edad, no me pareció la cosa clara, y, desconsolados, nos sepáramos.

Dos días después, con un sol radiante, me llamó y acudí a su cita. Estaba más bonita que nunca, vestida toda de blanco, pero con los nervios casi sin control; llevaba una cuerda gruesa y una cinta larga de moiré blanca. Me hizo subir a un bote y cuando habíamos llegado a una ensenada preciosa, me dijo: “Aquí vamos a sepultar nuestro amor”. Ya que la tierra se niega a hacernos felices el cielo se encargará de darnos la beatitud. Quería que nos ahogáramos en el lago amarrados de la cuerda. Poniendo alrededor de nuestros cuellos la cinta de seda blanca con la siguiente inscripción que había hecho imprimir, copiándola de Bernard Shaw, “Our mystical bethereth

has been written in heaven". La tomé entre mis brazos y traté de calmarla diciéndole que era muy linda y que llevaba un gran nombre, que partidos no le faltarían. Arrojé la cuerda al lago y me guardé la cinta. Así logré calmarla, y debo confesar que a pesar de quererla mucho, no me sentía muy dispuesto a perder "la joie de vivre" . . .

Sin embargo habiendo leído lo peligrosas que son las ideas de suicidio, conté en parte lo sucedido a mi tía Amalia para que por intermedio de su amiga le hiciera saber a su madre, y así debe haber sido pues se marcharon muy temprano al día siguiente sin haber podido despedirme de ella. Años después, como el mundo es tan pequeño, mi cuñado Aquiles Valdés, que tuvo que pasar una temporada en Amiens, los conoció ahí; habitaban un castillo en los alrededores y él atendía a su regimiento que estaba de guarnición en aquella ciudad. Esta fue mi última aventura sentimental antes de la grande, la del matrimonio.

Volvimos a París a principios de octubre, y entré al cuarto año de leyes. Tenía veinte años. Nos vimos mucho en esa época con don Enrique Moller, su señora doña Victoria Toro y su hijo Carlos, pues era muy agradable ir a su casa; se comía muy bien y tenían un magnífico billar. En París, llamaban la atención sus coches y caballos, sobre todo una pareja de rosillos que habían comprado en cuarenta mil francos, suma enorme para aquella época. Sus equipajes eran tan hermosos como los de los Escandón, los Iturbe y los de Jeanne Duparé, una demi mondaine fea que se había conquistado al Conde de Penha Longa, un joven portugués amigo nuestro que recibió la herencia inesperada de un tío que le legó millones que gastaba sin tasa ni medida. Jeanne estaba muy entusias-

mada con mi hermano Fernando, quien le correspondía a su manera, pues en su pieza nunca vi un retrato de la Dulcinea, pero muchas fotografías de maravillosos coches enganchados, coupé, victorias, tilburíes, etc.

Por esa época, comenzaba a inquietarnos la situación de Chile, porque cada día se hacían más tirantes las relaciones entre el Presidente Balmaceda y el Congreso. Se llegaba a hablar hasta de revolución y un día se reunieron en casa de mi tío Ramón Subercaseaux, don Augusto Matte y don Agustín Ross para estudiar la situación e impedir que salieran de los astilleros franceses los cruceros "Pinto" y "Errázuriz", que se estaban construyendo ahí; a mí no me dejaron traslucir nada.

Un poco antes, en octubre, supe que se encontraba en París don Luis Aldunate Carrera, de quien mi padre era amigo y entusiasta admirador, acompañado de toda su familia. Mi papá fue inmediatamente a verlos a una casa (Petit Hotel) que habían tomado en la rue Galilée, donde cayeron los dos esposos gravemente enfermos, él con pulmonía y ella con erisipela. Volvió mi papá entusiasmado, con la hija segunda, llamada Marta, que era el alma de la casa, dijo que era muy bonita y abnegada, que ella los cuidaba y tenía la casa muy bien organizada; desde ese mismo día dijo que quería una mujer así para mí, pues es raro encontrar una perla de esa clase. No la conocí, sin embargo, sino a principios de marzo, pues apenas restablecidos se fueron a Cannes a convalecer y después continuaron viaje a Italia y a Egipto. Pensaban llegar hasta Tierra Santa, cuando los sorprendió la noticia de la revolución y volvieron precipitadamente a Italia.

A principios de diciembre, tuve la dolorosa noticia de la muerte, víctima de fiebre tifoidea, de Jeane Samary, mi buena

amiga, que había encontrado en Trouville, ya casada, en muy buena situación y con hijo. Entretanto, mis hermanos Fernando, Benjamín y Carlos se dedicaban al sport de la bicicleta, muy en boga entonces, donde figuraron con gran éxito en las competencias de esas pruebas en el Velódrome d'Hiver, en compañía de un amigo inseparable, Arturo Lyon Peña, que fue también un as en el ramo. También figuraba el ya conocido y espiritual actor teatral Tristán Bernard. Volví yo a mis tareas deportivas del domingo, dedicándome a las carreras a pie, y habiendo encontrado un handicap favorable, llamado Cuatrocientos Metros de Invierno, lo disputé y lo gané tan estrechamente que hubo una grande y prolongada discusión, en plena nieve, sobre el fallo, cubierto yo únicamente por una camiseta y calzón corto. Todavía conservo una preciosa campanilla de plata antigua, que era el premio. No sé si por efecto del frío o por haber epidemia reinante, también cogí el 1º de enero una fiebre tifoidea que se inició con un horrible dolor de cabeza. Recuerdo que estaba comiendo en casa de mi tío Ramón. Por lo demás con los mismos síntomas comenzaron las tres enfermedades de mi vida: la alfombrilla, la tifoidea y la escarlatina.

A pesar de estar atendido por el célebre profesor Hardy, sólo a los diez días dieron con la enfermedad que, felizmente, fue tan suave que a fines del mes ya estaba restablecido; me habían aislado sin embargo completamente y sólo mi valet Pierre Princeteau y los diarios, me tenían al corriente de lo que pasaba. Supe sin embargo que el 7 de enero se había sublevado la escuadra en Valparaíso y había estallado la revolución en Chile.

Con escasísimas noticias y mucha preocupación, nos fui-

mos a Niza a principios de febrero, en pleno carnaval. ¡Qué deliciosa la convalecencia! Todo me llenaba de contento; el aire que respiraba, los paisajes que veía, cualquier manifestación de la vida que tanto adoraba; no digo nada del apetito; en el desayuno, me tomaba tres tazas de café con leche y media docena de Croissants con mantequilla.

En esas condiciones me repuse muy pronto, y luego comenzaron las fiestas y los convites. Recuerdo una comida que daban los Príncipes de Lubomirski, creo que en el "Cercle de la Méditerranée", y a la cual asistí. Ahí conocí al célebre guitarrista Manjon, que tocó acompañándolo al piano su esposa. Quién hubiera creído que más tarde iba a estar relacionado con nuestra familia, pues su hija, que era muy interesante y habilísima casó con mi primo Alberto Mackenna Subercaseaux; a mis viejos enamorados: Lord X y compañera los volví a encontrar, más felices que nunca.

A fines de febrero, nos dirigimos a Roma con Guillermo Subercaseaux, l'Abbé Maries y mi tío Ramón; no fue mi tía Amalia Errázuriz porque tuvo que quedarse en París cuidando a su hija Emilianita (la Pi) que era una monada y que perdieron después de tres años de sufrimientos, debido a un ataque cerebral que la dejó ciega. Guillermo era un excelente compañero y un pésimo turista, porque nada le interesaba. Mi tío Ramón fue nuestro Cicerone, y así pudimos gozar de todas las bellezas paganas y religiosas de Roma; también nos sirvió mucho nuestro cónsul Rodríguez, el hombre más atento que he conocido.

Mi papá compró objetos de arte y mi mamá preciosos rosarios de oro, amatista, topacios y concha de perla. El hotel

“Alberto di Roma”, era malo; aún no se habían construido los famosos “Palaces”.

San Pedro, el Vaticano, donde por sus bustos, Octavio Augusto parecía muy buenmozo y Julio César muy feo, San Juan de Letrán, donde esta la “Pietá” inspirada por Bernini, Santa María Maggiore me encantaron; también San Pablo extramuros a pesar de parecer un salón, con profusión de malaquita verde y otros mármoles. San Juan de Letrán, con su hermoso piso de mosaico que data del tiempo de Constantino, es la iglesia episcopal, pues el Papa es también Obispo de Roma. Ahí están las cabezas de San Pedro y de San Juan y encerrada en un armario de plata la cubierta en cedro del Líbano de la mesa donde Nuestro Señor instituyó la Eucaristía. Vimos también la iglesia de Santa Cecilia, que era su casa y donde está sepultada, y la de “Gesú” de orden jesuítico, muy hermoso donde está enterrado San Ignacio de Loyola; visitamos asimismo la Sala Santa que había que subir de rodillas y donde se había pensado colocar al principio la escala del palacio de Poncio Pilatos.

No acabaré nunca relatando las bellezas que visitamos. San Pedro es tan imponente que las pilas de agua bendita que de lejos parecen bandejas, están sostenidas por ángeles del tamaño de un hombre. De los pintores el recuerdo más imperecedero es el de Miguel Angel y de Rafael, el Juicio Final en la Capilla Sixtina y la Transfiguración, ambos en el Vaticano.

De las ruinas paganas, sólo recuerdo el recinto del Foro, la Vía Appia, con sus tumbas, el Coliseo y las termas de Caracalla; de lo moderno, admiramos el Pincio, la Villa Borghese, la Villa Médicis, y la Doria en el Janículo, otra de las siete colinas de Roma.

Regresamos a París y en el trayecto se impuso el acontecimiento más trascendental de mi vida: en una estación había subido al tren la familia Aldunate que viajaba también por Italia y venían de Florencia; como estaba ya oscuro y subieron a otro carro, no nos dimos cuenta de lo acontecido. Al llegar a Pisa, el carro donde ellos iban sufrió un desperfecto y tuvieron que trasladarse al nuestro, mientras les enganchaban otro carro en la próxima estación. Mi papá con su vista de lince, en cuanto los divisó se los llevó a nuestro compartimiento del Wagon lit; en uno de ellos se instalaron los grandes y en el otro los jóvenes. Conversamos alegremente y cambiamos nuestras impresiones sobre el viaje, pues eran muy inteligentes; Rosa, la mayor llevaba el pandero con Lucho, su hermana Adriana era la más chiquita; María llena de vida llenaba el carro con sus estridentes risotadas; en cuanto a Marta, sobre la cual fijé mis ojos inmediatamente, por lo que le había oído a mi papá, era la más reservada, aunque noté que se expresaba y pronunciaba admirablemente; era muy rubia, de pelo delgado, blond Cendré y con el lindo colorido de las razas sajonas que había heredado de su padre. Los ojos eran azules, enormes y bailarines con pestañas espesas y largas y cejas pobladas; las facciones eran perfectas; alta, extremadamente delgada; pesaba 47 kilos y no representaba más de quince años, a pesar de tener 17, cuatro años menor que yo; noté que sus padres se fijaron en mí y me llamaron al otro compartimiento para conversar conmigo sobre mis estudios; a mi futuro suegro le complació mucho saber que estaba en cuarto año de leyes y que hablaba tan bien nuestro idioma. A las once, llegamos a una estación donde un carro esperaba a los viajeros y nos despedimos. La niña me había hecho una pro-

funda impresión, la misma de mi papá, que compartió mi mamá.

Pasaron cerca de quince días sin que nos volviéramos a ver, hasta que un día llegaron a almorzar a casa. Por razones de estrategia o de protocolo, me colocaron al lado de la hija mayor, Rosita, que era muy agradable, pero como no cesaba de contemplar a Marta, veía que solía mirarme de reojo; ella tenía muy buena vista y yo era miope, pero el monóculo me ayudaba. Después de almuerzo, pude conversar un rato con ella y logré darle cierta confianza simpática conmigo; vi que se avenía muy bien con mi hermana Josefina. Pasó cerca de otro mes sin volvemos a ver; la revolución preocupaba a todos los espíritus y la Junta de París me utilizó varias veces para escribir cartas y notas al abogado Waldeck Rousseau y al Ministro Rouvier, para impedir que salieran para Chile los cruceros "Presidente Pinto" y "Presidente Errázuriz" que se encontraban en el Havre; por una coincidencia singular, desbaraté una operación importante de los balmacedistas. Comiendo en casa del barón d'Erlanger, me sentaron en la mesa al lado de la hija y secretaria del Ministro de Grecia en París, Mlle. Delvannis, muchacha muy interesante, que se suicidó después, no sé por qué. Sabiendo que era chileno, me contó que el Ministro de Chile había ido esa mañana a ver a su padre, acompañado de dos caballeros, para comprar, por intermedio de Grecia, el acorazado ruso "Retvisan". Yo di cuenta inmediatamente a don Augusto Matte y logré desbaratar la adquisición.

Nuestras relaciones con nuestro Ministro Antúnez y las de las Aldunate, que militábamos en campo opuesto al de él, no se habían cortado, pues desde lejos hay menos animosidad.

Un día convidaron a nuestras dos familias a comer y tuve el agrado de ver que me sentaban al lado de Marta y sin ninguna repugnancia de ella; tenía más confianza conmigo y aun aceptaba las bromas que le hacían sus hermanas. Esta casa tan hospitalaria fue el cuartel general de nuestro pololeo, pues nos invitaban muy a menudo. Marta había engordado un poco lo que le sentaba muy bien. A los pocos días comieron en casa y esta vez nos sentaron juntos; después fuimos a ver un ballet muy bonito, "L'Enfant Prodigue", de Wormser con la popular Felicia Mallet; durante la comida noté que mis padres y mis suegros nos miraban con satisfacción y que Marta intimaba cada día más con Josefina, mi hermana y comenzaba a preocuparse de la toilette. El resultado no se hizo esperar, pues mi suegro, que era aficionado a la hípica, llevó a toda la familia al Grand Prix de París en Longchamps; la moda había metamorfoseado a Marta y cuando la vi con su capota de bridales blancas era lo más lindo que se puede imaginar. Ella comprendió el efecto producido, se puso muy alegre y consintió en ir sola conmigo a ver los caballos y apostar. Desde ese momento, tomé la resolución de casarme con ella y se inició la corte en regla. Esa misma noche comí en el hotel Terminus, donde ellos vivían y que recién se había estrenado; estaban don Manuel Bulnes, que también vivía ahí, y la señora Elena Calvo de Bulnes, que me hizo tercio muchísimo tiempo; también vivían ahí Javier Gendarillas y un medio hermano de don Luis, don Vicente Aldunate, llamado por nosotros "l'Homme Brique" a causa de lo encendido de su rostro. Poco después fuimos a ver "Miss Helyette" al teatro des Bouffes Parisiens; ahí, en un entreacto, pronuncié la primera palabra de amor: "Martita linda je vous aime", ella se puso colorada

como grana, pero no dijo nada; mi hermana Teresa me oyó y se lo contó a mis futuras cuñadas que comenzaron a embromarla.

Para conocernos más, convinieron nuestros padres que fuera yo con ellos a un lugar de aguas en los Pirineos llamado "Eaux Bonnes" donde se curaban las afecciones del pecho y de la garganta, a las cuales mi suegro era propenso. Nos acompañaba un primo de ella un muchacho buenmozo y excelente compañero, Alfredo Waugh, hijo de doña Rosa Aldunate Carrera. Mi familia, entretanto, se había ido a Trouville a la Villa Montebello.

Eaux Bonnes es un lugar bastante árido, en plena montaña con un casino pésimo. El rocambor era nuestra principal entretenición pues las excursiones eran limitadas por lo quebrado del terreno. Ahí tuve ocasión de conocer a mis suegros. Don Luis, con gran facha aristocrática, era muy agradable, conservador hors ligne; mi suegra, tipo de la gran dama antigua chilena, y se veía que entre ambos habían logrado formar una familia de sólidos principios y sentimientos del deber. Marta siempre muy dije, pero muy correcta; jamás me permitió, a pesar de que me quería, la menor familiaridad; noté también que Rosita, mi cuñada tenía cierta envidia y me quería hacer creer que nada sabía de las impresiones de Marta, pues a ninguna de ellas le había hecho confidencias.

Terminada la temporada de 21 días, volvimos a París, sabedores ya del triunfo de la revolución en Concón y Placilla, deplorando sí, la división de la familia, especialmente la nuestra. Felizmente tanto la familia Aldunate como la nuestra habíamos actuado lejos de los acontecimientos; y por eso el dieciocho de septiembre la familia del Ministro de Chile, don Car-

los Antúnez, nos convidó a comer a su casa. Como la noche estaba muy linda, regresamos a pie, tomando Marta y yo la delantera; le pregunté entonces si se quería casar conmigo y me dijo que sí y con toda su alma; estábamos tan absortos en la conversación y nos habíamos adelantado tanto del grupo, que nos extraviámos por un buen rato. Ironías del destino: esa misma noche el Presidente Balmaceda se suicidaba, al terminar su período.

En el quinto cielo, conté a mis padres la buena nueva de nuestro compromiso, quienes, llenos de júbilo, me sacaron un precioso anillo de dos enormes diamantes, uno amarillo y otro blanco que habían adquirido poco antes en el remate de las joyas de la Corona de Tullerías y que en previsión de lo que iba a suceder, habían mandado engastar. En su apuro, mi papá quería que ese mismo día pidiéramos su mano, pero mi mamá más protocolar, hizo que se aplazara la visita hasta la semana siguiente; creo, sin embargo, que mi papá por su cuenta la pidió ese mismo día.

El día convenido para la visita de vista, fui muy elegante de levita negra y gardenia en el ojal; le entregué el anillo que la dejó deslumbrada.

Dos días después, hubo una gran comida en casa y tocó la mala suerte que habiéndose quitado el anillo para bailar, lo puso después encima del guante y se le perdió en el carroaje al volver al hotel. Su desesperación fue indescriptible y cayó a la cama, pero mi papá a los pocos días pudo encontrar dos piedras parecidas, aunque inferiores, y el mal se reparó. Entre tanto, yo gozaba de una verdadera luna de miel; comía en el Hotel Terminus y ella almorzaba en casa. Exigió, sin embargo, que entrara al quinto año de leyes, pues dijo que si nos

quedábamos algún tiempo en París o volvíamos a él, tenía que recibirme de abogado. Ya comenzamos a hablar de los preparativos de la boda y se presentaron pequeños conflictos, pues mis padres hubiesen querido que nos casáramos en París y mi suegro deseaba que la boda de su primera hija se efectuara en Chile. Se llegó a una transacción y se convino que iríamos a Chile en febrero para casarnos y que volveríamos a París a pasar la Luna de Miel. Ellos tenían que irse a fines de noviembre, así es que la separación iba a ser de cuatro meses, pero la pena estaba mitigada con la idea de que íbamos a pasar una Luna de Miel ideal en París, a juzgar por los primeros prepartivos; en efecto, mi papá nos llevó donde el Carrrocero Rose y nos mandó a hacer dos coches, una monada de coupé y una victoria; compramos donde Hermes los arneses: nos mandamos hacer las libreas y los botones con el "Crest" donde Sutton, elegimos librea negra con botones plateados y botas; los coches eran verde aceituna con el centro de las ruedas color naranja. Yo los fui a despedir a Burdeos, antes de partir me dio su retrato y me pidió el mío, haciéndome prometer que le escribiría una vez por semana y que ella haría lo mismo. Me agregó que la antigua sirviente de casa, la Carmen Ramírez se iba a quedar con nosotros y así lo hizo hasta su muerte esta mujer admirable, que tuve ocasión de conocer entonces, pues andaba con ella.

Para muchos, estas reminiscencias serán un poco insípidas, pues les falta la sal de la política que tanto aprecian en mi país, pero hay que advertir que pertenecía a una colonia extranjera, fui educado en un colegio antirrepublicano y casi todos mis amigos eran ajenos al régimen imperante. Jamás se hablaba del Gobierno y de la cosa pública cuyos miembros no

frecuentaban los salones legitimistas. De vez en cuando se solía encontrar a algún militar, que eran en su mayoría derechistas, y si llegaba algún Ministro a ese círculo, se le admitía sin su mujer y él parecía cohibido en ese mundo nuevo para él; felizmente en el círculo judío, financiero y diplomático, logré conocer algunos personajes de la Tercera República, pero sin alternar con ellos. Existía por lo demás en Francia una paz octaviana con el bienestar consiguiente y se tomaba tan poco a lo serio los poderes constituidos que un día del Gran Prix de París, un “Camelot du Roy” hundió hasta las orejas de un puñetazo el sombrero de pelo del Presidente Loubet que asistía a las carreras. Su antecesor, M. Carnot, que llevaba un nombre republicano ilustre, había caído en el ridículo, gracias al lápiz de Caran d’Ache, Grevy, figura de actuación en la 3.^a República, se había desprestigiado por su “entourage”. Sólo quedaba en pie, el Mariscal Mac Mahon, más por el recuerdo de General de la guerra de Crimea que por ser derechista, Duque de Magenta. Thiers había muerto y esa era una figura superior, apreciada por la Francia entera y en estrecha vinculación con los republicanos y los orleanistas.

Por eso me interesé tan poco por la cosa pública y jamás busqué un puesto en la administración de mi país. Si hubiera sido educado en Inglaterra en la escuela de Pitt y de Sir Robert Peel, habría sucedido lo contrario. Por lo demás en el régimen democrático son muchos los políticos que medran y pocos los que pasan a la posteridad.

Y aquí termina la segunda etapa de mi vida, época de oro y grana que yo llamo “Mi adolescencia feliz”, la que a todos deseo y reviviría con intenso placer.

CAPITULO TERCERO

JUVENTUD DORADA

I

Con la partida de Marta me entregué al estudio, asistiendo asiduamente a la Escuela de Derecho como lo había prometido. Puse al mismo tiempo el mayor interés por ayudar a mi padre en sus negocios, quien me había prometido la Gerencia del Banco en cuanto viera que estaba capacitado para ello. Yo ignoraba por completo las responsabilidades que significaría dentro de poco mi nuevo estado.

La sociedad no me atraía y sólo soñaba con mi prometida. Ansioso esperaba cada una de sus cartas y con no menos impaciencia aguardaba la fecha de mi partida, que habíamos fijado para el 15 de enero de 1892.

Para satisfacer mis inquietudes espirituales y artísticas, quise completar mis conocimientos de arquitectura, ramo que me fascinaba y que hubiera seguido gustoso de haber poseído aptitudes para el dibujo. Con este fin me suscribí a las principales publicaciones del ramo. Incluso conseguí que me diera algunas lecciones el famoso arquitecto Bernier, que había cons-

truido recientemente en París la Ópera Cómica, destruida años más tarde por un voraz incendio.

Le dije que no pensaba estudiar arquitectura, pero sí deseaba adquirir algunas nociones generales de dibujo lineal, al mismo tiempo que conocer los estilos clásicos, Renacimiento y Rococó, incluso Imperio y Directorio, sin exceptuar su decoración, amoblados y fachadas de palacios, casas particulares y departamentos de lujo.

Felizmente el buen gusto había logrado reimponerse, de la amenaza del Art Nouveau, abandonando aquellos mama-rachos que subsistían de la Tercera República, que alcanzaban hasta el grotesco vestido de las damas con sus “strapontins”, “pouffs” y “manches à gigot”, y en los amoblados, donde imperaba una profusión de “peluches”, sedas, “velours” de Génés, cornisas y ornamentos del peor gusto.

Las lecciones de Bernier me fueron por demás provechosas, ya que por intermedio suyo llegué a conocer a los pintores amigos que habían decorado la Ópera Cómica. Aún recuerdo sus apellidos: Collin, Olivier, Messon y otros.

Eso conocimientos me fueron muy útiles más tarde, cuando con Marta pusimos en ejecución numerosos edificios, en los cuales ella me asesoraba divinamente, pues hasta en ese terreno coincidían nuestros gustos y aficiones, en los que me aven-tajaba con su notable facilidad para el dibujo.

Por aquellos años, puede decirse que en Chile no había arquitectos; la mayoría de las construcciones corrían a cargo de los ingenieros, quienes buscaban la ciencia de la solidez y no la belleza del arte, por cuyo motivo se construía en forma tan sólida como horrorosa.

Luego viajamos a Madrid, donde los hoteles eran pésimos

y los trenes muy demorosos. Estábamos en invierno. El país nos pareció muy diverso a Francia y demasiado monótono. Fuimos huéspedes del “Hotel de Roma”, francamente malo. Allí vivía una amiga nuestra, doña Manuela Real de Azúa que se condujo muy gentilmente poniendo a nuestra disposición su carruaje. (Es de advertir que mi abuelo Ramón Subercaseaux, alcanzó a estar casado dos meses, en sus primeras nupcias con una Real de Azúa). Visitamos también algunos parientes de mi madre; los Sierra Bullones, los Osma y algunos alegres amigos de mi padre entre ellos, Don Braulio Fernández y su esposa Amalia Vicuña.

Por mi parte y felizmente, encontré a mi amigo Monsalud, que por las tardes me llevaba a las “tandas” de zarzuela que eran divertidísimas. Juntos visitamos el Museo del Prado, el Paseo de la Castellana, el Retiro y la Calle de Alcalá, todo muy a prisa por lo breve de nuestra estada.

En todo caso, es un reducido conjunto de recuerdos simpáticos. Por las mañanas me deleitaba paladeando algún magnífico jerez o una sabrosa manzanilla. Las horas difieren allí tremadamente. La gente se levanta muy tarde. Se almuerza después de las tres y se come cerca de las 22 horas. Hay oficinas públicas que conceden audiencia y funcionan a las 2 de la mañana.

Seguimos viaje a Lisboa. Nada recuerdo de la ciudad, situada en una escarpada ribera del Tajo, de aguas muy turbias. Me impresionó y recuerdo el magnífico convento de los Jerónimos y el hotel en que nos hospedamos, “El Central”, donde tuvimos en suerte encontrar a un buen amigo nuestro, Don Patricio Lynch, que a la sazón era Ministro en España y Portugal.

A bordo del "Iberia", encontramos al pintor señor De la Fuente, a don Emilio D'Elanger, al abuelo de Raby, el señor Watson, magnífico compañero. Ni una sola mujer. Letra o Prado.

Así tuve que intimar con los oficiales que a poco me invitaron a un team de cricket disputándoles una copa a los negros de la Isla de Cabo Verde, a los cuales ganamos buena-mente. Allí tuvimos noticia, que en Brasil había una gran epidemia de fiebre amarilla, por cuyo motivo no podríamos desembarcar en ninguno de sus puertos, teniendo que hacer cuarentena en todas partes.

A pesar del descrédito de las comidas de los barcos ingleses a mí no me desagradaba en absoluto; muy al contrario, comía gustoso su jamón, el corned-beef, las sardinas, los herrings y los bloaters ahumados, el irish-stew y los roast-beef, acompañados de un buen vino de Madera o Sidra. Las galletas Hun-tley y Palmers me bastaban como también sus quesos; roquefort, cheddar, gorgonzola, etc.

En efecto, en Río no pudimos desembarcar a causa de la fiebre amarilla, limitándonos a admirar la maravillosa bahía. Llegamos a Montevideo, donde se nos impidió bajar por miedo al contagio. Allí tuve la grata sorpresa de encontrarme con correspondencia de Chile, nada menos que cuatro cartas de Marta, más una de mi abuela, y dos de mis cuñados. Ellas me hicieron sentir la proximidad de mis seres queridos.

Y siguió nuestro largo navegar hasta el Estrecho. Allí pisamos tierra chilena apreciando los notables progresos de aquella austral ciudad de Punta Arenas. Sin mayores dificultades navegamos a través de los canales llegando a Coronel a principios del mes de marzo. Allí amanecimos un día. Mu-

cha gente alcanzó a bajar a tierra, y cuál no sería nuestra sorpresa cuando más tarde llegó la notificación sanitaria poniéndonos en cuarentena, proporcionándome una mala idea de la organización de mi país.

Coronel era un pueblo muy árido, el muelle horrible y sus calles polvorrientas y sin aceras. El puerto sembrado de lanchas cargadas de carbón conducidas por hombres feos, harapientos pero simpáticos.

No tardaron en llegar los amigos de mi padre, que iban a recibirnos para acompañarnos hasta Valparaíso. Encabezaba la comitiva don Teodoro Sánchez, Mr. Hargrave, Rafael Bascuñán, Adelsdorfer, Schmidt Ern, Laurox Barros, Miguel Morel, Bittencourt, Oliván, don Gaspar de la Carrera y no sé cuántos más.

Sin embargo, pese a la gran alegría que nos producían aquellos encuentros, tuvimos la triste noticia de la enfermedad de mi tío Melchor Concha, cuya ausencia no había dejado de extrañarnos. Me llamó la atención lo muy extenuado que estaba don Teodoro Sánchez a quien había conocido exuberante de vida. Poco tiempo después debíamos lamentar la perdida de ambos, que eran al mismo tiempo las personas de mayor confianza de mi padre y quienes más a fondo conocían sus negocios. Incluso en muchos aspectos mejor que él mismo.

Los más jóvenes del grupo eran Julio Bittencourt, subgerente de nuestra sucursal en Valparaíso, y Erlanger, quienes congeniaron de inmediato conmigo. Por ellos supe, que aún no se extinguían los odios entre congresales y balmacedistas. Incluso nuestra propia familia se encontraba dividida en ambos bandos.

Por cartas y telegramas de Marta supe que me esperaba

en Ocoa, en el fundo de doña Dolores Valdés, su abuela, donde veraneaban. Llegamos a Valparaíso al día subsiguiente, no pudiendo seguir de inmediato porque el expreso no se detenía en aquella estación.

Aquella noche me hospedé en casa de mi abuela Magdalena Vicuña. Lucho Ossa y mi compañero de colegio Ramón Eyzaguirre Herzl, se hicieron cargo de mí festejándome en la mejor forma. En todas partes y sobre todo se bebía bitter batido y champañita (una bebida con pisco, granadina y bitter) y helados de limón y piña.

Mi padre con Schmidt Ern pasó todo el día en el Banco imponiéndose de sus funciones; se mostró satisfecho de la marcha de los negocios y me comunicó que veía grandes y favorables operaciones próximas a realizar.

Esa noche, toda el ala opositora de la familia comió en casa de mi abuela. Me avine muy bien con Joaquín Prieto y con los Concha, que han sido los amigos de toda mi vida; ellos me ayudaron en la mejor forma para no marearme y sentirme trasplantado entre tanta gente apenas conocida.

Al día siguiente me fui a Ocoa. Llegué a la hacienda casi al mediodía. Los primeros en salir a recibirme fueron mi cuñada Rosita y un amigo de muy buena figura que le hacía la corte. Este me dijo: "A su novia la va a encontrar seguramente en su pieza mirando su retrato".

Marta salió a mi encuentro sencilla como siempre y radiante de felicidad. Me abrazó, lamentando mucho que mi madre no hubiera podido venirse con nosotros y presenciar nuestra boda. Luego me condujo al que sería mi cuarto, arreglado primorosamente por ella. Nada había sido omitido, ni el más insignificante detalle, lo que me hizo intuir la espléndida

da dueña de casa que llegaría a ser. A pesar de su gran cariño, durante todo nuestro noviazgo no me permitió ni un solo beso, diciéndome que no era correcto y que después de la bendición, quedaría tiempo de sobra para resarcirse de aquella privación y negativa.

Sus hermanas, en especial María que con sus risotadas alegraba la casa la volvía loca con sus bromas durante todo el almuerzo. Le inventaron mil cuentos e historietas para hacerla dudar de mí. Sin embargo, ella contestaba con la más absoluta serenidad aquellas chanzas, sin que por un momento llegara a dudar de mi cariño. No dejó de sorprenderme el aplomo y desenvoltura que había adquirido, incluso ante extraños, ya que entre los comensales había personas que no eran de la familia, entre ellos el pololo de Rosa, que era nada menos que Arturo Alessandri Palma.

Entre otras cosas, Marta me dijo que había visto varias veces a mi abuelita Magdalena, quien la había regaloneado mucho, al saber que era mi prometida. Por la tarde salimos a caballo. Me dieron uno muy bueno, pero con aperos chilenos. Mi falta de costumbre y mi ignorancia del freno criollo hizo que la bestia se me desbocara. Marta con gran destreza corrió tras de mí y logró detener al animal. Fue una proeza de la que siempre estuve muy ufana y recordó infinitas veces a lo largo de los años.

La hacienda me pareció muy triste, con largas alamedas polvorrientas, abundancia de palmeras y el imponente cerro de la Campana. Había un jardín mal tenido y peor diseñado. Noté la diferencia y advertí la humedad permanente de los campos de Europa. Las casas eran de madera y muy amplias,

cómodas y bien mantenidas con muebles y camas confortables y elegantes.

La dueña del fundo y mis suegros tenían para mí toda clase de atenciones. Fui a Santiago por un par de días para regresar nuevamente a Ocoa y marcharnos juntos, como que estábamos a fines de marzo al término de la temporada veraniega.

Mi suegro acababa de comprar una casa en calle Huérfanos esquina de San Martín, antigua propiedad de mi tía Manuela Subercaseaux, en la cuál ellos se instalarían en los altos reservándonos los bajos a nosotros. Entretanto arrendó en la calle Dieciocho, los altos de la casa de doña Tránsito Flores de Echaurren, suegra de su cuñado don Rafael Echeverría.

En aquella casa transcurrió todo mi noviazgo. Marta quería que comiese con ellos todos los días y yo abusaba en tal forma de su deseo, que la mayor parte del tiempo llegaba desde la hora del desayuno.

Mi abuela, a quien íbamos a visitar todas las tardes, nos dejaba a almorcazar una vez por semana. Allí me hospedaba yo en un salón junto a las habitaciones de mis primas Inés y Julia Larraín Subercaseaux.

En aquella permanencia en el país, vi muy poco a mis antiguos condiscípulos y amigos, divididos casi todos por odios políticos que yo estaba lejos de sentir. Además mi felicidad era demasiado grande y me substraía de cualquier otra preocupación.

Diariamente me quedaba hasta la media noche en casa de mis suegros. Eran tertulias en las que bebíamos cerveza o aloeja con tortitas empolvadas que mandábamos comprar en las cercanías, allí en la misma calle, donde la famosa Antonia Tapia. Las charlas eran por demás entretenidas, ya que los con-

tertulios eran personas cultísimas e inteligentes. No siempre solíamos ir al Teatro Dieciocho —a un paso de la casa—, en la que trabajaba una Compañía Española con repertorio de José Echegaray, Benavente y los hermanos Alvarez Quinteros. La mayoría de las veces, regresaba a casa acompañado de Don Diego Armstrong, suegro de Don Pancho Ossa, muy agradable compañero. Otras veces pasaba a recoger a mi primo y colega de la Cenicienta, Enrique Morandé Vicuña, novio de Sara Campino con quien casó y de quien con Marta fuimos muy amigos:

Por ese entonces acaeció el deceso de don Teodoro Sánchez. Las honras fúnebres fueron suntuosas. Se realizaron en la capilla del Sagrario con numerosa y distinguida concurrencia. Me llamó la atención ver en la iglesia una gran orquesta, a diferencia de Francia, donde sólo se escucha el órgano. El “Liberame” se oyó atronador de impresionante en su grandeza.

Por orden de mi padre, yo iba todos los días al Banco a fin de ponerme cuanto antes al tanto de la marcha de los importantes negocios que allí se realizaban. Mi instructor fue don Gaspar de la Carrera que estaba en la institución desde su fundación misma (1869) y que junto a mi tío Melchor y don Teodoro Sánchez eran los mentores de mi padre.

En una oportunidad, don Gaspar me llevó a las bóvedas del Banco, al mismo tiempo que me abrazaba y decía sonriente: “¡Estamos salvados!... ya pasó el temporal”. Luego me contó que de un tiempo a esa parte se habían descubierto irregularidades, que databan desde 1899, debido en parte a desgraciadas especulaciones mineras, que ascendían a un monto aproximado a las treinta mil libras esterlinas. El viaje de

mi padre con motivo de mi matrimonio había sido providencial, pues ya algo había trascendido al público, produciéndose tal retiro de depósitos que casi hicieron tambalear a la institución. Felizmente gracias al abnegado concurso del Banco Nacional de Chile y las casas inglesas de Valparaíso se había podido evitar el desastre, reduciendo las pérdidas de 600.000 a 400.000.

Hablé con mi padre respecto a la conversación sostenida con don Gaspar. El me confirmó cuanto me había dicho aquél, agregándome al mismo tiempo que el banco estaba mejor que nunca, pues, acababa de finiquitar dos magníficos negocios con Valparaíso; el uno era la compra al Banco Edwards, de la escritura Délano Schwager, que ya con la baja del cambio significaba 200.000 de utilidad y la otra, la agencia de las oficinas salitreras Sloman, que hacían con Folsch y Martín, Perffeti y Agua Santa un buen lote de clientes salitreros, que convertían a nuestro Banco Mobiliario en el Banco Salitrero de Chile, ya que el Banco Tarapacá era de los ingleses.

Como es de esperar; así como habían trascendido al público las dificultades internas de nuestra casa, igualmente se hizo pública la buena situación financiera, y la opinión pública versátil siempre hizo afluir nuevamente los depósitos, creándose una nueva clientela que quitó a la institución todo tinte balmacedista, llegando a transformarse en un verdadero club, ya que en sus oficinas volvieron a reunirse gentes de ambos bandos, tales como don José María Balmaceda, Lauro Barros, don Carlos y don Joaquín Walker Martínez, los Concha, mi tío Nemesio Vicuña, Guillermo y Juan Mackenna, los Bulnes, los Matte, don Gregorio Donoso, mi tío Antonio Subercaseaux, don Marcelo Salas y los Vial.

Una de nuestras primeras visitas fue conocer la hacienda “Las Majadas” de Pirque y ver a nuestro nuevo arrendatario don Manuel Jesús Carvajal, que en Aconcagua había implantado con gran éxito la industria del pasto aprensado.

Lo encontramos todo instalado admirablemente. El fundo estaba muy bien tenido y montado a lo yankee. Durante el almuerzo que fue magnífico se hizo segar un potrero con toda rapidez. Luego visitamos nuestro parque, que el viejo Domingo Soto tenía maravillosamente cuidado. La casa aún estaba inconclusa, para cuya terminación traímos algunas cosas desde Europa, los balaustres y ladrillos de mármol para la terraza eran traídos de Italia, que le darían ese hermoso aspecto de villa francesa que posee.

Poco nos separábamos de Marta. Sin ella, sólo fui a comidas donde los parientes: Fernando Alamos, Enrique De Putrón y Luis Pereira, los Bulnes y Laura y Teresa Cazotte, que recién inauguraban el suntuoso palacio Díaz-Gana en la Alameda.

Las casas en general eran suntuosas, y las comidas y vinos exquisitos; la conversación, amena, pero la servidumbre deplorable por su indumentaria y sus rostros bigotudos. Las calles se veían muy angostas y la ciudad me pareció fea y achataada. Los carruajes particulares eran de buena fábrica y tenían hermosos caballos Longchamps, pero los cocheros un verdadero desastre. Los coches de alquiler desastrosos; las carreras, poco frecuentadas. Algunos buenos teatros. El Club de la Unión y el restaurante “Gage”, excelentes.

La gente de alta sociedad era muy bien educada, culta e instruida. Sin embargo, me divertía otras veces con las conversaciones de algunos personajes. En casa de doña Teresa Cazzo-

te, oí a don Antonio Valdés decirle a su vecina doña Sara del Campo de Montt, al servirle una presa de pavo: "Permítame darle este trozo de pechuga porque debe estar aburrida con la carne negra", o bien a don Ventura Blanco, quejarse lastimeramente con otra dama: "Yo no debiera llamarme Ventura Blanco, sino Desdicha Negra".

En cambio la juventud, era menos culta. En un baile, un muchacho le decía a una jovencita al pedirle una botella de champagne: "Compañera, espánteme ese frasco de licor, para que me baje la plática".

Era una juventud, que cifraba su orgullo más en los puños que en el cerebro. En cuanto a las jóvenes, seguían en su casa una vida conventual; no se les permitía leer ciertos libros y en las funciones Opera, cuando salía el ballet se las obligaba volver las sillas hacia la pared.

Poco a poco fui conociendo más intimamente a la familia de mi novia, en la cual, todos sin excepción fueron muy atentos conmigo, siendo al mismo tiempo muy simpáticos: Entre ellos estaba don Leoncio Echeverría, a quien veía muy a menudo en el Banco, como varios de sus hermanos; tenían la particularidad de no poder pronunciar la "c"; decían "Ooa", por Ocoa. Luego venía don Rafael, hombre de clara inteligencia, y don Francisco de Borja, el sobresaliente precursor de los socialistas-cristianos. Todos ellos eran contertulios en casa de mi suegro. El último de ellos fue el que más me instó por que interviniéra en la política; con ese fin llegó a obsequiarme un libro sobre el eminentе hombre público inglés, Sir Robert Peel.

El más asiduo de todos eran don Félix, quien comía allí diariamente. Tenía la particularidad de sufrir seis meses de

neurastenia y mutismo, en los cuales no hablaba nada más que lo indispensable, y luego seis meses en que era el más locuaz y alegre de los charladores. Mi suegra lo prefería en la época de silencio.

El más joven de todos ellos era Domingo y constituía un buen partido. Hija del primer matrimonio de don Félix, era Inés Echeverría Bello, muy amiga de Marta y novia de Joaquín Larraín Alcalde, el más buenmozo de los militares. Se casaron meses antes que nosotros. Con los años el seudónimo de "Iris", llegó a eclipsar el nombre de Inés Echeverría.

Entre las tías de Marta, estaba Trinidad, una santa monjita de la Visitación, y Josefina, muy atrayente, casada con un excelente hombre: don Eduardo Campino Larraín.

Pero quien nos cautivó por completo, y a cuya casa íbamos cada vez que podíamos, fue la hermana de mi futuro suegro, doña Rosa Aldunate de Waugh. Pocas veces he visto una mujer más excepcional; inteligente, cariñosa, desprendida y llena de simpatía. En más de una ocasión, pensé que debía parecerse a su parienta doña Javiera Carrera. En su casa se reunía toda clase de personas, algunas verdaderamente extravagantes. Para nosotros verla era el mejor paseo. Adoraba a su hermano Luis y era un sentimiento recíproco por más que siempre estuvieran peleados debido a lo excesivo del propio cariño.

Se aproximaba la fecha de nuestra boda, y día a día advertí cómo mi suegra se ingenaba a fin de retardar nuestro viaje a Europa, secundada en parte por mi abuela, quien sin decir nada, opinaba que la familia debía regresar y establecerse en Chile.

Marta se mantenía ajena a todos aquellos manejos. Ella

sabía que nuestro viaje sería breve y deseaba que nuestros primeros meses de recién casados transcurrieran allá. Un oportuno envío de mi madre me quitó toda preocupación al respecto. Marta recibió un baúl en que venían dos preciosos modelos de "Rouff", uno azul y otro lacre, aparte de una serie de fruslerías de esas que se llaman "articles de París". Aquel presente fue decisivo. Marta ya no pensó nada más que en París.

II

Por aquel entonces el Arzobispo de Santiago era don Mariano Casanova, estrechamente relacionado con los nuestros. Yo era su regalón y él fue quien dispuso que nos casáramos en el Palacio Arzobispal. La fecha se fijó para el 4 de junio de 1892, constituyendo un verdadero acontecimiento.

De Pirque y la chacra Subercaseaux, llegó tal cantidad de flores que se pudo adornar todo el Palacio. Don Mariano procuró dar el mayor realce a la ceremonia. Tuvimos demoiselles y "garçon d'honneur" como en Europa. A la boda asistieron tanto amigos como curiosos, por lo menos cuatrocientas personas, bajo una lluvia torrencial.

Los padrinos fueron mis suegros y mis padres. Mi abuela Magdalena reemplazó a mi madre. Entre los testigos estaba Carlos Concha, Eleodoro Valdés Carrera, Domingo Concha y Toro, Antonio Subercaseaux Vicuña, Rafael y Francisco Echeverría Valdés, José Agustín Salas Errázuriz y Enrique Browne y Aliaga.

La ceremonia se llevó a efecto a las once y media. Yo vestía de frac, como era de rigor en ese tiempo; Marta llevaba

un precioso traje de Callot Soers, de París. Don Mariano con esa prestancia suya de prelado del siglo XVIII, consagró fastuosamente la ceremonia. El fue quien ofició la misa, pronunciando una magnífica alocución en la que puso sus grandes dotes de consumado orador luciéndose ante la distinguida concurrencia. Finalmente nos dio la comunión del pan y el vino, y después de recibir la Sagrada Hostia, Marta y yo bebimos en el cáliz consagrado.

La ceremonia de los abrazos fue interminable, tuvimos que realizar no pocos esfuerzos hasta tomar el carroaje que nos condujo a casa, donde nos esperaba un soberbio almuerzo. El coche era de mi tía Emiliana Concha; un coupé de satín azul extraordinario. Allí fue donde Marta me obsequió el primer beso, sin excusas esta vez, quitándose el velo, radiante de felicidad. Para mí fue y será la más hermosa de las novias, llena de distinción, y una perfección de facciones y coloridos inolvidables, que colmaban toda exigencia y en los cuales cifraba mi mayor orgullo.

Llovía y los caminos estaban intransitables, por cuyo motivo decidimos pasar nuestra luna de miel en la casa de mis padres, ubicada en Ahumada esquina de Agustinas. Allí estaba nuestro antiguo mayordomo Miguel Meneses. Mi abuela nos prestó su cocinera Felicia, una de las mejores de Santiago. Además contábamos con la compañía de mi "mamá" Panchita y Romo y Carmen Ramírez, antigua criada en casa de Marta.

Llenos de felicidad nos instalamos allí. Como un par de muchachos nos dimos a trajinar y registrar todo. En todas partes había profusión de flores. La casa estaba iluminada a giorno. En nuestro dormitorio, en un saloncito y el come-

dor había grandes braseros de bronce en los que se quemaban perfumados sahumerios.

Comimos solos, servidos por Miguel. Apuramos íntegra una botella de Viuve Clicquot Helado. Nadie, excepto mi padre y mi abuela sabían nuestro paradero, y él fue quien no pudiendo resistir al cariño y afecto que le inspirábamos llegó a vernos a la siguiente, para obsequiar a Marta con un fajo de billetes nuevos y rollos de pesos fuertes y chauchas relucientes, para que afrontara los gastos de dueña de casa.

Tres días duró nuestro retiro, al término de los cuales llegaron sus padres y hermanos. Tres días, en los cuales no sentimos hastío ni soledad, como jamás lo sentimos a través de toda nuestra vida conyugal.

Descubierto nuestro paradero, la noticia se extendió rápida y por lo menos teníamos doce invitados a almorcuz o comer. A su vez desechamos muchas invitaciones, ya que estábamos demasiado orgullosos de nuestra dicha y encantado de nuestro "home, sweet home". Al fin dejó de llover y una noche salimos de paseo por la desierta ciudad.

Cuatro días antes de la salida del barco, nuevamente el "Iberia", nos fuimos a Valparaíso. Un inmenso gentío concurreció a despedirnos al expreso de las cinco. Sólo Lucho Ossa nos hizo compañía hasta el puerto.

¡Dichosos tiempos!... Para viajar no se requerían pasaportes ni gabelas de ninguna especie. El salitre pagaba con creces los gastos del Estado, y el Fisco no se preocupaba ni metía en la vida privada de las gentes, en una palabra, "vivíamos en Jauja".

Recuerdo que nos hospedamos en el hotel de la calle del Cabo, hoy Esmeralda. Sus piezas tenían amplios ventanales que

daban al mar. Al día siguiente visitamos y nos despedimos de mis tíos Browne y de mi abuela Aliaga, que estuvo cariñosa con Marta, a quien quería regalárselo todo. También la llevé al Banco, para que lo conociera, y allí se aprovisionó de libras esterlinas en monedas de oro para el viaje. Almorzamos en el restaurante de la Bolsa, al mismo tiempo tuve la desgraciada idea de ir a inspeccionar el nuevo edificio que mi padre acababa de construir en la calle Blanco, en los terrenos del malecón.

Visitamos primero, el cuerpo destinado al hotel. Cuando estábamos en el tercer piso, quisimos pasar al otro cuerpo, del cual estaba separado por un patio de cinco metros, entre ambos la única pasada la constituía un tablón. Yo fui el primero en pasar, desgraciadamente encontré con llave la puerta de acceso. Fue un momento de gran peligro para mí. Era muy difícil volverse y al mirar hacia abajo me dio vértigo. Desesperado llamé a Marta, ella fue quien con toda sangre fría, a pesar del peligro inminente, me aconsejó que me tendiera sobre el tablón, luego me fue arrastrando hasta que me puso a salvo.

Fue uno de los más grandes sustos de mi vida. Para reponernos fuimos donde Gazaud a comer merengues con crema de Chantilly. Allí advertí que a ella le dolía la garganta. Nos fuimos de inmediato al hotel y mi padre se apresuró en llamar a un médico amigo, el doctor von Schroeders. Marta estaba demasiado agitada. Yo había estropeado un traje de Craggs.

En vista de la proximidad de nuestro viaje extremamos toda clase de cuidados, sin embargo, la dolencia subsistió hasta la víspera. El doctor von Schroeders fue a dejarnos a bordo

a fin de informar al médico del barco de algunos detalles sobre la afección y los tratamientos que él estimaba necesarios. Según su opinión el cambio de clima era favorable en esta clase de dolencias. Compartimos su opinión y nos embarcamos sin cuidado, menos aún, conociendo y confiando la competencia del doctor de a bordo, señor Henstock, con quien habíamos viajado anteriormente. (Este médico y amigo se estableció después en Chile, casándose con una niña de apellido Lyon).

De acuerdo a lo diagnosticado por los médicos, al llegar a Coronel, Marta estaba totalmente restablecida. Por precaución no subió a cubierta, pero me llamó la atención su buen apetito, ella siempre tan desganada. Lo atribuí al aire de mar y me alegré de ello.

Contábamos con la simpática compañía de la señora Howe, esposa del Jefe de la casa "Grahm Rowe", de Valparaíso, peruana amiga de mis padres que viajaban con nosotros y era madre del compañero de travesuras de mi infancia en Cerro Alegre: Edgard Howe. Con ellos y mi padre formábamos un cuarteto que por las tardes por espacio de horas jugábamos partidas de rocambor.

Sólo por excepción accedimos a bajar en Punta Arenas a una invitación de los señores Braun y Blanchard con quienes almorcamos. Allí compré a los fueguinos algunas pieles de chinchilla para Marta y mi madre, cueros que fueron curtidos en París y con los cuales Revillón les confeccionó preciosas capas que usaron por espacio de largos años.

Como dijera anteriormente estaba demasiado celoso de mi felicidad, o mejor aún, estábamos demasiado orgullosos de ella, por eso no sentíamos ni la menor curiosidad por bajar a los puertos. Si lo hicimos en Montevideo fue porque estábamos

ansiosos de recibir correspondencia de Chile. En efecto, allí me aguardaban dos cartas, de mi abuela y mi suegra respectivamente. Marta recibió no menos de diez, que le tomaron buen espacio de tiempo en contestar. Mi padre recibió magníficas noticias comerciales; se habían vendido más certificados salitreros y con su producto se adquirieron los valiosos fundos del Tártaro y Lo Vicuña, situados al lado de Putaendo.

Finalizaba ya nuestro viaje, sin contratiempos y plácidamente. Para completar nuestra dicha faltaba únicamente que se cumpliera el sueño dorado de saber que esperábamos un hijo.

Llegamos a Francia, en La Palice, próxima a la Rochelle, nos aguardaba mi hermano Benjamín, quien siempre había demostrado profunda amistad y admiración por Marta. Tras algunas horas de ferrocarril llegamos a París, como a las seis de la tarde de un esplendoroso día de verano, motivo que contribuyó a mostrarnos una ciudad mucho más hermosa, en un ambiente alegre decorado por maravillosos árboles.

En la estación, fuera de la familia au grand complet, había un verdadero *meething* de amigos. Nos aguardaba un nuevo carroaje, un *vis-a-vis* Canné ordenado especialmente para nosotros. En él subimos acompañados de nuestros padres, haciendo la hermosa travesía de los Campos Elíseos hasta nuestra casa en carroaje descubierto. Marta no podía ocultar el asombro y complacencia que irradiaban sus ojos.

Asombro que iba a redoblarse al conocer el departamento que se nos había preparado. Nuestro dormitorio era un cuartito ideal, pintado de gris, con los *panneaux* cubiertos de seda de rosas rosadas y flores amarillas. Los cortinajes eran de seda verde-nilo y un hermoso lecho de Maplé todo adorna-

do en seda rosada. En el cabinet de la toilette había esencias y polvos de Houbigant y jabones Guerlin. Contiguo había otro cuarto por lo que pudiera acontecer. Una "femme de chambre" jovencita y recién contratada quedó a las órdenes de Marta.

Pese a que no había visitas fuera de mi tío Ramón y su mujer, me dio gusto ver dispuesta en mi cuarto la tenida de etiqueta como en otros tiempos, para la hora de comer. Para Marta había un hermoso traje de noche. En el comedor encontramos una torta de novios confeccionada por Rafael, el cocinero, y que Marta partió a la hora de los postres. La mesa estaba hermosamente dispuesta con sus cuatro compoteras de plata llenas de fresas, duraznos, ciruelas, cerezas y almendras con su corteza. Aún recuerdo el menú: Consomé crout au pot, filetes de soles a la normanda, foi grass a la gelé, salade Romaine, perdreaux au cresson, cardons a la moelle au jus, Parfait au café, fraises au champagne. De sobremesa me quedé con mis padres y tíos. Marta salió invitada por mis hermanos. Les había caído en gracia y desde el primer instante le llamaron: La Rucia.

Al día siguiente nos comunicaron que tenían programado para nuestra llegada un viaje a Trouville. Llegamos a la Ville Duchesnes, muy hermosa con su gran jardín y vista al mar. Allí también nos esperaba nuestro antiguo Rollyear, con su cochero para que Marta saliera a manejar, ya que era uno de sus goces predilectos.

Antes de salir para Trouville me inscribí en el último año de Derecho, y secretamente fui a Notre Dame de Victoires a rogar a la Virgen por la venida de un hijo.

Ya quedaban pocos veraneantes en la costa, pero aún contamos allí con algunos amigos como los Erlanger, Lorenzo

Merino y su esposa, doña Julia Uribe, con quien Marta se avino muy bien, a igual que con la Marquesa de Tanley y los Aguiar. En casa de estos últimos aprendió a jugar tennis, llegando a hacerlo a la perfección, favorecida por su agilidad y sagaces ojos.

Si bien es cierto que no había muchas diversiones, estaban los baños de mar que eran los preferidos de mis hermanos, eximios nadadores que enseñaron a Marta a imitarles. El trato diario en las tiendas y con la *femme de chambre*, la hicieron hablar rápidamente el francés sin temor y con toda corrección.

En grupos familiares realizamos deliciosas excursiones en nuestra carretita inglesa para que Marta pudiera manejar. Así recorrimos toda la región; fuimos al chateaux d'Agenssaux, a Honfleur y la desembocadura del Sena, a Pont l'éveque, Lisieux, Caen, pasando por Villiers, Hougate, Cabourg y las preciosas haras que allí se encuentran.

Los Merino y sus hijas fueron sumamente cariñosos. No pasaba día sin que nos invitaran a alguna parte: vivían muy bien y cultivaban las mejores relaciones en los círculos franceses y americanos.

Regresamos a París a mediados de septiembre y la mayor sorpresa de Marta fue cuando al vestirse, la *femme de chambre* le dijo: *La voiture de madame est avancée*. Allí tuvimos a nuestra disposición un nuevo coupé tirado por "Beau", mi precioso alazán dirigido por Bathagate, el cochero inglés que debía acompañarme por el resto de su vida. Juntos fuimos a Notre Dame de Victoires, a dar gracias por nuestra felicidad y rogar por el hijo que esperábamos con tanta ansiedad.

Cuando no iba a la Escuela de Derecho, salíamos con

Marta y Josefina, mi hermana menor, a dar una vuelta por el Bosque. Por las tardes recorríamos las tiendas y visitábamos algunos amigos. Santiago Lyon Pérez estaba recién llegado y Marta se hizo muy amiga de su mujer, María Luisa Sutil, viuda de Arturo Edwards, y madre de dos hermosas criaturas, Isabel y Marie, que eran el encanto de mi mujercita.

Mi hermana Teresa salía poco con nosotros, pues estaba de novia con Alberto Lyon Pérez con quien casó en esa primavera en nuestra iglesia de Saint Ferdinand des Ternes, marchándose en seguida a Chile.

A Marta le encantaba el Teatro. Mi padre estaba abonado los sábados en la Opera donde se daba con gran éxito "Romeo y Julieta", de Gounod, "Lohengrin", de Wagner con el famoso tenor Van Dick. Los martes íbamos a la Comédie Française, donde presenciamos una preciosa traducción de "Hamlet" con Mounet Souly, "Hernani" y "Ruy Blas" de Víctor Hugo y "Le monde ou l'on s'ennuie" de Paillecron, con Suzanne Reicheemberg, a la Bertet en obras de Alejandro Dumas, "Le demi monde" y "L'étrangère", de Musset, "Les demoiselles d'Saint Cyr" y otras piezas de Jules Sandeau, de Scribe o del viejo Augier, fuera del teatro clásico de Corneille, Racine y Moliére.

Entre días íbamos solos a comer a los restaurantes de moda. Nos tocó asistir a la inauguración de "Pailliard". Fuimos habitués del "Joseph", que se hizo célebre con su Pouillard Mariveaux, introduciendo el maíz en la cocina francesa. Luego pasábamos a alguno de los pequeños teatros del boulevard donde vimos graciosas representaciones de Fydeau y Lavedán.

Nos gustaba visitar las exposiciones de pintura. Recuerdo que en una sala de artistas independientes vimos una tela

titulada "La Contabilidad pública descubriendo un error" por demás incomprendible. Si mal no recuerdo fue allí mismo donde vi tres hojas en un marco, una negra, otra blanca y la tercera morada. Abajo un cartel explicaba para la negra; "Combate de negros en un túnel", para la blanca; "Reunión bajo la nieve de niñitas que hicieron su primera comunión" y para la morada; "Obispos comiendo berenjenas en un prado de violetas".

La vida social se iniciaba en el mes de octubre. La primera invitación que recibimos fue de los Díaz a una comida en el Bois de Meudon en Bellevue, y pocos días después a un baile a la Embajada de España, que tenía su palacio en el Boulevard de Courcelles, frente al Parque Monceau; era para Marta su primer baile. Mi madre le mandó hacer donde Callot Seours un precioso traje blanco con oro estilo Imperio que le asentó maravillosamente.

El Embajador de aquel entonces era el Duque de Fernán Núñez. Marta iba con bastante susto, ya que era su estreno oficial en la sociedad francesa. Tuve la suerte de encontrar a la Infanta Eulalia y fui orgulloso a presentarle a mi joven mujer. Ella la tomó bajo su protección. Estaba rodeada de señores quienes se hicieron presentar y la acapararon para bailar con ellos. Más tarde me dijo feliz que le había pedido bailar cotillón el señor Uribarren, un viejo amigo de casa, que dirigía casi todos los cotillones y me preguntó si no había inconveniente. Le contesté que por el contrario, me alegraba muchísimo pues sus años y su posición social le daban gran prestigio ante la juventud.

Poco antes de las once y media, hora precisa en que se bailaba el cotillón para poder cenar a la media noche. —pues

entonces regía la puntualidad—, veo llegar a Marta acompañada de Uribarren diciéndome que sentía mareos. Fue el mismo quien nos aconsejó volvemos a casa a la que tuvo la gentileza de acompañarnos. Al principio atribuí su malestar al hecho de haber bailado demasiado, luego pensé que bien pudiera ser un anuncio a mis mayores deseos.

Al quedar solos ella me reprochó mi indiferencia. Pero cuando la informé, que era la recompensa a mis viajes a Notre Dame des Victoires, desaparecieron por el momento todos sus males y me abrazó radiante de felicidad. Al transmitir la noticia, el alboroto en casa fue indescriptible. Se llamó de inmediato al profesor Budín, quien confirmó mi pronóstico, iniciándose de inmediato los preparativos, se comenzó a arreglar la pieza contigua y a confeccionar el **trousseau**. Marta que adoraba a los niños quiso que todo fuese de lo mejor y eso le sirvió de distracción, ya que su estado no le permitía acudir a las fiestas.

Un día, sin embargo, la llevé al Chat Noir, que aún era de gran moda, aunque ya muy cambiado. Casi habían desaparecido los **chansonieres** en cambio había comparsas de muchachas que tenían un mayor éxito de acuerdo con la economía de sus trajes, que consistía en un corsage al mínimo y una minúscula pollerita. En contraste y entre los asiduos se encontraban unos hombres con ojos de epilépticos señal manifiesta de una supuesta y tradicional inspiración. Quienes ya habían recibido un rayo del gran sol que se llama el éxito, se habían marchado a sus hogares, teniendo asegurados según ellos, la **Patée** y la **Nichée**.

Por ese entonces hicimos a nuestro abate Maries una terrible broma. El había seguido con todo interés la historia de

nuestra revolución, sintiendo gran admiración por mi tío Claudio Vicuña a quien llamaba general, creyendo que en América todos eran militares. Un día le dijimos que había llegado a París muy enfermo a causa de las heridas recibidas en las batallas, y que se hospedaba en nuestra casa, sin poder ser visto a causa de su gravedad. El abate muy preocupado, día a día preguntaba por su salud, hasta que una tarde le dijimos que había fallecido y que al día siguiente le esperábamos para que rezara algunos respondos por el descanso de su alma.

En efecto, arreglamos una magnífica capilla ardiente en el cuarto de estudio de mis hermanos, con flores, candelabros y monjas, que no eran otras que mis hermanas. En el catafalco estaba nuestro valet de chambre Gustave Ferante, vestido de frac con una barba gris y muchas condecoraciones. Mis hermanos para aumentar la hilaridad, le habían dado al supuesto cadáver, sin que él se diera cuenta, un trago de vermouth con unas pastillas húngaras que al cabo de media hora convertían el cuerpo humano en un verdadero gasómetro. El abate llegó a la hora indicada y se arrodilló a rezar el oficio de difuntos. En cuanto se sintieron los efectos de las pastillas unos de mis hermanos empujó a uno de los criados con tal violencia que el abate rodó trayendo al suelo al catafalco, los candelabros y el muerto que huyó estrepitosamente sujetándose la barba postiza. Las monjas se retorcían de risa: mi padre estuvo furioso y para calmar al indignado abate le invitaron a almorzar con mi tío Claudio que se encontraba de magnífica salud y que gozó mucho de la travesura tan propia de los *enfants terribles*.

Fuera de nuestros cotidianos paseos a pie por la Avenue du Bois, las salidas en coche y mis caminatas a la Escuela de

Derecho, tuve bastante tiempo para interiorizarme en los negocios de mi padre llegando a llevarle toda su correspondencia.

Mi hermano Benjamín era el que más paseaba, muy conocido en el gran mundo como eximio esgrimista y dueño de apuesta figura. Fernando estaba en Inglaterra dedicado a perfeccionar su inglés y la pintura. Los otros estudiaban y hacían mucho sport.

La vida de Sir Robert Peel, que me había regalado en Chile el tío de mi mujer, don Francisco de Borja Echeverría, rindió el efecto deseado despertando en mí un gran interés por la política, al extremo de estimar que era deber mío figurar en ella contra la opinión de mi padre. Sobre la marcha me puse a estudiar la Constitución Chilena y la Ley de Elecciones como asimismo importantes documentos y publicaciones chilenas que me facilitó don Augusto Matte.

Por fin el 22 de junio de 1893, vino al mundo nuestra deseada heredera. Se le puso el nombre de Martita. Era muy sana, blanca y de ojos azules. Gracias al doctor Budín, a la nodriza y una magnífica cuidadora Mlle. Sennet llegó a ser una preciosura mimada por todos los de la casa.

A fines de julio, nos fuimos a la villa Duchesne de Trouville con Marta y nuestra hijita. Yo había rendido mis exámenes con bastante éxito, llegando a licenciarme en leyes. Mis diplomas fueron firmados por quienes han llegado a ser hombres célebres, los presidentes Poincaré, Loubet, Fallieres, Millerand, Leon Bourgois, etc.

Al dejar mis estudios perdí contacto con algunos de mis condiscípulos intelectuales, a quienes estimé mucho y con quienes me hice acompañar con frecuencia a almorzar donde Foyot. La sociedad masculina a la moda era de los más vacío, no

se hablaba sino de caballos y polvos de arroz, animales y de carrera y demi-mondaines.

Hasta principios de septiembre nos quedamos en Trouville, gozando de los baños de mar. Por las tardes nos encantaba ir a tomar once en las "fermes". Nos daban un pan exquisito hecho allí mismo con una sabrosa mantequilla, aparte de lo que uno podía escoger; leche al pie de la vaca, queso y ciruelas.

Regresamos a París a mediados de septiembre, para luego embarcarnos rumbo a Chile, una vez más en nuestro conocido barco "Iberia". Nos acompañaba nuestro primo Ramón Vicuña y su encantadora mujercita, Manuelita Herboso, padres de Marta, quien es la esposa de Carlos Morla Lynch.

En París tuvimos varias comidas de despedida, entre ellas la de mi amiga Augusta Lynch de Ossa, muy divertida y con quien me había reconciliado después de un incidente en el "Chat Noir". Sus ojos azules y ferores hacían suponer en ella un alma de Walkiria. Allí encontré al buenmozo Aquiles Valdés y Felipe Iñíguez, ambos miembros de la Legación. El primero llegó a ser mi cuñado y excelente amigo. Estaba allí también una señora, quien pudo darse por ofendida en mi mal-dito artículo del "Chat Noir", al compararla con Mirabeau, por ser gruesa de facciones, muy conversadora y roída de vircuelas.

De regreso a Chile no tuvimos nada excepcional. Fui mos recibidos con gran alegría por toda la parentela. Nuestra hija Martita fue el encanto de mis suegros. Fue tal la chocera que sentía don Luis por aquella primera nieta que en una oportunidad por hacerle probar una presa de pollo la tuvimos a las puertas de la muerte.

Nos instalamos en planta baja de la casa de mis suegros a

la que íbamos en las horas de comida. Marta era la hija predilecta. Nos habían cedido a la antigua empleada Carmen Ramírez. Además de nuestros cuartos habíamos arreglado a medias un saloncito con una linda alfombra persa, preciosos sofás y sillones comprados en París, en la casa Jansen. Todo esto se desbarató con la próxima llegada de un segundo hijo, por cuyo motivo resolvimos irnos a vivir a nuestra casa de calle Agustinas.

III

A fines de diciembre, mi tío Antonio Subercaseaux, quien también deseaba interesarme en política, hizo que me inscribiera en el Partido Conservador con el entusiasta beneplácito de Marta que era profundamente católica, pese a que su padre era uno de los más ilustres liberales moderados, pipilo por tradición.

En verdad el programa del Partido Conservador era de mi agrado y en él la familia Subercaseaux había tenido valiosos representantes. Mi abuelo Ramón, durante veinte años consecutivos había sido Senador por ese Partido, y en ese entonces militaban en él los Concha y los Subercaseaux Pérez, mis tíos Antonio y Ramón.

Mi tío Antonio fue quien me presentó a don Domingo Fernández Concha y a don Carlos Yrarrázabal, quienes me recibieron con vivas demostraciones de aprecio y cariño. Don Domingo me dijo que si a mi padre no le gustaba la política, sería él mismo quien se encargaría de hacerme diputado.

A los pocos días, para presentarme a un grupo de correligionarios, organizó en honor mío, una comida para más de

cincuenta personas en el Club Conservador. El banquete me fue ofrecido por aquel gran orador que era don Juan Agustín Barriga. Yo que jamás había hablado en público, a pesar de hacerlo bien, tenía en mi contra no conocer el idioma tan profundamente como el francés. Empero salí del paso, con una "boutade" como dicen los franceses con las siguientes frases: "Señores, acabo de nacer a la vida política, como ustedes saben y tampoco ignoran, los recién nacidos no hablan". Hubo risas y beneplácitos en general granjeándome la simpatía de casi todos los asistentes.

Mi suegro, a quien conté lo ocurrido, me dijo que debía sentirme orgulloso al verme patrocinado por personajes tales como don Domingo Fernández Concha y don Carlos Yrarrázabal, entre quienes presidí el banquete. Todo aquello contribuyó a acrecentar mi entusiasmo, cuando a los pocos días don Domingo me invitó a almorcazar a su casa ofreciéndome una diputación por la provincia de Llanquihue, acepté gustoso. Me aseguró que era un triunfo por descontado. Además el candidato a Senador don Nathan Mier-Cox sufragaría todos los gastos.

Desde entonces fui convocado obligado en casa de don Domingo dos veces por semana. Allí conocí a quien sería mi compañero en la campaña electoral, don Juan José Mira, muy caballeroso y digno. El fue quien disipó todas mis dudas y vacilaciones, anticipándose que no era necesario que yo me ausentara de Santiago, pues él haría toda la campaña electoral.

Era un profundo agrado almorcazar en casa de don Domingo. Ahí quedaba uno al tanto de las noticias políticas al mismo tiempo que fue allí donde conocí y entré en contacto con las más representativas figuras del partido. Los comensales ha-

bituales eran don Carlos Yrarrázabal, quien me hizo adquirir el gusto por el cigarro con los exquisitos puros que me regalaba; don Pastor Infante, Gerente del Banco de Santiago, el eminent teólogo don Rafael Fernández Concha, su cuñado Joaquín Fernández, don Rafael Bascuñán Valledor, mi tío Antonio Subercaseaux Vicuña y su yerno Vicente García Huidobro, con quien más tarde tuve grandes negocios, y cuya mujer doña María Luisa Fernández, atrayente, inteligentísima y fina escritora años más tarde fundó con Marta, la Unión Patriótica.

A principios de enero nos fuimos a Viña del Mar a nuestra casa de García Reyes, que era de un piso y un vasto jardín. Allí volvió a reunirse toda la familia que con las Aldunate y Emma Rámila formaban la alegría de Viña del Mar. Allí encontré dos buenos compañeros de natación, Joaquín Prieto Hurtado y José Manuel Larraín Vjaldés. El primero me salvó la vida al sobrevenirme un calambre con el frío del agua, que es diez grados más bajo, que en Europa. Luego con él y su hermano Genaro formamos un grupo de muy buenos tenistas.

En tanto la campaña electoral seguía su curso; mi mayor preocupación consistía en mis dificultades para improvisar. Antonio Subercaseaux Pérez, mi primo, me llevó a varias reuniones políticas para que fuera aprendiendo la oratoria choclona. El lo hacía muy bien y con mucha calma.

Las elecciones se realizaron a principios de marzo, con la gran sorpresa de haber alcanzado la primera mayoría convirtiéndome de hecho en flamante diputado por Carelmapu, representación que un día correspondiera a don José Manuel Balmaceda.

Mi amigo Juan José Mira había triunfado también por apreciable mayoría al igual que el senador Miers-Cox. El sur en esos años era netamente conservador. Mi familia y la de mi suegro sintieron gran entusiasmo por ese triunfo, incluso mi padre que detestaba la política estuvo satisfecho. Incluso mi investidura parlamentaria fue favorable para el arreglo de diversas gestiones del Banco, del que pasé a formar parte de su Directorio.

De inmediato nos trasladamos a Santiago instalándonos en nuestra casa. Mi suegro que había ganado muy buenos honorarios defendiendo al señor Shase, en su pleito con don Juan Mackenna, resolvió edificarse una casa adquiriendo para ello un precioso terreno en Alameda esquina de Ejército Libertador.

A nuestro regreso recibimos invitación de mi tía Emilia na a pasar con ella quince días en Ñuñoa, en cuya casa se hacía intensa vida social animada por sus hijos Emiliana y Luchó. Diariamente los comensales eran numerosos y el más asiduo su vecino Joaquín Walker Martínez. Su amistad me fue de gran utilidad en la Cámara, pues era un tribuno de primer orden y tuvo la gentileza de hacerme sentar a su lado para cuando tuve que hablar o hacer frente a las interrupciones.

Otro de los asiduos era el doctor Francisco Graña, de nacionalidad peruana, padre de mi amigo el doctor Francisco Graña, abuelo del que los apristas asesinaron en Lima. Concurría también el Intendente de Santiago don Carlos Lira Carrera, de arrogante figura, primo de mi mujer, y Santiago Os sa, Gerente de la Tracción Eléctrica, el presbítero Baldomero Grossi, el Capellán Larraín, el administrador del fundo Enrique López Maqueira y nuestros vecinos, dueños del precioso

fundo “Lo Hermida”, don Guillermo Errázuriz Urmeneta y su bella esposa doña Blanca Vergara, Guillermo era gran aficionado a la hípica y Presidente del Club Hípico. Los domingos nos invitaban a su *Mail coach* a las carreras donde vimos ganar a su yegua “Antracita”, con sus colores blancos. Acababa de instalar un criadero de caballos en su hacienda y en una oportunidad nos invitó a conocerle en compañía de Daniel Concha y Manuel Francisco Yrarrázabal.

Aquella visita nos entusiasmó bastante al extremo de formar un corral propio, al cual le pusimos el nombre de “Junior”, adoptando para él los colores de Rothschild: casaca azul y gorra amarilla. La preparación de los tres primeros caballos que compramos, Wild Sea, Victoria y Lima, la confiamos a Zavala.

“Lima” estaba en poder de Arturo Toro Herrera, el hombre de peor genio que se conocía y quien se negaba a entregarla. Como único medio recurrió a la artimaña de mandar a decirle con su preparador Pedro Medina, que yo no conocía caballeros que se apropiaran de lo ajeno. Aquello le sulfuró y quiso mandarme padrinos, cuando intervino Guillermo Errázuriz que logró un apacible arreglo. Ese año comimos frecuentemente donde Guillermo que recibía espléndidamente.

Nuestros caballos no respondieron a nuestras esperanzas al no ganar ni una sola carrera, por cuyo motivo resolvimos comprar algunos ejemplares en la Argentina a Saturno Unzué, quien nos vendió Lancero y Toldería, que se adjudicaron la Prueba y el Ensayo respectivamente.

Desgraciadamente no alcancé a disfrutar de esos triunfos, ya que me retiré del corral en la primera, dispuesto a formar un corral por mi cuenta, las Haras Pirque, con los colores

Aumont (casaca blanca y gorra verde). Incluso podía considerarme un hípico, pues había sido designado Comisario y poco después Handicaper del Club Hípico, encargándoseme la revisión del Stud Book y la confección de un nuevo reglamento de carreras.

Para la instalación de "Haras Pirque" mi padre me cedió un potrero de veinte cuadras al lado del padre, junto al cerro, que al cabo de dos años transformé llegando a convertirlo en uno de los más hermosos sitios de Chile. Las caballerizas eran de cal y ladrillo en forma de herradura, encerrando un jardín decorado con pintorescas acacias rosadas unidas por arcos de suspiros azules.

Sin embargo, pese a estas distracciones, no me desentendí por un instante de la política, asumiendo seriamente las funciones con que me había honrado el electorado del país. De inmediato consideré necesario revalidar mi título de abogado. Don Luis Claro Solar, abogado del Banco, se ofreció gentilmente para ayudarme, dándome diariamente por las mañanas lecciones de Derecho en su propia casa ubicada en los altos del Banco Matte, en Huérfanos al llegar a Ahumada. Desgraciadamente mis múltiples obligaciones me impidieron llegar a cumplir mis propósitos, aunque adquirí gran práctica en los códigos chilenos, lo que me fue de gran utilidad para el desempeño de mis actuaciones políticas.

Tanto en casa de don Domingo como en el Club Conservador llegué a conocer a todos mis colegas, entre los que había un buen número de parientes, tales como Juan Enrique Tocornal, Carlos Concha, Joaquín Prieto, etc. El primero de junio, día de la apertura del Congreso, fue para mí de agradable sorpresa, ya que encontré buenos amigos aun en las

bancas opositoras a nuestro partido, entre quienes estaba don Enrique Mac Iver, a quien veía a diario en el Banco, y José Toribio Robinet, gran amigo de mi tía Victoria, quien se portó como el mejor de los colegas conservadores.

Entre los liberales, gran número de ellos eran íntimos de la familia. Allí estaban Santiago Aldunate Bascuñán, los Errázuriz a quienes conocí por intermedio de don Javier, que era diputado conservador. Entre los balmacedistas tenía a Octavio Barros Jara, casado con mi prima María Cristiana Vicuña. Estas relaciones en todos los campos políticos, evitó la calificación de poderes que hubiera podido removarse por no haber cumplido aún los veinticinco años.

En la primera sesión, vi con grata sorpresa y con siguiente asombro, que entre los integrantes del Parlamento había grandes oradores; Enrique Mac Iver, Joaquín Walker, Julio Bañados, Juan Agustín Barriga y otros.

La importancia política del momento se reducía a dos puntos por demás interesantes; la conversión metálica y la cuestión de límites con la República Argentina. Mi suegro atacó con brío y vigor la conversión metálica publicando un notable folleto: "La Balanza Comercial". La producción del país no justificaba el régimen de oro y la situación internacional no era propicia para acometer semejante empresa. Don Agustín Ross la defendía calurosamente como que era el alma de dicho proyecto.

Contrario a ella era don Francisco Valdés Vergara, y desde el diario "La Tarde" la combatían los hermanos Yrarrázaval Zañartu. Antonio Subercaseaux, en un artículo (cuando comenzó el Gobierno de don Jorge Montt a rematar monedas de oro para detener el cambio), dijo; que eran "canarios

de oro que no volarían mucho”, y no le faltaba sobrada razón, pues es un axioma de economía política que la mala moneda hace arrancar a la buena.

El diario “La Tarde” era muy entretenido y su redacción estaba llena de firmas de gran prestigio político o intelectual. Alfredo Yrarrázabal, uno de sus directores, hombre de gran ingenio era conocido de todo el mundo por unos versos de juventud que le enviara a un sastre de quien era acreedor:

“Quien la hace la paga, por Belcebú,
Tú hiciste la leva, págalá tú”.

Pese a los esfuerzos del Gobierno, sus remates de oro y sus empréstitos, la conversión fue un descalabro. En las ardientes polémicas de la época, llegó a decirse que el Presidente Jorge Montt había preguntado que quién era el autor de la ley “de la oferta y la demanda”.

La cuestión de límites con la República Argentina, tenía por principales actores a don Diego Barros Arana y el perito Moreno, quienes sosténian la teoría del *divortia aquarum* y de las altas cumbres respectivamente. Luego se presentó la cuestión de la Puna de Atacama y Bolivia.

Chile envió a Buenos Aires a don Enrique Mac Iver para defender sus derechos llegándose en ese punto al arbitraje del Ministro norteamericano Buchanan, que según algunas personas era íntimo amigo del perito Moreno.

Lejos de la política, mi vida era apacible y feliz. Mi mujer me daba carta por la mañana, siempre que a las cinco estuviera en casa, antes o después de las sesiones de la Cámara. Luego nos reuníamos para no separarnos hasta el día siguiente.

te. Era un vivir metódico que ha sido causa de mantenerme hasta hoy día en perfectas condiciones de salud. Había logrado como dice Horacio, mezclar lo agradable con lo dulce; "misere utile dulci".

Regularmente mi horario era el que sigue: antes de las ocho de la mañana estaba en la cancha del Club Hípico, a las 9 y media en casa de don Luis Claro a recibir mis lecciones de Derecho. A las diez y media estaba en el Banco donde aún tenía poca ingobernabilidad. A las doce nos reuníamos algunos íntimos en el Club de la Unión o donde Gage. Los tragos eran sabiamente preparados por don Nicolás o por Lucién, respectivamente. Los precios pueden deducirse, ya que un whisky sour valía cuarenta centavos. En comida el menú costaba dos pesos. El año 1893 en que ingresé al Club de la Unión fui inscrito con el número 276.

No puedo substraerme a la tentación de enumerar aquel grupo de amigos que representaban lúcidamente acaso todas las actividades. Adolfo Ortúzar con su estupenda facha era un Presidente de lujo; la Bolsa estaba representada por Eledoro Matte Gormaz; la enseñanza por Lucho Barceló y Guillermo Amunátegui, el Cuerpo de Bomberos por el gringo Phillips; los agricultores, por Enrique Larraín Alcalde, Daniel Vial Carvallo y Ricardo Pérez Eastman; los negocios y la política por Carlos y Daniel Concha, Carlos Larraín Claro, Carlos Cousiño, Enrique López, Juan Enrique Concha, Horacio Fábres, Enrique Squire, Emilio Carrasco y Emilio Claro; los bancos, por Natalio Sota, Juan Miguel Dávila y Carlos Van Buren; las letras por los admirables causeros Carlos Silva, Daniel Riquelme (Conchalí), Joaquín Díaz Garcés (Angel Pino), Heriberto Urzúa, Carlos Muñoz Hurtado, Alberto Edwards, Jorge

Zamudio y Carlos Luis Hübner; los médicos tenían por igual una brillante representación en las personas de Petit, Silva Palma, Andwanter y Aguirre Luco, sin olvidar al simpático y buenmozo dentista Saxton.

El Ejército mantenía guardia con una delegación permanente integrada por los generales Eduardo Gormaz Arados, Boonen y Joaquín Larraín Alcalde, más tarde se agregaron Koeningsmark y una serie de distinguidos oficiales alemanes que llegaron al país, sin olvidar los Almirantes Muñoz Hurtado, Gómez Carreño y Soublette, ni los secretarios de la Cámara, José Domingo Amunátegui Rivera y Lucho Covarrubias, más el representante judicial que venía a ser el Juez Ahumada.

Enrique Larraín Alcalde, Elías Larraín Zañartu, Pancho Gendarillas, Alejandro Murillo y el alegre ronco Serrano completaban nuestra férrea falange a la que puede incluirse el número de algunos extranjeros, los argentinos Diego Lezica y Diego Alvear, el peruano Iturreyes, el español Merry del Val y al Marqués italiano Durán de la Penne.

Aquel primer año, mi papel en la Cámara fue más bien opaco. Esperaba la ocasión propicia para pronunciar mi maiden speech, evitando cualquier asunto que pudiera suscitar polémicas.

El acontecimiento más importante en mi vida familiar lo constituyó el nacimiento de mi hijo varón, a quien le pusimos el tradicional nombre de Francisco. Muy frágil y vivo retrato de su madre. Fue bautizado en casa por el señor Infante, cura párroco del Sagrario.

Para poner un poco de orden en mis recuerdos voy a atenerme únicamente al período de esta nueva permanencia en Chile, que abarca desde fines de 1893 hasta mediados de

1899. Ya no me consideraba un trasplantado. Me había acostumbrado a las casas chatas de nuestra ciudad, a sus calles angostas y conventuales y a lo inverosímil de su pavimento. Mi vida se dividía como lo dijera anteriormente entre el Banco y Pirque, la política, la familia, el Club Hípico y la sociedad. Luego me referiré a la llegada de mis padres a Chile.

El haberlo obtenido fue un verdadero triunfo debido a nuestras insistencias, especialmente mi abuela Magdalena, que por ningún motivo deseaba verles eternizarse en el extranjero. Yo comprendía la actitud de ellos. Es tan fácil habituarse a las delicias parisinas y a una vida en esa época verdaderamente maravillosa, donde tan bien calzaba aquel axioma del filósofo romano "Ubi bene, ibi patria", la patria es donde se está bien.

Creo que en gran parte el regreso de la familia se debió a la influencia de mi madre, que comprendía perfectamente la necesidad de que mi padre atendiera personalmente los múltiples negocios pendientes aquí.

Sin embargo el viaje fue demasiado breve, ya que mis hermanos debían proseguir sus estudios, por cuyo motivo nuestra casa en París se mantuvo durante aquel tiempo con el cuerpo de servidumbre.

Mi madre se impresionó muy favorablemente del país, sus amigos, nuestra casa y Pirque, Josefina y Sofía Concha intimaron como inseparables hermanas, y la primera de ellas, mi hermana Josefina mantuvo un gran flirt con un pariente materno José Manuel de Goyeneche. Un año después todos lamentábamos la prematura muerte de Sofía.

Mis hermanos Carlos y Benjamín me acompañaban todas las mañanas al Club Hípico, donde nos reuníamos con los excelentes y buenos amigos José Manuel y Francisco de Borja

Larraín Valdés. Los primeros, muy buenos jinetes establecieron las carreras de vallas tomando los obstáculos a toda velocidad causando un asombro general.

Con la llegada de mi padre, el papel que yo desempeñaba en el Banco se hizo más pasivo. Sin embargo, hice triunfar mi iniciativa de aumentar el capital en tres millones quinientos mil pesos, ya que era absurdo que con un capital de dos millones se afrontaran negocios por un apreciable volumen, absorbido casi íntegramente por la cuenta de mi padre y de los fondos. Además la situación financiera se presentaba ampliamente favorable para cualquier operación como la que yo auspiciaba.

Sólo entonces pude dedicarme más abiertamente a la política y hubiera llevado a cabo mi debut como orador de no haber mediado una tifoidea que me tuvo convaleciente durante todo el período ordinario de sesiones. Mi madre regresó a Europa antes de mi completo restablecimiento, lo que me dejó un tanto disgustado.

IV

El Gerente del Banco don Miguel Morel, acompañó a mi padre a Europa, quedando en su reemplazo el excelente y caballeroso amigo don Francisco Freire, al mismo tiempo que me designó a mí en el Consejo de Administración con amplias atribuciones. La presidencia era desempeñada por don Marcial Martínez.

Sólo entonces pude interiorizarme a mi antojo de la marcha del Banco y las innovaciones que convenía realizar. Desde luego había que despojarle el carácter personalista que

poseía, dándole la estructura y modo de funcionamiento de los establecimientos de crédito similares.

Para empezar hice efectivas las funciones del Consejo, que hasta entonces había figurado como palo blanco, luego después obtuve que mi suegro asumiera la presidencia y que los directores se reunieran una vez por semana, reservándose parte de las utilidades para fondos de reserva y castigo de cartera. Al mismo tiempo pude comprobar que los negocios más importantes correspondían a la oficina de Valparaíso, realizados en su mayoría con el escaso capital que le proporcionaba la oficina de Santiago, ya que los depósitos no alcanzaban al monto registrado antes de la Revolución. Vi también que los deudores eran remisos en pagar sus obligaciones, al mismo tiempo que los cobros eran lentos e irregulares, teniendo que acudir continuamente al crédito extranjero, donde gozábamos de tanta solvencia que llegamos a adeudar 350.000 libras esterlinas.

El concepto que tenía mi suegro sobre el fracaso de la conversión metálica, llegó a preocuparnos frente al fuerte pasivo en esterlinas que pesaba sobre nosotros. Nuestros esfuerzos tendieron a recomendar a los gerentes y sobre todo a mi padre, la conveniencia de conseguir que las salitreras redujeseen sus saldos en esa moneda, por lo menos en las sumas en que estaban excedidos, hasta llegar a reducir el saldo esterlino hasta casi la mitad.

Nuestro agente en Valparaíso, el señor Hargrave, hombre habladorísimo, se había ido a Europa dejando en su reemplazo al joven Bittencourt, quien acababa de casarse con una bellísima muchacha de apellido Squire, cuyo padre era socio

de la firma Sloman y Cía., uno de nuestros más importantes salitreros.

Así fue como me vi de improviso frente al Banco con personal nuevo y un horizonte bastante incierto. En el país todo giraba en torno a la ley de conversión, y el grupo orero sostenido por don Agustín Edwards y su familia, los Ross, los Matte y don Augusto Villanueva. De parte de ellos estaba el Gobierno de don Jorge Montt, hechura de ellos mismos, quien a fuerza de empréstitos y remates de oro sostenía el cambio a diez y siete peniques.

La opinión pública empezaba a desconfiar guiándose por los artículos de mi suegro y de don Francisco Valdés Vergara y viendo al mismo tiempo cómo se encrespaba la cuestión de límites con la República Argentina empezaron a retirar los depósitos bancarios, como medida de seguridad o para invertir en oro antes que desapareciera.

Mi situación se hizo francamente angustiosa. Nuestro agente en Valparaíso, tan novel como yo, estaba aún más temeroso y lo peor es que en París no se creían nuestras aprensiones, tildándonos de alarmistas. Incluso, a su regreso de Europa, don Miguel Morel se peleó con su reemplazante interino don Francisco Freire, provocando la renuncia del Consejo. El retiro de depósitos continuaba acentuándose en un Banco que no era demasiado poderoso, y más aún anticonversionista, y sin "santos en la corte", a pesar de ser don Enrique Mac Iver Ministro de Hacienda y el abogado de nuestro Consejero don Pedro Perfetti.

A fin de incrementar fondos necesarios tuvimos que abandonar la agencia de la compañía salitrera "Agua Santa" y "La Unión". Sólo cuando los bancos "La Unión" y "Santiago"

quebraron se decretó una moratoria de 30 días. A principios de 1896, mi padre se decidió a venir a Chile acompañado de mis hermanos Carlos y Benjamín.

El resto de la familia regresó a París desde Vigo, donde mi hermana Josefina no queriendo abandonar a su novio Manuel de Goyeneche, con la complicidad de su mucama Lucie simularon con sangre de cordero una hemorragia que les hizo desistir del viaje. No fue ese el único incidente, pues el mozo que traían se lo llevaron preso por insultar a España que estaba en guerra con Cuba.

Al mandarle a buscar los boletos, alguien le hizo creer que la frase "Hágame el favor", se decía en español: "godos cobardes", por cuyo motivo lo patearon y se lo llevaron al calabozo.

El pololeo de Josefina duró hasta 1900, en que se comprometió con nuestro primo Juan Enrique Concha. Juan Manuel de Goyeneche era combatido por mis padres únicamente por su gran afición al juego, ya que era hombre de gran simpatía y magnífica situación social en España. Más tarde supimos se había casado siendo un magnífico esposo, heredando de su padre cuantiosa fortuna y el título de Duque de Gor.

La situación bancaria había mejorado positivamente, debido al gran auge de la industria salitrera, lo que permitió a nuestras oficinas disminuir considerablemente sus saldos deudores en esterlinas, alejando los riesgos de la baja del cambio.

En la nueva campaña presidencial y ya libre de las preocupaciones del Banco me metí de lleno en la política siendo entusiasta partidario de don Federico Errázuriz, quien me tomó gran aprecio llegando a ser muy asiduo de su casa.

A principios de 1896 se presentó la ocasión de pronunciar

mi "maiden speech" en la Cámara. Había llegado el momento de abordar un tema que no suscitase polémicas de ninguna índole. Con motivo del reciente incendio del Congreso, las sesiones se desarrollaban en la Universidad de Chile, allí fue donde tuvo lugar mi intervención, derivada de una conversación que en casa de mis suegros sostuviera con el señor Paulsen, prestigioso ingeniero y agricultor de la provincia de Coquimbo.

El consideraba un disparate que el Gobierno para complacer a sus amigos políticos, llegara a comprar el ferrocarril de Coquimbo, para lo cual aportaba toda clase de datos y documentos, ya que había sido ingeniero de dicha empresa. "Ahí tiene una ocasión para entrenarse en la Cámara —me dijo mi suegro—, combata con buenas armas esta inoportuna adquisición. El señor Paulsen me envió todos los antecedentes y documentos necesarios. Por mi parte estudié con todo esmero aquellos interesantes aportes preparando un discurso que pronuncié en cuanto el Gobierno envió el proyecto a la Cámara.

Poseía tan buena memoria, que pese a mi dificultad de improvisación llegué a dar la impresión de estar improvisando sobre apuntes, pues a tal extremo llegué a memorizarlo dominando el consiguiente nerviosismo de quien debuta. El Ministro de Obras Públicas dio respuesta a mi discurso, el que repliqué basándome en nuevos datos proporcionados por el señor Paulsen.

Casi puedo hablar de un verdadero éxito, ya que por el momento el Gobierno retiró dicho proyecto. El Partido y amigos de la Cámara me felicitaron muy sinceramente, al mismo tiempo que la prensa en general fue benévolा. Algún diario me comparó a Peel, tal vez porque era el único que en la Cá-

mara vestía como los políticos ingleses de levita, colero y flor en el ojal.

La cuestión de límites con Argentina adquiría cada vez una mayor violencia, al presentarse casos en las altas cumbres andinas que no podían dirimirse por la teoría de las aguas divisorias, y que como en el caso de la Puna de Atacama, sobre la cual a la hora undécima Bolivia pretendía derechos incuestionables.

Ese año nació mi tercer hijo, la misma noche en que con mi suegro nos habíamos dirigido a su fundo en Nos. Felizmente mis hermanos estaban en casa. El nacimiento fue absolutamente normal y la recién nacida me trajo buena suerte, pues ese mismo día (domingo), fui nombrado Director del Club Hípico, e inauguré mis colores con una preciosa potranca 7/8 de sangre, llamada Hippia, hija de Pisco y que al correr por primera vez ganó el clásico "Tanteo", montada por Luna, jinete primerizo. El premio era de mil pesos y en apuestas gané otro tanto, suma considerable para la época.

Envalentonado por el éxito y para hacer propaganda hípica formé otro corral con Carlos Cousiño y Ricardo Lyon, que llamamos "Corral Limited", destinado a tener posteriormente gran resonancia y del que me retiré en cuanto aumentó el número de caballos en Pirque.

Llegué a tener casi todos los potros que había en el país, Palmy, Pisco, Genovés, Wanderers, etc. Al principio el éxito no correspondió a mis desvelos, pues no tenía personal competente y muchos potrillos murieron en el momento de nacer. Esto me obligó a traer personal inglés, que durante cuarenta años fueron insuperables y a ellos corresponde cuanto de caballo se sabe.



Casi sin vacilaciones puedo asegurar que "Pirque" fue la cuna de casi toda la raza chilena de caballos de carrera. Frente al Directorio del Club Hípico, mi tarea no fue menos ardua. Desde 1893 junto con Daniel Concha luchamos por el establecimiento del juego, como aliciente indispensable para el desarrollo de la hípica, teniendo a nuestro haber la experiencia de los países europeos.

Primeramente tuvimos que sostener una lucha dentro del Directorio mismo, donde sus más antiguos integrantes, tales como don Luis Dávila Larraín y otros, eran enemigos acérrimos del juego, luego después, el Gobierno, que incluso en una oportunidad nos demandó criminalmente por haber establecido con don Adam Lombie los remates de caballos.

En aquella oportunidad nos defendió mi suegro, llegando a obtener nuestro sobreseimiento, y sólo entonces quedó libre el campo para el río de oro de las apuestas mutuas. Hice que me enviaran de Francia las leyes y reglamentos en vigencia en cuanto se refería a hípica, para entregárselos a don Miguel Cruchaga Tocornal quien los estudió y luchó hasta obtener la ley necesaria.

¡Y, oh, increíble!... Sin embargo, una de las dificultades más difíciles de vencer fue uno de los artículos del Reglamento Interno del Hipódromo, aquel en que se exigía a los jinetes correr completamente afeitados, pues era espectáculo poco estético ver a algunos como Quintanilla con grandes bigotes, o como Severo Ibarra muy barbi cerrado.

Simultáneamente, el Banco privado de todo auxilio fiscal, poseía la facultad de emitir billetes con garantía en bonos. En todo caso había recuperado con creces una buena marcha al

extremo de poder dar dividendos semestrales de un 6 por ciento, aumentando al mismo tiempo los fondos de reserva.

Superadas las diferencias entre el Gerente y el Consejo, pude distribuir un resto de mi tiempo tanto en política como en vida social. Mi padre nuevamente había regresado a Europa con mis hermanos Fernando y Carlos, dejando a Benjamín, quien me ayudaría preocupándose del aspecto agrícola de nuestros negocios.

La lucha presidencial se mostraba cada día más reñida entre don Vicente Reyes, candidato de la Alianza Liberal y don Federico Errázuriz por la coalición Liberal-Conservadora. Los debates en las Cámaras eran más y más reñidos, esta vez y más fogueado pronuncié un discurso bastante entusiasta en favor de don Federico Errázuriz. De más está decir que lo había preparado cuidadosamente dispuesto a ganar mayor terreno que el obtenido con mi primera intervención. Estaba ufano de mi trabajo, tuve bastante éxito entre los errazuristas. Desgraciadamente en mi familia no produjo el menor efecto incluso hubo entre ellos, quienes dijeron que había sido hecho por mi suegro, lo que en cierto modo era reconocerle calidad y méritos.

Esta apreciación tan injusta como malévola en el seno de mi propia familia me hizo reaccionar de inmediato tomando viva animadversión a cuanto se refiriera a política. Luego vino el nombramiento de las Comisiones Parlamentarias que irían a provincias a presenciar el acto eleccionario. Yo debía ir al Norte en el "Blanco Encalada", finalmente no se llevó a efecto por oposición de los reyistas.

El Presidente Errázuriz no obtuvo clara mayoría. Vino la

calificación de poderes ante la Comisión Mixta del Senado y de la Cámara de Diputados. Me tocó actuar en tres comisiones muy favorables, al extremo que en una de ellas, el eminente Senador Radical don Guillermo Matta propuso que fuera yo quien redactara el informe que él subscribiría en el acto.

El más grande de los problemas lo constituyó el hecho sostenido por los reyistas, sobre el no derecho a voto de los parientes parlamentarios, del Sr. Errázuriz, quienes formaban un respetable número. Este punto fue amplia y acaloradamente debatido obteniéndose por fin un fallo favorable.

Por entonces me tocó actuar como Secretario del Congreso en compañía de don Paulino Alfonso. Recuerdo que en medio de estas discusiones el Diputado Radical, don Francisco de Paula Pleiteado, habiendo hecho mofa de Dios, el Diputado conservador don Macario Ossa Cerda, se puso de rodillas en pleno hemiciclo y exclamó: "Perdónalos, Señor, porque no saben lo que hacen".

Siendo ya Presidente don Federico dio una comida a los congresales partidarios suyos, oportunidad en que me agració públicamente el apoyo que le prestara durante su campaña. Yo aproveché aquel momento para manifestarle el desagrado sufrido ante la insidia de mis propios familiares que me atribuían que hablaba por boca de mi suegro.

"Usted y su mujercita son unos trasplantados en medio de estos huasamacos de Chile. Renuncie a su candidatura que yo le nombraré Secretario de la Legación de Chile en París donde viven sus padres haciendo honor a nuestra tierra".

Antes de aceptar esta magnífica proposición le dije, que consultaría a Marta. Ella pensó como yo, pero mi abuela y mi

suegro se opusieron. Este último me dijo: "Siendo usted Diputado, no puede ser sino Jefe de Misión". Fue así como rechacé tan tentadora oferta.

El problema limítrofe con Argentina se mantenía sin demostraciones de llegar a una solución favorable, obligándonos a mantenernos en una "paz armada", que terminaría por arruinar a ambos países. Habíamos tenido que formar dos nuevos regimientos y varias escuelas técnicas militares; más aún, mandamos construir un crucero a Europa, aparte de que se había importado gran cantidad de armamento y una comisión de oficiales instructores entre los mejores del Ejército alemán. Oportunamente se implantó el Servicio Militar Obligatorio y una Guardia Territorial, a la cual pertenecí junto con mis hermanos, pues ya habíamos pasado la edad reglamentaria del Servicio.

Fue así como por obra de los acontecimientos, nuestro Ejército modelado e instruido según las normas alemanas llegó a ser el orgullo de Sudamérica. Los uniformes tanto de los oficiales como de los soldados eran irreprochables. Las bandas del Ejército con sus instrumentos recién importados y sus marchas alemanas y austriacas adoptaron como marcha oficial, la "Radezky March", que es la más marcial que he conocido.

Técnicamente tuvimos en suerte contar con instructores tales como el General Koerner y el Conde Koeningsmark, en caballería y Hermann en la Escuela Militar era una eminencia como teórico y estratego. Aparte de ellos estaba una falange de jóvenes oficiales y suboficiales que en breve tiempo llegaron a establecer una norma y disciplina que es característica de nuestro Ejército hasta el presente.

Frente a la cuestión argentina, tanto en el Ejército como

en la política había dos bandos bien definidos, los militaristas y los pacifistas. Entre los primeros estaba el General Körner, seguro de su Ejército, don Joaquín Walker Martínez, Ministro en Argentina, don Eleodoro Yáñez y muchos más. Entre los pacifistas, teníamos al propio Presidente de la República, a igual que su colega argentino, el Presidente Julio Roca, don Ventura Blanco Viel, quien después fue Ministro de Relaciones Exteriores, Julio Zegers, Carlos Concha Subercaseaux y mi padre.

Felizmente se llegó a un acuerdo recurriendo a un arbitraje ante el Rey de Inglaterra, iniciativa que motivó el histórico abrazo de ambos Presidentes en el Estrecho de Magallanes a bordo del crucero "O'Higgins", aunque en concreto no llegara a definirse nada hasta 1902, época en que se firmó el famoso "Pacto de Mayo", siendo Carlos Concha Ministro de Chile en Argentina.

El buen sentido de mi padre le mantuvo invariablemente en su posición pacifista, e incluso creo que en más de una oportunidad contribuyó con un grano de arena en el feliz resultado de una situación tan molesta y delicada.

En una oportunidad me envió una carta de su amigo el eminentе hombre público don Carlos Pellegrini, en que trataba con ponderados y sabios conceptos la locura de estos pueblos y lo fácil que era llegar a un acuerdo mutuo y digno. El envío de dicha carta fue de gran oportunidad, y viendo su importancia, al mismo tiempo que considerando la trascendencia que pudiera tener, la leí en pleno Consejo del Banco de Chile, donde se comentó extensamente y en forma por demás favorable.

Incluso se tomó acuerdo de enviarla a "El Ferrocarril", quien la dio a la publicidad provocando los efectos que le atribuyera desde el primer momento y sus efectos fueron verdaderamente mágicos; renació la confianza y el cambio se afirmó en vista de que la opinión pública vio las posibilidades de un arreglo.

Libre ya de los negocios y de la política pude dedicarme íntegramente a mi familia. Mi mujer esperaba un cuarto hijo; teníamos tres, dos niñas y un hombre: Martita, Francisco, y Carmen a la que siguió Rosita. Mi situación económica había mejorado, pues además de las acciones bancarias que habían subido su dividendo, mi padre me había dado algunos valores, aparte de que era Director de algunas compañías, y sobre todo como estaban dos de mis hermanos en Chile, mis padres corrían con todos los gastos de la casa.

Por ese tiempo salíamos con mucha frecuencia y recibíamos a nuestras innumerables relaciones. Por un tiempo tuvimos clases de minuet y pavanne con Emiliana Concha y su marido, Joaquín Larraín y su esposa Inés Echeverría, mis cuñadas y una preciosa niña Covarrubias Aldunate, Carlos Cousiño, Enrique López, mis hermanos y muchas personas más.

Aquel año veraneamos nuevamente en Viña del Mar, haciendo más íntima nuestra amistad con Blanca Vergara, ya viuda y de regreso de Bolivia, donde había cuidado a su marido con admirable abnegación.

Juntos organizamos inolvidables excursiones a caballo por los cerros de Concón, y sus alrededores. En muchas oportunidades nos acompañó Manuel Francisco Yrarrázabal, Joaquín Prieto y su mujer Lucía Concha, Antonio Hunneus, Luis

Walker, administrador de los fondos de Blanca, Enrique López Maqueira y dos o tres gringos.

Almorzábamos en diversas partes. Blanca comenzaba a recibir y dio un baile de fantasía que hizo eco y donde ella disfrazada de geisha con rosas rojas, estuvo estupenda. Después... el destino se ha mostrado cruel con esta mujer admirable, arrebatándole a casi todos sus hijos y haciéndola sufrir lo indecible, lo que ha aceptado con cristiana y ejemplar resolución.

Otra casa muy agradable de visitar era la de Tomás Vergara, donde se decía que era en la que mejor se comía en Chile. Su esposa, una muchacha peruana muy atrayente, Rosita Hidalgo, nos invitaba con gran frecuencia organizando después de comida agradables partidas de naípe. Los comensales habituales eran Ricardo Lyon, el cura Ugarte (verdadero queluche de las beatas).

A veces íbamos solos, y recuerdo que en una oportunidad, nuestras esposas que vivían muy cerca, en la calle La Montaña, en vista de nuestras frecuentes llegadas tardes por causa del juego no quisieron abrirlas las puertas dejándonos los colchones en el jardín. Y, para colmo, nuestro compañero el cura Ugarte, se puso el domingo a tronar desde el púlpito contra la alta sociedad viñamarina, que se llevaba jugando hasta el amanecer, habiendo sido él parte de la fiesta.

Era costumbre que la gente fuera por el tren de las dos a Valparaíso a las tiendas, o a tomar helados a la pastelería de Gzaud con sus exquisitos mierengues con crema chantilly...

En 1900, mi padre viajó una vez más a Chile acompañado de mi madre que estaba impaciente por vernos a todos reunidos y conocer a nuestros hijos. Con ellos vino Fernando y en el mismo barco viajaban Adriana Cousiño, ya algo enferma y Cornelio Saavedra.

Organizamos una verdadera comitiva para ir a esperarles a Lota con Carlos Cousiño, Ricardo y Alberto Lyon Pérez, Enrique López Maqueira y mis hermanos Carlos y Benjamín. En el camino se nos juntó Pelluco Moller, amigo penón, rangoso y entretenido que nos acompañó hasta Concepción.

Fue una excursión llena de alegría. Al hacer once en el trayecto regalé a Moller una langosta cocida cuyo color rojo cuadraba con su firme convicción radical, a Alberto Lyon le llevamos unos sandwiches envueltos en el diario "La Ley" —que acaba de ser excomulgado— y que por cierto Alberto no quiso tomarlos ni menos servírselos.

Mi gran amigo era Carlos Cousiño, quien estuvo muy comprometido económicamente con su fábrica de cerveza, motivo que me proporcionó la oportunidad de ayudarle con un préstamo por siete mil libras esterlinas en el Banco de Chile y Alemania.

Con profundo agrado vi que mi padre encontró que la situación de nuestro Banco estaba favorablemente cambiada por cuyo motivo pudo realizar varios y provechosos negocios. Desgraciadamente no pude acompañarle en su regreso a Europa a causa de una nueva enfermedad de Marta con motivo del nacimiento de un quinto hijo, que desgraciadamente murió casi

al nacer, aunque alcanzó a ser bautizado con el nombre de Carlos.

Sin embargo, los médicos opinaron luego después que un viaje por mar era muy recomendable para el completo restablecimiento de mi mujer, que había quedado en sumo grado de debilidad, razón por la cual dispusimos irnos a Europa, llevando únicamente a dos de nuestros hijos, Martita y Paquito a cargo de la Nursey Governess, miss Buss, que era muy buena y les había enseñado a hablar el inglés perfectamente.

Las dos niñitas menores quedarían en casa de mis suegros con sus viejas mamás, la Carmen Ramírez y la Jesús. Fue una determinación muy dolorosa para nosotros que adorábamos a cada uno de nuestros hijos. Al mismo tiempo me llevé el sentimiento de dejar muy enfermo a mi querido Presidente Errázuriz quien había sufrido un ataque al cerebro yéndose a convalecer a Valparaíso.

Nos embarcamos en el "Orcana", de la P. S. N. C. capitaneada por Yates. Pedimos el plano del barco para elegir nuestros camarotes y el importe del viaje fue cargado a la cuenta de mi padre, además abrimos un crédito donde el "purser" a bordo para los pequeños gastos.

El viaje se inició ideal. Todas las noches en el salón había conciertos, y el capitán Yates, comandante del buque que se hizo gran amigo nuestro venía a sentarse a nuestro lado. Era su último viaje, y el tema constante de sus conversaciones era la vuelta al hogar y el recuerdo de su mujer y sus hijos.

Era un buen hombre, muy cordial y simpático, demostraba marcada predilección por una canción muy romántica que

siempre pedía a la orquesta, "Sweet Margaret", sobre las delicias del hogar.

Una noche nos extrañó que no bajara como de costumbre. Preguntamos por él y se nos dijo que estaba enfermo. Fuimos a verle, Marta comprobó en el termómetro que tenía cuarenta grados de temperatura, le dimos algunas tabletas de aspirina y tras un rato de reposo lo vimos aparecer en el salón.

Una vez más pidió "Sweet Margaret", viendo emocionados como las lágrimas silenciosas rodaban por sus mejillas. Antes de acostarnos fuimos nuevamente a su camarote dejándole algunas medicinas. El barco debía amanecer en San Vicente de Cabo Verde. A eso de las cinco de la mañana nos despertamos con cierta inquietud, el barco había detenido la marcha y parecía girar en redondo.

Llamamos a otro de los oficiales, un tal Steward, quien nos dijo: "We have lost our captain". Luego supimos que en un acceso y delirio febril se había arrojado al mar. Ahí abundaban los tiburones siendo imposible rescatarle. El barco siguió bajo el mando del segundo comandante.

Al llegar a Lisboa, vimos que nuestra Nursey Governess —de tan irreprochable conducta y abnegada dedicación— descuidaba un tanto a los niños. Marta le llamó la atención sobre el particular y ella le respondió que nos abandonaría en La Palice, para seguir viaje a Liverpool para contraer matrimonio con uno de los oficiales de a bordo.

Aquel contratiempo no nos molestó en vista de las razones expuestas por nuestra miss. Luego, en Lisboa supimos que nos tenían una femme de chambre, aunque luego tendríamos que

buscar una empleada inglesa para que los niños no ovidaran el idioma que tan bien habían aprendido.

En La Palice, nos esperaba mi padre acompañado de Benjamín.

Eran las once de la mañana, horas después partíamos rumbo a París sin haber tenido tiempo de visitar el puerto La Rochelle, tan lleno de recuerdos de Richelieu y los Huguenotes. Por último almorcamos a bordo, donde mi padre pidió el "Iris Stew", que tanto le gustaba. Benjamín probó el vino de Madeira de tanto renombre y prestigio, reconociendo sus excelentes cualidades.

Al llegar a París los niños se encontraron un poco cohibidos, por no conocer mucho a los tíos y abuelos y nada del idioma. Pero tal es la facilidad que se posee en la infancia para los idiomas, que a los seis meses de permanencia y con el trato diario de la espléndida femme de chambre hablaban el francés con toda facilidad.

Pese a que vivíamos en París, nuestra vida era casi patriarcal. Por las mañanas íbamos con Juan Enrique Concha a ver los trabajos de la Exposición. Mi madre con Marta y los niños salían todas las tardes de paseo o a las tiendas. Yo acompañaba a mi padre a la Bolsa y a las oficinas de los banqueros, sobre todo a Erlanger, con quien teníamos grandes negocios, entre otros los Huanchaca, Municipalidad de Valparaíso, Ferrocarril de Pirque, etc. A mi regreso a Chile, sabía que ocuparía la gerencia de nuestro Banco, y estudiábamos el aumento del capital que yo estimaba debía ser de unos siete millones, emitiendo las acciones con un 90 por ciento de premio.

Casi todas las noches comían con nosotros Juan Enrique y el joven Bittencourt con su esposa, quienes pasaban su luna de miel.

Por aquel entonces me llamó profundamente la atención, la frecuencia de duelos que se efectuaban en Francia, por pretextos casi risibles. Mi hermano Benjamín tenía gran prestigio como espadachín y su situación social era de primer orden en la sociedad parisienne.

Otra de las cosas que atrajo mi atención y en cierto modo asombro, fue el prestigio alcanzado y del que gozaban las demimondaines. Ellas eran quienes lanzaban la moda, tenían las mejores casas y los más brillantes "equipajes".

De todas partes del mundo habían acudido a Francia, las mujeres más bonitas del mundo, ahí estaba la Belle Otero, Cleo de Merode —querida del rey de Bélgica—, Ivonne de Bray, Emilienne D'Alecon, Germaine Thouvenin, Maud Damuseau, Nelly Stanley, Alice Desplanches, Demarsy, Darlaud y millones de comparsas de la legión de Cythere. Las señoras las tenían por modelo y les mandaban a pedir mil consejos de moda y belleza, incluso hasta por conducto de sus propios maridos. Estábamos en pleno paganismo: "ces dames ne sont pas cruelles", decían los diarios irónicamente.

Las yanquis también comenzaban a llamar la atención, aplaudiéndose y comentándose mucho las canciones de Anna Held y Edna May en la preciosa "Musical Comedy The belle of New York".

El mundo gozaba de paz y prosperidad. El dinero estaba a menos del 2 por ciento de interés. Había muerto el Presidente Félix Faure, y los franceses recordaban la visita del Zar a

París, y la Alianza Franco-Rusa junto con la Entente Cordial, obra del Rey de Inglaterra S. M. Eduardo VII.

Con mi padre y Marta fuimos por unos días a Inglaterra, para que yo conociera algunos hombres de negocios, especialmente a los jefes de la "Casa Huth", uno de los cuales hacía las veces de Director de nuestro Banco en Inglaterra.

A nuestro regreso nos fuimos con casi toda la familia a Trouville, donde fueron a reunírsenos mis hermanos Fernando y Eugenio, que viajaron desde Chile junto con don Jorge Montt, Van Buren, Enrique Squire y Onfray.

Cada semana recibíamos noticias cablegráficas sobre nuestras chiquitinas y cartas muy minuciosas cada quince días, lo que contribuyó a que nos consoláramos y estuviéramos tranquilos, disfrutando de un tiempo magnítico y una onda de calor que combatimos con deliciosos baños de mar.

Un día llegaron a vernos Víctor Eastman y Enrique Balmaceda acompañándonos en nuestro baño. Enrique sufrió un accidente y fue Marta quien le salvó ya que ella se encontraba en el bote mientras nosotros nadábamos mar adentro.

Era la hípica, sin lugar a dudas nuestro deporte favorito, a él nos entregábamos cada vez que podíamos y gracias a la amistad de discípulos que nos unía al Conde Le Marais, Director de la Sociedad de Carreras de Dauville, y al Conde Antoine Hocquart de Turtot, Comisario de la "Societe D'Encourgement", obtuvimos tarjetas de socios, que eran muy codiciadas.

Fue por intermedio de ellos que entré en relaciones con muchos dueños de caballos y propietarios de haras, magnífica oportunidad para adquirir algunos reproductores y yeguas a fin de completar mi criadero de Pirque, con ejempla-

res de fina sangre y claros antecedentes hípicos. Como los animales de esta categoría eran de alto precio me asocié con Benjamín Aninat. El Conde de Foi, padre de uno de mis compañeros de Colegio, me presentó a Maurice Caillaut, el propietario más importante en la Francia. De ese momento, Mr. Caillaut, me ofreció en venta un potro, que posiblemente me conviniera, siempre que las pistas de mi país no tuvieran fuertes subidas y bajadas, pues el animal tenía el defecto —que felizmente no se transmitió— que sus corvas eran débiles para el volumen. Era un hermoso ejemplar, de nombre “Rodilard”, hermano del mejor ejemplar del año, la yegua “Roxelane”, ganadora entre otras carreras del “Prix de Diane” y el “Grand Prix” de París. La actuación de “Rodilard” en las pistas había sido brillante, pues había corrido sólo tres veces disputando la “Poule d’Essai de Poulains”, que equivale a las dos mil guineas inglesas; carrera que ganó en muy buenas condiciones. Luego había participado en el “Triennal” donde fue abatido por escaso margen, pues ya se manifestaba su defecto, y por último en el “Royal Oak” donde se mancó para ser retirado definitivamente. Era de la misma sangre que “Saint Simon”, por su padre “War Dance”. Terminé por adquirirlo y en Chile resultó un buen reproductor, dándome a “Hasard”, ganador del “Ensayo” y “Sobiesky” ganador de “La Prueba”, además la potranca “Green and White” (mis colores), muy preciosa, ganadora de varios premios y segunda del “Derby”, donde iba cargada con siete kilos por ser fina sangre.

Fue el propio Caillaut, quien me presentó a su preparador Richard Carter, el más reputado de aquel entonces, a quien le pedí que me buscara tres lads, que quisieran ir a Chile con un contrato por tres años. Al mismo tiempo que pro-

ponía a mi cochero inglés, Edwards Battegate si le agradaría irse a Chile para hacerse cargo del criadero. Era soltero y aceptó encantado. El con Richard Carter buscaron el resto del personal que necesitaba, y que fueron Gardener, Allen y Mockeredige, el primero terminado su contrato se volvió a Inglaterra, los otros dos se quedaron en Chile donde fundaron su familia.

Mockeredige ha sido un buen jinete y preparador; el otro, Allen, que tenía muy buena figura, es el padre de Raúl Allen, uno de nuestros mejores profesionales. Junto con "Rodillard" mandé tres potrancas; una hija de Richelieu, que desgraciadamente murió en el viaje; otra "Reina des Pres", por Achille, me ganó algunas carreras de fondo, la tercera "Artillerie", por Arreau, me dio en las haras a "Jou-Jou", ganador de el "Derby" de Viña del Mar.

Ese año en Europa hubo una revolución en la hípica con la llegada de los jinetes yanquis, sobre todo de Tods Sloan. Yo les vi correr un caballo del Barón de Schickler, en el "Prix du Conseil Municipal", en Longchamps. Montaban muy corto y las riendas sobre el pescuezo del caballo, corriendo a toda velocidad desde la partida, lo que anulaba a los caballos que eran únicamente de resistencia y eso produjo cambios de forma sorprendente.

En septiembre, regresamos a París con los Bittencourt y Juan Enrique Concha, haciéndonos de inmediato frecuentes espectadores de toda clase de funciones. En materia de canto presenciamos en la Opera "Romeo y Julieta" y "Faust" de Gounod, "Sansón y Dalila" de Saint Saens, "Lohengrin", de Wagner y el ballet "Sylvia" de Deslibes y a "L'Origane", de mi amigo Widor.

En la "Renaissance" oímos a "Orphee et Iphigenie" de Gluck. En los teatros alegres la "Pensión de libre change", de Feydau, "La Petit Chocolatiere", de Paul Gavaut, y "Le Poulailler", de Tristán Bernard, "Le Roi", de Robert de Flers y Armand Cailavet.

En las obras serias, presenciamos la representación de "L'Escandale", de Bateille, con la actuación de Berthe Bady y Lucien Gutry, además "Cirano de Bergerac", de Rostand con Coquelín Aine y "L'Aiglon", con Sarah Bernhard y "Un Angel", de Alfred Capax con la encantadora y picaresca Eva Lavallière, que terminó su vida en un convento.

A propósito de "Faust", que fue cantado admirablemente por Emma Eames, una nueva y joven soprano americana, debo confesar que al oírla sentí por vez primera en mi vida la nostalgia de un pasado no demasiado lejano. Esa noche habíamos comido con Marta y Eugenia Huici en el hermoso Hotel de Eustaquio Escandón y su mujer Manuelita Cuevas, recién estrenado y del más puro estilo Luis XVI, ubicado en la Avenida Víctor Hugo. Fue una comida de primer orden, con la asistencia de la Condesa Vilain y su marido, Carlota, hermana de Eustaquio con su marido, el Duque de Montellano, Lolita Iturbe y su marido Beistegui y Ramón de Errazú, el hombre más a la moda del Segundo Imperio.

Luego fuimos a ver "Faust", de pronto brotaron en mi mente todos los recuerdos de infinitas representaciones teatrales. La kermesse y el vals me hizo recordar a Goethe y a mis amigos austro-húngaros Martsy Battany y Lucie Morowitz; la canción de Sebel, las chiquillas que en otra época iban a nuestros palcos.

Faites-lui mes aveux
porter mes voeux
Fleurs ecloses aupres d'elles
dites-lui qu'elle est belle
que mon coeux nuit et jour
languit d'amour.

Venía después el Segundo Acto con el “Rey de Thule”, el aria de las alhajas y las dos tan románticas canciones de “Salut demeure chaste et pure” y “Laisse-moi contempler ton image”.

Con la Invernezzi se acabó el reino de las bailarinas que fue reemplazado por la **demi-mondaine**; recordé a sus antiguos admiradores, el Duque de Aumale, el Conde Greffulhe, de gran facha con su barba rubia, al Príncipe de Saigán con su monóculo, al General Marqués de Gallifet, etc.

Marta, que hasta entonces había estado embelesada con la representación y en ese momento más aún con el himno final de Margarita cuando se va al cielo: “**Anges purs et redieux portez mon ame au sein des cieux**”, le extrañó mi silencio, yo que era tan alegre y conversador. Intrigada me preguntó si me habían molestado los piropos que le dijera Ramón de Errazú durante la comida. Me apresuré a disuadirla de semejante idea, explicándole el extraño fenómeno que se había operado en mí en ese instante al recordar otras Margaritas vistas por mí, la Patti y Rose Caron, especialmente esta última cuando cantaba aquellas hermosas canciones religiosas “**Le Crucifix**” y “**Les Rameaux**”, y además estaba el recuerdo de muchas personas que se habían dispersado y qué no veríamos más.

Además de los teatros frequentábamos los restaurantes de moda, entre los que estaban “**Paillard**”, que lanzó las “escalos-

pas de foi grass calientes” y las “ostras apanadas con salsa Colbert” y el “Café de París”, autor de las “pommes Georgette con camarones”. También íbamos al “Café Anglais”, donde conseguimos un segundo cocinero de apellido Gauthier, que mandé a Chile por encargo del Club de la Unión, y que no supieron apreciar debidamente. Recuerdo que su sueldo era de cuatrocientos pesos.

En noviembre se inició la vida social, que tuvimos que interrumpir ante el anuncio de un nuevo hijo, por cuyo motivo y en las reiteradas enfermedades prematuras de Marta era conveniente adoptar el mayor reposo. Nuestras distracciones se limitaron a ver los trabajos de la Exposición y salir en carruaje con los niños.

Martita empezó a aprender piano con mi antigua profesora Madame Crete. En casa había nuevos comensales, algunos argentinos de quienes mi padre se había hecho gran amigo como Benito Villanueva, Benjamín Subiabre y Aarón Anchorena. Mi hermano Eugenio había sido condiscípulo de estos últimos en Saint Croix, además estaba el brasileño De Barros y el mejicano De la Arena, todos muy ricos, sin contar al portugués, el Conde de Penha y Longa.

También iba a casa el popularísimo Maurice Bertland, amigo de Benjamín, agente de los vinos más a la moda en París, el Champagne “Saint Marceau”, el vino blanco “Chatenu Carbonnieux”. Tenía como socio a un tipo divertidísimo, Jules Ravaud, todos los diarios parisinos se ocupaban de sus excentricidades. En una oportunidad avisó por la prensa que se había muerto e invitó a su entierro. Acudió mucha gente al sepelio en vista de su gran popularidad. Su amigo Bertrand pronunció en el “Pere Lachise” el consabido discurso de des-

pedida, una vez terminado, el propio difunto se levantó para agradecerle la manifestación de condolencia en términos inteligentes y humorísticos.

Asiduas de casa eran también las bonitas amigas de Josefina, las Landais, Antoinette Stagg, las de Polignac, Teresa Aguiar, las Beche, Suzanne Cretz y muchas otras.

Los trabajos de la Exposición avanzaban con rapidez. Se había dado término a la torre Eiffel y la urbanización del espacio comprendido entre el antiguo Palacio de la Industria, que se demolió y "Los Inválidos", como también entre el río y la "Escuela Militar". La perspectiva era soberbia y los edificios estupendos. Ahí se construyó el famoso puente de Alejandro III, sobre el Sena para dar paso a una ancha Avenida que unía a los Campos Elíseos con los "Inválidos", rodeados de jardines y en medio de los cuales se levantaba el Grand Palais y el Petit Palais, este último verdadera joya de la arquitectura.

Con bastante anticipación empezaron a verderse los bonos de la Exposición, cuya inauguración se llevó a efecto el día primero de abril. Fuimos a visitarla con Marta, Juan Enrique, Josefina y los niños. Lo primero que hicimos fue subir en el ascensor hasta el primer piso, donde funcionaba un restaurante. Allí pudimos apreciar de cerca aquel hermoso trabajo de hierro en medio de una vista de ensueño.

Con gran entusiasmo de parte de los niños, subimos al Trottoir Roulant que recorría toda la Exposición. Eran tres calles de madera de seis metros de ancho cada una; la primera era inmóvil, la segunda se movía lentamente y la tercera, a una mayor velocidad, pudiendo pasarse libremente de una a

otra. Era un juguete curioso y entretenido para grandes y chicos.

Ver la Exposición, apreciar cuanto en ella había requería días y días, constituyendo por mucho tiempo un paseo cotidiano, nos reuníamos en el pabellón de Suiza sirviéndonos leche fresca, y panes con mantequilla que se hacían allí mismo. Regularmente y cada once años se realizaba una Exposición de ese tipo.

La presentación de Alemania era soberbia y quizás una de las más hermosas. Sus pabellones estaban a lo largo del río con estupendos restaurantes y regias orquestas. El pabellón rumano llegó a ser de gran moda. Los espectáculos típicos de cada país atraían gran público, sobre todo el teatro japonés, donde actuaba una sobresaliente artista Sadyaco que llegaba a verse bonita en las tablas, y la ágiles y pequeñas danzarinas con sus kimonos eran una atracción constante. Las magníficas bandas yanquis, contagieron a todo el mundo con el ritmo de sus marchas y no había quien no silbara por las calles y paseos su "Stars and Stripes" o la "King corton march".

Con Bittencourt hicimos un verdadero descubrimiento y hallazgo; el "Stand del Champagne", reservado cada día para una marca diferente, que se servía al público a razón de tres francos el vaso. Estaba el champagne en todos sus tipos, el francés dulce, el americano medio seco, el inglés seco, acompañados de exquisitas galletas. Como pudimos apreciar y paladear, había no menos de veinticinco variedades de marcas, las que más nos gustaron fue el "Deutz y Geldermann" y el "Pommery Greno". Diariamente probábamos tres tipos.

Por las tardes salía con mis padres a ver maquinarias, muebles y objetos diversos. Por las noches admirábamos la soberbia

iluminación comiendo en alguno de los stands. Con gran contento de todos, el 31 de julio tuvo lugar el nacimiento de mi hijo Julio, el segundo varón de la familia.

Por diversos motivos, la llegada del nuevo Ministro de Chile en Francia, concentró en su persona toda la atención de la colonia y familia. Había sido designado para ocupar el cargo don Ramón Barros Luco, solterón y hombre de ocurrencias y respuestas socarronas e ingeniosas que todo el mundo recuerda y repite. Para el 18 de Septiembre, el flamante diplomático dio una recepción en un hotel du Palais en Cours la Leine, al que asistimos en masa. Un francés exuberante bebió por el salitre y su promisoria riqueza, en un arranque de entusiasmo preguntó a don Ramón: “¡Esto, señor Ministro, no es sino lo que vemos en la superficie!... ¿Qué no habrá debajo de esta capa?... ¿Qué de riquezas ignoradas?” Don Ramón con toda impasibilidad le contestó: “Probablemente nada”.

En octubre nos embarcamos de regreso, Juan Enrique venía con nosotros, pues estaba ya casi comprometido con Josefina. Aunque mis chicos sabían hablar perfectamente inglés y francés les trajimos una institutriz. Antes de embarcarme fui un día a Long Champs con Benito Villanueva. Al regreso de las carreras llovía a cántaros y advertimos la presencia de una señora muy confundida por no poder encontrar su carroaje, motivo por el cual nos ofrecimos ir a dejarla a su casa. Ella aceptó muy gentilmente nuestro ofrecimiento, invitándonos a bajar y servirnos una copa de oporto en compensación a nuestra atención.

Nos dijo llamarse Alice des Planches, vivía muy bien y nos contó haber sido gran amiga del Presidente Félix Faure recién fallecido, haciendo grandes elogios sobre su persona.

Le pregunté hasta qué punto podía juzgarse verdadero el rumor que venía corriéndose insistentemente, de que el Presidente había muerto en los brazos de Cecil Sorel. Ella me respondió que aquella era la mentira más grande del mundo, una calumnia.

Integraban nuestra comitiva cuatro empleadas francesas, el cocinero Raphael Nazini, espléndido en todo sentido, su mujer Alphonsine, brazo derecho de mi madre, Gustavo Ferrant y su mujer, femme de chambre de mi madre. También nos acompañaba un joven arquitecto Miguel de la Cruz, que volvía de un viaje de perfeccionamiento quien entusiasmó a mi padre para que se construyera una casa en Santiago, donde prácticamente se carecía en absoluto de profesionales capaces de realizar edificios en que se uniera la belleza, el confort y la solidez.

VI

Llegamos a Chile con gran alborozo de la familia, que nos llamaba los Subercaseaux "reservados", en relación con uno de los acreditados tipos de vinos de mi tío Ramón. Nuestras hijitas estaban maravillosas y los muchos regalos que les traímos disiparon en ellas la tristeza de tantos meses de ausencia.

Me encontré totalmente desvinculado de la política. Mi amigo, don Federico Errázuriz se encontraba muy enfermo; había sufrido un segundo ataque cerebral y luego un tercero que lo llevó a la tumba el 12 de julio de 1907. Fue un gran Presidente y mejor amigo.

Los futuros candidatos fueron don Germán Riesco y don

Pedro Montt, desarrollándose una campaña bastante efervescente en la cual salió triunfante el señor Riesco con 184 electores contra 83 que alcanzó a computar su contendor.

La figura de don Germán Riesco no tenía nada de criolla; era alto, de bigotes y barba rubios, ojos azules claros de mirar miope, cejas muy pobladas. Su carácter era simpático, festivo y bondadoso. Todo lo resolvía rápidamente, con criterio práctico y sencillo, incluso la cuestión de límites con Argentina. Era muy modesto y no olvidaré nunca sus palabras cuando quiso renunciar a su pre candidatura: "No aspiro a un puesto para el cual no tengo ni títulos ni competencia". De ese tipo eran en aquel entonces los Presidentes de Chile, orgullo de nuestra historia. Como "para muestra un botón", voy a demostrar cómo se administraban entonces los dineros públicos sin tantos impuestos, ni tan exagerada burocracia, realizando obras públicas y afrontando el peso de la "paz armada" impuesta por nuestras diferencias de límites.

Durante los cinco años de la Administración Riesco, el Fisco tuvo una entrada de 665.000.000 de 18 peniques, un saldo de 619.000.000, con una diferencia de 46.000.000. La libra estaba a 13.33 oro. Durante todo ese período, para mejor eficiencia en el trabajo, establecido en la Moneda, la **jornada única**, tanto el Presidente como los empleados llegaban almorzados a los once de la mañana permaneciendo en sus puestos hasta las seis y media de la tarde. Sin duda alguna don Germán fue un gran Presidente, cuya modestia no ha contribuido para un mejor conocimiento y mayor aprecio de parte de la ciudadanía, conceptos que sólo podemos tener quienes le vimos de cerca.

Nuestra próspera situación económica permitió que mi

padre comprara al notario Yanetti un espacioso sitio ubicado en la Plazuela del Teatro Municipal, con veintiocho metros de frente y bastante fondo, donde se edificaron dos casas destinadas una para mí y la otra para el primero de sus hijos que se casara, tocándole en suerte a mi hermana Josefina, pues Benjamín recién se había comprometido con Ida Zañartu Lucco, una de las bellezas de aquella época.

Los planos presentados por el arquitecto De la Cruz no nos agradaron del todo, pues no concordaban con nuestros gustos por el estilo europeo. Hicimos las innovaciones necesarias en la distribución interior, porque los frontis estilo Luis XV, muy en boga en aquel entonces eran irreprochables.

Diariamente visitábamos las construcciones corrigiendo aquellas deficiencias que después de realizadas no pueden rectificarse. De pronto nuestro arquitecto fue mandado por el Gobierno a Europa dejando en su lugar a un muchacho que no tenía la menor idea de arquitectura, a quien tuve que secundar en todo momento al extremo de haber tenido yo mismo que delinejar las escaleras y corregir la diferencia de nivel que había entre la voute y el hall de entrada.

Comisionamos a De la Cruz para que adquiriera en Bélgica los vitraux y la ferretería, rejas y balcones, lo que hizo en forma verdaderamente ventajosa para nosotros. Intertanto llegó a Chile el arquitecto Alberto Cruz Montt, muchacho de gran talento y refinado gusto artístico, quien se hizo de inmediato cargo de la terminación del edificio y su decorado, que pese al mucho recargo impuesto por la moda y estilo, resultó hermosa y casi imponente en la recepción.

El primero de enero de 1901 asumí la Gerencia del Banco Mobiliario, en pocos días y con la ayuda de don Mi-

guel Morel, estuve al tanto de cada uno de los negocios, adoptando de inmediato algunas innovaciones que estimé necesarias y favorables, como la separación de la Sección Fundos, que dejaba pérdidas, por la incompetencia, desidia o deshonestidad de los administradores.

Mi padre designó a Benjamín para supervigilar nuestras actividades agrícolas, por las que demostraba gran afición y dotes excepcionales, unidas a un gran conocimiento y muy buen sentido, siendo asesorado por nuestro primo Gonzalo Sumbercaseaux Pérez.

Así, sin las preocupaciones ni obligaciones agrícolas el Banco marchó viento en popa. Nuestros amigos se portaron en forma irreprochable, trayéndome importantes depósitos de las empresas en que servían; Natalio Sota, de Ferrocarriles; Carlos Cousiño, de Asfalto y las Cervecerías; Rodolfo Wedelles, de Alcantarillado.

Mi primer balance fue muy bueno, aunque castigué las cuentas dudosas y pasé parte de las utilidades a los fondos de reserva. De acuerdo con el Consejo aprobamos un dividendo de un 4 por ciento semestral. Medida que no contó por el momento con la aprobación de mi padre, pero el público y él mismo terminaron por darme la razón. En cambio en el segundo semestre, no dejando ociosos los enormes depósitos de que disponíamos y ocupándolos a corto plazo en postergación, descuentos y compras condicionales con garantías de bonos, pude dar fácilmente un dividendo del 8 por ciento pasando otro tanto a la reserva.

Desgraciadamente sobre todos estos éxitos alcanzados sobrevino la enfermedad de Benjamín, quien contrajo a su vuelta de inspeccionar algunos fundos en el sur, una tifoidea de

carácter grave, estando recién casado. Tuvo una breve convalecencia y ulteriormente algunas complicaciones, que llegaron a provocar una muerte prematura e inesperada.

Todos los esfuerzos de la ciencia médica fueron inútiles para salvarle, ni nuestros deseos, ni su juventud vigorosa. Sus médicos fueron los mejores cirujanos, los doctores Charlín y Barros Borgoño. El suegro de Benjamín, don Ignacio Zañartu, hombre poco dúctil, no tardó en hacer enemistarse a ambos facultativos en los momentos cuando más necesaria era la tranquilidad.

Días después de la muerte de Benjamín, padre de nuestro escritor, fallecieron los médicos, rumoreándose de inmediato que entre ambos se había llevado a cabo un duelo en la misma Escuela de Medicina.

El luto que trajo la inesperada muerte de mi hermano, impidió que aquel año saliéramos a ninguna parte. Yo me entregué de lleno a las obligaciones del Banco, cada día más fascinantes por el importante rumbo que tomaban sus operaciones.

Como era mi deber, permanecí ajeno al agio al que se entregaban con alma y vida todos los capitalistas, teniendo sí, que aceptar algunos puestos de Director, en ello; el del Sindicato Chileno-Boliviano, que lanzó el negocio estañífero de Llagua-Llagua que había de convertirse en el transcurso del tiempo en el riquísimo mineral de Patiño.

Marta no tenía otra preocupación que sus hijos y las obras de beneficencia en que la secundaban grandes amigas, María Luisa Fernández de García-Huidobro y Sara Campino de Morandé, con quienes organizó la "Acción Patriótica", "Juventud Estudiantil Femenina" y "Liga de Damas de Chile".

Mi mayor distracción la constituía la hípica, al mismo tiempo que requería afanes y sacrificios. Tomé a cargo la organización del Club Hípico, a base de los reglamentos franceses, poniendo en los programas una mayor variación. Establecí carreras clásicas que aún subsisten, con inscripciones anticipadas, activé el despacho de la Ley de Apuestas Mutuas y traté de interesar al mayor número de amigos en la adquisición de caballos de carrera.

Por mi parte contaba con los corrales "Junior" y "Limited". Conseguí que Fred Cladie y Bittencourt se asociaran conmigo en la formación de un nuevo corral, el "Excelsior", de corta duración. Mi preparador era un inglés muy gordo y pintoresco llamado Mr. Prodgers, según decían, hijo natural del Duque de Beaufort, y que años después fue comido por los salvajes en las islas Sandwichs. No me consta, son simples murmullos, en todo caso por su gordura y su color blanco debió constituir un apetitoso plato para los isleños.

Vendí las 2/3 partes de mi criadero a mis hermanos Carlos y Eugenio, que habían ganado una fortuna en la Bolsa, formando entonces el famoso corral "Subercaseaux".

Mis padres que no podían creer en la gravedad de Benjamín, llegaron mucho después de su muerte, trayendo consigo todo lo que faltaba para la instalación de nuestras casas. Me trajeron hermosos muebles verdes para los salones, rosados para el escritorio y boudoir, más un comedor para diez y ocho personas.

El verano lo pasainos nuevamente en Viña, que con el auge de la Bolsa crecía y se hermoseaba a pasos agigantados. El Alcalde viñamarino era nada menos que mi gran amigo Juan Magalhaes, uno de los hombres más dinámicos que he

conocido, aparte de ser un gran señor, con un concepto muy claro de lo que llegaría a ser aquel balneario andando los años. Diariamente, nos llevaba por la mañana a su casaquinta, en la Población Vergara, Ocho Norte. Allí conversábamos de negocios y proyectos saboreando unos exquisitos pollitos castellanos asados, bien regados con champagne "Veuve Cliquot".

Han pasado los años y veo con pena, la gran injusticia que se ha hecho al olvidar a este gran amigo, que supo ser Alcalde en todo momento, habiendo sido él quien impulsó todo el adelanto y progreso que hoy día se disfruta sin saber siquiera el nombre de aquel impulsador y verdadero pionero. A los esfuerzos de Juan Magalhaes se debe la existencia de la Plaza José Francisco Vergara, el cierre de los cauces, el Club, las plantaciones de palmeras fénix a lo largo de las avenidas, la urbanización de Población Vergara y la pavimentación de las aceras.

Ese año, mis padres tomaron una casa en la calle Alvarez frente a la Estación, junto al Club, nosotros nos hospedamos en el "Grand Hotel" muy alegre y concurrido, dirigido paternalmente por su dueño el gordo don Guillermo Lutjens.

Por las noches, era muy agradable presenciar el paseo de la juventud elegante y bulliciosa, entre la que se destacaba la belleza de una Anita Lyon Otaegui, de Olga Budge Zañartu, de estirpe escocesa e inglesa respectivamente. Estaba también Elvira, hermana de Anita, quien casó después con mi primo Pedro Subercaseaux Errázuriz, muy místicos ambos, y que de común acuerdo solicitaron la nulidad de su matrimonio al Vaticano, a fin de ingresar él a los Benedictinos, y ella a una orden de damas catequistas.

La vida social en Viña y Valparaíso era muy intensa. Se recibía muy bien y era un placer cualquier invitación, pues,

no eran pocas las casas en las que se comía a la perfección. Hoy apenas si se encuentran casas en que se sabe cultivar este arte exquisito.

En la actualidad, el éxito de las reuniones consiste en una gran variedad de discos desabridos a cual más, o bien de estrepitoso e inarmónico jazz y mucho whisky, sin otra variedad de comida que una insípida langosta adornada de vulgar mayonesa.

De mi época puede decirse, que se comía bien a pesar de estar en el hotel. Para qué hablar del magnífico cocinero de mis padres, o de Felicia en casa de mi abuela Magdalena, o en la de Juanina Correa Vicuña de Browne, reputada cordón-bleu, que con la de los Bittencourt, los Seligens-Tad, tía Manuela y Juan Fischer, Lucho Browne Vicuña, y los Ramos y Arriagada era donde mejor se comía, sin olvidar los Wilms, Hormann, Juan Jackson, Tomás Vergara y Rosita Hidalgo.

En todas esas casas se comían cuatro a cinco platos, todos de primer orden, y como había libre importación de conservas se podía comer de lo mejor del mundo entero, sobre todo de Francia e Inglaterra.

Para retribuir a las múltiples invitaciones contábamos con la casa de mis padres y del hotel donde pidiendo con anticipación se cocinaba con verdadero esmero, sin desmerecer en nada frente a nuestros anfitriones.

En Viña estaba el restaurante "Schaub" y el "Club de la Unión", y en el puerto teníamos el "Trocadero" y "Bunout". Todo era muy barato y de primer orden. Nadie se preocupaba entonces del número de los invitados por eso había animación y entusiasmo.

No se usaban los cocktailes, antes de comer se pasaba al

Club y algún bar a servirse un aperitivo. Los cigarros y licores eran de los más escogidos. Se comía alrededor de las 7 y media y a las 12 uno estaba en cama, lo que permitía al día siguiente, disfrutar desde las primeras horas de la mañana.

En una de mis visitas a casa de Browne, registrando viejos periódicos ilustrados, encontré en un "Army and Navy" del 31 de octubre de 1903, el castillo que tenían en esa época los Browne; se llamaba Cowdray Castle, pertenecía Lord Oranmore and Browne. Anteriormente vi en el "Racing Ilustre-asado" el Castillo The Battle Abbey, al lado de los Hastings, donde tuvo lugar la famosa batalla de los normandos y que el Rey Enrique VIII regaló a Sir Anthony Browne, nuestro antepasado que fue tutor de la Reina Isabel. Este castillo se encuentra en la actualidad en manos de los Duques de Cleveland.

La mayoría de los negocios eran prósperos, respaldados por el auge creciente del salitre. Nuestros agentes ganaban sumas fabulosas. Recuerdo en especial a un extranjero, que gracias al Banco y con suma rapidez se hizo varias veces millonario sin llegar a reconocerlo jamás.

Diariamente se formaban sociedades de toda índole. Traídos por el compatriota Pedro Perfetti, llegaron hasta el Banco varios italianos; los Cavallero, Canessa, Zanelli y otros. Uno de los Zanelli, don Ottorino —de hermosas barbas rubias—, gozaba con obsequiar a sus invitados con el mejor cognac importado pese a que él no bebía una sola gota de licor.

Entró también en negocios con nosotros un chileno muy emprendedor, don Emilio Carrasco, casado con una hermana de don Ventura Blanco. Por intermedio de él conocí a quien llegaría a ser un gran amigo; don Horacio Fabres Fuenzalida,

concuñado de uno de los hombres más generosos y simpáticos que he conocido.

Afluían los negocios, y los italianos con las suculentas comisiones que nos ofrecían comprometieron en sus negocios gran parte de nuestros capitales. Desgraciadamente su inexperiencia y el retraso de las maquinarias encargadas a Europa por la enorme demanda nos trajeron algunos sinsabores. Hubo empero, cuatro o cinco años, de extraordinaria prosperidad.

Mi situación personal era inmejorable, motivo por el cual pude trasladarme a mi nueva casa libertándome de la generosa tutela paterna. Mi sueldo como Gerente era muy modesto, pero los intereses que me daban los valores de mi propiedad, más las asignaciones que recibía como Director de diversas sociedades, llegaban casi a los diez mil pesos, suma muy importante para aquel tiempo.

Marta era muy ordenada y tenía cuenta particular en el Banco, que igual que todos sus gastos y los de la casa llevaba con verdadera minuciosidad y economía. En aquel tiempo jamás llegué a suponer o imaginar la brusquedad de los cambios de fortuna, que después debía experimentar frecuentes y rudos.

El Gobierno me hizo las más tentadoras ofertas. Don Germán Riesco me habló de la Intendencia de Santiago, y después don Pedro Montt, por intermedio de su Ministro Oscar Viel, me pidió que aceptara la Legación en España. Más que este último ofrecimiento, me atraía el haber llegado a ser Intendente; creo que habría cambiado el aspecto de la ciudad en el momento más oportuno y dentro de un presupuesto moderado y llevadero. Incluso llegué a bosquejar algunos estudios al respecto. Con cien millones de pesos habría llevado a efecto

cuatro proyectos básicos. Con mi reputación comercial en Europa habría facilitado cualquier solicitud de créditos.

Uno de mis proyectos era la continuación de la Avenida Portales; hasta Brasil. Otro, el ensanche de las calles Estado y Ahumada, en 25 metros bordeándolas de plátanos orientales. El tercero la apertura de una avenida diagonal de treinta metros hasta el óvalo de San Martín en la Alameda. Esto último lo estudié a fondo exponiéndolo en Gath and Chaves. Mi mayor anhelo hubiera sido iniciar los trabajos de un ferrocarril subterráneo, para resolver de una vez por todas el problema de la movilización que ya en aquel entonces constituía un serio escollo.

Mis hijos seguían creciendo en un ambiente deseado por nosotros; todos hablaban inglés y francés con bastante perfección. Marta buscó para Martita y Carmencita al magnífico profesor Bindo Paoli, para que les enseñara el piano en el que se destacó la menor. Paco en los jesuitas, desde el primer año disputó el primer puesto con su primo Eduardo Yrarrázabal.

En casa contigua a la mía, en la Plazuela del Municipal, vivía mi hermana Josefina, casada con Juan Enrique Concha. Mis padres sintiéndose muy solos en calle Agustinas compraron otro sitio que deslindaba con el mío y se construyeron una magnífica casa a la cual íbamos diariamente a almorzar o comer. Nunca faltaba un numeroso grupo de invitados muy entretenidos.

La situación del Banco no decaía. Habíamos entrado en negocios con Eduardo Caballero pasando a controlar un tercio del total de la producción salitrera con las tres oficinas que se estaban montando. Nuestras letras en Europa eran las pri-

meras del Mercado. La bolsa estaba animadísima y la especulación se desarrollaba en forma fantástica.

Como Gerente del Banco, y rodeado de gente sensata como don Francisco Javier Riesco, que iba a diario a vaticinar las peores consecuencias, no metí al Banco en ningún negocio, pero personalmente no pude resistir a tan tentadora ocasión. Recuerdo un negocio que hice con Arturo López Pérez, Carlos Edwards, Juan Enrique y Juan Magalhaes en el cual gané doscientos mil pesos sobre la Compañía de Salitre de Antofagasta, otra del Valle Central, en compañía de Alejandro Valdés Riesco, Hube y Francisco Celis, en que gané otro tanto.

Mi propio cargo en el Banco, hacía que me solicitaran de todos los lados en oferta de negocios lucrativos, de un lado Carlos Cousiño, Bricker y el General Boonen en negocios oro, por otro Horacio Luis Fabres, Luis Claro Solar, Gonzalo Bulnes, Emilio Carrasco, los Zanelli, Isaac Alvarez y otros, no me dejaban vivir con proposiciones salitreras.

Entre veinte amigos formé una Comunidad, llamada "Comunidad Salitrera de Taltal", con veinte cuotas de cinco mil pesos cada una. Al cabo de seis meses devolví setenta y cinco mil pesos a cada uno. Ninguno, salvo Rodolfo Wedeles agradeció este óleo.

En otra oportunidad, ya en el expreso de cinco y media a Viña, Luis Noguera fue a pedirme que subscribiera algunas acciones de la "Oriental", que iba a lanzar la Casa Noguera Vives, y que aceptara el puesto de Director. Pagué cincuenta mil pesos por 500 acciones y me entregaron además otras 500 liberadas.

A todo esto yo no sabía si se trataba de una compañía salitrera o ganadera. Al llegar a Viña me esperaba don Francisco

Vives, quien me dijo que había suscrito todo el capital de la sociedad y que me ofrecía 25 mil pesos de ganancia por las 500 acciones que había tomado. Acepté. En cuatro horas, sin el menor esfuerzo había ganado veinticinco mil pesos y además ¡500 acciones que valían setenta y cinco mil pesos! Sólo entonces supe que la "Oriental" era un negocio ganadero, y que no había que confundir con la "Oriente" de nitratos.

No era yo únicamente el equivocado, pues Carlos Concha, presidente de Limay, no supo contestarme si los terrenos estaban en Chile o Argentina. Guillermo Rivera, con Carlos Vattier y los Artola me buscaban para lanzar el negocio del "Gatito", de maravillosas perspectivas y pésimos resultados.

Vorwerk me tentó con una fábrica de sacos en Llay-Llay, y mi excelente amigo Carlos Larraín Claro y José Pedro Alessandri —el hombre más inteligente que he conocido—, me hicieron entrar en el negocio del petróleo y en el Sindicato de Obras Públicas. En este último negocio quedamos en el directorio con don Luis Barros Borgoño, aparte de algunos figurones de la política, pero contra la expectativa general al cabo de seis meses, las acciones habían bajado de mil a seiscientos pesos. José Pedro, a su regreso tomó las riendas consiguiéndose de inmediato el contrato del Ferrocarril de Arica a La Paz. Un año después las acciones habían subido a dos mil seiscientos pesos.

Con Carlos Larraín y Alessandri éramos los únicos convencidos de que en Chile había petróleo, y en ese predicamento aprovechamos una oferta de terrenos que nos hiciera un señor Marcou, de Punta Arenas, quien nos decía que en ese predio eran innegables las constantes emanaciones de gases. Ignorantes de la materia formamos sólo una comunidad que de-

nominamos “Aguas Frescas”, con un capital de trescientos cincuenta mil pesos, creyendo sería suma suficiente para comprobar lo que nos aseguraba el tal señor Marcou. Encargamos una sonda a Estados Unidos y trajimos un ingeniero especializado, quien después de algunos meses de trabajo comprobó la efectividad de importantes filtraciones de gases, que él consideraba suficientes para dar iluminación a Pultá Arenas.

Más el público no creyó “fuera verdad tanta belleza”, pues nadie quería admitir que en Chile pudiera existir petróleo. Esta apatía impidió que reuníramos la suma de treinta y cinco millones que requería la explotación. Junto con el dinero aportado por nosotros se perdieron también nuestras esperanzas.

Otro negocio que emprendimos nuevamente los tres en compañía de Arturo Yrarrázabal y Eleodoro Matte, fue un Banco en miniatura, destinado a encargarse de los negocios rechazados por otros bancos. Le llamamos el “Descuento Comercial”. El negocio fue tan bien que al primer año devolvió el capital invertido.

Nuevamente mis padres se fueron a Europa a finiquitar dos importantes negocios que nos interesaban mucho; la emisión de acciones del Banco que se lanzaban a la Bolsa de París por intermedio de la “Casa Schumann”, a razón de novecientos pesos cada una; y la emisión de novecientas mil libras esterlinas por el Banco de México y South America

VII

Aparte de los importantes negocios bancarios controlábamos una enorme producción agrícola, teniendo en nuestra mano cerca de tres mil votos correspondientes a los inquilinos de

nuestros fondos o los que teníamos en arriendo y administración. Tal era la influencia electoral que poseía el Banco ante sus clientes.

La vida social era intensa y variada. Todo el mundo ganaba dinero. Nuestras esposas cuando no nos acompañaban a Viña iban a esperarnos a la estación. Nosotros regresábamos con muchos regalos. En una oportunidad le traje a Marta un valioso collar de perlas.

En Viña casi todos nos íbamos donde "Schaub", allí ellas jugaban al cacho con nosotros, por cuyo motivo Ricardo Pérez les bautizó con el rémoquete de las "señoras cachetonas". Comúnmente bebíamos champagne acompañado de caviar, comíamos en el Gran Hotel bailando en los jardines con aires de Pas de quatre, Washington Post, Florodara, etc.

— Siendo Alcalde de Viña Juan Magalhaes, Pancho Huneeus, Ricardo Salas y yo acogimos una sugerencia suya adquiriendo la playa de la población Vergara, entre el río y la calle norte. Alcanzamos a comprar una buena extensión a cincuenta centavos. Pronto compré a mis socios su parte a razón de un peso. De acuerdo con el Alcalde puse manos a la obra. Lo primero fue fijar el nivel de la playa, recuerdo que le dimos sesenta centímetros más alto que el actual con lo cual se habrían evitado muchos inconvenientes posteriores. Practiqué los cierros correspondientes con piedra de bolón, consiguiendo que por un tiempo arrojaron en ellos los desperdicios y basuras sobre lo que no era más que un árido arenal. A la vuelta de un año existía ya una capa vegetal que permitió las primeras plantaciones y jardines.

Llamé al joven arquitecto Alberto Cruz Montt, y le pedí que hiciera el bosquejo de un hotel y de un Casino en dos



manzanas de diez mil metros. Me hizo un diseño maravilloso, casi exacto al “Normandie” de Dauville, cuyos costos incluyendo un puente sobre el estero no pasaban de los dos millones quinientos mil pesos.

Aproveché que estaba en Buenos Aires mi amigo Julio Bittencourt, para que se pusiera al habla con el Presidente de los hoteles “Ritz”, a quien él conocía.

Este acogió la idea prometiendo suscribir todo el capital necesario siempre que se le otorgara una concesión por veinte años con participación de la Municipalidad de Viña del Mar, cediéndonos a mí y Bittencourt una cuota de sociedad. Desgraciadamente cualquier iniciativa de esa especie tenía que contar con la aprobación del Presidente de la República, y nada se podía resolver antes de conversar con él.

Don Pedro Montt se opuso terminantemente a nuestra iniciativa, llegando a decirme que si él hubiera estado en el poder jamás habría llegado a dictarse una ley como la de las apuestas mutuas. Insistir era absolutamente inútil, Montt era hombre de una sola palabra y referente al juego, su posición era abiertamente contraria. El destino no me deparó por aquel tiempo únicamente prosperidades y halagos de fortuna, sino gratas y honrosas designaciones que me colmaron de felicidad y orgullo. Fui nombrado Consejero de la Junta de Beneficencia, y a indicación de don Ismael Tocornal ocupé el cargo que dejaba como Presidente del Club Hípico. Era tradicional en los señores de aquella época, ya retirados de la vida activa, aspiraran al alto honor de ocupar un cargo en la Junta de Beneficencia para ejercer desde allí una acción filantrópica en bien de sus semejantes. Aquellos cargos se desempeñaban en forma ad honorem e incluso cubriendo en muchas oportunidades los

déficit de las propiedades o fondos que administraban con sus propias rentas. Allí tuve por compañeros y con ellos colaboré con sumo agrado a los señores Blas Vial, Manuel Arriarán, Pedro Montt, Vicente Izquierdo, José Manuel Eguiguren, Ricardo Lyon, Pancho Echeñique y algunos Errázuriz. En la Presidencia del Club Hípico tuve por colaboradores al propio don Ismael Tocornal, don Florencio Valdés Cuevas, don Elías Larraín Zañartu, don Exequiel Fernández Iñíguez, don Carlos Eastman Mac Clure y don Arturo Lyon Peña.

A pesar de ser grandes amigos, Jorge Phillips renunció a la Secretaría por haber sido nombrado Superintendente del Cuerpo de Bomberos. Quise nombrar en su reemplazo a mi amigo Jorge Zamudio con quien compartía mis ideas de adelanto y progreso, en cambio la designación por mayoría recayó en Emilio Yrarrázabal que fue un entusiasta colaborador y gran amigo.

Con verdadero ahínco me entregué a desarrollar la actividad hípica procurando alcanzar un grado de importancia que le correspondía entre las actividades nacionales. Al ocupar la Presidencia del Club, la situación financiera de la institución era francamente desfavorable.

Las clases dirigentes aborrecían el juego; el Banco de Chile despedía aquellos de sus empleados que fueran a la hípica, e incluso, llegó a cerrar la cuenta que tenía el Club por la risible suma de diez mil pesos.

En cambio yo, con una clara visión del auge que debía alcanzar en el futuro el fomento de la hípica, amparada por la Ley de Apuestas Mutuas, conseguí con el Banco Mobiliario una cuenta para el Club por la suma de doscientos cincuenta mil pesos abonándole el 6% de interés sobre su saldo a favor.

Los efectos de esta ayuda económica fueron maravillosos; el crédito de la institución se recuperó de inmediato, aumentándose al mismo tiempo los premios obteniendo al cabo de pocos meses fondos acumulados para el futuro. La venta de boletos se triplicó en comparación con el año anterior, en que se daba únicamente el 8%, llegando a subir a un 20 por ciento.

Antes de tomar medidas contra la importación, hice reconocer al Club Hípico, por el Jockey Club de Buenos Aires del cual acababa de hacerme socio y al mismo tiempo por la “Societe d’Encouragement” de Francia, en cuyo Directorio se contaban algunos condiscípulos míos.

Simultáneamente, mi hermano Fernando con don Pedro del Río, formaron otro hipódromo, que llamaron el “Hipódromo Chile”, que por indicación de don Benjamín Berstein, temeroso de la competencia nos negamos a reconocer, actitud que pronto fue rectificada en la primera junta de accionistas, a instancias mías.

La Cámara, el despachar la Ley de Apuestas Mutuas, tuvo como principal preocupación, y tal vez la única, la defensa nacional amenazada por la cuestión de límites con Argentina. Mis esfuerzos se basaron en ella para darle el mayor impulso a la crianza nacional. Para ello, personalmente rehíce el “Stud Book”, consiguiendo que su Dirección, pasara del Sporting Club de Valparaíso al Club Hípico de Santiago. Hice al mismo tiempo que la Junta General de Accionistas, reservara a los animales nacidos en Chile los grandes clásicos “El Tanteo”, “Pollas”, “El Ensayo”, “La Prueba” y “La Final”, impidiendo que los especuladores profesionales vinieran a arrebatarlos los premios que fueron principal objetivo de los legisladores.

Establecí las primeras primas para los criadores, premios al mejor reproductor, primas al importador de yeguas, etc.

Desgraciadamente cuando después de treinta y dos años abandoné definitivamente el Club Hípico, vinieron dirigentes que echaron por tierra estos sanos y patrióticos principios, anulando toda protección a los criadores chilenos, haciendo con ello que los criadores argentinos encontraran su mejor mercado entre los sportsmen de Chile.

De haberse seguido mi política, con los premios que se distribuyen ahora, sin duda alguna, la raza caballar chilena hubiera sido una de las más prestigiadas en el mundo entero.

En el primer año, bajo mi Presidencia, se llegó a contar con la bonita suma de ciento cincuenta mil pesos, que permitía pensar en la aspiración de don Santiago García Mieres —gran aficionado—, de adquirir para el Club la chacra colindante “El Espino”, para dar a la cancha el ensanche necesario, pues contaba hasta entonces con una milla de vueltas.

Dí los pasos pertinentes para aquella necesaria adquisición. Desgraciadamente el precio primitivo de ciento setenta y cinco mil pesos, había subido a trescientos cincuenta mil, para evitar nuevas alzas la compré inmediatamente a mi nombre, ofreciéndola luego al Club con las facilidades necesarias.

De inmediato se hizo el nuevo trazado de la cancha, alargando la vuelta a dos mil metros, mejorando las curvas y las tierras derechas, trabajo que encomendé a don Ramón Herrera Lira. Por encargo mío Alberto Cruz Montt confeccionó el plano de las tribunas, una casi reproducción de las tribunas recién inauguradas en el Hipódromo de Long Champs.

El trazado de los jardines estuvo a cargo del reputado jardineró municipal, don Guillermo Renner. Hasta entonces el

centro de la cancha era horroroso, sólo existía una laguna, que desecamos para preparar canchas de tenis contando con el entusiasmo de Carlos Cousiño, Enrique López Maqueira y yo, grandes aficionados a ese hermoso deporte. Fue así como se formó un club de Lawn Tennis, que con sus edificios y plantaciones formó una artística mancha que duró muchos años, siendo paseo favorito de la alta sociedad santiaguina.

Me preocupé en forma muy especial de las plantaciones de árboles en las avenidas, prefiriendo el hermoso plátano oriental recordando siempre el maravilloso efecto de los jardines de Europa donde dicho árbol cuenta con toda clase de preferencias.

Atendí en la mejor forma los necesarios medios de locomoción, y gracias a la amistad de Jorge Zamudio, regidor municipal, y con la ayuda de Míster Diamond, Gerente de la Tracción Eléctrica, conseguí prolongar la línea de tranvías, que en días de carrera llegaban hasta las mismas tribunas, aguardando al público a la salida. Este servicio especial valía un peso por ida y vuelta.

Sólo uno de mis proyectos, para estimar mi obra completamente realizada, no llegó a concretarse. Fue la adquisición de una casa para el Club. Incluso llegué a conversar sobre el particular con Pancho Larraín para que propusiera a don José Arrieta la venta de su palacio en la plazuela del teatro. Aún aquella iniciativa mía no fue estéril, ya que después de mi salida llegó a realizarse.

En cuanto a las carreras mismas, el cerral “Subercaseaux”, formado por mis hermanos Carlos, Eugenio y yo —chaqueta blanca y gorra verde—, alcanzó gran popularidad. Nuestro jinete era el conocido maestro Policarpo Rebolledo, y nuestro

preparador el culto amigo y profesional eximio don Pedro Maldini.

Don Pedro era uno de los jefes de la tienda de vidrios llamada “Casa Maldini”, la más grande después de la Dell’ Orto. Le vendimos una potranca negra, “Yolanda”, hija de Palmy, que le hizo ganador de “El Ensayo”. Fue tanto su gusto que trocó los vidrios por los caballos, quedándose todo el resto de su vida con nosotros.

Más o menos durante quince años ganamos casi todos los clásicos que entonces eran de dos mil pesos, y por todo ese tiempo estuvimos a la cabeza entre los propietarios de caballos.

Maldini tomó en el Club Hípico uno de los mejores corrales que yo había mandado a construir, y en él arregló un departamento donde los domingos nos recibía a almorzar con la familia. El menú era poco variado, pero exquisito, generalmente Marta llevaba los postres; Eugenio los aperitivos y batiativos; Fernando la variedad de quesos.

Don Pedro que era muy gourment ponía las conservas de Rodel —las mejores de Francia—, de las cuales recuerdo la lamprea a la bordalesa, el foi-gras, y el caviar.

La comida consistía en una excelente cazuela de cordero, huevos a la copa y como plato de fondo exquisitos pollos asados envueltos en tocino, acompañados de varias ensaladas. Allí se hablaba únicamente de caballos. Don Pedro y don Heriberto, nos daban datos, que apresurábamos mandar a jugar, y que siempre eran muy acertados.

El hecho más memorable en la hípica de 1904, fue el premio “El Comercio”, que se disputó en el Hipódromo de Viña del Mar, y cuyo monto llegó a las mil libras esterlinas, suma

recolectada por el comercio, y hasta entonces desconocida en nuestras pistas.

Aquello se debía a mis esfuerzos, pues había conseguido con don Juan Jackson, Presidente del Sporting Club, que se establecieran carreras de verano, pues antes se corría sólo dos días en esa cancha, en el mes de octubre, un jueves para disputar el "Derby", y un domingo para correr la carrera de los finos sobre tres mil doscientos metros.

Esta nueva gran prueba iba a ser un handicap sin limitación de top weight sobre 2.400 metros, para tres años y más. Como la prueba era muy abierta recibió muchas inscripciones. Nosotros mandamos a Argentina a don Pedro Maldini a comprar un buen caballo handicap, que estuviera en condiciones para correr en Chile.

A los pocos días estuvo de regreso y nos dio a elegir entre "Voltaire", un precioso caballo que acababa de ganar sobre 1.600 metros, y "Alcázar", más tosco, de cuatro años, hijo del reproductor francés "Acheron", que se había mostrado gran luchador en un handicap de 2.000 metros, que ganó por pescuezo.

Como siempre nos había gustado la sangre francesa, que nos había proporcionado tan buenos resultados con "Rodillard", y después con "Olascoaga", optamos por "Alcázar".

El caballo llegó en magníficas condiciones, lo que permitió que lo pusiéramos en preparación de inmediato. Era un animal de buen porte, rojizo dorado, con una mano blanca, más bien parecía ordinario y su galope, aunque poderoso no era seductor. Tenía, sin embargo, una paleta admirable, miembros muy sanos y brazuelos poderosos y un lomo capaz de soportar mucho peso.

No teniendo caballos para cotejarlo, tuvimos que hacerlo en una carrera y aprovechamos un clásico sobre los 1.600 metros, que se corría en Viña y donde los competidores eran escasos en número y calidad. Con gran sorpresa y desencanto, el caballo ganó únicamente por tres cuartos de cuerpo, y sólo vino a reconfortarnos la opinión del jinete Policarpo Rebolledo, que nos dijo que el caballo no había corrido nunca sobre el césped, y que se resbalaba todo el tiempo, y también que aún no estaba acostumbrado al freno chileno.

Entretanto otros **sportsmen** tomaban posiciones; los señores Bello y Mora, salitreros, Segundo Navas, de la Compañía Huanchaca, y los señores Larraín Bulnes habían adquirido en la Argentina los buenos caballos "Somo Sierra", "Besigüe", y "Miss Julieta". El corral "Limited" adquirió un caballo clásico "Orán", por "Orbit" de cinco años de edad.

En vista de que en su primera carrera "Alcázar" nos había dejado dudas, lo inscribimos en un segundo clásico sobre los 2.400 metros con 62 kilos y competidores de mejor calidad. Esta vez ya más aclimatado se portó mejor y ganó la prueba por más de un cuerpo.

El **handic和平er**, mister Mathews, amigo mío, me felicitó y me dijo que poseía un muy buen caballo. Era más bien una mala noticia porque su opinión iba a influir sobre el peso que le tocara en una gran carrera. Y así fue.

Tomando la forma argentina, "Orán" era por lo menos dos kilos superior a "Alcázar" y agregando uno por la diferencia de edad, creíamos que los pesos se asignarían 64 kilos a "Orán" y 61 para "Alcázar". Cuál no sería nuestra sorpresa al comprobar que una vez asignados los pesos se habían fijado en 66 para "Alcázar" y 65 para "Orán". A mí

me pareció un atentado hípico poner 66 kilos a un caballo de cuatro años sobre 2.400 metros. Me quejé al handicaper de su injusticia. El se contentó con decirme: "Yo le apuesto 100 libras a su caballo contra "Orán". Conocidos los pesos, el público hizo gran favorito a "Orán", sobre todo cuando se supo que venía a correrlo especialmente el gran jinete argentino Vicente Fernández, llamado "El Tapón".

Fuera de las apuestas mutuas, aún poco popularizadas, había sistema de remates del nombre del caballo, formándose así una serie de pollas. Nuestro caballo estaba cotizado de 9 a 1, más o menos, así fue como don Pedro Maldini, tentado por la cotización, recogió para nosotros la mayoría de las pollas en la cual lo llevábamos con el 10 por ciento.

Yo no era un gran jugador, pero mis hermanos Carlos y Eugenio eran muy valientes para apostar. Esa noche alcanzaron a jugar como cuatro mil pesos, y la cotización había bajado de 6 a 2. A la mañana siguiente, fuimos todos, incluso mi suegro, a presenciar el trabajo final del caballo sobre la pista.

Notamos al animal muy bonito y lleno de vida. Como no teníamos un animal bastante bueno para el cotejo, le pusimos, dos, uno sobre los 1.600 metros, "Ofire" y uno para el handicap de Alberto Huidobro Valdés en los últimos 1.000 metros, pues el trabajo fue sobre los 2.000.

Ambos animales estaban inscritos para el domingo, así es que tendríamos puntos de referencia antes de la carrera. Don Pedro había fijado unos puntos brujos para tomar los tiempos parciales, lo que el público —bastante numeroso que asistía al cotejo— ignoraba en absoluto.

Desde la partida y como se esperara, "Alcázar" se veía fácil al lado de sus compañeros, pero cuando entró "Sobieski"

a competirle en los últimos 1.000 metros, las cosas cambiaron, pues "Alcázar" se defendió durante setecientos metros, y el chileno terminó por ganarlo por más de tres cuerpos.

Junto con el público nosotros quedamos un tanto defraudados y casi pensamos retirarnos de la carrera, por cuyo motivo nos sorprendió mucho cuando don Pedro radiante de felicidad, nos invitó que pasásemos al corral a conversar con él.

Nuestra decepción contrastaba con la alegría de don Pedro, del preparador y del jinete Heriberto Urzúa, buen amigo nuestro. Don Pedro nos dijo que el caballo no se había resentido en nada y que tenía que ganar un par de segundos para el día de la carrera, aunque no era necesario, ya que sumados los tiempos parciales se podía tener un gran optimismo por el resultado final.

Nos agregó que "Alcázar" llevaba 66 kilos, "Ofire", 45, y "Sobieski" 54. A su juicio el caballo era imbatible. Con esos datos hicimos que Heriberto tomara para nosotros todos los remates de Santiago y Valparaíso. En el hotel impuso a Marta de cuanto había ocurrido. Ella como única representante femenina del corral sentía gran entusiasmo por todo.

El domingo, fue un día esplendoroso, la concurrencia fue enorme, incluso vinieron muchos amigos argentinos del Jockey Club, del que éramos socios junto con Daniel Concha. Había muchas señoras que no acostumbraban ir a las carreras y hasta algunas semi mondaines argentinas, agasajadas por el incipiente gremio chileno, que encabezaban las tres luchas.

Llegamos a primera para presenciar desde la primera carrera donde "Sobiesky" corría contra la favorita "Atenta", una yegua importada de José Luis Walker. Al llegar a la cancha mis hermanos me dijeron que nuestras apuestas sobre

“Alcázar” pasaban de los treinta mil pesos, con un promedio de 7 a 1. Jamás hubo oído de apuesta semejante, por lo cual estimamos no arriesgar más de quinientos pesos en apuestas mutuas, sobre “Sobieski” y “Ofir”, para tener dinero con que hacer frente a las propinas y el champagne.

En cambio mi familia y amigos, entre los que estaba el argentino Guillermo Lerena, antiguo dueño de “Alcázar”, apostaron a los tres animales del corral y andaban llenos de dinero.

La primera carrera fue ganada por “Sobieski”, en muy buen estilo repartiendo un dividendo de 3 a 1. La segunda fue ganada por “Mesalina” hija de “Ocaso” y “Bascule”; en la tercera para jinetes caballeros, ganó nuestro pensionista “Ofir” montada por Francisco Valdés Bustamante, el mejor jinete caballero de la época, pagando un dividendo de 4 a 1.

Después de esta carrera, todo el mundo fue a paddock a examinar a los competidores de la gran prueba. La hermosa presencia de “Orán” acentuó su favoritismo, la monta de Gray aumentó muchos partidarios para “Besigue”. En tanto “Alcázar” de modesta apariencia, se paseaba soñoliento sin llegar a despertar el menor entusiasmo.

Sin embargo, algunos conocedores, admiraban su esmerada preparación y formidable vigor. En el canter preliminar, llamó la atención, pues su galope denotaba grandes energías.

La partida dada por Jorge Zamudio, se hizo en óptimas condiciones. “Somo Sierra” tomó la punta. Rebolledo colocó a “Alcázar”, por fuera en el sexto lugar, y de ahí no se movió siguiendo metódicamente el tren de carrera. Un poco antes de la última curva, “Manchuria” reemplazó a “Somo Sierra” a la cabeza del lote, y “Orán” se colocó segundo, sin que por eso Rebolledo llegara a inmutarse. Sólo trescientos metros an-

tes de la meta, largó su caballo que en unas cuantas poderosísimas brazadas barrió con el lote ganando por dos cuerpos a "Manchuria", dejando tercero a "Besigue" y cuarto a "Somo Sierra".

Nuestro entusiasmo fue indescriptible. Todos habíamos ganado; mi mujer, tenía mil pesos; mi suegro, dos mil; mi cuñada y los niños como quinientos pesos. Nosotros gracias a "Sobiesky", fuimos generosos en propinas y pródigos en champagne el que llegó a agotarse en las cantinas del paddock y de los socios.

Para celebrar nuestro triunfo encargamos a nuestros amigos Palito Larraín y Juan Magalhaes —que eran reconocidos expertos en el exquisito savoir vivre—, que organizaran una fiesta cuyo recuerdo perdurara. Efectivamente, por espacio de muchos años sólo se hablaba de la comida del "Alcázar".

Juan Magalhaes nos prestó su quinta de Ocho Norte, que acondicionó primorosamente como sólo él sabía hacerlo, para la atención de más de cien convidados, integrado por lo mejor de la política, la diplomacia, el comercio, la hípica y las Fuerzas Armadas.

No se omitieron gastos de ninguna especie, pues del premio de mil libras esterlinas no sobró un solo centavo. Llevamos al maître d'hotel del Club de la Unión, con sus mejores mozos, al cocinero de "Gage", la orquesta de Davignino con coros y una banda de música de la Armada. La fiesta duró hasta la salida del sol.

Pasado el entusiasmo de nuestras victorias, quisimos mejorar aún más el corral, comprándole a Raúl Godoy su yegua "Mesalina", que tan buena impresión nos produjera en su debut. Ese año el corral estuvo en su apogeo con "Alcázar" que

además del premio “El Comercio” ganó “La Internacional”, “Club Hípico”, “Luis Cousiño” y “Agustín Edwards”.

“Mesalina” se adjudicó “El Estreno”, “Progreso”, “Apertura”, “Las Oaks” y la “Copa”. Sobieski obtuvo el “Velocidad”, la prueba con “Green and White” ganamos el Paddock Staks, Criadero y Pascua, con Escocia el Baby Plate. Todos los clásicos.

Hasta 1913, nuestro corral tuvo muchos buenos animales. Los últimos fueron “Florecita” y “Tiana”. A propósito de esta última debo consignar un hecho muy importante, le puse ese nombre en recuerdo a una amiguita francesa, que tuviera en mi juventud, y a quien le daba aquel diminutivo.

“Tiana” era hija de Lancero y Lia, resultó muy buena y ganó “El Estreno” y el “Tanteo”, de modo que su nombre salió todos los años en nuestro calendario hípico.

En París, un gran amigo puso también a una yegua el nombre un “petite aimé”, con muy buena suerte como que ganó el “Grand Steeplechase”. Por eso estos nombres me traen recuerdos inolvidables del “vieux París”.

VIII

La vida seguía normal y acogedora. Una mañana entrando al viejo Club de la Unión, vi pararse de una mesa al Ministro de Francia, quien parecía estaba esperándome. Así era en efecto, ya que luego de saludarlo me dijo: “Tengo que pedirle un señalado servicio... Ha llegado aquí un francés que viene de paso, quien desearía conocer alguna propiedad de campo... Yo no puedo acompañarle desgraciadamente, por haber sido expulsado de Francia, en su calidad de pretendiente al

trono. Se trata de Felipe V, Duque de Orleans... Además, viaja con la Condesa de Salverte, dama de la alta sociedad, pero... bien sabe que estas cosas no son bien miradas..."

Le contesté de inmediato, que para mí sería motivo de satisfacción atender su petición, pero a condición de que guardara el secreto y que me mandara a casa con la misma consigna, a un muchacho de la Legación a quien conocía desde joven en casa de los Antúnez, de apellido Saint Aulaire.

Así se hizo. Saint Aulaire llevó al Príncipe una invitación verbal mía a nuestra casa de campo, en "Pirque", acompañado por cierto de la Condesa de Salverte. De inmediato recibí la aceptación, al mismo tiempo que los deseos de conocerme. Manifestándole que agradecía de antemano cuanto hiciera en favor de ellas y que podía disponer abiertamente en cuanto se relacionara con invitados, pues desde ya consideraba suyos a quienes fueran mis amigos.

Por la tarde estuve a verle acompañado de Saint Aulaire, en el "Gran Hotel", que por ese entonces era uno de los menos malos entre los pésimos que existían en Santiago, y que estaba ubicado en la Galería Alessandri. Me recibió con la gentileza de un gran señor, despachó de inmediato a quienes le habían pedido audiencia, para que quedásemos solos. Me presentó a su amiga Salverte y recordó que mis hermanos habían sido condiscípulos de algunos hermanos suyos. Lamentó mucho que no existiesen en Chile mejores informaciones turísticas, pues de otro modo hubiera dedicado mayor tiempo a este país cuya organización, Ejército, clima, vinos, y buena comida le encantaban.

Le prometí ponerlo en contacto con amigos de nuestra mejor sociedad, bons vivants, como su abuelo Enrique IV. Me

invitó le acompañara a comer. Me excusé prometiéndole visita para el día siguiente y traerle la lista de quienes nos acompañarían, al mismo tiempo que le daría amplios detalles de cada uno de ellos.

La selección de los invitados no era fácil, ya que no se podía intentar nada oficial. Y, más aún, que debía considerar que muchas importantes personalidades nuestras no se atrevirían a desafiar las severas tradiciones sociales de la época.

Entre los franceses elegí a Luis Cazzote, Julio Prá y Saint Aulaire, al general Eduardo Gormaz y al almirante Gómez Carreño, al argentino Diego de Alvear, y a mis amigos los Larraín Alcalde, Carlos y Daniel Concha, Manuel Francisco Yarrázabal, Santiago Toro, José Agustín Alcalde, Enrique López Maqueira, Carlos Cousiño, Fernando Alamos, Carlos Cruzat, Luis Aldunate Echeverría y mis hermanos.

El Cuerpo Diplomático estuvo representado por mi leal amigo Sir Gerald Lowther, Ministro de Inglaterra, el Príncipe Windessh y el Conde de Trautsmandorff, de la Embajada de Austria, y Saint Aulaire en representación de los franceses.

El menú fue semi francés, semi chileno; langosta a la parisienne, perdices en chaud froir, con ensalada de palta y jalea, lo chileno sería, cazuela de aves y empanadas, como postre frutas y quesos variados. Para licores recurrió a "Gage" que tenía un famoso Plessy Saint Paul, lo mismo que un chablis moutone, agregando un borgoña Errázuriz Panquehuc, que el Club de la Unión guardaba en sus bodegas desde largos años. Para terminar un excelente champagne "Pommery Gienc".

Al saber Gage de lo que se trataba, me dijo que siendo para su rey, respondía por todo y agregó por su cuenta los

aperitivos que fueron jerez y madera magníficos, sandwiches de fois grass caviar y una fine "Napoleón" 1806.

A las once de la mañana del día indicado nos reunimos en la Estación de Pirque tomando el tren especial que nos condujo a Puente Alto, donde nos esperaban los mejores breaks de la vecindad. Ya los árboles estaban brotados en su totalidad, dándole al campo toda su belleza.

El príncipe sabía y se interesaba mucho por todas las especialidades agrícolas, viñedos, pastos, siembras, obras de radiodifusión y caballos de carrera. Entre la comitiva todos hablaban francés perfectamente por lo cual la conversación no decayó un solo instante.

Después me dijo, que para él Chile había sido una revelación por la gente que había tenido oportunidad de conocer, reconociendo la gran belleza de nuestras mujeres que las ponían a la cabeza de América Latina y gran parte de Europa.

El tipo del príncipe era de por sí agradable, a la par que muy amable e instruido especialmente en historia y diplomacia del Viejo Mundo. Me prometió volver, pero la muerte le sorprendió prematuramente. Era buenmozo, rubio, la barba en punta como Enrique IV, ojos azules; nadie alabó ni apreció mejor que él cuanto le brindamos en aquella oportunidad.

Por él supe que cuanto de Chile y muchos de nosotros sabía, era gracias a la hija del Barón de Montagnac, amiga de Josefina y nieta de un chileno, don Javier Rosales, que fue Ministro de Chile ante las Tullerías, en la época brillante del Segundo Imperio.

Jeanne de Salverte no estaba menos contenta y llegó hasta decirme: "¡Cuánto me gustaría ver a su hermana Josefina a quien conocí en París —agregando con cierta amargura—, las

cosas han cambiado tanto!”. Después supe que era nada menos que la Duquesa de Choiseul, y que por su romance con el Príncipe estaba obligada a llevar el nombre de Condesa de Salverte. Por una curiosa coincidencia la senté junto a Carlos Cousiño, sin saber lo que iba a pasar más tarde.

Todos volvimos encantados del paseo. Ellos se fueron al día siguiente. Madame de Salverte me envió desde Los Andes un larguísimo telegrama en el que junto con el Príncipe reiteraba sus agradecimientos por todas las atenciones recibidas.

Durante mi ausencia había llegado dicho telegrama y Marta me dijo mostrándomelo: “Más luego se pilla a un mentiroso que a un ladrón”. Durante casi tres días no me dirigió la palabra, aunque yo trataba de disuadirla haciéndole ver la inconveniencia de haber hecho público un hecho que la sociedad habría repudiado seguramente.

Durante mi vida he tenido dos ocasiones de conocer a Príncipes herederos de grandes naciones; al Príncipe de Gales, más tarde Eduardo VIII de Inglaterra y el Príncipe Humberto de Saboya. El primero vino a Chile en 1925, yo formé parte de la Comisión de Gobierno presidida por Agustín Edwards Mac Clure. Fuimos a recibirle a Los Andes acompañados de Romualdo Silva Cortés. Es difícil formarse a primera vista una opinión acabada respecto a una persona. El Príncipe de Gales me pareció simpático. Hablaba muy bien, se había instruido en muchas cosas referentes a Chile, pero dejaba a su secretario la tarea de preguntarlo todo. Le agrado el ambiente social nuestro y simpatizó grandemente con las muchachas, distinguiendo en especial a Bebe Pereira Yrarrázabal a quien había conocido en Londres, a Pilola Ossa Concha y a Carmen Prieto Subercaseaux. Era buenmozo, bajo,

elegante y gran admirador del whisky. Pronunció dos discursos que fueron estimados insuperables, uno en la Moneda y otro a bordo de un acorazado chileno, donde aludió a las glorias de la Marina y el renombre alcanzado en ellas por chilenos e ingleses. Contaba con dos secretarios, Sir Thomas Godfrey y Mr. Ralph Deaken, quienes formularon a la Comisión una serie de preguntas que contestó Romualdo Silva Cortés. La Comitiva nuestra estaba integrada por Agustín Edwards, Eleodoro Yáñez, Jorge Matte, Luis Barros Borgoño, Pedro Torres, Hernán Correa, Florencio Valdés Cuevas, Alejandro Rosselot, Arturo Lyon, Carlos Eguiguren, Raúl Edwards, Julio Bustamante, Alejandro Errázuriz y yo. Recuerdo que se interesaban mucho por saber la verdadera participación que tenía el pueblo en las elecciones, si ellas eran libres o no. En segundo lugar, pedían detalles sobre los regímenes de Gobierno imperantes, y el significado de una Alianza Liberal y la Coalición Conservadora. También les preocupaba todo lo que se relacionaba con los gremios, corporaciones y sindicatos.

Al Príncipe Humberto de Saboya me tocó tenerlo por vecino en un almuerzo en el Club Hípico, siendo Director. Era alto, de muy buena figura, muy niño aún para pronunciarse sobre su personalidad o condiciones. A su lado y constantemente estaba su maestro.

Estas dos últimas referencias, mejor dicho estos párrafos dejan un vacío de casi doce años, en los cuales mi vida experimentó grandes y significativos cambios, en cuanto se refiere a la fortuna. Los mencionaré aunque sea doloroso hacerlo, pues ni el peso de los años va a hacerme temblar o vacilar ante aquellos ingratos recuerdos. Nuestras actividades bancarias eran

cada día más prósperas. Mis padres se habían marchado nuevamente a Europa a finiquitar algunos importantes negocios, acompañados de mis hermanos Carlos Eugenio y Fernando que eran los solteros; para darle una sorpresa, demolí la antigua casa de Pirque levantando en ocho meses un soberbio Castillo Francisco I, inspiración y obra de mi gran amigo Alberto Cruz Montt.

Mi mujer estaba muy preocupada con la fundación de una obra que pensaba llamar "El Albergue del Niño", destinado a recibir a los hijos menores de obreras, mientras ellas iban al trabajo. Hizo un opúsculo muy bueno y lo distribuyó entre nuestras relaciones. Su idea tuvo buena acogida, pero a pesar de la generosidad del público no se alcanzó a reunir el dinero suficiente para el financiamiento de la obra. Pensó en una lotería y con ese fin fuimos a ver a don Pedro Montt, que estaba al tanto de las proyecciones de la obra, desgraciadamente rechazó nuestra idea diciéndole a mi esposa: "Señora Marta, para las obras buenas hay que valerse de medios buenos". Fue la segunda negativa de don Pedro a peticiones mías, la otra fue la liquidación de las negociaciones sobre el hotel y Casino en Viña del Mar. Para nosotros fue el primer contratiempo en catorce años de matrimonio y sufrimos con ello más de lo que era justo. El ofrecimiento que me hiciera por intermedio de don Oscar Viel, y que mencionara anteriormente, lo atribuí como un desagravio de su parte. Desgraciadamente había entrado yo en negociaciones con un negocio ganadero en Río Baker y la construcción de una Fábrica de Sacos en Llay-Llay, que aparte de mis obligaciones con el Banco, el Club, y la ausencia de mis padres me hicieron declinar casi a disgusto.

Sin embargo, poco tiempo después las cosas cambiaron rá-

dicalmente. Mis padres habían regresado. Pese a que el balance del primer semestre había sido ampliamente favorable vi que había menos interés en las negociaciones salitreras, en el rubro de "Cargamentos por Llegar", que nos daban como seis mil libras esterlinas semestrales, sólo alcanzaron a mil. La crisis se avecindaba.

Acostumbrados como estábamos a la puntualidad de las entregas del salitre de nuestros antiguos comitentes, lo que nos permitía vender las letras de cambio con su debida oportunidad, nos causaron serios perjuicios con su retraso poniéndonos en serios apuros para entregar las letras que teníamos vendidas.

Tal era nuestra situación cuando sobrevino el terremoto del 16 de agosto de 1906, punto de partida de una racha de mala suerte. El capitán Midleton, había anunciado el fenómeno sísmico con diez días de anticipación e incluso indicando aproximadamente la hora en que debía acontecer. Entre nosotros el único que creyó en el anuncio fue mi suegro, que estando enfermo de pulmonía hizo enganchar el coche y con toda su familia fue a estacionarse en la Alameda lejos de los edificios. Comunicó sus temores a Marta, quien por precaución hizo limpiar la caseta del portero que estaba a la entrada del jardín, que constaba de tres piezas y era muy segura por su construcción redonda.

Estábamos sentados en la mesa de casa de mis padres, cuando alrededor de las ocho de la noche empezó a llover en forma torrencial. Minutos después sobrevino el primer remezón tan fuerte que al correr a nuestra casa en busca de los niños, apenas pudimos subir las escaleras. En ese momento llegó Sara Campino de Morandé a pedir asilo con sus chiquillos, insta-

lándonos todos en la casa del portero. Entretanto yo subí al escritorio a buscar unos papeles y estando allí se me presentó un espectáculo realmente macabro.

En medio de aquel diluvio, los rayos serpenteaban por todos los ámbitos, aparte que desde los cables eléctricos de los tranvías saltaban llamas, entre el estrépito de los truenos, los vidrios que se rompián y los trozos de estuco que caían de los edificios.

De pronto vi abrirse las ventanas del Teatro Municipal, saliendo una despavorida legión de demonios con estridentes gritos y tratando de ponerse a salvo. Eran las comparsas infernales de la opera "Mefistófeles", programada aquella noche.

Los remezones con cierta frecuencia, aunque menor intensidad se prolongaron por toda la noche. Nuestra casa sufrió serios deterioros. Felizmente casi toda la familia estaba en Santiago, de Valparaíso no supimos nada hasta dentro de cuatro días.

La fábrica de sacos que estábamos construyendo en Llay-Llay se destruyó hasta los cimientos, cuando ya estaba próxima a entrar a producir. Debíamos gran parte de las maquinarias que se destruyeron totalmente. Fue imposible levantar nuevos aportes y tuvimos que entregar los terrenos para saldar las deudas y la pérdida de capital. Actualmente allí se levanta la Farmo Química del Pacífico.

A raíz de la catástrofe vino a nuestro país una misión norteamericana presidida por el Jefe del Departamento de Estado Mr. Elihu Root. Don Agustín Edwards facilitó su casa con vista al Congreso para que sirviera a dicha Comisión. A pedido del Ministro, mi padre facilitó su cocinero Raphael Mazzini, quien debido a las emanaciones del alcantarillado que

recién se iniciaba sufrió una pulmonía fulminante que lo llevó a la tumba en cuarenta y ocho horas. Su muerte fue muy lamentada por todos nosotros, pues además de ser un eximio cocinero era el brazo derecho de la casa por su honradez y competencia en todo. A los pocos días caía enfermo y moría de tifoidea el mozo de mesa Gustave Ferrant, antiguo empleado nuestro de origen francés. Luego fue mi madre quien cayó abatida por el mismo mal, aunque con caracteres mucho más benignos, y una hija de Gustave y de la femme de chambre de mi madre, que fue la esposa del fiel servidor.

Entre tantas y reiteradas desgracias, sobrevino el nacimiento de nuestra hija Pilar, que fue una hermosa pequeña, nacida en magníficas condiciones y sin par belleza.

Poco después nos anonadó una nueva gran desgracia. Carlos, mi querido hermano, murió casi repentinamente de pulmonía, a los veintisiete años y siendo uno de los hombres más hermosamente dotados por Dios, tanto en su aspecto físico como en sus altas condiciones morales e intelectuales. Fue abogado, Agente del Banco en Valparaíso. Fue dueño de una gran fortuna que derramó con inaudita generosidad, soportando fuertes pérdidas que afrontó como un gran caballero, pero que dejaron en su espíritu una gran neurastenia. Era muy occurrente y sus "hons mots" circulaban por toda la sociedad. Ahí van dos muestras bastante macabras por cierto. Una se refería a un señor Aguiar de París, hombre bastante amarrete a quien suponía hablando con su mujer de algunos acuerdos post mortem, en que le encargaba reiteradamente: "Sobre todo... no les des propina a los sepultureros". En otra ocasión se refería a un pariente nuestro muy lúgubre y aficionado a todo lo triste y doloroso. Carlos pretendía que gozaba con el terrible tran-

ce de la muerte y qué decía: “¡Dios mío, que se repita!... ¡Que se repita!”

Aún llorábamos la prematura muerte de mi hermano cuando sobrevino a Martita, nuestra hijita mayor, una tifoidea de las más rebeldes, teniéndola entre la vida y la muerte por espacio de tres meses, debiendo su salvación al abnegado sacrificio de su madre que velaba junto a ella en todo instante, asesorando el trabajo de nuestros grandes amigos, los doctores Roberto del Río y Otto Philippi y Marcial Guzmán.

Los médicos tenían gran fe en el criterio de Marta, al extremo que Roberto del Río la llamaba “mi colega”. En aquel entonces los médicos consultaban al enfermo y la familia. Hoy día prescinden totalmente de ellos y en las juntas se limitan a cambiar ideas entre ellos con medias palabras o simples señas. Actitud que hace que los enfermos mueran como en los tiempo de Moliére “de acuerdo a las prescripciones de la facultad”. Mi padre viendo mi desesperación durante la enfermedad de la niña, para aliviarme en mis obligaciones, nombró subgerente del Banco a mi primo Guillermo Subercaseaux.

Tan pronto se consideró a la niña libre de peligro, volví a hacerme cargo de mis obligaciones bancarias. “El Diario Ilustrado” llevaba a cabo en contra de nuestra institución una encarnizada campaña digna de mejor suerte. En cierto modo resultaba incomprensible una semejante actitud de parte de un órgano de publicidad conservador, contra una institución que tenía por Gerente a uno de los directores del Partido, y cuyo inspirador era nada menos que uno de los amigos de mi padre y comensal de su mesa en la tertulia de los sábados.

En previsión de cualquier evento nos pusimos a reunir

fondos, pero los deudores gente rica y antiguos clientes no tenían costumbre de pagar, sino que servir los intereses, así es que las cobranzas los dejaban descontentos.

Nos fuimos con la familia a Viña a casa de nuestra abuela Magdalena, quien no nos pudo acompañar, porque a los noventa años el terremoto le hizo profunda impresión y aún se encontraba postrada. En cambio Martita se reponía rápidamente.

La situación de nuestra oficina en Valparaíso era más grave aún. Los franceses conocedores de la campaña de "El Diario Ilustrado", demoraban las entregas de doscientas mil libras esterlinas, que nos adeudaban por la colocación de las acciones del Banco en la Bolsa de París, agregando que ésta aún no se había pronunciado sobre su admisión "a la cote".

El Banco Mexicano, probablemente por los mismos temores, andaba como tortuga en el negocio de la Debentures de la Progreso, y, por fin, las entregas de salitre de las oficinas italianas se habían hecho más irregulares aún después del terremoto, lo que nos irrogó serias pérdidas en el cambio porque no se habían preocupado de cubrir las letras vendidas contra esas entregas.

Con el terremoto el cambio había bajado. A pesar de todo ese semestre ganamos un 8 por ciento y en el último semestre de 1906 llegamos a una ganancia de un 20%. Entretanto, los créditos por renovación a los 90 días, que teníamos en Europa comenzaron a restringirse y para hacer frente a la escasez de dinero tuvimos que aligerar nuestra cartera salitrera desprendiéndonos de los contratos de Charme y Lacalle, lo que nos proporcionó unos tres meses de relativa tranquilidad.

Intenté realizar algunos negocios particulares en la esperanza de hacer fortuna; desgraciadamente a corto trecho se desvanecieron mis esperanzas. Gran parte de mis energías las dediqué a un negocio ganadero en el sur de Chile, basado en una concesión Fiscal de 200.000 hectáreas en el río Baker. Con algún capital formé una sociedad de la cual fui Presidente y primer accionista.

Después de grandes esfuerzos se logró colonizar parte de la concesión, abriendo sendero, escampando potreros, habilitando el puerto, e incluso conseguí una oficina telegráfica y que recalaran barcos cada 15 días. Construimos algunas casas y llevamos algunos colonos y una apreciable cantidad de ganado vacuno.

Cuando juzgamos que había campo suficiente para poner ovejas compramos cuarenta mil y recurrió a mi querido primo Julio Vicuña Subercaseaux para que nos preparara el arreo. Yo no estaba prácticamente en condiciones para controlar la situación y estar al tanto de lo que pasaba, las múltiples preocupaciones me tenían fuera de mis casillas.

El caso es que perdimos las cuarenta mil ovejas en el paso del río Negro. El capital se había concluido y el Banco reclamaba el pago de la deuda. Hubo que realizar el ganado vacuno para cancelarlo quedándonos con el fundo pelado, teniendo que anular al mismo tiempo el pedido de maquinarias para un aserradero que pensábamos instalar. No teniendo, pues, cómo cumplir nuestras obligaciones con el Fisco, dueño de las tierras, tuvimos que liquidar en pésimas condiciones.

Las expectativas del Banco iban de mal en peor. El Fisco

presionado por la campaña de "El Diario Ilustrado", y las declaraciones de un Juez Matus, entabló pleito contra "El Progreso" pidiendo la reposición de linderos, lo que era su ruina, pues las oficinas habían sido construidas al lado de los terrenos que el Estado consideraba fiscales.

A pesar de nuestros abogados —que eran los mejores de Chile—, nos decían que el pleito era absurdo y que el Fisco lo perdería. La voz de alarma estaba dada y cundió como un reguero de pólvora. De París telegrafizaron que necesitaban una mayor información para admitir las acciones del Banco en la Bolsa de París. En Chile se iniciaba el retiro de los depósitos con uno de don Federico Varela por la suma de 500.000 pesos.

Al principio creímos detener el pánico descontando contratos de salitre por vender, pero rápidamente se agotó este recurso y fui a Valparaíso a hablar con los principales acreedores. Allí me reuní con mi padre y con Samuel Claro, que se habían ido en la mañana de ese mismo día. Juntos comprobamos que entre las grandes casas de comercio se sentía gran simpatía por nosotros, pero todos sin excepción nos aconsejaron que cuando entra la desconfianza contra un Banco lo mejor es liquidar cuanto antes. El Banco de Chile pensaba del mismo modo. Incluso todos nuestros acreedores se unieron y con la mejor intención se esforzaron en conseguir el nombramiento de un liquidador que fuera garantía para ambas partes.

El nombre de don Germán Riesco acaparó todas las expectativas. De inmediato se trasladó Samuel Claro a Santiago para dejar arreglado el asunto en el Juzgado de Turno y hacer la tramitación legal. Yo estaba muy abatido, aunque me reconfortó mucho el ver la sangre fría de mi padre y su valen-

tía. Luego al saber el nombramiento de don Germán como liquidador fue también aliciente para abrigar algunas esperanzas dentro de lo crítico de nuestra situación.

A mi regreso a Santiago, en un gran coche abierto, me esperaban mis cuatro buenos amigos Daniel Concha, Horacio Fabres, Palito Larraín y Manuel Antonio Maira. Me convitaron un excelente cigarro puro y luego me invitaron a tomar una copa de cognac francés.

Don Germán había aceptado la designación y fuimos al Banco a firmar la presentación al Juzgado. Era el 6 de diciembre de 1907. Terminado este trámite me fui a casa a abrazar a mi mujer y consolarnos mutuamente. Creí encontrarla abatida, pero me asombró su entereza y resignación. Pasamos conversando casi toda la noche. Me contó que su padre nos había ofrecido su casa y le había entregado como anticipo a su herencia cien mil pesos en mil acciones del Banco de Concepción que daban mil pesos mensuales de renta.

Le dije que nuestra situación no era tan desesperante, pues creía que no tendríamos que salir de la casa, ya que mi padre no tenía ningún compromiso personal y que las acciones del Banco de Concepción nos ayudarían mucho, aún me quedaban algunos directorios que me dejaban como dos mil pesos mensuales y todavía tenía un criadero en medias con Eugenio.

Lo que más me preocupaba era mi situación en el Club Hípico, del cual era Presidente y tenía sus fondos depositados en el Banco donde desempeñaba funciones de Gerente. Ciento es que esos fondos que ascendían a más de ciento ochenta mil pesos, se debían íntegramente a mi Administración, pues tres años antes había recibido al Club con diez mil pesos de deu-

das. Además había pagado ciento cincuenta mil pesos, correspondientes a la primera cuota de la chacra "El Espino". Al mismo tiempo sabía que dentro del Directorio del Club había un pequeño grupo que me era hostil, y que sin la menor preparación técnica, en repetidas oportunidades se habían opuesto obstaculizando mi labor. Temí, pues, que aquel pequeño grupo tergiversara los hechos, por eso convine con mi mujer, que lo más atinado era reunir los dineros necesarios a fin de pagar con mi dinero el crédito del Club, aunque no existía ninguna obligación para que lo hiciera.

Así lo hice, presentando al mismo tiempo mi renuncia como Presidente y Director de la institución, ambas fueron rechazadas, pero como insistiera dándoles carácter de indeclinables, me enviaron una lista con el nombre de mis tres mejores amigos para que designara al reemplazante. Elegí a Hernán Prieto Vial, agregándoles que personalmente respondería por el crédito del Club.

En tanto en los diarios salía la presentación del Banco, provocando el asombro general. Felizmente la prensa nos fue favorable; sentía simpatía porque el Banco como ninguna otra institución había fomentado la industria salitrera que se mantenía nacionalizada.

Tal vez por eso, el lunes a primera hora, me telefoneó Agustín Edwards Mac Clure —Ministro de Hacienda—, ofreciéndome en nombre del Presidente Montt todo el apoyo del Gobierno. Le agradecí al mismo tiempo que le dije que ya no era a mí a quien había que dirigirse, sino al liquidador, pues ya todo auxilio era inútil. Se trataba de sumas considerables, y él como banquero sabía mejor que nadie lo imposible que es



mantener un Banco, cuando se ha perdido la confianza del público.

A don Germán, le conté lo que había resuelto con Marta, en lo que respectaba a la deuda del Club Hípico. Tuve su aprobación, al mismo tiempo me dijo: "De tal palo, tal astilla"; su padre me propuso hacerse fiador del Banco sin tener ninguna obligación, ya que no era Director, sino un simple accionista. Yo no le acepté, pero como insistiera le propuse que entregara algunos fondos y que él hablara con el Banco de Chile y algunos grandes acreedores.

Así fue como procedió mi padre entre la sorpresa de quienes supieron apreciar su rasgo y desprendimiento. Se entregaron las siguientes propiedades: El Tártaro, Lo Vicuña, Cabimba, Corneche, Monte Blanco, Chaihuín, Quintrilpe, Ercilla, Selva Oscura y Chalaco, diez fondos en total.

Las cosechas serían para mi padre, y los enseres y ganados serían para pagar sus respectivas cuentas. Con estas operaciones el Banco fue capacitado para pagar los depósitos inferiores a los diez mil pesos. Mi padre pasó a ser el primer acreedor, acallando toda murmuración.

Con mi mujer y mis hijos, me fui a Pirque en busca de un reposo que aliviara mis nervios. Felizmente el año agrícola había sido muy bueno. Sin embargo, no experimenté mucha mejoría, y entonces, no sé por qué medios, don Germán me propuso que fuera al norte a inspeccionar las oficinas salitreras, diciéndome que aquello contribuiría a disipar mis preocupaciones. En una palabra todo el mundo conocía el verdadero estado de crisis nerviosa que sufría.

Don Germán también me dio una muy buena noticia, que consistía en el informe del señor Delgado, Jefe de la Dirección

de Contabilidad del Estado, que era completamente favorable al Banco, y me felicitaba por la forma clara y precisa con que eran llevados los libros. Esto fue para mí como una absolución.

Gracias al desprendimiento de mi padre, se iban a poder cubrir muchos compromisos con aceptación de los acreedores. Al mismo tiempo se habían vendido ventajosamente los terrenos de Viña del Mar a razón de cinco pesos el metro, a la Refinería de Viña del Mar que era otro de los acreedores del Banco. La firma "Harrington Morrisson", muy prestigiosa se haría cargo de la administración de las salitreras, lo que facilitaba en mucho las tareas y preocupaciones de don Germán. Me agregó que en unos días más podría presentar su memoria y terminó dándome la buena noticia de que habíamos ganado al Fisco, en primera instancia, el juicio que había causado nuestra irreparable pérdida.

Nos fuimos en nuestra gira de inspección al norte con Emilio Orrego Luco, casado con una señora Pardo Aliaga, y Alberto Browne Vicuña, mi primo, que había sido nuestro último agente en Valparaíso.

Antes de nuestra partida, tuvimos el placer de recibir a mi hermano Eugenio, que se había casado en medio de todos estos contratiempos, con la Rosita Alvarez Calderón, hija del Plenipotenciario del Perú en Chile don Manuel Alvarez Calderón.

Basándome en los informes proporcionados por don Germán, yo hubiera querido hacer pública la verdad de cuánto nos había ocurrido causándonos la ruina. Mi padre y don Germán, contuvieron mi vehemencia, diciendo que era prematuro adoptar una actitud semejante.

En cambio, era el justo modo de reaccionar, de quien ha-

bía perdido toda su fortuna, no inferior a las cien mil libras esterlinas, y mi padre perdedor de una suma diez veces superior.

Nuestros hijos y mi madre quedaron en Pirque, acompañados de Eugenio y su joven esposa. Mis suegros se fueron a Viña del Mar a una casa muy triste de la calle Alvarez, al llegar a la Estación Miramar.

Nuestro viaje al norte lo hicimos en un barco alemán donde la comida era exquisita. De paso bajamos a conocer La Serena, ciudad conventual, con pésimos hoteles, un clima ideal y hermosas flores. Allí visitamos la casa de mi abuelo Ramón Subercaseaux, situada en calle Eyzaguirre, habitada por una familia Carmona que tuvo la gentileza de mostrárnosla. Era buena, grande y muy bien mantenida.

Antofagasta nos pareció feo, limpio y árido, pese a los esfuerzos desplegados por su Alcalde, señor Poblete, en un afán por crear áreas verdes. El hotel nos pareció regular, aunque no pudimos comprobar su atención, ya que desde el primer momento nos acaparó nuestro amigo Jorge Jones, de la casa "Buchanan Jones", recién viudo de una niña Tanco. Jones nos trató espléndidamente.

Subimos a la pampa, de monótona aridez, y quedamos admirados al llegar a cada oficina salitrera, por sus magníficas instalaciones y casas de administración. Se vivía mejor que en Santiago, y eran gentes tan amables que se disputaban por ofrecernos hospitalidad. Aceptamos cinco o seis invitaciones. Vi que el trabajo de las tres oficinas de "La Progreso", marchaban bien, aunque les faltaba terreno laborable, les quedaban algunos años por delante y sus costos eran corrientes. "Aconcagua" producía más barato que todas las oficinas

de Antofagasta, gracias a su Administrador Mordstadt, que hizo en seis meses bajar el costo de 4,84 a 3,75.

Volvimos a Antofagasta, para subir a "Aguas Blancas", a visitar a "María Teresa" y "Petronila", allí sufri una desilusión. El Administrador un señor Beel, hombre respetable al parecer, me dijo que el agua era muy escasa y que los terrenos no eran muy productivos. Que en todo caso "María Teresa" podría trabajar con una pequeña utilidad, pero que "Petronila" no valía nada, pese a sus magníficas maquinarias, ya que no poseía casi terreno.

Me agregó —y esto me causó una penosa impresión—, que cuando los promotores de esa sociedad estuvieron allí, y se dieron cuenta de que "Petronila" no valía nada, uno de los señores había dicho: "¡Qué importa!... el negocio está colocado y en último término el Banco tendrá que pagar".

Comuniqué en el acto mis observaciones a don Germán, y de algo sirvió, pues pudo desprenderse de "Petronila", y disminuir bastante el crédito de "María Teresa", cuyo saldo pagaría el Banco en acciones. No pudimos ir a la oficina "Alianza" en Taltal, era la última que controlábamos. Pues las diez mejores, habían cancelado ya sus créditos.

Hablando después con "Harrington Morrisson", en Valparaíso, vi que la firma no se preocupaba del negocio en conjunto, así es que no es de extrañarse que su administración, que duró cerca de cinco años, dejase una pérdida que absorbió la cuota que podía haber correspondido a los accionistas del Banco, en su liquidación, y que en cambio no recibieron un solo céntimo, habiendo creído don Germán poder llegar a devolverles un 60 por ciento.

A mi regreso no encontré mayor novedad. El Club Hípi-

co había recibido ya algo a cuenta, y me extrañó que su Directorio no me hubiese enviado siquiera una nota de agradecimiento por mi “beau geste”, en que llegué a pagarle hasta el 8 por ciento de interés.

Por algunos días nos quedamos todos en Viña. El resto de la familia siguió a Pirque. Yo con Marta nos quedamos haciendo compañía a mi suegro que había caído enfermo, y que estaba solo con mi suegra y mi cuñada Rosa, pues Luis andaba en Europa y las otras dos hijas veraneaban en el campo. Sentía un gran afecto por mi suegro, de quien mi mujer era la hija preferida, luego le admiraba por considerarlo una gran figura en todo sentido: facha, distinción, cualidades morales, excelente padre, gran orador, e incomparable escritor. A mí me distinguía mucho.

Marta con el doctor Ibar lucharon denodadamente por salvarle, pasamos tres semanas trasnochando, pues los zancudos que era una plaga inagotable no nos dejaban dormir. Por la mañana nos íbamos a nuestra casa en Miramar, durmiendo hasta el medio día. Cuando mi padre iba de Santiago íbamos a almorzar o comer en casa de mi abuela, o donde mi tía Juanita Vicuña, cuya mesa era admirable.

Sin mayores variaciones transcurrió el tiempo, hasta el triste desenlace de la muerte de mi suegro.

Una vez canceladas mis deudas con el Banco Mobiliario no me quedaban otros compromisos que cumplir, sino con el Banco de Chile. Parte de ellos era en libras esterlinas con don Luis Claro Solar, Gonzalo y Manuel Bulnes. Una vez liquidadas mis acciones salitreras de “Elena”, que me comprara Emilio Carrasco, terminé por cancelar mis deudas en libras.

La muerte rondaba aún en torno nuestro. Después de

dos meses de aparente tranquilidad sobrevinieron dos tragedias. Melchor Concha Hurtado, hijo único de Carlos Concha pereció asesinado en San Bernardo, y ese mismo día cayó gravemente enferma Rosita Alvarez Calderón, la encantadora peruanita casada con mi hermano Eugenio.

Todos sin excepción la quisimos mucho, y en su enfermedad tratamos por todos los medios de evitar que se sintiera lejos de los suyos. Su muerte constituyó para mi hermano un golpe irreparable, cambiando para siempre el rumbo de su vida.

Por ese entonces llegó de Europa Luis Aldunate Echeverría, mi cuñado, quien constituyó la sucesión de mi suegro nombrando partidor a don Germán Riesco. La mayor parte de los bienes correspondían a mi suegra, así es que nuestra herencia se redujo a cincuenta mil pesos de los cien mil que nos había avanzado en momentos tan difíciles. Con aquel dinero compramos un sitio en Avenida Matucana próximo a la Alameda, donde Ventura Piedra Buena nos construyó una serie de casitas de arriendo muy modernas, aumentando nuestras rentas.

Poco después, el Criadero produjo algunas utilidades, y nos dimos el lujo de tener a la Felicia, la cocinera de mi abuela, y una de las mejores de Santiago.

Para distraerse, Eugenio se dedicó íntegramente al Corral Subercaseaux y al criadero. En el primero, la suerte nos favoreció con los animales de dos años, ganando "El Tanteo", "Co-tejo" y el "Extremo", un año con Escocia y otro con Triana. El criadero había tomado gran importancia, pues gracias al crédito que nos otorgara en el "Banco de la República" nuestro amigo Luis Phillips, pudimos adquirir los haras "Ojos

de Agua”, adquiriendo al mismo tiempo en Argentina, donde Saturno Unzúe un lote de treinta yeguas de primer orden, que puede decirse fueron la base de la crianza nacional.

En Inglaterra por intermedio de Lord Marcus Beresford, compramos un caballo del Rey Eduardo VII, el potro “Mead”, por “Persimón” y “Meadow Chat”, ganador de ocho mil libras esterlinas en premios.

Lo adquirimos días antes de “St. Leger”, de Docaster, y nos autorizaron para disputar dicha prueba por nuestra cuenta. Desgraciadamente, el caballo no pudo llevar nuestros colores, pues los Comisarios dijeron que estaban inscritos a nombre de Alexandre Aumont, desde hacía cincuenta años. El caballo corrió con la monta de uno de los Barrets y salió tercero. El premio dio para los gastos. “Mead” era un precioso alazán, de muy mal carácter. Al embarcarlo en Boulogne, se arrancó por toda la ciudad. En las haras, sin ser un fracaso —pues dio dos ganadores del Ensayo—, no se lució como se esperaba.

Eugenio había arreglado con Arturo Calvo el sistema de remate de potrillos como existía en la Argentina, y que perdura hasta el presente con éxito siempre creciente. Al principio como en Europa rematábamos a los diez y ocho meses, ahora se hace a los dos años, igual que en Argentina.

Nuestro primer remate fue un éxito, pues por doce potrillos sacamos alrededor de ciento cincuenta mil pesos, doce mil pesos por potrillo más o menos, que al cambio de esa época equivalía a unas ochocientas libras esterlinas.

Entusiasmados por los buenos resultados obtenidos, compramos en Uruguay a “Ercildoune”, uno de los ejemplares más lindos y de mayor pedigree, por “Hendal” y la célebre “María Mariana”, de los mejores performances de caballos ingleses.

Desgraciadamente "Ercildoune" padecía de laminitis crónica, que se transmitía a sus hijos y no resultó, como su dueño don Carlos Reyles nos lo había advertido. Entonces nos resolvimos por adquirir "Pillito" en cuarenta mil nacionales —suma enorme para esa época—, que aunque un poco viejo era uno de los mejores reproductores de la Argentina, habiendo sido un magnífico ganador.

Nuestra jettatura se dejaba sentir de vez en cuando. "Pillito" murió de pulmonía al llegar a Coronel, estaba asegurado, pero aun con eso perdimos unos veinte mil pesos.

Nuevamente se agravaron mis nervios, invadiéndome una intensa neurastenia, que me dejó sin defensas contra una terrible escarlatina acompañada de membrana, que atrapé en uno de los inmundos coches de posta que por aquel tiempo servían a la ciudad.

Recuerdo que estaba comiendo un domingo 15 de agosto en casa de Horacio Fabres, cuando de repente me acometió un intenso dolor de cabeza, sintiendo al mismo tiempo grandes escalofríos y un malestar general que me hizo recordar la alfombrilla de mi infancia. Llegué a casa con una alta temperatura, que con algunos medicamentos sencillos bajó, aunque persistió sin alarmarnos mucho. Así llegué hasta el 21 de agosto, día en que Marta con mis padres fue a comer casa de mi tía Elena Browne. A su regreso mi estado había empeorado a tal punto, que llamaron al doctor Oyarzún, comprobó mi grave estado, como que la escarlatina estaba brotando.

Al día siguiente, mi estado se había complicado más. Se hicieron los análisis de difteria con resultados negativos. Sin mayor resultado se me practicaron aplicaciones de suero. En casa se congregó una multitud de médicos. Desgraciadamente

no pudimos encontrar a nuestro médico el doctor Philippi. Fue el último en llegar, y como último recurso —pues ya se consideraba un caso perdido—, dijo haber oído hablar de un suero anti-estreptocólico de Parker Davis, y que sabía que ya algunas droguerías lo habían encargado. Incluso los reporteros de los diarios, llegaron a nuestra casa, pidiendo fotografías y datos biográficos para la redacción necrológica de mi muerte.

Cinco abnegados amigos, Francisco Huneeus Gana, Carlos Cruzat Vicuña, Enrique López Maqueira, Juan Enrique Concha Subercaseaux, y Hernán Prieto Vial, se dieron a buscar desesperadamente la droga milagrosa. Incluso de ir a Valparaíso y hacer los trámites necesarios para retirarla de la Aduana.

A su regreso, se encontraron con que mi mujer, contagia-
da del mismo mal se encontraba en cama. Casi sin esperanza
el doctor Philippi me aplicó el suero, lo que se hacía por vez
primera en Chile. Al cabo de algún tiempo se notó cierta reac-
ción favorable, que fue acentuándose, porque a la mañana si-
guiente, llegó mi hermana Josefina, y oí que me decía en el
oído: "Dicen los médicos que estás salvado".

Del 22 al 28 de agosto, pasé sin darme cuenta de nada. Soñaba mucho. Eran pesadillas; a veces me veía en una victo-
ria como en un corso de flores, que se metía al río. Supongo
que era cada vez que me sometían a frecuentes baños. Otras
veces presenciaba mi propio funeral, y lo quería con música.
Con aquella que me ha sido siempre la más grata y profunda,
el Adagio de la Segunda y la Séptima de Beethoven. No su-
fría ni tenía temor de Dios. Si así es la muerte, no tiene ab-
solutamente nada de pavoroso. Jamás cruzó por mi mente la
frase del Dies Irae: "Ne perenne cremer igne".

Nada diré de la abnegación de mi mujer, mi familia y

amigos, de mi querido y respetado capellán, ese santo que fue don Ruperto Marchant Pereira, con su Santa Filomena, en quien todos teníamos fe.

En mi caso, la sociedad entera, desmintió perentoriamente el dístico de Ovidio que dice:

**“Donec eris felix, multos numerabis amicos;
Tempora si fuerint nubila, solus eris”.**

(Mientras seas feliz tendrás muchos amigos,
si se nubla el tiempo quedarás solo).

Por mi mejoría mi familia hizo mandas inverosímiles. Mi mujer regaló a Santa Filomena, el collar de perlas que en tiempos felices le obsequiara.

Mi mejoría fue tan rápida, que al segundo día, en medio de la junta de médicos que se realizaba, me senté de pronto en la cama y pedí un bistec. Sin embargo en la noche anterior había sufrido espantosos delirios, creyendo que me querían hacer saltar con dinamita.

Recobrados mis sentidos, sentí que pese a las adversidades, aún le tenía gran apego a la vida, como dice Moliére: Guenille si l'on veut, mais j'aime ma guenille". Quise ver mis corbatas, mis trajes, mis bastones, mis alhajas, verlos y palparlos casi con sed o con verdadera hambre, de saberlos míos y yo de ellos.

Una vez completamente restablecido, comparé desalentado mi situación de ese momento y la anterior. Antes era un hombre lleno de preocupaciones, obligaciones, trabajo; en ese instante, no pasaba de ser un individuo sin ilusiones, con el amor

propio hecho harapos, mi orgullo pisoteado, casi sin porvenir ni esperanzas.

Treinta años antes, a mi llegada al país me enfrenté a una época estática, ahora estaba en medio de un torbellino de adelantos y progresos que nadie podía asegurar cuándo y dónde llegarían a detenerse.

Mucho se habían raleado las filas de mis amigos de infancia, de mis condiscípulos. Había gran diferencia de edad entre quienes habían sido mis colaboradores, ya que inicié mis actividades a los veintidós años, y ellos eran hombres formados. Por último nunca fui otra cosa que un trasplantado.

Afortunadamente allí estaba mi mujer incomparable y única, mis hijos, y una docena de grandes amigos, cuya lealtad y sinceridad había sido altamente probada. Mis padres, mi abuela, eran seres que nunca olvidaría, y ellos sólo constituirían el mejor aliciente en los momentos amargos.

Aquí debiera terminar este libro, pues allí, sin duda mi juventud dorada, a los treinta y siete años termina. Sin embargo, continuaré narrando el largo crepúsculo de mi existencia, pidiendo de antemano toda clase de excusas a quienes me lean, por lo insulto e insustancial que puedan encontrar un relato, que no es sino simplemente la vida de un hombre.

INDICE

	Págs.
Prólogo del autor	7
Introducción	9

CAPITULO I

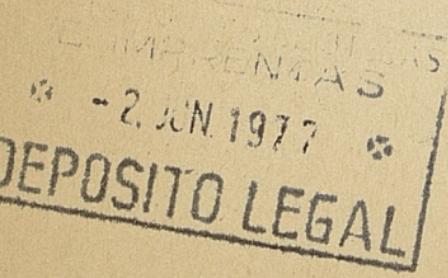
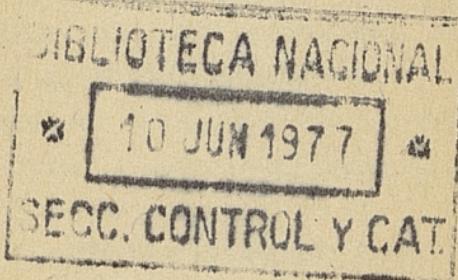
Mi infancia feliz	17
-----------------------------	----

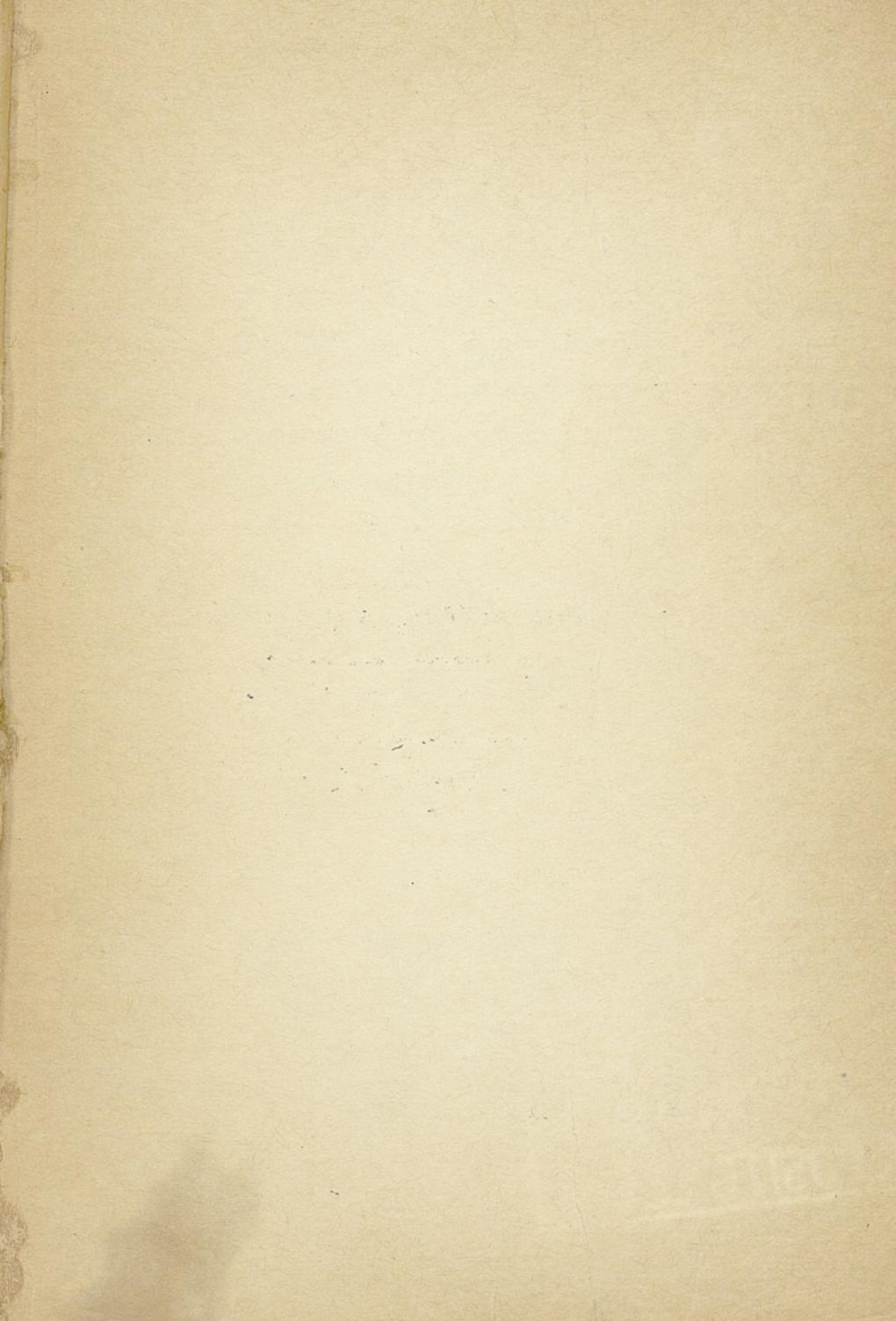
CAPITULO II

Mi adolescencia envidiable	85
--------------------------------------	----

CAPITULO III

Juventud dorada	204
---------------------------	-----





Os ofrezco la historia de una persona sin importancia y sin ambiciones, que tuvo la dicha de conocer el último tercio del siglo XIX, esa época maravillosa, sin pobrezas ni inquietudes, que nos dio a conocer "la joie de vivre", creando un ambiente incomparable que nos permitió como dice Schopenhauer, "vivir a impulsos de los sentimientos y no de las ideas", procurándonos una existencia plácida, aunque un tanto pagana y un bienestar tranquilo, exento de penas y complicaciones.

Del prólogo de este libro.



editoria
nascimento